



*Silvia
García
Ruiz*

*Fuego
de
corsarios*

zafiro♥

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparto

Sinopsis

Cuando el joven y problemático Adrian vuelve a meterse en líos, su hermano, Lord Damian Conrad, lo envía lejos de Londres, en un largo viaje de dos años con la inestimable compañía de su antigua tripulación de piratas. Molesto con su hermano, Adrian no dudará en aprovechar el nombre que éste se forjó en alta mar cuando era un temido corsario, y muy pronto llegan a todos los puertos los rumores de que el Dragón vuelve a surcar los mares.

Carmen siempre corre tras su padre para sacarlo de las peores tabernas del puerto de Cádiz, donde se emborracha una y otra vez y donde siempre cuenta que el culpable de todas sus miserias es un despiadado pirata al que todos llaman «el Dragón». Cuando Carmen se encuentra con el libertino de Adrian, lo confunde con su hermano y decide castigarlo para vengar a su padre. Y sin imaginar que se trata del hombre más inadecuado, comienza un peligroso juego tras el que asomará el Dragón que el despreocupado Adrian escondía en su interior.

¿Qué ocurrirá cuando ambos adversarios se enfrenten? ¿Obtendrá Carmen la sangre de Adrian que tanto reclama o, por el contrario, será él quien consiga atraparla con su fuego?

JUEGO DE CORSARIOS

Silvia García Ruiz

zafro

Capítulo 1

Puerto de Cádiz, España, 1813

Carmen paseaba frente a las tabernas que abundaban en el puerto de Cádiz. No por las que tenían fachadas respetables y llamativas luces que atraían a los marineros y los comerciantes con sus alegres melodías para celebrar la liberación del país de manos de los franceses, sino por otras más oscuras y apartadas, en las que ningún inocente se atrevería a adentrarse.

Aceleró el paso mientras caminaba por ese siniestro lugar, inclinando su aniñado rostro y tratando de pasar lo más desapercibida posible. Con esa idea, se había vestido con las ropas sustraídas al joven mozo de cuadra de su casa aprovechando una distracción de María, su cuidadora, mientras hacía la colada. Bajo una simple gorra ocultaba sus rebeldes cabellos negros y sus profundos ojos castaños, y completaba su atuendo con unos pantalones y una chaqueta de un tejido muy basto.

Carmen sabía que tendría que adentrarse en lugares nada respetables una vez más, por lo que había decidido añadir a su disfraz algún tipo de arma, algo que le sirviera de protección frente a los posibles rufianes que pudiera encontrarse. Para su desgracia, una joven dama nunca tenía acceso a las armas de la casa, y aún menos cuando Miguel, su hermano, las custodiaba bajo llave. Afortunadamente, la muchacha había logrado hacerse con uno de los viejos látigos del establo, un utensilio que Miguel había usado con gran maestría en múltiples ocasiones delante de ella, no tanto para controlar o dirigir a los caballos que tanto adoraba, sino más bien para espantar a los impresentables que se acercaban a su puerta para reclamarle deudas que no le pertenecían.

«Si Miguel es capaz de usar con tanta habilidad este trozo de cuero, no puede ser tan difícil, ¿verdad?», se preguntaba mientras apretaba nerviosamente el objeto entre sus sudorosas manos.

Sus pasos la acercaron cada vez más a una taberna en concreto, un tenebroso establecimiento en el que la iluminación del exterior era más oscura que en los demás y donde los gritos y el bullicio eran mucho más ruidosos, hasta amortiguar la música de la guitarra que sonaba en el interior con obscenas palabras que ella nunca había oído hasta ese momento.

Carmen sonrió por unos instantes al imaginarse repitiendo alguna de ellas delante de María. Sin ninguna duda, ésta la perseguiría por toda la casa con la amenaza de lavar su sucia boca con agua y jabón.

Una vez calmados sus nervios, en parte gracias a ese grato pensamiento, miró el mugriento cartel de la taberna, que anunciaba su nombre: «El Señorío». Se trataba sin duda de una irónica burla dedicada a los nobles españoles y a los privilegios que poco a poco estaban perdiendo, ya que ninguno de los parroquianos que se hallaban en su interior debía de tener en sus venas ni una gota de esa ilustre sangre que tanto envidiaban. Incluso ella misma carecía de ella, a pesar de que su hermano intentara disimularlo haciéndola pasar por una dama.

Resignada a que la persona que buscaba se hallara una vez más en ese lugar, Carmen se adentró en la taberna con decisión, con paso tranquilo e imitando el porte de su hermano mientras simulaba que nada de lo que veía llegaba a escandalizarla o a intimidarla, cuando más bien era todo lo contrario.

Pese a lo oscura que era la amplia estancia donde se distribuían las grandes mesas y las viejas y desvencijadas sillas, unas cuantas manchas de sangre seca eran bastante visibles tanto en las paredes como en el suelo, señalando a todo el que se paseara por el lugar lo peligroso que éste podía llegar a ser.

Los tipos que se agrupaban en las mesas no inspiraban mucha más confianza. La mayoría vestían ropas desaliñadas y mugrientas, manchadas de

pólvora y de otras cosas en las que Carmen no quería detenerse a pensar, mientras que los pocos que lucían vestimentas algo más elegantes no se preocupaban demasiado en ocultar las manchas de sangre, que indicaban que esos ropajes no habían sido adquiridos de forma honrada. Para acabar de escandalizar a sus jóvenes ojos, las mujeres que se paseaban por la taberna sirviendo las bebidas eran arrastradas una y otra vez por las manos de esos hombres, que, sin miramiento alguno, las utilizaban como mera mercancía.

Carmen buscó con creciente desesperación a un hombre al que odiaba y quería por igual y al que, definitivamente, nunca podría abandonar. Mientras lo hacía, rogó porque éste se encontrase en algún apartado rincón donde no hubiera mucha gente que pudiera descubrir su disfraz, pero, una vez más, él la decepcionó.

Junto al tablao flamenco, donde una mujer bailaba alzando su vestido más de lo aconsejable animada por las palmas y los gritos de los parroquianos, se hallaba un hombre de mediana edad. Sus ojos castaños enturbiados por la bebida, sus rubios cabellos que comenzaban a encanecer, su pulcra apariencia y sus elegantes ropas carentes de mancha alguna mostraban a todos que ése no era su lugar. Y, cómo no, se hallaba relatando de nuevo una de las batallas que lo habían llevado a ahogar sus penas en la bebida.

—Y ese despreciable pirata apodado *el Dragón* abordó mi barco cuando yo me dirigía pacíficamente hacia Oriente y, apropiándose de toda mi mercancía, me dejó sin nada. Luego nos abandonó a todos, amontonados en una mísera barca, y nos aconsejó remar lo más rápido que supiéramos si queríamos llegar esa noche a un puerto seguro... Si no hubiera perdido ese barco aquel funesto día, hoy todo sería distinto y yo tendría mucho más dinero y... y... ¡Maldito Dragón! —exclamó otra vez el ebrio narrador mientras golpeaba violentamente la mesa en la que se hallaba.

—Sí, Antonio, hemos oído esa historia cientos de veces y te compadecemos por tu desafortunado encuentro con ese implacable corsario, pero ahora no puedes hacer nada. Así que deja de quejarte, bebe y disfruta de

los tentadores placeres que te ofrecen estas mujeres, ¡que la vida son dos días! —comentó un joven, tal vez el de sonrisa más taimada, cuya broceada tez y agraciado rostro de hermosos ojos negros y oscuros cabellos invitaban a confiar en él, y más aún cuando lucía unas elegantes vestimentas que señalaban que no carecía de riquezas.

—Hoy casi no traigo dinero, Kemal.

—¡No te preocupes! Kemal pagará hoy todos tus gastos y ya me lo devolverás.

—Gracias, tú sí que eres un amigo —respondió Antonio mientras cogía otra jarra de cerveza entre sus manos sin apenas darse cuenta de lo mucho que se estaba ampliando su deuda y de hasta qué punto ponía en peligro la larga vida de la que quería disfrutar.

En mitad de su borrachera, vio a uno de los jovencitos que servían en la señorial casa en la que vivía pero que nunca le pertenecería acercándose a él. Lo miró con enfado, decidido a negarse a regresar con él a ese lugar que nunca sería su hogar. Hasta que se topó con unos ojos castaños iguales que los suyos y se percató de los negros cabellos que se ocultaban debajo de la mugrienta gorra.

Cuando el recién llegado se acercó a él para susurrarle al oído esa frase que últimamente lo hacía dejar de lado su diversión, Antonio supo que ella lo había encontrado de nuevo y, quisiera o no, finalmente volvería a casa. Sólo por ella.

—Papá, vámonos —murmuró Carmen dulcemente, colocando una de sus delicadas y temblorosas manos sobre su hombro. Y, una vez más, Antonio cedió a los deseos de su niña.

—Creo que la diversión se ha terminado para mí por hoy —anunció poniéndose en pie.

—¡Pero Antonio! Con todo a lo que te he invitado, ¿cómo tienes la desfachatez de dejarme solo en medio de la diversión? Además, ahora que han

venido a recogerte tal vez puedas invitarme a una ronda y así quedaremos en paz —se opuso Kemal.

—Tienes razón, amigo. Lo siento —se disculpó él y, sin tomar ninguna precaución a causa de su embriaguez, alzó con alegría la voz mientras preguntaba neciamente a su hija—: Carmen, ¿traes dinero contigo?

En ese momento, todas las miradas que la joven había intentado evitar se volvieron hacia ella, percatándose de su presencia en ese indebido lugar.

Miguel al fin llegaba a su casa. Había sido un largo viaje desde el cortijo donde adiestraba a sus purasangres, situado en una zona rural algo apartada de la casa señorial que él había designado como su hogar únicamente porque en ella se encontraba su hermana. Esa casa, como muchas otras de la manzana, había sido construida tanto para la vida diaria como para los negocios que se llevaban a cabo en el puerto de Cádiz.

La planta baja, dotada de amplias ventanas y puertas adornadas con hermosos relieves, era utilizada como despacho y zona de recepción para los visitantes más distinguidos, mientras que el gran patio trasero, que su hermana solía usar para jugar con María, era donde se almacenaban las mercancías más valiosas. El patio principal, más cercano a la calle, era el lugar designado por Miguel para recibir a las visitas habituales de su trabajo, apartándolas así de los curiosos ojos de su hermana.

En la entreplanta estaban situadas las dependencias administrativas, donde se guardaban los archivos y los documentos importantes, además del dinero. Luego, en la primera planta se situaban su habitación, la de su hermana y, por supuesto, la del lastre que ella siempre arrastraba consigo y al que le otorgaba el nombre de «padre». Unos amplios balcones sin rejas que daban a la calle, los altos techos donde podían colgarse grandes lámparas o bonitas cortinas, el gran espacio de los dormitorios, las puertas de madera y cristal y los muebles

de la mejor calidad eran todos los pequeños detalles en los que Miguel había pensado antes de crear esa casa sólo para Carmen.

La segunda planta, con techos más bajos y balcones más modestos, era ocupada por la servidumbre, entre ellas la fiel María, una mujer que llevaba esa casa con la firme mano de hierro que en ocasiones merecía la revoltosa de su hermana.

Mientras sus pasos lo acercaban a su destino, Miguel observaba una vez más a *Azabache*, su glorioso caballo negro de pura raza, que bailaba bajo sus órdenes. Habían sido años de entrenamiento, de sacrificios y de frustraciones, pero habían valido la pena para acabar viendo cómo respondía su fiel corcel ante un mero movimiento de sus riendas y unas simples palabras.

«Si todos fueran tan fáciles de manejar como *Azabache...*», pensaba al tiempo que observaba con resignación cómo María, la guardiana de Carmen, corría demudada hacia él, con toda seguridad para exponerle alguna más de sus quejas sobre el comportamiento de su rebelde hermana.

Cuando llegó junto a él, la mujer de mediana edad se dobló sobre sí misma para coger un poco de aire, tras lo que, entrecortadamente, le dio una inquietante noticia:

—¡Señor, su hermana ha desaparecido!

—Tranquilízate, María. Seguramente Carmen estará escondida en alguna de las habitaciones de la casa o se habrá subido a alguno de los árboles del patio para no tomar su lección.

—¡Pero, señor, tampoco encuentro las ropas del mozo de cuadra que lavé esta mañana! ¡Y durante todo el día esa salvaje niña no ha dejado de maldecirlo mientras juraba que, si usted no iba en busca de su padre, lo haría ella!

—¡La madre que la...! —exclamó Miguel antes de poner al trote su caballo para adentrarlo en las cuadras y confirmar si las sospechas de María podían ser ciertas.

La última vez que Miguel tuvo que arrastrar a su hermana pequeña a casa

después de una de sus aventuras, se vio obligado a reñirla intensamente en cuanto desmontaron de sus caballos. Mientras la aleccionaba sobre lo peligrosos que eran esos lugares a los que una mujer joven no debía ir jamás o la presa fácil que sería cualquiera que fuese desarmado a semejantes turgorios, su rebelde hermana no había dejado de desviar la mirada hacia el juego de látigos que colgaba en su sitio en las cuadras.

Cuando Miguel llegó al establo, se bajó con celeridad de su caballo y corrió hacia el lugar donde siempre pendían los látigos que él nunca usaría con sus caballos, aunque sí podría hacerlo contra algún que otro hombre. Después de detectar que uno de ellos había desaparecido, no dudó a la hora de coger el otro para ir en busca de una de las responsabilidades que siempre se le escapaban.

Carmen caminó temerosamente hacia atrás al verse hostigada por las ávidas miradas de todos los que se hallaban en la taberna, mientras su padre intentaba neciamente explicar la situación a esos hombres, a los que no les importaba otra cosa que no fuera hacerse con la tierna presa que había caído en sus manos.

—Vamos, dejadla tranquila. Si apenas es una niña de catorce años... — declaró Antonio, interponiéndose en el camino de esos desaprensivos, que no dudaron en apartarlo violentamente a un lado.

—Antonio, con catorce años tu hija ya es toda una mujer, y sin duda sabía a lo que se exponía al entrar en un sitio como éste —expuso con una maliciosa sonrisa el joven que tanto lo había ayudado hasta entonces.

—Ella sólo ha venido a recogerme para llevarme a casa, Kemal. Es una buena niña, aunque un poco impetuosa en ocasiones.

—Así que una buena niña... —musitó Kemal con aire pensativo, como si estuviera reflexionando sobre alguna manera de dejarlos salir de allí a ambos

de una sola pieza—. Amigo mío, si de mí dependiera, os permitiría marchar sin problemas. Pero creo que ellos no piensan lo mismo —indicó señalando a los individuos que comenzaban a acercarse a ellos—. Tal vez, si tuvieras dinero, podrías detener sus pasos. Pero les debes mucho...

—¡Tú podrías ayudarme, Kemal! ¡Te juro que te lo pagaré! ¡Es sólo una niña! —contestó Antonio con desesperación.

—Bueno, todo sea por mi amigo —repuso Kemal, levantándose de su asiento mientras se dirigía hacia ellos dispuesto a llevar a cabo la primera buena acción de su vida.

Después de todo, esa chiquilla solamente era una flacucha que no valía la pena..., o eso pensaba hasta que uno de sus hombres le arrebató la sucia gorra a la muchacha y una cascada de rizos negros se extendió ante ellos, permitiéndole observar unos profundos y hermosos ojos castaños que los retaban a todos mientras la joven desplegaba un látigo.

—Lo siento, Antonio, pero ahora sí que no puedo ayudarte —susurró Kemal, decidido a que ese premio fuera únicamente para él.

¿Cómo narices hacía su hermano para manejar el látigo con tanta habilidad, si cada vez que ella intentaba alzarlo y dirigirlo hacia algún objetivo, ese trasto terminaba golpeando donde le daba la real gana? Ya había dado de latigazos a una silla, a una mesa y, gracias a Dios, a uno de esos indeseables. Pero sólo porque se le había acercado demasiado.

Los repugnantes borrachos comenzaban a darse cuenta de que, en sus manos, esa arma solamente era un bonito adorno, y cada vez se aproximaban peligrosamente más y más a ella. Bueno, todo era cuestión de copiar el altivo porte de su hermano, sus gestos, su seguridad y su temible apariencia y luego repetir cada uno de los movimientos que él ejecutaba con la muñeca cuando hacía chasquear el látigo contra el suelo. Carmen imitó cada uno de los

movimientos tal y como los recordaba: cogió con firmeza el látigo, lo elevó y lo sacudió, pero su arma cayó lentamente al suelo sin producir chasquido alguno.

—Cielo, creo que has cogido un arma demasiado difícil de manejar para una mujer. Si me la cedés, puedo intentar librarte de ellos —le dijo el joven que había estado acompañando a su padre.

No obstante, algo en su amable tono de voz la hizo desconfiar, por lo que Carmen apretó con más fuerza el látigo entre sus manos.

—No, soy muy capaz de manejarlo. Además, es mío —declaró la joven, alejándose cada vez más hacia la entrada, decidida a correr lo más rápido posible si conseguía salir de ese nefasto lugar.

—Sabes que no vas a llegar hasta la puerta, ¿verdad? —le preguntó el joven ofreciéndole su ayuda con una sonrisa, que, unida a su agraciado rostro, a sus oscuros cabellos y a sus intensos ojos negros, invitaba a confiar en él.

Pero Carmen no era estúpida y sabía que ninguno de los hombres que allí se encontraban podía ser tan inocente como pretendía aparentar ese individuo.

—Pienso morir luchando, y os maldeciré a todos para que el diablo se lleve vuestras almas y no podáis descansar jamás —amenazó la joven.

—Ya estamos malditos, mujer —declaró uno de los hombres, acercándose finalmente a ella.

Esta vez, cuando Carmen alzó su látigo con furia y lo sacudió contra el suelo, al fin oyó el característico chasquido y vio cómo ante su hazaña todos se alejaban de ella, sin dejar de observarla con el temor con el que los hombres miraban en ocasiones a su hermano.

Sintiéndose orgullosa de su proeza, sonrió con satisfacción y volvió a sacudir su látigo. Pero esta vez no resonó en absoluto. Sin perder el tiempo en investigar por qué razón su arma había perdido fuelle entre sus manos otra vez, continuó alejándose. Mientras caminaba hacia atrás no dejó de fulminar a cada uno de esos rufianes con la mirada, advirtiéndoles de lo peligrosa que podía

llegar a ser. Carmen se sorprendió gratamente de que su mirada, que nunca había atemorizado ni a una mosca, ahora hiciera temblar a algunos de ellos.

—¡Éste es mi látigo y sé manejarlo! —gritó intentando intimidar a esos peligrosos hombres.

Finalmente, cuando Carmen volvió a alzarlo vanagloriándose de ello, una fuerte mano le arrebató el látigo. Entonces averiguó el motivo por el que esos rufianes habían cesado en su asedio.

—No, no sabes —la contradijo Miguel mientras desarmaba a su hermana con una de sus manos—. Pero aprenderás... —afirmó a continuación, anunciando ante todos con sus amenazantes ojos castaños que, algún día, esa mujer sería tan peligrosa como él le enseñase.

Cuando la muchacha se volvió hacia la reprobadora mirada de su hermano, pudo observar a su gusto la atemorizadora presencia de Miguel, con su metro noventa de estatura, sus negros cabellos, unos intimidantes ojos castaños y una fuerte presencia. Iba armado como si fuese a declararle la guerra a alguien: en una mano sostenía firmemente su propio látigo, al cinto llevaba una espada y una pistola cargada, además de unos cuantos cuchillos pequeños y, desde ese instante, también esgrimía en la otra mano el látigo que le había arrebatado a ella. Miguel no dejaba de mirar amenazadoramente a todos los presentes, muy dispuesto a derramar la sangre del primero que diera un paso hacia Carmen.

—Creo que has exagerado un poco, hermano.

—Tenía que venir a buscarte, y nunca sé en qué líos puedes llegar a meterte, así que preferí venir preparado —replicó él. A continuación, le señaló la salida—. Espérame donde mi caballo —ordenó cortante, para luego dirigir una airada mirada al culpable de todo—. Y tú hazle compañía —increpó a Antonio, consiguiendo que éste arrastrara a Carmen hacia la salida, algo que sin duda debería haber hecho desde el principio.

—Y ahora... bailemos —anunció Miguel, haciendo restallar a la vez los dos látigos que sujetaba en las manos, lo que provocó que los sujetos que llenaban la taberna dieran un paso atrás.

—Vaya, vaya..., un noble en El Señorío. Jamás habría creído posible que se nos concediera tal honor... —ironizó Kemal, atrayendo la risa de todos, intentando restar importancia al peligroso sujeto que se alzaba frente a ellos.

—Cuando tengo que defender a los de mi sangre no me importa mancharme las manos, por más sucias que éstas puedan llegar a quedar.

—No sé por qué te alteras tanto por esa niña, Miguel. Después de todo, solamente es tu medio hermana, la bastarda de tu difunta madre, a la que tu padre repudió nada más nacer, ¿verdad? —preguntó jocosamente Kemal.

Pero antes de que terminara sus palabras, uno de los látigos cruzó rápidamente la estancia, golpeó su rostro con violencia y dañó gravemente su ojo derecho.

—Antonio tiene la boca demasiado grande cuando se emborracha... ¡Carmen es mi hermana y siempre lo será! ¡Más os vale recordarlo la próxima vez que intentéis acercaros a ella! —gritó Miguel mientras arrojaba una bolsa de dinero a los pies de esos bastardos—. Esto es lo que os debe Antonio, y ahora espero por vuestro propio bien que nadie intente ningún truquito conmigo.

—¿Acaso crees que saldrás de aquí tan fácilmente? —replicó airadamente Kemal, alzando su rostro herido.

—Por supuesto. Y lo haré por la puerta —anunció Miguel con orgullo, tras lo que, con un sonoro silbido, hizo que su semental negro se adentrara en la taberna por las amplias puertas con su hermana encima.

Ante el asombro de todos, Miguel montó rápidamente sobre su caballo y a continuación se atrevió incluso a dedicarles unos pasos de baile de *Azabache*, hasta que uno de los hombres se acercó demasiado y el caballo decidió trotar sobre su espalda después de que Miguel lo derribara con su látigo.

—Adiós, caballeros, no puedo decir que haya sido un placer conocerlos, pero sin duda lo es alejarme de todos ustedes —declaró Miguel, desplegando sus educados modales mientras se burlaba de ellos.

Cuando el caballo salió de la taberna, los rufianes se volvieron hacia el

más despiadado de todos, quien, pese a su engañosa apariencia calmada y tranquila, era en realidad el más sanguinario y taimado pirata de todos los presentes.

—Kemal, ¿lo vas a dejar marchar así? —preguntó uno de sus sucios secuaces, apretando airadamente su espada.

—Por ahora —respondió Kemal mientras se limpiaba la sangre del ojo con una mano, como si su herida apenas tuviera importancia—. No os preocupéis: más tarde o más temprano la pequeña Carmen volverá a caer en nuestras manos, ya que su padre es demasiado estúpido como para no volver a cometer nuevamente esos necios actos de borracho. Y, cuando llegue el momento, nos divertiremos mucho con nuestra venganza —declaró riéndose junto a sus seguidores y animándolos a beber.

No obstante, mientras hablaba, sus oscuros pensamientos estaban centrados únicamente en cómo lo resarciría de su herida esa niña cuando fuera mujer.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Miguel, dile algo, que me está haciendo daño! —protestó Carmen cuando María, su furiosa guardiana, una pequeña mujer de mediana edad que siempre recogía en un apretado moño sus rubios cabellos y que habitualmente mostraba al mundo unos bondadosos ojos azules, la dirigía hacia el interior de la casa arrastrándola de una de sus orejas.

—María, cambia de oreja de vez en cuando. No queremos que tenga una más larga que la otra, ¿verdad? Después de todo, algún día querrá casarse... —recomendó despreocupadamente Miguel mientras dirigía su atención a un asunto más importante, como qué hacer con el lastre que acompañaba a su hermana en ese momento.

Cuando cerró el estudio tras dar un violento portazo, hizo que Antonio se sentara en uno de los sillones. Y, sin mostrar la menor amabilidad hacia ese

molesto incordio del que no podía deshacerse, comenzó a reprender a ese hombre que nunca merecería una hija como Carmen.

—¿Cómo has podido permitir que Carmen acabara metida en semejante peligro? ¡Eres su padre!

—Yo no le pedí que viniera a por mí...

—¡Eres su padre! ¡Y, de un modo absolutamente estúpido, esa niña te quiere a pesar de lo despreciable que eres! Si he pagado todas tus deudas y ahora permito que te quedes en esta casa es únicamente para que permanezcas al lado de Carmen, ¿entendido? No quiero que corras a emborracharte a la menor oportunidad.

—¡Si el maldito Dragón no hubiera destruido mi barco, esta casa sería mía por derecho y yo...!

—¡He oído esa historia cientos de veces, y Carmen también, ya que se apiada de ti cada vez que la narras! Pero, como siempre, se te olvida relatar un par de pequeños pero esclarecedores detalles de tu desgracia, como la naturaleza del cargamento tanpreciado que transportabas... ¡Esclavos, Antonio! Llevabas esclavos en ese barco. Esclavos que ese hombre del que continuamente te quejas y al que maldices liberó. Y el otro detallito sin importancia: tu tripulación, compuesta en su totalidad por la misma chusma de la taberna, piratas berberiscos. ¿Cómo se te ocurre no proteger a tu hija de esos despreciables tipejos? Sabes perfectamente lo que podría haberle ocurrido... —Tras una pausa, Miguel continuó furioso—: Te juro, Antonio, que como no cuides mejor de Carmen voy a emplear mi látigo contigo, con toda mi furia, a ver si así aprendes a bailar al mismo son que mis caballos. Ahora retírate y procura mantenerte alejado de la botella durante un tiempo. Por lo menos hasta que se calme mi enfado o, de lo contrario la romperé contra tu dura cabeza.

Mientras Antonio se disponía a salir cabizbajo de la habitación con una reprimenda que solamente recordaría hasta su próxima borrachera, Miguel afirmó:

—Sabes que lo único que tienes que valga la pena es tu hija, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Debes de odiarme mucho por haberte arrebatado a tu madre, ¿no es así, Miguel?

—No. Pero de verdad que no comprendo qué vio mi madre en ti, ni qué ve ahora Carmen para quererte de esa manera.

—Yo tampoco —declaró tristemente Antonio mientras abría la puerta para alejarse de todo.

En el instante en que ésta se abrió, Carmen cayó abruptamente dentro de la estancia, mostrando a los presentes que había estado espiando la conversación privada con su típica y entrometida curiosidad. Como en su rostro mostraba una sonrisa culpable, Miguel dedujo que no había escuchado demasiado y, decidido a reprenderla como se merecía, invitó a su revoltosa hermana a sentarse detrás de su escritorio mientras Antonio huía de nuevo de sus responsabilidades.

—Por una vez me has ahorrado el trabajo de ir a buscarte, hermanita —comenzó él con una maliciosa sonrisa después de que la puerta se cerrara—. Como veo que te encanta correr aventuras y...

—Miguel, sólo fui a esa taberna porque tú estabas demasiado ocupado para ir en busca de mi padre y ya llevaba dos días ausente, no sabía lo que le había pasado y...

—... y dispones de demasiado tiempo libre... —continuó él sin hacer caso de las excusas de su hermana, con las que intentaba librarse de su castigo—, aquí tienes algo para que te entretengas —finalizó mientras depositaba frente a ella numerosos libros—. Historia, matemáticas, latín, francés, inglés...

—¡Pero, Miguel...!

—... buenos modales y costumbres y, por último, protocolo. Todo esto te vendrá muy bien para convertirte en toda una dama.

—Pero, Miguel, ¡yo nunca seré una dama! Tan sólo soy una bastarda... —repuso Carmen, escondiendo su rostro de los reprobadores ojos de su hermano.

—Tú siempre serás una dama, Carmen, sólo que aún hay muchos estúpidos que no se dan cuenta de ello. Así que hazme caso: estudia, aprende, instrúyete y conviértete en una persona a la que nadie pueda intimidar ni con sus palabras ni con su fuerza. Yo estoy aquí para enseñarte y ayudarte —dijo él antes de besarle cariñosamente la frente y depositar en sus manos su látigo, insinuándole de ese modo que sus enseñanzas no se limitarían solamente a los libros, algo que hizo sonreír a Carmen al pensar que algún día podría llegar a ser tan peligrosa como él.

Capítulo 2

Londres, 1813

Lord Damian Conrad, conde de Cousland, apodado *Lord Dragón* a causa de su irascible temperamento, paseaba una vez más por las calles de Londres mientras se preguntaba si su mujer volvería a reprenderlo en esta ocasión por las tardías horas a las que llegaba a casa colocándole la cimitarra que adornaba su estudio debajo del cuello.

Esos peligrosos juegos con su esposa en realidad lo atraían más que espantarlo, pues le recordaban cómo habían jugado el uno con el otro antes de caer en la tentación del matrimonio. Aún lo sorprendía que su ladronzuela se hubiera adaptado tan bien a la vida como condesa de Cousland, pero teniendo en cuenta que de niña fue criada como una dama, hasta que tuvo que escapar junto a sus hermanas para esconderse de las garras de su despreciable tío, lord Simmons, Alexandra solamente estaba recordando lo que un día aprendió.

Por el contrario, Jacqueline y Nicole, las hermanas pequeñas de su esposa, parecía que habían olvidado por completo aquella época, y lo desesperaban constantemente con sus trastadas y sus revoltosos comportamientos. Por suerte, Damian disponía de un considerado y noble hermano, Adrian, en cuya educación había invertido ingentes sumas de dinero, al que había designado como guardián de esas dos revoltosas. Sin embargo, su hermano no parecía ser el más indicado de los hombres para ese encargo, ya que constantemente era manipulado por esas chiquillas, que hacían con él lo que les daba la gana.

Últimamente, el comportamiento de Adrian era intachable: nada de juego, no bebía demasiado y parecía haber dejado de lado la mala costumbre de

acostarse con mujeres casadas. Un comportamiento realmente ejemplar que le permitía concluir que su hermano al fin estaba madurando y reformándose, aunque quedaba un pequeño inconveniente: Damian lo conocía demasiado bien.

Mientras se dirigía a las puertas de ese club de caballeros donde sólo estaba permitida la entrada a aquellos hombres que portaran los más ilustres apellidos de la sociedad londinense, Damian buscaba la presencia de su bullicioso y joven hermano, que, con tan sólo diecinueve años, siempre lograba meterse en algún lío, quisiera él o no.

Un pomposo noble bastante ebrio tuvo la nefasta ocurrencia de cortarle el paso justamente cuando Damian se había autoimpuesto la misión de encontrar a Adrian y, confundiéndolo con otro, le hizo una propuesta bastante estúpida.

—Señor, ¡lo reto a un duelo! —dijo el penoso lord, tambaleándose entre sus amigos mientras arrojaba su guante al suelo.

Lord Dragón suspiró con fastidio ante el cuarto hombre que lo retaba del mismo modo en esa semana por una razón que desconocía.

—No tengo ningún problema en probar mi puntería con su persona, señor mío. Pero, antes, ¿podría indicarme por qué motivo desea morir?

—¡Y se atreve a preguntármelo después de haber deshonrado a mi mujer, el muy bastardo!

—Amigo, se equivoca de persona, algo que me pasa mucho últimamente... Sin embargo, ahora que gracias a usted sé el motivo, pienso acabar con el problema de raíz —declaró Damian, pensando muy seriamente si cumplir las promesas de castración con las que había amenazado a su hermano.

—¡No me equivoco de persona! ¡Lo vi en la calle coqueteando con mi esposa mientras iba en mi carruaje: cabellos marrones, ojos negros... y con su gran altura es muy difícil pasar desapercibido o ser confundido con otro!

—Créame cuando le digo que es muy fácil que alguien me confunda con otro, sobre todo cuando el otro individuo no hace nada para negar el equívoco —repuso Damian, cada vez más enfurecido con su hermano.

—¡No se esconda bajo vanas excusas! ¡Usted es el único hombre de esas características que...!

Y, como si la Providencia hubiera querido sacar de su error al molesto individuo, en ese instante Adrian salió del emblemático club de caballeros, en el que presumían de que ninguna mujer había puesto un pie jamás, acompañado de dos damitas muy bien disfrazadas a las que Damian también debía reprender.

—De acuerdo —iba diciendo Adrian a sus acompañantes, sin percatarse aún de la presencia de su temido hermano mayor—, entonces me explicaréis cómo tenéis siempre tanta suerte en el juego, pues ya he hecho lo que queríais. Ahora os toca a vosotras cumplir vuestra parte del trato.

—Todo es cuestión de... —comenzó a decir Jacqueline, una manipuladora pelirroja de ojos verdes, mientras echaba un vistazo a sus ganancias, obtenidas bajo el disfraz de un joven y anodino lord.

—Pura suerte —apuntó en ese momento la joven Nicole, una pícara rubia de intensos ojos verdes que encajaba a la perfección en su papel de ocioso joven mientras lucía una taimada sonrisa—. Creo que Adrian debería llevarnos a algún sitio más antes de que nos decidamos a revelarle nuestros secretos. ¿Tú qué opinas, Jack? —preguntó ladinamente Nicole mientras sonreía con complicidad a su hermana.

—¡Opino que el siguiente lugar al que os llevará Adrian será a casa! —intervino un enfadado Damian en ese instante, llamando la atención de esos desobedientes mientras ignoraba por completo al molesto personaje que lo acosaba con la estúpida idea de un duelo, pasando despreocupadamente por su lado para dirigirse a la fuente de sus problemas—. ¿Verdad, Adrian? —concluyó furioso, dedicando a esos tres una de sus miradas más irritadas.

—¡Eh, vaya...! Hola, querido hermano... Yo... te lo puedo explicar todo —declaró Adrian mientras se colocaba delante de las dos pícaras que lo acompañaban, como si se dispusiera a defenderlas de él como todo un caballero.

—Entonces ¿es usted el que se ha acostado con mi esposa convirtiéndome en un cornudo? ¡Lo reto a un duelo, señor! —exclamó de nuevo el noble borracho, interrumpiendo su conversación.

—Bueno, puedo explicarlo casi todo... —rectificó Adrian, dedicándole una ligera mirada al individuo mientras intentaba excusar otro más de sus inadecuados comportamientos ante su irascible hermano.

—Sí, eso harás en cuanto estemos en casa. Y, mientras llegamos, ve pensando en una excusa lo suficientemente buena como para que no acabe dejándote olvidado en las bodegas de uno de mis barcos mercantes para librarme de ti —amenazó Damian a la vez que llamaba a su carruaje.

—Tú nunca le harías eso a tu querido hermano... —bromeó Adrian, sabiendo que los rugidos de ese Dragón en ocasiones no eran tan atemorizadores como aparentaban.

—Siempre puedo amarrarte al ancla y tirarte al agua. Las dos opciones me sirven por igual para que dejes de molestarme —contestó Damian, dirigiendo una furiosa mirada a su hermano tras ayudar a subir al carruaje a sus dos rebeldes cuñadas.

—¡Vamos, hermanito! Los dos sabemos que no puedes vivir sin mí y sin las alegrías que llevo a tu vida.

—¡No me importa cuál de los dos se acostó con mi mujer, los reto a ambos a un duelo! — interrumpió una vez más el molesto lord, logrando esta vez una respuesta a sus exigencias cuando esos dos hombres tan parecidos, y a la vez tan distintos, se volvieron hacia él sacando sus armas y efectuaron dos disparos de advertencia, uno de los cuales impactó muy cerca de sus pies, mientras que el otro hizo volar su sombrero.

A continuación, los dos hermanos declararon, al unísono y sin importarles lo más mínimo lo que pudiera decir ese individuo acerca de su honor:

—¡No acepto ese duelo!

Adrian suspiraba con resignación mientras se preparaba para recibir otro más de los extensos sermones de su hermano cuando llegaran a casa. De nada le serviría su justificación de cuán taimadas eran las dos muchachas que su hermano había dejado a su cargo. A pesar de que aparentaran ser unas nobles damiselas, Jacqueline y Nicole podían llegar a engañar al mismísimo diablo para que las acompañara en alguna de sus locuras. Luego, simplemente se limitaban a mostrar tal gesto de inocencia e ingenuidad en sus bonitos rostros que hasta el más irascible Dragón se apiadaría de ellas, y a él le tocaba llevarse todas y cada una de las reprimendas de su hermano, fueran o no merecidas.

En verdad, a Adrian no le molestaba en exceso cargar con las culpas de los pecados de esos dos diablillos, por eso no protestaba demasiado cuando Damian lo reñía. Adrian pensaba que todas las mujeres debían ser protegidas y tratadas con la debida atención y respeto, por eso no entendía cómo era posible que muchos nobles olvidaran a sus bonitas esposas para saltar a los brazos de alguna amante cuando apenas podían satisfacer a sus propias consortes. Pero para eso estaba él: para calmar a esas fogosas mujeres mientras sus maridos pretendían ser más hombres acostándose con otras.

Más tarde, cuando esos estúpidos venían a reclamarle acerca de los excesivos adornos de sus respectivas cornamentas, él se reía de ellos. Tal vez si hubieran cuidado su tesoro tan celosamente como hacía su hermano, nadie habría osado robárselo delante de sus narices.

La última dama casada con la que había estado había sido una mujer apocada que apenas si sabía reconocer lo que era el deseo, y a la que su marido sólo había utilizado para su propio placer. Adrian estuvo más que encantado de mostrárselo, pero, claro estaba, después de dejarle bien claro que él no pertenecería nunca a ninguna mujer.

Con diecinueve años, Adrian aún era demasiado joven como para creer en la fidelidad o en el amor, algo que comunicaba puntualmente a todas sus

amantes antes de adentrarse en su lecho. Algunas creían en sus palabras, otras intentaban reformarlo, pero ninguna conseguía de él más de lo que Adrian quisiera darles.

Como todas las responsabilidades familiares recaían sobre su hermano mayor, tanto las relativas al noble título de conde como las de los negocios, Adrian, sin tener nada mejor que hacer, se había dedicado a disfrutar ociosamente de la vida y a regocijarse en todos los placeres que se le pusieran a tiro.

Ya había sido expulsado de la universidad en varias ocasiones, pero ¿qué podía hacer si algún compañero lo invitaba a su casa para presumir del elevado título del que él carecía y su hermana o su prometida se metían en su cama? Pues lo único posible: corresponder a su amable invitación haciendo de esa visita una experiencia inolvidable para esas mujeres.

Lo malo de esas situaciones eran los estúpidos duelos o las peleas a las que sus compañeros lo retaban y pretendían ganar, pues siempre acababan de la misma forma para él: con una nueva expulsión y una reprimenda por parte de su hermano al regresar a casa.

Eso era algo que Damian, con su eternamente fruncido ceño y su temperamental carácter, no comprendía. Tal vez porque en esos momentos se había convertido en un honorable hombre casado al que sólo le gustaba jugar con una mujer: la suya.

Alexandra había sido la primera mujer que había llamado la atención de su hermano hasta el punto de lograr que el hombre que renegaba de perseguir a mujer alguna saliera corriendo detrás de ella. Que Alexandra le hubiera robado la bolsa en cuanto lo conoció y se hubiera burlado de él de una forma un tanto vergonzosa, que siempre haría sonreír a Adrian al recordarlo, solamente fue el empujón definitivo que Damian necesitaba para perseguir lo que deseaba.

El resultado había sido simple: cuando Damian descubrió todos los secretos de Alexandra ya era demasiado tarde para dejarla ir, por lo que

utilizó todos los métodos que tenía a su alcance para quedarse con ella y, de paso, también con la tutela de esas dos hermanas suyas, que lo volvían loco.

Como un caballero, Adrian siempre las seguía para ver qué planeaban y para protegerlas de cualquier peligro que pudieran encontrar. Pero, para su desgracia, las consecuencias eran siempre las mismas: quien se hallaba al final en peligro era él mismo cuando el irascible Dragón, que lo miraba reprobadoramente en esos instantes, se enteraba de alguna de sus trastadas.

—¿Otra maldita mujer casada, Adrian?! —rugió Damian, sin poder resistirse más a increpar a su irreflexivo hermano.

—¿Qué puedo decirte? La dama me hizo una proposición indecente que no pude rechazar... Además, no sé de qué te sorprendes, si ya sabes que no sé decirle que no a una mujer.

—¡Pues aprende! ¡Y ve practicando con ellas cuando intenten arrastrarte a una de sus locuras! —exclamó Damian furioso mientras señalaba a las dos hermanas, que permanecían en silencio dentro del carruaje—. ¡Y vosotras! Vosotras... —añadió alzando la voz hasta que las taimadas mujeres lo miraron con sus falsamente afligidos rostros y esos profundos ojos verdes, iguales que los de su mujer, colmados de lágrimas de cocodrilo que acabaron en un solo instante con el furioso rapapolvo que iba a dirigirles—. Con vosotras ya hablaré en casa.

«Conversación que nunca tendrá lugar», pensó Adrian mientras negaba con la cabeza al ver cómo su hermano también podía ser manipulado por esas engañosas mujeres.

—Estoy pensando seriamente en la posibilidad de enviarte a una academia militar como sigas así, un lugar donde, por supuesto, sólo hay hombres.

Ante tan espantosa idea, Adrian intentó utilizar la misma estrategia que esas pillas mostrando el gesto más penoso que fuese capaz, a ver si así su hermano se ablandaba. Desafortunadamente para él, no era tan guapo ni tenía los ojos tan verdes como esos que tanto aplacaban al Dragón.

—Deja de ponerme caras raras, Adrian, o te juro que paro el carruaje y te

vuelves a pie. Eso, o abro la puerta y te arrojo de aquí sin molestarme en detenerlo.

—¡Venga, hermano! Si sé que en el fondo me adoras y que sin mí tu vida sería la mar de aburrida.

—¡Cuatro duelos, Adrian! Me han retado a cuatro duelos en lo que llevo de semana sin tener ni idea de por qué hasta que al fin la cuestión se ha aclarado hoy, y resulta que el motivo es que no has podido evitar bajarte los pantalones otra vez y que me han confundido con mi libertino hermano. ¿Qué tienes que decir a eso?

—Que también se puede hacer con los pantalones subidos..., y que no entiendo por qué siempre te confunden conmigo, ya que, indudablemente, soy mucho más guapo que tú.

—Por una vez me gustaría que las cosas ocurrieran al revés y que alguien te confundiera conmigo para que vieras qué se siente al ser culpado por los pecados de otro.

—Bueno, y ¿cómo fueron los resultados de esos enfrentamientos? ¿Acudiste a alguno de ellos?

—No, les dejé bien claro que yo no era el tipo al que buscaban, aunque tuviera que convencerlos a punta de pistola. Adrian, no quiero verte en ningún duelo más en lo que queda de vida.

—¿De tu vida o de la mía, hermano? —preguntó él irónicamente, sabiéndolo imposible.

—De las de ambos —sentenció Damian con una furiosa mirada, para luego pasarse las manos por el cabello con frustración mientras miraba preocupado a su hermano—. No quiero encontrarte muerto en algún callejón a manos de un marido celoso, así que, por una vez, hazme caso y mantente alejado de las mujeres casadas.

—No te preocupes, hermano, aprenderé a decir «no» —dijo Adrian despreocupadamente después de que el carruaje parara en su destino.

Mientras ayudaba a bajar a las damiselas que los acompañaban, Damian no

pudo evitar darse cuenta de que en ningún momento Adrian había especificado para quién aprendería a decir esa palabra, si para las mujeres que tanto lo perseguían o para su propio hermano, que en ocasiones tanto lo atosigaba.

—Y en cuanto a vosotras... —intentó reprender una vez más el Dragón a las revoltosas chicas que estaban bajo su custodia.

—Vamos, Damian, esta aventura no ha sido para tanto. Ellas han entrado en un respetable club de caballeros rompiendo con la absurda y arcaica tradición de «sólo varones», cuando todos sabemos que con mujeres todo es más excitante. Por suerte, nadie ha descubierto sus disfraces y hasta se han ofrecido a hacerlas socios cuando han visto cómo jugaban y, por supuesto, quién las acompañaba.

—Has vuelto a hacerte pasar por mí para que te dejaran entrar, ¿verdad?

—Bueno, tal vez dejé caer tu nombre en la entrada. Y mientras ellas jugaban y bebían puede que también te mencionara para llamar la atención...

—Unas acciones de lo más respetables para cualquier dama, claro —expuso irónicamente Damian, dirigiendo una vez más su furiosa mirada hacia su hermano mientras dejaba que las revoltosas damitas huyeran de sus rugidos.

—Para éstas, sí. Recuerda que en el pasado estuvieron expuestas en lugares mucho más peligrosos.

—Algo a lo que sin duda no tienen que volver jamás ahora que están bajo mi protección.

—Ten cuidado, Damian. Ellas son espíritus libres, así que no las protejas demasiado con tu ala de Dragón, o terminarás por asfixiarlas —aconsejó Adrian, dejando de lado sus bromas mientras daba este consejo a su sobreprotector hermano, que en ocasiones lo sofocaba en exceso.

—Señor, lamento interrumpirlo, pero creo que debo advertirle que su mujer lo está esperando en su estudio —intervino Alfred, el único sirviente de esa casa lo suficientemente valiente para interrumpir al Dragón.

—Ahora no, Alfred, estoy tratando de reprender a mi hermano. Creo que mi mujer puede esperar un poco más sin que se altere demasiado.

—Señor, lamento disentir, pero la señora lleva horas encerrada en esa habitación, ha bajado la cimitarra de su lugar y la está afilando.

—Sin duda está enfadada por la hora tan tardía a la que he vuelto, pero Alexandra comprenderá que solamente estaba protegiendo a sus hermanas. No te preocupes, Alfred, en cuanto le explique que ellas ya están en casa se calmará.

—Creo que ello habría sido posible si lady Maiffert no le hubiera hecho una visita para contarle el nuevo rumor que corre por todo Londres —dijo Alfred, mencionando el nombre de la mayor cotilla de la alta sociedad londinense, a la que le encantaba regodearse en las desgracias de otros.

Mientras su preocupado hermano deducía por qué motivo su esposa se había molestado terriblemente con él, Adrian se alejó con disimulo, tratando de huir de esa situación de la que, sin duda, también lo culparían.

—Bueno, Alfred, tú ganas. Vayamos a mi estudio y escuchemos cuál es ese terrible rumor que tanto ha molestado a mi mujer.

En cuanto Damian abrió la puerta de la estancia fue recibido por la furiosa mirada de esos ojos verdes que tanto adoraba, acompañada del filo de su cimitarra, que apuntaba a un lugar más bajo de lo aconsejable para la tranquilidad de un hombre. Lord Dragón supo enseguida cuál era ese terrible rumor que corría sobre él.

—Ahora, esposo mío, me vas a contar detenidamente por qué te han retado esta semana a cuatro duelos y qué tienes que ver tú con las mujeres de esos individuos...

Y, con un furioso gruñido que resonó por toda la casa, Damian pronunció el nombre del que sería siempre el primero y el último de sus problemas:

—¡¡Adrian!!

Capítulo 3

Cuatro años después...

—¡Adrian, ésta es la gota que colma el vaso de mi paciencia! No tuviste bastante con involucrar a Nicole en una peligrosa partida de póquer para que te ayudara con tus deudas ni con perderla a manos del dueño de esa casa de juego, sino que ahora vuelves a implicarte con mujeres casadas —acusó Damian a su hermano.

—En mi defensa debo señalar que Bennet ha demostrado ser un esposo bastante adecuado para Nicole.

—¡Un hombre que se hace llamar *Diablo* y que regenta una casa de juego dista mucho de ser adecuado para cualquier dama!

—Bueno, para Nicole lo es —replicó Adrian sin que Damian pudiera rebatir sus palabras, que indudablemente eran ciertas.

No obstante, Damian no permitió que su hermano desviara la atención del tema principal y prosiguió con su discurso.

—¿Hasta cuándo vas a seguir liándote con las esposas de otros hombres? Si tanto deseas ir tras las faldas de mujeres casadas, búscate la tuya propia y deja en paz a las de los demás.

—Pero, Damian, todas las mujeres que valen la pena ya están casadas: Jacqueline, Nicole y por supuesto...

—No lo digas, ni te atrevas a decir...

—... Alexandra.

—¡Deja a mi mujer fuera de esta conversación! —Tras esta advertencia, Damian se frotó los ojos con frustración y suspiró ruidosamente, tomándose un

momento para reflexionar y calmarse—. ¿Sabes? Espero que encuentres a una mujer que sepa mantenerte firme en todo momento, aunque sólo sea a base de latigazos.

—No creo que haya nadie con esas características para mí, pero si alguna vez encuentro a la mujer adecuada, te la presentaré.

—Pues yo creo que vas a tener tiempo de sobra para buscarla y, ¡quién sabe!, tal vez la encuentres en otro país, porque desde mañana vas a dirigir uno de mis barcos mercantes que van hacia la India. No quiero que vuelvas a pisar Londres al menos en dos años.

—¿Qué pasa, hermano? ¿Al fin te has cansado de mí?

—No, en realidad quien se ha cansado de ti ha sido uno de los maridos a los que has sobreadornado con una cornamenta, hasta el punto de que ha puesto precio a tu cabeza.

—Bueno, aun así, siento declinar tu oferta, querido hermano. Lo cierto es que yo sería un capitán nefasto para uno de tus navíos: no sé nada de navegación. Y estar rodeado sólo de hombres y de mar... ¡Uf! ¡Sólo de pensarlo me da urticaria! De modo que, sintiéndolo mucho, tengo que decirte que no. ¿Ves? Al final he aprendido a decir esa palabra —respondió Adrian mientras se alejaba de la estancia tan despreocupadamente como lo hacía siempre, sin percatarse de que la conversación con su hermano no había acabado todavía y que sus insolentes palabras y sus atrevidas acciones habían hecho sacar a relucir el genio por el que tanto temían a Lord Dragón.

—No te preocupes, Adrian, ya te buscaré yo una tripulación adecuada con la que no puedas rechazar mi propuesta.

En una de las tabernas menos respetables del puerto de Londres, llamada El Mochuelo Azul, un noble se paseaba a sus anchas sin ser atacado por ninguno de los maleantes que concurrían en ese lugar, tal vez porque en una ocasión él

había sido uno de ellos y aún lo recordaban con respeto, incluso algunos con temor.

Cuando se acercó a la barra ni siquiera tuvo que pedir una bebida antes de que Hunter, el ocupado dueño del lugar, pusiera una gran jarra de cerveza frente a él a la espera de que le relatara en qué endiablado lío lo había metido su familia en esa ocasión.

—¿Cómo te va la vida, amigo mío? ¿Te has aburrido ya de ser un noble y respetable hombre casado? Si es así, déjame decirte que no te presto mi establecimiento para cometer infidelidades, pues conozco demasiado bien a tu esposa y a sus hermanas y tengo en muy alta estima mis nobles partes.

—Yo también tengo mucho aprecio por las mías, Hunter, por eso nunca engañaré a mi mujer. Por eso y porque nunca encontraría a otra como ella.

—¡Amén a eso, hermano! Entonces, dime, ¿qué haces aquí? ¿Es que quieres huir de esos diablillos que te vuelven loco?

—Los mellizos son el menor de mis problemas —respondió Damian—. El verdadero dolor de cabeza es mi hermano. Como siempre.

—¿Qué ha hecho en esta ocasión el locuelo de Adrian? ¡Bah! No sé ni para qué lo pregunto..., seguro que ha corrido otra vez detrás de alguna falda que no debía levantar.

—Premio..., y en esta ocasión incluso ha conseguido que le pongan precio a su cabeza.

—¡Vaya! Y ¿qué piensas hacer con ese hermano tuyo?

—Para eso estoy aquí esta noche, para conseguir que mi vieja tripulación haga un último viaje. ¿Crees que estarían dispuestos a ayudarme? —preguntó Damian con una maliciosa sonrisa mientras observaba que, tras sus palabras, Hunter cambiaba el garfio que habitualmente exhibía en el muñón de su brazo izquierdo por una nueva y amenazante adquisición: un afilado cuchillo.

A continuación, el tabernero gritó para hacerse oír por encima del ruido de la muchedumbre:

—¡Escuchadme, desgraciados! ¡El Dragón nos necesita para un último

viaje! ¿Quién se apunta a esta aventura?

—¡Dragón, Dragón! —comenzaron a gritar parte de los asistentes, reconociendo al que una vez fue su capitán a través de los siete mares y un intrépido y temido corsario apoyado por la Corona inglesa.

—¿A quién hay que matar? —preguntó el turco Alí, con su siempre llamativo turbante rojo, alzando su cimitarra.

—Baja esa arma, Alí —rio el Dragón—. Por ahora a nadie, solamente quiero una tripulación lo suficientemente valiente como para proteger a mi hermano de todos los problemas en los que pueda llegar a meterse durante los dos años que quiero que se aleje de Londres. Tal vez en ese tiempo todos se olviden de que su cabeza tiene precio.

—¡Bah! Un trabajo de lo más aburrido: hacer de niñera —comentó uno de los parroquianos, descartando con demasiada celeridad su propuesta.

—Cómo se nota que no conoces a mi hermano... Os aseguro que junto a él no pasaréis ni un día sin alguna aventura. Por eso he pensado que qué mejor que unos hombres tan virtuosos como vosotros para desempeñar esa honorable tarea —se burló Lord Dragón, haciendo que muchos de ellos se atragantaran con sus bebidas.

Luego simplemente se rio de cada uno de esos desalmados y, dejando un arrugado papel en la mano del tabernero, declaró:

—Éste es el pago. Quien esté interesado en este aburrido trabajo que hable con Hunter.

Tras observar la desorbitada cantidad que había apuntada en él, Hunter puso el papel boca abajo sobre la barra y, tras golpearla con contundencia, exclamó dirigiéndose a todos sus clientes:

—¡Oíd, bribones! ¡El Mochuelo Azul permanecerá cerrado durante dos años!

Tras oír las palabras de ese hombre, que vivía por y para su taberna, todos los curiosos se agolparon junto a él. Los que ya conocían a su antiguo capitán

y lo malicioso que éste podía llegar a ser simplemente sonrieron. Y mientras Damian pasaba por su lado, le preguntaron:

—Dragón, y ¿quién será nuestro capitán?

—Por supuesto, mi joven hermano. Aunque tal vez haya que persuadirlo un poco...

Después de varias semanas sin que Damian le rugiera, Adrian estaba convencido de que su hermano por fin se había calmado y había dejado atrás esa estúpida idea de ponerlo a trabajar en uno de sus barcos.

Indudablemente, él no era un hombre de mar, y le repelía la idea de tener por única compañía a unos sucios y sudorosos hombres cuando podía estar mucho más a gusto en el tierno lecho de una de sus amantes, entre los dulces brazos de una mujer. O de varias.

Sin que Damian lo supiera, él estaba buscando al hombre que había osado ponerle precio a su cabeza para acabar con esa estupidez de raíz. Por muy despreocupado que pudiera aparentar ser ante la sociedad, no era tan inofensivo como todos creían. A la sombra de su hermano, Adrian había aprendido a manejar todo tipo de armas hasta llegar a sobrepasarlo; su inteligencia y su audacia igualaban a las del Dragón, incluso su aspecto era muy similar al de Damian. En lo único en que se diferenciaban claramente era en que Adrian prefería que todos creyeran que no era tan peligroso como su hermano y sus rugidos hasta que fuera demasiado tarde.

Lo intranquilizaba la idea de que alguien confundiera a su hermano con él y acabara con su vida por esa estúpida recompensa que pendía sobre su cabeza, y la idea de que Alexandra y sus sobrinos se quedaran solos por una de sus estúpidas correrías no lo dejaba descansar, por eso estaba decidido a acabar con ese hombre que tantos problemas le había traído, ya fuera utilizando métodos tan honorables como los que solía poner en práctica ante la sociedad,

o tan deshonestos como los que había llevado a cabo su hermano en alguna ocasión en alta mar.

Por ese motivo se hallaba reunido en esos instantes con uno de los peores rufianes de los barrios bajos de Londres, tras lo que esperaba recibir algo de información sobre la recompensa que ofrecían por él. Sobre todo, porque había tenido que despojar la bodega de su hermano de los mejores licores que tenía para sobornar a ese granuja. Por desgracia, no podía dispararle si lo estafaba, ya que, lo quisiera o no, ahora ese hombre formaba parte de su familia.

—Un excelente licor, Adrian, sin duda esta botella habrá costado una fortuna.

—Clive, ¿podrías darme ahora la información que necesito antes de que mi hermano me encuentre y decida tirarme por la borda de uno de sus barcos después de haberlo despojado de uno de sus licores más preciados, por favor?

—Todo sea porque después de que Nicole se casara con mi hermano somos familia. Más o menos. —Clive sonrió un instante antes de revelar su información—. Puedo decirte que alguien ha puesto un precio muy alto a tu cabeza.

—Fabuloso, ¿ahora podrías contarme algo que no sepa ya?

—No debes impacientarte, debes esperar hasta... ¡¿Qué estás haciendo?! —gritó Clive muy alterado al ver cómo el joven Adrian cogía la valiosa botella que había sobre su mesa y, sin importarle demasiado lo exclusiva que pudiera ser, la vaciaba sobre el suelo.

—Bien. Ahora que tengo toda tu atención, ¿me dirás algo que me sirva o tendré que vaciar las otras cinco botellas que he traído para hacerte hablar?

—Qué cruel —declaró Clive mientras alejaba sus preciadas botellas de ese hombre, que no era tan inofensivo como todos pensaban—. Ya les he ordenado a mis hombres que no acepten ese trabajo. Por mi parte, estás cubierto. Pero el Serpiente maneja la otra mitad de este territorio, y aunque tema a tu hermano, tú eres otro cantar. Además, están los mercenarios de fuera,

que no conocen ni temen a nadie, y para los que tu cabeza solamente es dinero fácil. Si quieres un buen consejo, yo que tú haría caso a tu hermano y me alejaría de Londres durante algún tiempo.

—No, gracias. Los consejos de Damian pueden llegar a ser muy poco placenteros para mi bienestar. Me arrojaría por la borda al cabo de unas pocas semanas, cuando todo lo que pudieran ver mis ojos fueran agua y hombres.

—Pero al menos seguirías vivo.

—No, sin duda me moriría de aburrimiento —declaró Adrian mientras se levantaba de la silla que había ocupado frente al escritorio de ese granuja—. Prefiero pasar mis últimos días entre los brazos de una dulce mujer. Pero por si acaso éstos llegasen antes de lo aconsejable, cuida de mi familia por mí, ¿de acuerdo? —añadió, perdiendo por unos instantes esa eterna sonrisa que siempre lo acompañaba.

—Ellos saben cuidarse solos perfectamente. El que me preocupas eres tú, Adrian.

—No te preocupes por mí, amigo mío: yo siempre caigo de pie.

«Definitivamente, éste no es mi día», pensaba el joven Adrian mientras se enfrentaba a tres hombres armados que reclamaban su cabeza después de salir del escondrijo de Clive Sin. Ésa era ya la cuarta pelea en lo que llevaba de noche, y decididamente empezaba a cansarse de que esos idiotas comenzaran siempre igual sus estúpidas observaciones sobre su persona.

—¿Quién dijo que sería un trabajo difícil? ¡Pero si sólo es un joven petimetre! —declaró el más sucio y harapiento de ellos.

—¡Mira sus pintas! Seguro que ni siquiera va armado —apuntó un desgarrado individuo mientras descubría el oxidado cuchillo que ocultaba en su mano.

—Ni el grupo de Timmy ni el de Norton pudieron con él, así que tened

cuidado —advirtió un tercero utilizando su cerebro, aunque no demasiado cuando negó con la cabeza ante su propia afirmación.

—¡Eh, tú! ¡Ven aquí! —gritó retadoramente uno de ellos, apremiando a Adrian a acercarse a su muerte.

—Como veo que no vienen a despojarme de mis bienes, sino que prefieren apropiarse directamente de mi vida, me veo obligado a declinar amablemente su oferta. Y a advertirles de paso de que mi estado de ánimo esta noche no es el mejor, y eso que yo siempre estoy de buen humor —replicó Adrian a sus contendientes.

—¡A por él! —gritaron los tres hombres, abalanzándose sobre el joven, quien se dispuso a utilizar todas las artimañas que había aprendido de su hermano, fueran honradas o no.

Con celeridad, lanzó su sombrero a la cara de uno de los maleantes, cegándolo por unos instantes, unos segundos que le sirvieron para sacar el afilado cuchillo que ocultaba en su manga. Con él cortó el tendón de la muñeca de otro de sus rivales, haciéndole imposible que pudiera sujetar un arma. A continuación, arrojó su cuchillo hacia el hombre que intentaba atacarlo por la espalda, acertándole de lleno en el vientre. Cuando el último de ellos comenzó a mover nerviosamente su arma, tratando de intimidarlo al creerlo desarmado, Adrian se limitó a desenfundar la pequeña daga que guardaba en una de sus botas, e imitando la peligrosa sonrisa que en ocasiones era capaz de ofrecer el Dragón a sus enemigos, acorraló al último de sus atacantes contra una mugrienta pared, donde lo desarmó con una maniobra de su daga ejecutada a una velocidad pasmosa para hacerse con la navaja de su contendiente y acabar cruzando ambas armas amenazadoramente delante de su cuello, inmovilizándolo por completo, tras lo que le susurró una advertencia:

—Dile al hombre que quiere mi cuello que venga él mismo a por él y deje de enviarme a meros aficionados.

A continuación, separó lentamente los cuchillos del cuello del tembloroso sujeto, que ya no lo creía tan inútil e inofensivo como en un principio. Y más

cuando las armas que se alejaban de su gaxate le dejaron un corte de advertencia para que viera lo cerca que había estado de perder la vida.

Después de eso, los tres hombres heridos desaparecieron con celeridad de su vista. Y mientras Adrian se alejaba del oscuro y sucio callejón, detectó la sombra de otros cinco hombres que se cernían sobre él. Dispuesto a entablar batalla de nuevo, volvió a sacar el puñal que ocultaba en su manga, hasta que reconoció a los individuos que se aproximaban.

—¿Hunter? ¿Alí? ¿Qué hacéis aquí? ¿Y ese mono? —preguntó jovialmente cuando el curioso animalillo de hocico negro, carita blanca y cuerpo peludo y marrón bajó rápidamente del hombro de Alí y, tras realizar algunas volteretas y otros divertidos gestos, se subió al suyo—. Qué cosita más graciosa — declaró divertido mientras guardaba su arma para acariciar cariñosamente la cabeza del animal.

Cuando volvió su atención hacia los hombres que lo habían rodeado supo que tramaban algo al contemplar la misma maliciosa y taimada sonrisa que en ocasiones mostraba su propio hermano.

—Hemos venido a por nuestro capitán —declaró Hunter burlescamente, revelando que esa emboscada era cosa de Damian sin ninguna duda.

—No es por llevaros la contraria, pero ya he rechazado ese trabajo decenas de veces, así que decidle a mi hermano que en esta ocasión también declino su oferta. Y os advierto desde ya que nunca subiré a uno de esos barcos por mi propio pie: tendréis que atarme de pies y manos si queréis conseguir algo así de mí.

Mientras Adrian pronunciaba despreocupadamente esa advertencia, uno de los hombres le mostró la larga soga de la que iban provistos.

—No creáis que será tan fácil como pensáis... —los retó el joven, bastante molesto con la insistencia de su hermano, mientras sacaba de nuevo su puñal.

Hasta que esos hombres le demostraron que no era tan hábil ni tan listo como él creía cuando, tras sentir un pinchazo en el cuello causado por el adorable animalito que tenía sobre los hombros, Adrian comenzó a ver

borroso y no tardó en desplomarse en el suelo sin poder hacer nada para evitar que esos impresentables se lo llevaran consigo.

Hunter, ese individuo de casi dos metros de altura y temible aspecto, lo cargó sobre su hombro como si de un simple fardo se tratase. Y desde su lamentable posición, Adrian pudo ver cómo el despreciable animalillo que había creído inofensivo le sonreía desde el hombro de Alí.

—¡Maldito mono, ya no me caes bien! —declaró justo antes de caer en la inconsciencia y ver cómo la que sería su leal tripulación se dirigía hacia el barco con él.

«Definitivamente, estos idiotas se toman mis palabras al pie de la letra», pensó Adrian tras despertarse atado de pies y manos en lo que no dudaba que era la oscura bodega de un barco, ya que el movimiento de vaivén que estaba experimentando era algo que nunca podría olvidar. Ni él, ni su revuelto estómago.

«¿Por qué demonios siempre acabo atado de un modo u otro?», se preguntó mientras se deshacía de las cuerdas con algún que otro hábil movimiento de muñeca y ayudado por la minúscula cuchilla que escondía en uno de sus anillos, un truco aprendido, cómo no, gracias a tener en la familia a unas taimadas exladronas que siempre se encargaban de meterlo en más de un problema.

Levantándose tan despreocupadamente como si encontrarse en esa situación tan sólo fuera un mero contratiempo en su ajetreada vida, sacudió el polvo de sus elegantes ropas y se dispuso a conocer a la honorable tripulación que su hermano había contratado para que lo acompañara en ese viaje.

Decidiendo que a bordo de ese barco seguramente habría algún hombre al que podría convencer para que lo llevara nuevamente a tierra, subió la escalera que conducía a cubierta mientras pensaba que su hermano no podía

ser tan despiadado como para formar su tripulación con los canallas que un día lo habían seguido a él en sus aventuras de pirata, tanto en aquellas acciones que fueron apoyadas por la Corona como en las que no. Aunque la presencia de algunos de los compinches de Lord Dragón en ese lugar le dificultaría un poco su regreso a casa, ya encontraría entre ellos a un tipo honrado al que pudiera sobornar.

O eso era al menos lo que Adrian pensaba hasta ver a su tripulación, todos ellos sonriéndole tan maliciosamente como sólo sabía hacer Lord Dragón.

—Bienvenido, *capitán* —declaró burlonamente Hunter, avivando las risas de los demás individuos que se hallaban en ese barco al hacer especial énfasis en la última palabra.

—Bueno, como vuestro nuevo capitán, mi primera orden será volver a Londres, así que ¡todo a estribor! —ordenó Adrian, señalando a donde él creía que se encontraba su hogar.

—Siento disentir, capitán, pero ésa no es la dirección correcta —aclaró burlonamente uno de esos despiadados sujetos.

—Bueno, pues al otro estribor... —insistió Adrian, recibiendo unas nuevas risas de su tripulación cuando lo informaron nuevamente de su error.

—Capitán, eso es babor.

—Simplemente llevadme a casa —suspiró el joven, resignado a ser el centro de las burlas de esos hombres durante todo el tiempo que durara su viaje.

—Lo siento, capitán, pero las órdenes de su hermano eran claras: no regresará a su hogar durante un tiempo. Pero no se preocupe, lo devolveremos a su casa de una sola pieza —replicó Hunter, el verdadero capitán que gobernaba a cada uno de los impresentables que formaban su tripulación.

—De acuerdo, pues dado que no hay más remedio, al menos disfrutemos lo máximo posible de este viaje —contestó Adrian, resignado a permanecer lejos de su casa durante algún tiempo—. Y aunque no tengo nada en contra de esta tripulación, prefiero compañías mucho más femeninas para mi deleite, así que

os daré una nueva orden que no podréis rechazar: poned rumbo al puerto más cercano que esté repleto de mujeres, alcohol y juegos... Después de todo, mi querido hermano, Lord Dragón, nos invita...

—¡Dragón! ¡Dragón! ¡Dragón! —gritaron todos, vitoreando la nueva orden que había dado su capitán, una que ninguno de los sinvergüenzas a bordo del barco pudo rechazar.

Dos años después...

Después de dos años a bordo de ese navío, Adrian ya se había habituado al suave balanceo de la embarcación y a las risas de los hombres, que, aunque lo respetaban en algunas ocasiones, también podían llegar a ser bastante crueles en sus burlas.

Había aprendido mucho a manos de esos truhanes, y había pasado de ser un ocioso noble a un activo capitán que, mano a mano con sus marineros, había desempeñado todas y cada una de las funciones en el galeón para saber cómo manejarlo perfectamente.

Desde su posición detrás del timón, Adrian permitía que la suave brisa agitara sus revueltos cabellos castaños, que ahora le llegaban más allá de los hombros, y que los rayos del sol lo bañaran bronceando su piel. Se había quitado la camisa, porque le molestaba en la espalda, y una vez más se preguntó qué nueva jugarreta le habrían hecho esos tunantes, ya que la anterior vez que se emborrachó para celebrar que habían logrado salir de una pieza de una dura ruta atravesando el cabo de Buena Esperanza pese a un tiempo inclemente que por muy poco no los había mandado al fondo del mar, despertó con un arete de oro en su oreja derecha.

Sin comprender el porqué de ese gesto de parte de una tripulación que lo miraba con orgullo, Adrian no se deshizo del regalo de esos pillos, sino que lo dejó en su lugar sólo para ver la reacción escandalizada de su hermano cuando volviera a casa y fuese testigo de cuánto había cambiado desde que lo había obligado a marcharse de su hogar en dirección a la India.

Concentrado en el rumbo hacia un nuevo puerto donde disfrutar del placer en brazos de las mujeres que tanto adoraba ahora que planeaba regresar a su hogar, se preguntó qué narices habrían hecho esos tunantes en su espalda para que cada vez que uno de ellos pasaba junto a él intentara ocultar una irónica sonrisa.

—¡Venga, decídmelo ya! ¿Qué me habéis hecho ahora? —preguntó, suponiendo que se trataba de una revancha de esos bribones por lo mal que se lo había hecho pasar cuando estuvieron a punto de perder literalmente la cabeza en una ocasión en la que Adrian tuvo la ocurrencia de adentrarse en el harén privado de un poderoso sultán de un lejano país.

—Nada que tú no sugirieras en tus devaneos de borracho en ese puerto oriental antes de emprender nuestro viaje de regreso —respondió Hunter con una sonrisa torcida.

—Nos tomaremos con calma la vuelta. Después de todo, aún hay muchos puertos que deseo visitar... y lo que suele ocurrir con los devaneos de borracho, querido Hunter, es que cuando uno recupera la lucidez suele olvidar lo que dijo en esas ocasiones. Así que, ¿por qué no me recuerdas mis palabras, si no es mucha molestia?

—Claro que no, capitán —repuso el otro burlonamente—. Dijiste que te encantaría tener un tatuaje como tu hermano. Incluso llegaste a coquetear con la vieja mujer que los hacía para que te hiciera un buen precio.

—Todos sabéis que lo que menos necesito cuando vuelva a mi hogar es que me confundan nuevamente con mi hermano... Ahora, con un tatuaje de un dragón en mi espalda como el suyo, las confusiones se multiplicarán y...

—No se preocupe por eso —intervino otro de sus hombres—. Como ya lo conocemos, le recordamos que no debía tatuarse un dragón como la mujer le proponía, así que usted aceptó amablemente nuestras sugerencias y se tatuó...

—¡Déjalo! ¡Prefiero no saber lo que llevo en la espalda, así no estaré tentado de ordenar que toda mi tripulación se arroje por la borda! —declaró

Adrian ante las risas de todos los bellacos que lo seguían en su viaje, esta vez rumbo a Occidente y a las atrayentes costas españolas.

Capítulo 4

Su padre no había cambiado nada con los años, y todavía seguía escapándose a alguna taberna en cuanto Miguel tenía que ausentarse de casa por algún viaje de negocios. Al parecer, la única que había cambiado tras esos seis años era Carmen. Con tan sólo veinte, sus voluptuosas formas de mujer le hacían imposible disfrazarse de muchacho como antaño para ir en busca de su progenitor a lo largo del recorrido de tabernas que solía realizar, rondando por el puerto donde Antonio suspiraba constantemente por esos sueños que había perdido hacía tiempo.

Sin embargo, eso no constituía impedimento alguno para que Carmen, ataviada con las ropas que había tomado prestadas de una de las jóvenes criadas que servían en su casa, fuera en busca del único hombre al que nunca podría abandonar, por más que se lo mereciera.

Guardado en uno de los amplios bolsillos de ese viejo vestido de servidumbre llevaba el látigo que le había arrebatado a Miguel en una ocasión, años atrás. Un arma que ahora le pertenecía y que había aprendido a manejar con la misma habilidad que su temible hermano. Después de haber recogido a su padre en varias de esas pintorescas tabernas, de nombres tan poco originales como «La Flamenca», «La Gitanilla» o «La Niña», todos en esa ciudad sabían de ella y de su látigo, con lo que no osaban acercársele demasiado si no querían salir escaldados.

Por suerte, después de las regañinas de Miguel, su padre no había vuelto a adentrarse en tugurios tan peligrosos como El Señorío, pero eso no le había hecho desistir de seguir jugando y gastando un dinero que no tenía. Carmen

nunca se olvidaba de llevar una bolsa consigo para saldar esas deudas y acallar a los sucios embaucadores que querían hundir un poco más a su padre en el hoyo que él mismo se estaba cavando.

Para su desgracia, ahora que había terminado la guerra con Napoleón, eran muchos los extranjeros que llegaban a sus puertos, y numerosos los hombres que no hacían caso de los rumores acerca de lo contundente que era la joven usando su látigo para dejar claro que ella no era una más de las mercancías que se vendían en esos lugares.

Cuando entró con paso firme en La Gitanilla y divisó a su padre, supo que, como era habitual en él, no había escogido la mejor compañía. Un joven capitán, de unos veinticinco años, cuya apariencia podría ser de lo más respetable si no fuera porque se encontraba en ese establecimiento, lo animaba a beber mientras Antonio relataba una más de sus aventuras al enfrentarse al despiadado Dragón.

Los largos cabellos castaños de ese sujeto, que llevaba recogidos en una cola, sus profundos ojos negros, su jovial sonrisa e incluso su elegante porte, cuyo exquisito traje no mostraba evidencia alguna de que hubiera sido robado a algún propietario anterior, le daban un aspecto de lo más inofensivo. Hasta que uno se acercaba un poco y veía el aro que colgaba de su oreja y la apariencia de la tripulación que lo acompañaba. Esos detalles mostraban que esos inusuales visitantes del puerto de Cádiz no podían ser otra cosa más que piratas. Posiblemente corsarios ingleses, unos sucios ladrones que, estuvieran o no apoyados por su país, Carmen estaba muy dispuesta a alejar de su padre. Porque si había problemas, sin duda alguna, en medio de todos ellos se encontraría Antonio.

Adrian se reía una vez más del hombre que había encontrado en esa ruidosa taberna y que, sin que lo supiera, les estaba contando sus propias historias a

algunos de los responsables directos de su desdicha, unos hechos que ellos conocían de primera mano. Por su parte, él se estaba divirtiendo al oír a ese viejo marino revelándole alguna de las aventuras de su hermano cuando éste no era tan noble ni tan honrado como aparentaba ahora ante la alta sociedad londinense. Y, de paso, escuchaba a alguien maldecir a Damian tanto como él había hecho desde que lo había obligado a marcharse de su hogar.

Deleitándose con las narraciones de ese hombre, no le importó gastar parte de su dinero en invitarlo a refrescar su garganta, pero mientras no dejaba de divertirse entre trago y trago, Adrian no cesaba de buscar en esa taberna a una mujer, ya que tras pasar semanas sin más compañía que la de sus sudorosos hombres, necesitaba una hembra que avivara su sangre y calmara el ardor de su cuerpo.

En cuanto la muchacha entró por la puerta apenas le importó que su ropa fuera un soso y envejecido vestido marrón que la señalaba como una simple criada, ya que lo que lo cautivó de ella fueron sus intensos ojos marrones y su salvaje melena negra, llena de rizos que lo tentaban a llevarla a su cama para ver cómo quedarían su hermosa piel y sus negros cabellos entre sus níveas sábanas de seda.

La chica le dirigió una furiosa mirada y, sin que Adrian pudiera comprender el motivo de ese reprobador gesto, se acercó decididamente hacia donde él se encontraba. Dispuesto a ser el primero en reclamar ese manjar para toda la noche, no esperó a que la joven dijera una sola palabra, y en cuanto pasó por su lado levantó un brazo para arrastrarla hacia su regazo, cosa que no llegó a ocurrir, ya que la salvaje española sacó con celeridad un látigo de uno de los bolsillos del vestido y lo usó para aleccionar su ligera mano con uno de sus chasquidos.

—¡No se toca! —dijo ella furiosamente en español.

Como posiblemente esa mujer no entendiera su lengua, Adrian replicó en inglés con una pícaro sonrisa:

—No te entiendo —tras lo que volvió a intentar atrapar a esa salvaje que lo

hacía arder más que ninguna otra que recordara en ese momento.

—¡No se toca! —repitió ella, pero esta vez en inglés, mientras alzaba nuevamente el látigo.

Pero Adrian ya había aprendido cuál sería su siguiente movimiento, y a pesar del dolor que podía producirle el arma, se atrevió a coger el extremo del látigo y, enrollándolo en su brazo, dio un fuerte tirón hasta hacerla caer sobre su regazo, un lugar en el que ella debería curar con sus caricias todo el daño que le había ocasionado.

—¿Cuánto por toda la vida? —preguntó Adrian con sensualidad al oído de la muchacha, reteniendo con fuerza su excitante espalda con una mano mientras la pegaba a su cuerpo para mostrarle la evidencia de su deseo. La otra mano continuó sujetando el inquietante látigo que ella se negaba a soltar.

Como sus palabras estaban dirigidas a alabar y suavizar el carácter de la intrépida mujer a la que estaba decidido a llevar consigo hasta que calmara el ardor que le encendía la sangre, Adrian se distrajo a causa de la íntima posición en la que se encontraban. Podía sentir esos voluptuosos senos junto a su pecho, mientras que su excitado miembro se alzaba expectante ante el contacto de las faldas con las que ella lo rozaba al hallarse a horcajadas encima de él sobre la endeble silla, que tal vez no aguantaría demasiadas de las perversiones que el joven estaba dispuesto a llevar a cabo con esa morena de profundos ojos marrones.

—Ni en toda tu vida tendrías suficiente dinero para pagar mi precio —replicó ella fríamente.

A continuación, extrajo con gran rapidez una pequeña daga de la manga y enfrentó su fría mirada con los ojos de Adrian mientras amenazaba su cuello con la afilada arma.

—Ahora entiendo por qué le excitan tanto estos juegos a mi hermano —musitó él sin poder dejar de mirar a los ojos a su ardiente española. Y, despreocupándose del arma que lo amenazaba, contestó—: Tengo toda una vida para poder pagar tu precio, mujer.

—Una vida muy corta si me sigues provocando, inglesito.

—Carmen, mi niña, baja esa arma. ¿No ves que este hombre sólo se ha confundido? Algo normal si sigues buscándome en estos lugares. ¿No te dije que me esperaras en casa? —intervino Antonio, alarmado al ver la situación en la que se encontraba el sujeto que tan amablemente lo había invitado.

—Y ¿no te dije yo que te seguiría allá donde fueras para evitar que te involucraras de nuevo en situaciones desagradables, papá?

—Carmen, sólo son unos honrados marineros que me han invitado a unos tragos para refrescar mi garganta en esta seca noche.

—Sí, ya puedo observar lo honrados que son todos ellos... —comentó la joven tras echar un vistazo a los impresentables que los rodeaban, sin dejar en ningún momento de observar al más despiadado de todos ellos, que, aunque mostrara una bonita sonrisa, sin duda era el peor.

—Bueno, muchachos, y ¿quién pagara todo esto? —se acercó preocupado el posadero por si una de esas peleas que a menudo se desataban en su establecimiento daba lugar a que se quedara sin cobrar una nueva cuenta.

Ante eso, los piratas que se hallaban allí reunidos gritaron:

—¡Dragón! ¡Dragón!

Tras oír los gritos de la multitud, Antonio se levantó violentamente de su silla para intentar sacar su arma y acabar así con el hombre que había arruinado su vida. Pero la cimitarra de uno de sus secuaces, que había estado estratégicamente colocado a su lado todo el tiempo, no tardó ni un segundo en hallarse debajo de su cuello, desalentando su impetuosa acción.

—¡Me has engañado, maldito! Me confundí porque pareces más joven, pero sin duda éstos son los despiadados ojos negros y los cabellos castaños del Dragón. ¡Maldito y mil veces maldito!

—¿Me serviría de algo negarlo? —suspiró Adrian resignado, sabiendo por primera vez cómo se sentía su hermano cada vez que lo confundían con él.

—¡Suelta a mi padre, sucio pirata! —exigió la exaltada joven mientras pinchaba levemente su piel, reclamando su sangre.

—Lo haría, morena mía, si no fuera porque entonces seguramente me rebanarías el pescuezo. Así que vamos a calmarnos todos y a pensar fríamente en esta situación, algo que realmente me cuesta mucho hacer cuando tu cálido cuerpo se halla sobre mi regazo —respondió atrevidamente Adrian, ganándose un nuevo corte de ese cuchillo, algo que, aunque a él no le importó demasiado, a su tripulación sí que le molestó, ya que Alí acercó más su cimitarra al cuello del hombre que retenía—. ¡Suficiente! Vamos a calmarnos un poco —añadió—. Alí, tú vas a retirar la espada del cuello del bueno de Antonio, luego lo despojarás de su arma y el amable posadero, que aún en esta situación insiste en cobrarnos por adelantado, lo acompañará hasta la salida.

—Y ¿qué hay de mi hija? —reclamó el necio de Antonio, que era empujado por el posadero lo más rápidamente posible hacia el exterior.

—Carmen se marchará en cuanto se decida a dejar mi cuello intacto —dijo Adrian, enfrentándose a los furiosos ojos marrones que no dejaban de amenazarlo.

En cuanto Antonio desapareció del establecimiento, la muchacha aflojó un poco la presión de su daga.

—¿Qué me dices, morena? Yo suelto tu látigo y tú bajas el cuchillo, ¿te parece? —propuso Adrian, soltando el arma que ella no osaba abandonar y con la que la había hecho caer en su trampa.

Cuando la daga se apartó de su cuello, Adrian no fue lo suficientemente rápido como para mantenerla a su lado y Carmen escapó velozmente hacia la salida. Los hombres del Dragón, molestos por la innecesaria sangre que se había derramado por el atrevimiento de esa mujer, dieron un paso hacia delante decididos a darle una lección. Pero Adrian, con un simple gesto de su mano, los alentó a sentarse.

—Es mía... —dijo a su tripulación, refiriéndose con ello tanto a la revancha de ese agravio como a la mujer que lo había llevado a cabo.

»¿Cuál es tu precio, española? —gritó antes de que ella se alejara completamente de su vida.

—¡La sangre de un Dragón, inglesito! —declaró sanguinariamente Carmen, haciendo chasquear una última vez su látigo antes de alejarse del lugar.

—Por lo visto, también le vale la de su hermano... —dijo despreocupadamente Adrian, logrando que su tripulación sonriera de nuevo.

Mientras los invitaba alegremente a una nueva ronda, sus ojos no dejaron de desviarse hacia la puerta por la que había desaparecido esa impetuosa morena que había encendido su sangre.

—Es un precio demasiado alto que pagar por una mujer —reflexionó mientras negaba con la cabeza. Pero, tras tocar la sangre que había en su cuello, concluyó—: Aunque, al parecer, yo ya lo he pagado...

—¡Te digo, Miguel, que papá se ha vuelto loco desde que volvió a encontrarse con ese despiadado hombre apodado el Dragón! ¡Sin duda se trata del pirata que le robó toda su fortuna y está más que decidido a acabar con él! Tengo miedo de lo que pueda pasarle si sigue con su locura. ¿No podrías hacer algo para encerrar a ese despreciable pirata? —exigió Carmen, irrumpiendo en el despacho de su hermano y desviando su atención de los papeles en los que trabajaba.

—Cuando el Dragón atacó nuestros barcos lo hizo bajo la tutela de la Corona inglesa y en tiempo de guerra. Aunque nosotros no veamos diferencia alguna entre piratas o corsarios, nuestros países sí lo hacen, y de nada servirían mis quejas ante la Corte.

—Pero, Miguel...

—¿Has acabado ya con tus estudios por hoy, Carmen? —preguntó despreocupadamente él, volviendo a sus libros de cuentas.

—¿Que me preocupe por mi padre es algo que puedes llegar a entender, Miguel? —repuso airadamente la joven, arrojando a un lado los documentos que tanto atraían la atención de su hermano.

—Sí, ya que es algo que hago continuamente con mi hermana —dijo fríamente él, alzando sus ojos hacia la impetuosa Carmen—. Quiero que dejes de perseguir las locuras en las que Antonio incurre una y otra vez, o, si no, un día vas a meterte en una aventura de la que no podré rescatarte. Ahora, dedícate a estudiar y deja esos peligrosos asuntos en manos de los hombres. Tú eres demasiado joven para ellos —dijo Miguel mientras besaba diligentemente la frente de su hermana y la echaba de su despacho tras colocar un nuevo tomo de geografía en sus manos.

—¡Estudia! ¡Estudia! ¡Ésa es siempre tu solución para todo! —chilló furiosamente Carmen, arrojando el libro contra la puerta tras la que se encontraba su atareado hermano.

—¡Señorita Carmen! ¡Señorita Carmen! ¡Ha llegado una nota de su padre para usted! —exclamó en ese momento Julio, el joven mozo de cuadra, llegando junto a ella casi sin aliento a causa de su precipitada carrera.

—¡Chist! No queremos interrumpir a mi atareado hermano... —manifestó irónicamente ella mientras le arrebatava la nota a Julio para enterarse de en qué nuevo lío se había metido en esta ocasión su padre.

Carmen:

He decidido enfrentarme al Dragón y hacerle pagar por todo lo que me hizo, así que no te preocupes por mí si en los próximos días no aparezco por casa. Y, sobre todo, ¡no vengas a buscarme!

Carmen leyó la nota en voz alta, dándole la razón a Miguel al respecto de los problemas en los que su padre podía llegar a meterse.

—Pues esto no me tranquiliza en absoluto, papá —musitó mientras alzaba la mano para tocar de nuevo a la puerta tras la que se encontraba su atareado hermano.

Sin embargo, después de recordar las palabras de Miguel sobre su padre, bajó el puño y pensó que lo mejor era que ella misma resolviera los asuntos relacionados con Antonio, ya que, a pesar de que fuera una joven y simple

mujer, ya se había enfrentado con el Dragón y no había salido dañada con su fuego, mientras que él sí que había sido aleccionado por su látigo.

Antonio se adentró con paso vacilante en la taberna El Señorío, pues ahora que sabía que todos los que se hallaban en su interior eran despiadados piratas no podía evitar que sus piernas temblaran ante la idea de enfrentarse nuevamente a alguno de ellos. Pero si quería darle una lección a ese Dragón, tenía que hacerlo con lo peor de lo peor, y eso, sin duda, lo hallaría en ese lugar.

El látigo de Miguel y la presencia de Carmen en esa taberna no habían caído en el olvido, ya que en cuanto Antonio entró por la puerta, todos los despreciables sujetos que allí había se levantaron y dirigieron sus amenazantes miradas hacia él, conteniendo las ganas de sacar sus armas sólo por las palabras de Kemal.

—¡Antonio, amigo mío! ¿A qué se debe esta agradable visita? ¡Ven! Siéntate junto a nosotros y cuéstanos qué te lleva a volver a nuestra puerta cuando la última vez te marchaste tan súbitamente de nuestro lado —anunció Kemal, haciendo gala de una exagerada amabilidad mientras le ofrecía un lugar frente al suyo sin dejar en ningún momento de acariciar la cicatriz que cruzaba su ojo derecho, un agravio provocado por el látigo de Miguel.

Antonio dudó si aceptar o no el ofrecimiento de ese truhan, pero si quería llevar a cabo su venganza, debía arriesgarse. Por tanto, sentándose en la desvencijada silla que Kemal había señalado delante de él, Antonio se apresuró a relatar lo ocurrido antes de que esos hombres decidieran que su presencia era lo suficientemente insignificante como para deshacerse de él sin más miramientos.

—Quiero contrataros —dejó caer, recibiendo como única respuesta a esa petición las carcajadas de todos los presentes.

—¡Ay, Antonio! En tu última visita no nos dejaste muy buenos recuerdos — declaró Kemal mientras acariciaba nuevamente la herida de su ojo—, y ahora nos vienes con ésas... De verdad creo que quieres que te rebanemos el cuello.

Tras las palabras de Kemal, un afilado cuchillo no tardó en hallarse bajo el cuello de Antonio.

—¡El Dragón ha vuelto a aguas españolas y quiero vengarme de él a como dé lugar! ¡Podéis quedaros con sus tesoros, yo sólo quiero su cabeza!

—¡Vaya, Antonio! No imaginé que pudieras llegar a ser tan sanguinario como nosotros, pero hay un problema con tu propuesta...

—¿Cuál?

—Que nosotros ya tenemos nuestros propios planes con respecto a ese indeseable y preferimos quedarnos con tu tesoro antes que con los de él.

—¡Pero yo no tengo nada de valor! —se quejó el hombre, sorprendido por las palabras de Kemal.

En el momento en que sintió el agudo dolor de un afilado cuchillo clavándose en su espalda, tras derrumbarse agonizante sobre la mesa, Antonio vio la maliciosa sonrisa que Kemal exhibía en su rostro mientras se acercaba a él para susurrarle al oído cuál era ese preciado tesoro del que los piratas querían apropiarse y del que hasta el momento él no se había percatado:

—Carmen...

Bajo la estricta mirada de su hermano y frente a una montaña de tareas, Carmen no había podido moverse de casa para buscar a su descarriado padre por los tugurios que rodeaban el puerto, de modo que, sin que Miguel se percatara de ello, había mandado a Julio a recorrer todas las tabernas de las que Antonio era cliente habitual.

Para su desgracia, su padre no se hallaba en ninguno de esos miserables establecimientos, así que Carmen dedujo que el muy insensato probablemente

habría decidido enfrentarse cara a cara con el Dragón. Como último encargo, le pidió al joven Julio que averiguara dónde se hospedaba ese temible sujeto, al que estaba dispuesta a enfrentarse una vez más.

Así pues, disfrazada con las llamativas ropas que Julio le había conseguido de una de las atrayentes mujeres que paseaban por el puerto incitando a los hombres al placer, la joven paseaba ahora sin llamar demasiado la atención, salvo por el látigo que llevaba en una mano, muy dispuesto a disciplinar nuevamente a un Dragón.

Ya había rechazado más de una proposición bastante indecente sin mayores problemas gracias a que, cuando recibía un interés excesivo por parte de algún incauto, alzaba su látigo y les mostraba a esos insensatos que era demasiada mujer para ellos y, sin más, proseguía su camino.

Sus pasos llevaron a Carmen hasta la posada El Tablao Andaluz, donde, según los rumores, se hallaba descansando el despreciable individuo. Para su infortunio, cuando llegó allí se dio cuenta de que no era la única mujer que preguntaba por ese sinvergüenza, así que, dispuesta a ser la única que tuviera entre sus manos la piel de un Dragón, aunque sólo fuera para despellejarla, se dirigió hacia las demás para deshacerse de la competencia.

—¡Ya estoy aquí! ¡Mira que me ha costado encontrar lo que me pedía en esta ocasión el muy pervertido, pero finalmente lo he logrado! ¡Oye, dile al Dragón que Carmencilla y su látigo ya han llegado! —anunció desvergonzadamente dirigiéndose al tabernero, a la vez que depositaba el látigo sobre la barra del establecimiento.

—¿Qué es eso? —preguntó una de las mujeres, mirando asombrada el arma que portaba Carmen.

—¿Es que el Dragón no os ha informado de los juegos que le gusta llevar a cabo? ¡Hay que ver...! ¡Ese maldito siempre me deja esa tarea a mí!

—¿Qué juegos? A mí solamente me dijo que quería divertirse un rato con mis encantos, y ya que es bien parecido y que pagó por adelantado, me pareció

que la buena fortuna me había sonreído hoy. Me dijo que yo era única y que con mi belleza lo había encandilado.

—¡A mí también me dijo lo mismo! —exclamó ofendida la otra mujer, sintiéndose engañada por ese embaucador.

—¿No os parece que un cliente tan bueno siempre es sospechoso? La primera vez me engatusó con sus palabras como a vosotras, y luego me sorprendió en la habitación atándome con una cuerda. No he pasado más miedo en mi vida que cuando sacó su cuchillo..., y hoy va y me pide que traiga mi látigo para aleccionar a dos mujeres... En fin, ¿queréis ver las marcas que me dejó el Dragón en su último juego? —finalizó Carmen con ligereza, comenzando a bajar la manga que cubría uno de sus hombros.

—¡No, déjalo! —gritaron alarmadas las dos mujeres.

—Bueno, da igual. Vamos a lo nuestro. ¿Estamos listas ya? ¿Sí? Pues vayamos al encuentro del Dragón. Prometo no daros muy fuerte con mi látigo —indicó Carmen tras hacerlo chasquear con fuerza contra el suelo, lo que provocó que las mujeres, aterradas, abrieran unos ojos como platos—. Seré suave y... ¡Vaya!, al parecer no estaban interesadas... —murmuró maliciosamente Carmen cuando se dio la vuelta y vio a ambas mujeres alejándose hacia la salida.

Decidida a abrir todas las habitaciones que hallara a su paso para dar con el Dragón, enfiló hacia la planta superior, donde se encontró a dos de los temibles piratas que formaban parte de la tripulación de ese peligroso sujeto. Cuando le cortaron el paso, la joven desplegó su látigo, muy dispuesta a utilizarlo para acabar con todos los que se interpusieran en su intento de alcanzar a ese hombre. Pero tanto el alto y aterrador individuo cuya mano izquierda había sido sustituida por un garfio como el intimidante turco que lucía un llamativo turbante simplemente le sonrieron con malicia para, a continuación, apartarse despreocupadamente de su camino mientras le señalaban una habitación.

—Definitivamente, esta noche no se aburrirá... —comentó uno de ellos

mientras veía alejarse a esa mujer y su látigo.

No obstante, Carmen apenas si lo oyó, pues se disponía a adentrarse en la guarida del Dragón.

Capítulo 5

Adrian había embaucado a una rubia de turgentes pechos y a una pelirroja de llamativas curvas para su divertimento de esa noche. A ninguna la había informado de la presencia de la otra, pero sin duda, cuando llegaran a su habitación, ya las convencería con su labia de lo mucho que podían gozar los tres juntos en los juegos del amor.

«Cuantas más, mejor», pensaba, dispuesto a poner en práctica cada una de las artes que había aprendido a lo largo de los años en sus días de libertinaje con mujeres aburridamente casadas. Había requerido la presencia de más de una mujer en su habitación porque necesitaba algo más que un simple desahogo para calmar la sangre que había calentado aquella morena.

La española y su látigo no desaparecían de su cabeza y, definitivamente, tanto él como su entrepierna se arrepentían de haberla dejado marchar cuando por unos momentos la había tenido tan cerca. Pero Adrian estaba seguro de que su cuello habría corrido demasiado peligro si sus manos se hubieran atrevido a adentrarse más de lo aconsejable entre las faldas de esa fogosa mujer que lo estaba volviendo loco.

Llevaba quejándose a sus hombres como un joven atolondrado desde que la dejó ir, y desde entonces, la buscaba en cada esquina de ese puerto, a pesar de que esa pendenciera solamente quisiera de él su sangre, como había reclamado de forma tan manifiesta.

Cuando la puerta se abrió, suspiró resignado a que ninguna de las mujeres que calentarían su lecho esa noche fuera la tentadora Carmen, con la que tanto soñaba; pero, aun así, dispuesto a borrar de su mente a la joven, desplegó la

más espléndida sonrisa y se volvió para ofrecer a sus invitadas una copa de ese caro y dulce vino español del que disfrutaba, para halagarlas como muy pocos marineros harían en sus viajes por esos puertos.

No obstante, la falsa y lisonjera sonrisa que asomaba a su rostro se convirtió en otra llena de maliciosos deseos cuando se dio cuenta de que sus invitadas habían sido espantadas por la morena y su látigo, al que tanto había añorado aunque pudiera llegar a doler.

—¡Pero ¿qué tenemos aquí?! ¡Si es la pendenciera Carmen y su inseparable látigo! ¿A qué se debe esta excitante e inesperada visita? ¿Es que acaso has venido a sustituir a la agradable compañía que había conseguido para esta noche? Si es así, tanto mi lecho como yo estamos a tu entera disposición.

Sin decir una palabra, la muchacha se adentró en la estancia y cerró la puerta. Por supuesto, como única contestación a las palabras de Adrian, chasqueó su látigo muy cerca de sus pies.

—Comenzamos bien... —suspiró Adrian ante esa irracional mujer, que golpeaba primero y razonaba después—. ¿Puedo, por lo menos, tomar asiento? —preguntó, a lo que Carmen respondió volcando la silla que él tenía entre las manos con otro simple movimiento de su látigo—. Vale, ya veo que no. En ese caso..., ¿puedes decirme qué es lo que quieres de mí?

—Dragón, ¿dónde está mi padre?

—Humm..., creo que entre nosotros ha habido una confusión desde el principio, querida Carmen. Comenzaré por presentarme: soy Adrian Conrad, y debo señalar que yo no soy el Dragón que buscas. Ése es mi querido e intrépido hermano.

—Mira por dónde ya me dejas más tranquila... —declaró con ironía ella, para añadir a continuación—: ¿Dónde está mi padre?

—Desconozco el paradero de tu padre, y permíteme que te diga que esta conversación comienza a ser repetitiva y monótona. Te advierto que estoy esperando verme agasajado con placeres que me suministrarán unas damas a las que invité a visitarme esta noche, así que, si no te importa, ¿podrías salir

de mi habitación para que me deleite en el libertinaje al que estoy acostumbrado? O, si lo prefieres, puedes ocupar tú misma mi lecho. Cualquiera de las dos opciones que escojas será sin duda de mi agrado.

—Esas mujeres no vendrán, ya me he encargado yo de espantarlas de tu lecho de por vida con la punta de mi látigo.

—Ay, celosilla..., me quieres todo para ti... —declaró burlescamente Adrian, alzando en un brindis una de las copas del dulce licor que había preparado para las mujeres que lo iban a acompañar esa noche, antes de la intervención de Carmen.

La respuesta de la vehemente muchacha no se hizo de rogar cuando, con un solo chasquido de su látigo, rompió la copa en decenas de pedazos, logrando en el proceso que Adrian quedara empapado de vino.

—Española, estás acabando con mi paciencia. Y eso que de los dos Dragones que hay en mi hogar, yo soy el más calmado.

—Entonces ¿ahora admites que eres el Dragón?

—Sólo en parte. Pero, por lo visto, tú pareces muy dispuesta a ver solamente ese aspecto de mí, así que, por esta noche, te concederé tu deseo —respondió Adrian, avanzando hacia ella decidido a no dejarla escapar a pesar de lo amenazante que fuese el arma que esgrimía y con la que reclamaba su sangre.

Con el mismo atrevimiento que en la anterior ocasión, esperó hasta el momento preciso para coger entre sus manos el látigo que Carmen había lanzado contra él y, enrollándolo en torno a su brazo, tiró del mismo para atraer a la chica. Esta vez ella fue más lista y dejó ir su arma, pero Adrian estaba preparado para ese movimiento, de forma que, tras hacerse con el látigo, lo arrojó a un rincón mientras corría hacia la puerta para impedir que esa salvaje volviera a alejarse de su lado.

—¡Ah, no! ¡Esta vez no escaparás! —anunció un victorioso Adrian cuando llegó junto a Carmen.

Y, cogiendo con una mano las muñecas de la mujer, las alzó por encima de

su cabeza y las apoyó en la puerta, impidiéndole sacar cualquier arma que ella pudiera llegar a ocultar en su escasa vestimenta.

—¿Qué piensas hacerme? —preguntó Carmen, asustada, mientras se revolvía inquieta, intentando soltarse del agarre del Dragón.

—Nada que tú no hayas pedido al venir a mi habitación vestida como una ramera —repuso él violentamente con la intención de asustar a esa impulsiva mujer para que no volviera a tentarlo apareciendo nuevamente frente a él cuando su sangre hervía por su mero recuerdo.

No obstante, lo que pasaba a menudo con esos juegos de seducción es que uno acababa quemándose sin pretenderlo. Y lo que en un primer momento Adrian quería convertir en una simple advertencia para su inocente morena acabó estallándole en la cara cuando, mientras ella se revolvía entre sus brazos con desesperación, uno de sus succulentos pechos escapó de la holgada blusa que lo ocultaba, exponiendo su desnudez ante la ávida mirada de ese hombre hambriento, que no dudó en degustar tan succulenta fruta prohibida con el ardor de su lengua.

Sin poder evitarlo, Adrian dejó atrás sus educados modales, que sólo usaba con las mujeres casadas de la alta sociedad, y, por una vez, se comportó como un completo canalla al reclamar algo que, aunque no fuera suyo, quería poseer para que la joven no pudiera alejarse de él con tanta facilidad desde ese instante.

Cuando succionó vorazmente el jugoso seno que tanto lo tentaba, no pudo evitar desgarrar la blusa que le ocultaba parte de esos deliciosos manjares que ahora se exponían libremente ante sus ojos.

Ella intentó nuevamente desasirse de su agarre, pero lo único que consiguió con ello fue avivar el deseo de Adrian, que quiso más de la salvaje española.

Su pierna se introdujo entre las de ella y, alzando sus faldas, la hizo colocarse a horcajadas encima de una de sus rodillas para que el roce de sus movimientos avivara el deseo de Carmen, haciéndola caer más rápidamente entre sus brazos.

—¡Suéltame, sucio pirata! —gritó fieramente ella.

Pero el noble y desinhibido lord que Adrian solía representar se había escondido para dejar salir esta vez únicamente a ese Dragón que en muy pocas ocasiones llegaba a mostrar.

—No te preocupes: seré muy dulce y te recompensaré con mucho dinero —susurró al oído de su fiera española, perdiéndose entre las llamas de su fuego.

Carmen se revolvió inquieta ante esas caricias que hacían arder su cuerpo. Ella no debería sentir nada por un hombre como Adrian, y menos aún deseo. Él era un taimado pirata, un engañoso maleante, un ladrón, un embaucador que llevaba cada día a una mujer distinta a su lecho, en ocasiones incluso a dos, y, sobre todo, Adrian Conrad era un hombre vil que podía haberle hecho daño a su padre.

Sin embargo, a pesar de saber todo eso, su cuerpo se encendía con cada una de sus atenciones. Él parecía saber dónde debía tocarla para hacer que esas llamas se extendieran por todo su ser y reclamaran más de esa placentera pasión.

Cuando una de esas fuertes manos acarició sus senos mientras su lengua se deleitaba con el sabor de su piel, ella no pudo evitar dejar escapar un fuerte gemido que, por unos instantes, acalló sus protestas ante el avance del sujeto.

—¡Suéltame ahora mismo si no quieres morir! —gritó, agitándose entre los fuertes brazos que la retenían.

Pero, mientras lo hacía, la zona más sensible de su cuerpo rozó con la rodilla de ese tipo, logrando que, para su asombro, su interior se humedeciera y ella no pudiera evitar exhalar un nuevo gemido de placer.

—Sería una muerte muy placentera... —murmuró el canalla, sonriendo contra la piel de Carmen, para luego pasar a mordisquear sus erectos pezones, haciéndola gritar de goce.

—¡Te maldeciré...! ¡A ti y... a los tuyos! —declaró Carmen entrecortadamente mientras sentía cómo una de las atrevidas manos de ese hombre subía su falda e iba acariciando lentamente sus piernas hasta llegar a donde se encontraba su feminidad.

Sin darle tiempo a que injuriase más su nombre, Adrian acarició lánguidamente su clítoris, haciendo que su cuerpo se rindiera ante los placeres desconocidos que comenzaban a embargarla, que causaban que empezara a moverse contra esa mano que la llevaba a pecar en lo desconocido.

Mientras Carmen se perdía en ese desinhibido goce, uno de los indagadores dedos de Adrian se adentró en su húmedo interior, haciéndola gritar pidiendo más mientras sus caderas se movían compulsivamente contra la mano del inglés.

Él sonrió ante la placentera pasión que desbordaba a esa mujer, y no pudo evitar hundir otro de sus dedos en su dulce interior. Por unos instantes pensó en soltar esas manos que retenía para que lo abrumaran con sus caricias. Pero como no sabía si cuando liberara a la joven ésta permanecería a su lado o se alejaría, siguió aprisionando su cuerpo contra la puerta de la estancia, en una posición en la que ella simplemente era un manjar que se ofrecía para su deleite.

Su erecto miembro reclamaba probar el interior de esa mujer y la pasión que ella podía llegar a experimentar entre sus brazos. Adrian deseaba adentrarse violentamente en Carmen y calmar todo el ardor que su sangre reclamaba desde que la había visto por primera vez, establecer un ritmo que la hiciera gritar su nombre y marcarla como suya de una manera que nunca pudiera olvidar.

Cuando ella comenzó a moverse buscando el placer que sólo sus dedos sabían darle, en el instante en que vio que seguía el ritmo que hábilmente él le había enseñado con la maestría de sus movimientos, Adrian sonrió satisfecho sabiéndola suya y no dejó de observar ni por un instante su hermoso y extasiado rostro mientras llegaba al orgasmo entre sus brazos.

Sabiéndose vencedor de ese encuentro, retiró sus dedos lentamente del interior de la mujer, deleitándose con el placer de que ella aún quisiera retenerlo un poco más dentro de su apretada feminidad, y, dispuesto a adentrarse en los goces que ella le ofrecía, sacó su oprimido miembro de su confinamiento. No obstante, cuando alzó su rostro para ver el de Carmen antes de hacerla finalmente suya, Adrian no pudo evitar sentir una punzada en el pecho.

Al contrario que sus otras amantes, Carmen no le sonreía satisfecha, sino que lo miraba con ira y con el rostro lleno de lágrimas, con las que se enfrentó de nuevo a él, derribándolo con cada una de sus palabras.

—Nunca te perdonaré lo que estás a punto de hacer, para mí siempre serás el sanguinario pirata que me arrebató mi inocencia.

Resignado a la idea de que él nunca podría llegar a ser tan sanguinario como los piratas que lo acompañaban, ni tan pendenciero como su hermano, Adrian puso a buen recaudo al furioso Dragón que sólo osaba salir en presencia de Carmen y, tras recluir nuevamente su insatisfecho miembro en su encierro, posó ambas manos sobre la puerta que había detrás de la joven, soltando su agarre y aproximando su cuerpo al suyo, para que ella se percatara de lo mucho que la deseaba.

—Te he robado el primer éxtasis de tu cuerpo —le susurró a continuación al oído—, el primer rubor de tus mejillas, el primer gemido de deleite... y te robaré tu primer beso —y, tras esta sorprendente advertencia, se dispuso a apartarse de ella.

No obstante, sin poder resistirse a tener un último recuerdo de esa mujer, cogió su rostro entre las manos y la besó.

Su beso fue tierno en el inicio, solamente un roce de sus labios. Pero luego Adrian pasó a avasallar su boca con su lengua, que le exigía a Carmen la misma apasionada respuesta que segundos antes le había entregado su cuerpo. La muchacha finalmente no pudo resistirse y su lengua contestó. Tímidamente

al principio; más tarde, igualando la pasión del hombre que la arrastraba a la locura.

Sólo cuando las manos libres de Carmen lo abrazaron y lo atraieron en vez de apartarlo fue el momento en el que Adrian se alejó de ella. Y, ocultando su rasgada blusa con un amplio abrigo, le susurró a su pecaminosa española que la dejaría alejarse de su lado una vez más.

—No soy ese pirata sanguinario que me acusas de ser, Carmen, por lo que no te quitaré nada que tú no estés dispuesta a darme voluntariamente —dijo retirándose y dejando libre a esa mujer que, posiblemente, nunca más volvería a cruzarse en su camino—. Solamente una advertencia... —apuntó bloqueando la puerta con una mano para que ella escuchara atentamente cada una de sus palabras—: No vuelvas a cruzarte en mi camino, o tal vez me tientes demasiado y me decida a dejar atrás al caballero que en ocasiones presumo ser y me convierta en el pirata que buscas en mi persona. Y ese día, te lo puedo asegurar, no te dejaré marchar.

Tras este último aviso, Adrian dejó ir a su fogosa morena y, con un simple gesto de la cabeza, indicó a uno de sus hombres en el pasillo que la siguiera en su recorrido por los oscuros callejones hasta que se encontrara a salvo.

Cuando volvió a su habitación, Adrian se halló solo y sin diversión alguna con la que calmar su ardor. Se deleitó con un fuerte licor que había decidido guardar para su hermano y, mientras buscaba la botella entre sus pertenencias, se fijó en el olvidado látigo que descansaba en el suelo. Lo recogió y, tras ponerlo sobre la mesa, lo acarició con tristeza al pensar que ése sería quizá el único recuerdo que quedaría de su encuentro con la joven.

—Yo no soy así, ¿qué estás haciendo conmigo, mujer? —murmuró, decidido a borrar a esa salvaje de su mente con la inestimable ayuda del alcohol hasta volver a ser el despreocupado hombre que saltaba de cama en cama sin que le importase demasiado recordar quién la había ocupado la vez anterior.

«Tener una hermana ocasiona muchos problemas», pensaba Miguel Alonso de la Cruz mientras intentaba, una vez más, hacer oídos sordos a los interminables discursos a los que solía someterlo su padre con la intención de hacer de él un hombre honrado y noble y convertirlo así en el digno sucesor que buscaba para su condado.

Al otro lado del escritorio de su casa, su estricto padre lo miraba con un porte altanero, con sus negros cabellos iguales que los suyos recogidos en una impoluta cola y una pequeña perilla que no tenía ni un solo pelo fuera de lugar. Los impacientes ojos castaños de su padre lo miraron con irritación hasta que Miguel tomó asiento, y fue entonces cuando comenzó con su discurso acerca de cómo debía comportarse un hombre de su alcurnia.

—Miguel, te ordeno que dejes a un lado las sospechosas actividades que has estado llevando a cabo últimamente en el puerto, en zonas poco honorables que nunca debería pisar un futuro conde.

—Padre, si estás al tanto de lo poco honorables que son esos lugares, sin duda se debe a que tú también los has pisado en alguna ocasión —declaró él con impertinencia, haciendo que José se atragantara con el vino que intentaba saborear en esos momentos.

—¡No estamos hablando de mí, sino de ti y de los deberes que tienes para con tu título! Seguramente estás metido en asuntos turbios por culpa de esa bastarda. Otra vez.

—¡Te agradecería mucho que no hablastes así de mi hermana! —exigió Miguel furioso, mientras retenía la ira que sentía al oír esas palabras dirigidas a su hermana apretando con fuerza los puños.

—¿Por qué no, si es la verdad? Todavía no comprendo qué es lo que te hace correr a cada instante detrás de esa mocosa para solucionar cada uno de sus problemas. Tú tienes demasiados deberes y responsabilidades que atender como para ocuparte de nimiedades como ella.

—Tal vez sea que la sangre me llama, padre, porque lo quieras reconocer o no, Carmen es mi hermana.

—Esa mocosa nunca será mi hija.

—¡Pero sí será la hija de mi madre!

—¡Suficiente! No quiero hablar más de ese tema. No quiero malgastar ni un minuto más de mi tiempo en una muchacha que no es nada y que nunca llegará a nada, por más que te empeñes en educarla y tratarla como una señorita.

—Padre, te recuerdo que has sido tú quien ha sacado a relucir a mi querida hermana en esta conversación.

—Cierto, pero sólo porque ella es la responsable de cada uno de tus problemas y...

—¡Basta! Mis problemas son míos, y mi hermana también. Yo mismo los solucionaré como he hecho hasta el momento sin que tu ilustre apellido se viera involucrado. Dime ahora la verdadera razón por la que me has hecho venir.

—Muy bien, pues. Hablemos de temas más importantes —concedió su padre—. Creo que ya es hora de que te cases con una señorita de noble abolengo y de que tengas la descendencia que has de aportar para honrar tu linaje.

—Creo que ya hemos hablado de ese asunto en más de una ocasión, padre, y mi respuesta siempre será la misma: hasta que Carmen esté felizmente casada, olvídate de que yo me someta bajo el yugo del matrimonio.

—Ya te he puesto sobre la mesa más de una propuesta para esa niña malcriada, y las has rechazado, todas y cada una de ellas.

—Y continuaré haciéndolo mientras los hombres que sugieras como maridos para mi hermana sigan siendo vividores, viejos o pervertidos. No pienso vender a Carmen como hacen otros nobles. Yo sólo quiero verla feliz.

—Si esa niña estuviera bajo mi tutela...

—Pero no lo está, padre: tú la rechazaste delante de todos marcándola como bastarda. Pero yo nunca lo haré, por más que te empeñes en ello.

—¿Por qué no puedes parecerte más a mí y seguir mis nobles pasos hacia una vida digna y...?

—Muy fácil: porque me parezco más a mi madre —replicó Miguel mientras sonreía orgulloso, poniendo fin a esa necia conversación que su padre nunca podría ganar, porque, por más revoltosa que fuera Carmen, para Miguel ella siempre sería esa dulce niñita a la que había jurado proteger en cuanto sus ojos se cruzaron y él la contempló por primera vez entre los brazos de su madre.

—¡Señorito Miguel, traigo una nota de María que dice que su hermana ha vuelto a desaparecer! —le susurró con urgencia uno de los fieles criados que Miguel tenía en la casa de su padre y que, sin duda, conocía el nombre que no debía anunciar en presencia del conde para evitar hacerlo enfadar.

—¡Ay, Carmen! Qué voy a hacer contigo... —suspiró antes de correr nuevamente detrás de una de las locuras de su hermana.

Carmen corrió escaleras abajo en cuanto se vio libre de la presa de ese hombre.

Tocando sus mancillados labios, se culpaba por haber estado a punto de perder algo más que un beso a manos de ese granuja. Y, aunque se arrepentía de haberse dejado olvidado su látigo en esa oscura habitación, por nada del mundo volvería a ella para darse de bruces con el peligroso Dragón.

El abrigo de Adrian descansaba sobre sus hombros, ocultando a todos su desgarrada vestimenta. Pero su escandaloso disfraz seguía llamando bastante la atención.

Mientras caminaba lo más rápidamente posible hacia el lugar donde le había dicho a Julio que permaneciera escondido con sus caballos, se preguntaba por qué ninguno de los hombres que antes la habían molestado con

sus indecorosas proposiciones se acercaba a ella en esta ocasión, si era evidente que iba desarmada.

Carmen agradeció a la suerte, al destino y a su ángel de la guarda que la protegieran de los avances de esos indeseables, y dejó de pensar en ello para acelerar sus pasos por las oscuras y peligrosas calles del puerto de Cádiz. Pero la realidad de quién era su ángel protector fue desvelada cuando un hombre demasiado borracho como para darse cuenta del peligro que lo rodeaba osó agarrar su brazo cuando ella pasaba por su lado, momento en el que un afilado cuchillo atravesó la mano que se había atrevido a tocarla.

Cuando la joven se volvió confusa para contemplar a su salvador, un extraño hombre adornado con un turbante que sostenía a un pequeño animalejo sobre su hombro le dirigió una reverencia, mientras que, a su lado, un enorme mastodonte con una encanecida barba alzaba el garfio de su mano izquierda para saludarla con familiaridad.

Ella apresuró aún más sus pasos, decidida a perderlos de vista entre los escondrijos de esa ciudad, ya que reconoció a esos individuos como a dos de los hombres del Dragón. No obstante, ellos simplemente se limitaron a mantenerse lo suficientemente cerca para observar sus movimientos, pero nunca tanto como para poder atraparla.

Finalmente, harta de jugar al gato y al ratón, la joven llegó hasta donde se encontraba Julio. Y, tras ver cómo esos hombres dejaban que se alzara sobre su montura, no albergó ninguna duda de que el Dragón no los había enviado tras ella para arrastrarla nuevamente a su lado, sino para garantizar que lo que él no había conseguido arrebatarse en la locura de la pasión lo consiguiera otro, protegiendo así el preciado tesoro del que él había jurado apropiarse si se volvían a encontrar.

«Algo que estoy más que decidida a que no vuelva a pasar», se prometió mientras regresaba a casa, dispuesta a olvidarse de una vez por todas de ese deshonroso pirata y de sus injuriosas historias.

Capítulo 6

Con paso silencioso, Carmen intentó adentrarse en su casa. Por desgracia, en cuanto traspasó la puerta se encontró frente a ella a María, quien, cruzada de brazos, recorría su desaliñado aspecto de arriba abajo con mirada acusadora. Sin decir una sola palabra, señaló airadamente el despacho de su hermano, mostrándole que su ausencia no había pasado tan desapercibida como ella creía.

Carmen entró en el estudio de su hermano con andar vacilante, intentando ocultarle su rasgada blusa y sus desaliñados cabellos, algo que logró con cierto éxito al esconder su lamentable aspecto debajo del abrigo del Dragón.

—¿Dónde has estado, Carmen? —preguntó Miguel, observándola con sus reprobadores ojos desde detrás del gran escritorio.

—Mi padre...

—¿Acaso no te dije que yo me encargaría de encontrar a tu padre? Carmen, ¿dónde has estado? Y lo más importante: ¿qué has hecho? —inquirió él mientras le arrebatava súbitamente el abrigo que cubría su deshonroso aspecto.

—¡Te juro, Miguel, que no me ha pasado nada, que he tenido cuidado y que...! —intentó explicarse Carmen, cubriendo su rota blusa para no exacerbar aún más el colérico temperamento de su hermano.

—¡Llegas a casa a estas horas, vestida como una fulana y con las ropas rasgadas... ¿y tengo que creerme que no te ha pasado nada, que no has hecho nada peligroso, ninguna cosa de las que te he prohibido mil y una veces que hagas?!

—Pero mi padre...

—¡A tu padre ya me he encargado yo de encontrarlo entre los sucios callejones de las tabernas que una dama como tú nunca debería conocer! En estos momentos el médico lo está atendiendo porque alguien ha hecho lo que yo he tenido ganas de hacer en alguna que otra ocasión, aunque jamás me he decidido a llevarlo a cabo: lo han apuñalado por la espalda.

—¡Papá! —gritó Carmen alarmada, intentando correr hacia las habitaciones del piso superior.

Sin embargo, la firme mano de su hermano la retuvo agarrándola por un brazo, haciendo que afrontara la realidad que había aprendido ese día: que ella aún no era lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a un Dragón.

—A partir de mañana prepararé las cosas para enviarte a un internado de señoritas, donde aprenderás esos modales que siempre se te olvida mostrar.

—¡Pero no puedo, Miguel! ¡Mi padre me necesita y yo...!

—No, Carmen. No te necesita. A ver si te enteras de una vez por todas que Antonio solamente se preocupa por su botella, y que, si sigues a su lado, vas a acabar muy mal. De modo que tus opciones son dos: o asistir a un internado para señoritas o aceptar un casamiento precipitado con algún noble español que yo te organizaré...

—Miguel, ¿quién crees que querrá casarse conmigo? ¿Para qué quieres que aprenda a comportarme como una dama, si en cuanto me encuentre entre esos nobles no pararán de dirigirse a mí como a la bastarda que tu padre siempre señala que soy? —dijo ella, deshaciéndose furiosamente del agarre de su hermano.

—¡Tú no eres ninguna bastarda! —gritó Miguel muy enfadado, como siempre en desacuerdo con las insultantes palabras que se negaba a escuchar cuando se referían a su hermana.

—Entonces ¿qué soy, Miguel? —insistió Carmen una vez más, perdida con el papel que le había tocado desempeñar en ese ilustre mundo en el que nunca encontraba su lugar.

—Simplemente eres mi hermana —concluyó él, atrayéndola hacia sus brazos para darle el consuelo que tanto necesitaba y que ella se negaba a reclamar—. ¿De verdad estás bien? —preguntó, apretándola con más fuerza entre sus brazos mientras se culpaba por no haber podido protegerla de alguna de sus locuras en esa ocasión.

—Sí, tranquilo —respondió Carmen, devolviéndole el consolador abrazo a su hermano, sin poder llegar a engañarlo del todo con las mentiras que salían de sus temblorosos labios.

—Ahora ve a ver a tu padre, pero hazme un favor: durante un tiempo no te metas en más problemas, sobre todo, en aquellos de los que yo no pueda salvarte. Un día de éstos vas a ser mi muerte, Carmencilla —declaró Miguel entre suspiros de resignación mientras dejaba ir a su hermana y rogaba porque no volviera a caer en alguna más de sus locuras durante un tiempo.

En cuanto la joven se vio libre de los sobreprotectores brazos de su hermano, corrió hacia la habitación de su padre. María cuidaba con devoción de Antonio mientras éste, con un gran vendaje que cubría su espalda y su pecho, se debatía entre las sábanas presa de una alta fiebre, repitiendo una y otra vez un maldito nombre que Carmen conocía demasiado bien.

—Dragón, Dragón, Dragón...

—Lleva así desde que tu hermano lo recogió de esas sucias calles. El médico acaba de marcharse y ha dicho que ha tenido mucha suerte con su herida. Se ve que no es tan grave como parece, pero si no le baja la fiebre podemos comenzar a temernos lo peor.

—¿Mi padre ha dicho algo más, además de esa palabra?

—No, solamente repite eso una y otra vez. Tu hermano ha comenzado a investigar sobre ello, pero la única pista que tiene, además de los delirios de Antonio, es ese cuchillo que llevaba clavado en su espalda —dijo María a la vez que señalaba la mesilla de noche en la que descansaba el ensangrentado puñal que minutos antes había estado alojado en la espalda de Antonio.

Un puñal que Carmen no tardó en reconocer como el arma que manejaba

uno de los hombres del Dragón que la había defendido esa noche, y si habían usado esa arma para herir a su padre, sólo había una persona que pudiera dar esa despiadada orden.

—¡Dragón! —susurró enfurecida, sin poder dejar de dirigir su airada mirada hacia el cuchillo.

—Niña, no vayas a hacer algo de lo que luego puedas llegar a arrepentirte... —advirtió María, conocedora del temperamental carácter de Carmen.

—No te preocupes, no haré nada... —comenzó a decir la joven, para luego susurrar pendencieramente mientras se alejaba de la habitación— de lo que pueda llegar a arrepentirme.

Adrian suspiró una vez más mientras subía a su barco con la intención de alejarse de ese puerto del que nunca podría olvidarse, porque allí había conocido a esa fogosa española a la que quería enseñar mucho más de lo que ella estaba dispuesta a aprender. Se habrían divertido tanto si Carmen no hubiera sido tan inocente y él tan caballeroso... Pero, seguramente, tras su advertencia ella no se acercaría a él de nuevo y sus caminos no volverían a cruzarse jamás.

Tal vez fuera mejor así, porque esa mujer lo tentaba demasiado como para convertirse en un Dragón tan despiadado como su hermano únicamente para conseguirla a ella. Por unos instantes, al tenerla entre sus brazos, Adrian quiso olvidar los distinguidos modales que una vez había aprendido y convertirse en ese canalla que ella creía que era; quiso tomar su dulce inocencia a pesar de sus protestas y grabar su nombre en su piel para que nunca pudiera olvidarlo.

Carmen fue el primer tesoro que estuvo tentado de robar, pero sus lágrimas le recordaron que él no era un despiadado pirata, sino un noble inglés que pronto volvería a su hogar. Tal vez, cuando regresara, intentaría buscar a

alguna aburrida mujer con la que casarse para calmar los rugidos de su hermano..., pero ¿a quién pretendía engañar? Lo más probable era que continuara con su vida disoluta y que Damian volviera a molestarse con él, enviándolo en otro de sus barcos, atado como un simple fardo como ya había hecho en una ocasión.

Suspirando una vez más, se puso al timón de su navío, pero su lamentable comportamiento atrajo las burlas de su curiosa tripulación, que no osaba dejarlo de lado en ninguno de sus viajes.

—¿Es que no te has desfogado lo suficiente para calmar tus calurosos aires, Dragoncillo? —lo interpeló jocosamente Hunter mientras le daba un golpe amistoso en la espalda.

—No permitió que me acercase. Su látigo era demasiado para mí, y ya sabéis lo poco que tolero el dolor.

—¡Pero si la desarmaste, pillastre! —exclamó Hunter, señalando el látigo que Adrian llevaba enrollado en su cinturón.

—Algo tenía que quedarme de recuerdo, y ya que su dulce cuerpo me fue negado, ¡qué menos que agenciarme el arma con la que siempre me amenazaba!

—Creo que a ti, al igual que a tu hermano, te gustan las mujeres peligrosas.

—Es que las nobles damitas son de lo más aburridas.

—Bueno, ahora tienes el arma adecuada para domar a esa fiera si volvéis a encontraros.

—Para mi desgracia, no creo que esa fogosa española vuelva a cruzarse en mi camino. Y, por otra parte, no tengo ni idea de cómo se maneja esta cosa — contestó Adrian mientras intentaba hacer chasquear el látigo, consiguiendo como resultado que éste cayera lánguidamente al suelo, además de que su molesta tripulación rompiera en estruendosas carcajadas.

—No te preocupes, Dragoncillo, tienes muchas aburridas horas de viaje por delante para aprender.

José Alonso de la Cruz intentaba una vez más salvar el buen nombre de su hijo, que Miguel ponía en riesgo continuamente con las aventuras en las que incurría para correr detrás de esa mocosa que él había repudiado. Desde el día en que nació, Carmen sólo había sido una maldición para él, acabando con la poca salud que le quedaba a su esposa y acarreándole así una prematura muerte a su querida e infiel Isabel. Para su desgracia, cuando su deshonrosa esposa murió, Miguel ya era lo suficientemente mayor como para responsabilizarse de Carmen, y bajo la amenaza de abandonar tanto su título como sus tierras si no lo dejaba cuidar de su hermana, éste lo había chantajeado durante años para que acogiera a esa insufrible niña bajo su ala.

En vez de gastar su asignación en el juego y el libertinaje típicos de los jóvenes de su edad, Miguel se había dedicado a realizar inversiones en navíos mercantes hasta conseguir una casa para Carmen y el bastardo que deshonró un día su apellido poniendo sus sucias manos sobre su esposa.

Que su hijo aún mantuviera relaciones con las personas que más odiaba lo molestaba en sumo grado, pero que Miguel desatendiera a cada instante sus responsabilidades para con su título por apresurarse a ayudar a esos desaprensivos hacía que su sangre hirviera llena de furia. Si tan sólo esa despreciable mujer desapareciera de la vista de su hijo..., tal vez Miguel podría dejar de lado sus correrías y convertirse en el respetable heredero que José necesitaba.

—Señor, una... joven dama desea verlo —dijo dubitativamente su fiel mayordomo, Óscar, quien sabía que nunca debía interrumpir sus instantes de meditación con nimiedades.

—Óscar, ya te he dicho que en momentos como éste no estoy para nadie.

—Pero, señor, la joven insiste en no moverse de la puerta hasta que usted acceda a verla.

—Y ¿se puede saber qué título te ha mencionado esa mujer para permitirse

exigir mi presencia de ese modo tan altanero? —inquirió José, dejando entrever su airado temperamento ante la inesperada visita.

—Esto..., señor..., no me ha indicado título alguno. Simplemente me ha dicho que usted la reconocería como, y discúlpeme, señor, «la bastarda».

—Déjala pasar —decidió finalmente José, más enfadado que nunca por la insolencia de esa muchacha.

Óscar no tardó demasiado en regresar acompañado de la arrogante joven. A pesar de que muchos nobles bajaban la mirada como muestra de respeto hacia su rango cuando estaban frente a él, Carmen osó hacerle frente desde el preciso instante en el que entró por la puerta.

La fría conversación entre los dos altivos personajes se inició en cuanto Óscar cerró las puertas del despacho de su señor.

—Sabes que no eres bien recibida en esta casa, ¿verdad?

—Sí, por eso dejé muy clara mi posición desde el principio, para que usted no se deleitase recordándomela.

—Para ser una bastarda, muestras demasiada insolencia y te tienes en muy alta estima.

—No, señor, eso lo hace mi hermano. Yo sé lo que valgo y por eso me encuentro aquí. Valgo exactamente cinco mil reales de plata y un barco.

—¡Niña, ésa es una pequeña fortuna! ¿Se puede saber para qué necesitas ese dinero?

—Si he venido a pedirle a usted ese dinero es porque sabía que no preguntaría el motivo por el que lo requiero.

—Si piensas que yo voy a entregarte un solo real es que, definitivamente, estás loca.

—Con ese dinero voy a desaparecer de su vista y de la de mi hermano. Quizá para siempre...

—Ya sabía yo que todas las mujeres tenían un precio y tú no ibas a ser distinta... Seguro que quieres el dinero para fugarte con un hombre que Miguel desaprueba.

—Con uno, no: con muchos... —replicó Carmen burlonamente, sin dejarse intimidar.

—Podría detener ahora mismo esta locura tuya llamando a mi hijo, o podría impedirte que llevaras a cabo semejante acto deshonesto no dándote el dinero que me solicitas..., pero como lo que realmente me interesa es que salgas de la vida de Miguel, tendrás ese dinero mañana mismo. ¿Algún último requerimiento antes de que mi criado te eche de mi casa? —preguntó despreocupadamente José, haciendo sonar la campana con la que los criados corrían para obedecer sus órdenes cuando sus negocios finalizaban.

—Sí, no permita que Miguel me siga por nada del mundo —pidió Carmen mientras abría la puerta de la estancia.

—¿Tanto odias a mi hijo? —cuestionó José, algo confuso con su petición.

—No, al contrario. Es porque quiero demasiado a mi hermano por lo que no deseo que en esta ocasión venga detrás de mí.

—No te preocupes, mocosa: en cuanto tú desaparezcas, pienso tenerlo tan ocupado que ni siquiera se dará cuenta de tu partida.

—Gracias, no sabe cuánto me tranquilizan esas palabras —declaró Carmen antes de irse. Pero, al contrario de lo que podría pensarse, su tono no fue irónico en absoluto, y en su rostro lucía una hermosa sonrisa que a José le recordó, tal vez demasiado, a la de esa asilvestrada mujer que no podía borrar de su mente, aunque hiciera mucho que lo hubiera abandonado.

El Señorío era un lugar para deshonestos piratas, expertos truhanes y viles asesinos. Por eso, en el momento en el que una mujer de fiero aspecto se adentró en el establecimiento vestida como un joven noble, luciendo unos ceñidos pantalones de cuero negro, una holgada blusa, un elegante chaleco y una chaqueta que disimulaban sus curvas, todos los presentes se

sorprendieron. Y más aún cuando a esa muchacha no le importaba revelar que era una mujer, ya que su larga melena negra caía libremente por su espalda.

Los posibles silbidos o las curiosas manos que podían dirigirse a ella fueron repelidos cuando hizo resonar contra el suelo el látigo que llevaba en la mano, demostrando una gran habilidad. La pendenciera mirada de Carmen comenzó a recorrer el local, buscando a un hombre que igualara en fuerza y en fiereza al Dragón, alguien al que no tardó mucho en hallar, ya que su mesa se encontraba rodeada de los hombres más temibles del lugar.

Los ojos de Carmen se encontraron con los de Kemal, quien, sonriendo burlonamente desde su asiento, la invitó a unirse a su mesa junto a esa panda de despreciables granujas.

—¡Pero si es la pequeña Carmen! ¿A qué debemos este tremendo placer? —manifestó Kemal, recorriéndola con una de sus ávidas miradas.

—Quiero contratar vuestros servicios —contestó la joven.

Ante semejante afirmación, los granujas rompieron en carcajadas, hasta que Carmen depositó una bolsa repleta de dinero frente a ellos, silenciándolos.

—Sabes que los trabajos que llevamos a cabo no son muy honrados, ¿verdad? —preguntó despreocupadamente el pirata mientras cogía una de las monedas y la mordía con ansia, comprobando su autenticidad.

—No necesito hombres honrados para este trabajo.

—Entonces, querida Carmen, somos los hombres que estás buscando. ¿Se puede saber cuál es el trabajo para el que quieres contratarnos?

—Simplemente acompañarme a darle caza a un Dragón.

—¡Hum! Qué interesante... Creo haber oído que ofrecen un alto precio por la cabeza de ese pirata en algunos lugares de Oriente. Tal vez podamos beneficiarnos ambos de este trato —tanteó Kemal, dispuesto a ampliar su fortuna.

—No me importa quién reclame la cabeza de ese hombre, pero sólo yo puedo obtener su sangre —anunció Carmen, haciéndoles saber a todos su última condición en ese peligroso pacto—. Aceptéis o no este encargo,

mañana saldré en busca de ese maldito Dragón. Y esto es apenas un aperitivo para el que quiera acompañarme... —finalizó dejando la bolsa sobre la mesa, muy segura de que a la mañana siguiente más de uno de esos desalmados habría sido tentado por el dulce tintineo de las monedas.

Acto seguido, tras acabar con su recado, dejó esa taberna de mala reputación sin molestarse en mirar atrás.

Tal vez, si lo hubiera hecho, habría descubierto que las maliciosas sonrisas de aquellos hombres no perseguían tanto su bolsa como a ella misma.

Capítulo 7

—¡Capitán! ¡Un barco se nos está acercando!

—Tal vez sea un buque mercante que necesita nuestra ayuda... ¿Qué bandera muestra su mástil?

—Ninguna... Espere un momento, ahora mismo la están alzando. Son... ¡son piratas! —exclamó el vigía emocionado.

Y un anuncio que preocuparía a cualquier tripulación honrada hizo que todos los hombres corrieran sobreexcitados por cubierta, como niños ante un nuevo regalo de Navidad. Todos y cada uno de ellos se armaron hasta los dientes con armas legales, y con otras que no lo eran tanto, pensó Adrian mientras veía cómo Hunter colocaba su última adquisición en su muñón izquierdo: una cortante daga de doble filo.

—¡Bueno, muchachos! —gritó Adrian—. ¡Alcemos también nosotros nuestra bandera para provocarlos!

—¡Capitán, no tenemos ninguna! —contestó un joven grumete de apenas doce años que se había unido a ellos en el último puerto.

—¡¿Cómo?! ¿Alguien me puede explicar por qué no tenemos ninguna bandera?

—Porque en la última broma que te hicieron estos infames te mandaron hacer unas sábanas con nuestra bandera pirata. ¡Os dije que la bandera de un hombre no se tocaba, despreciables canallas! —gritó Hunter furioso, molesto por no poder contestar tan atrevidamente como sus rivales habían hecho declarándoles la guerra con su bandera.

—¡De acuerdo! ¡Pues subid algo a ese mástil que los enfurezca tanto como

para atacarnos! ¡Mientras, preparad los cañones para contestar! —ordenó Adrian, sabiendo que los hombres que atacaban cegados por la ira siempre cometían errores fatales.

Antes de que terminaran de armar sus cañones, se oyó un precipitado disparo que indicaba que el otro barco aún se hallaba demasiado lejos de ellos como para acertarles. Sin duda, lo que su tripulación había colgado del mástil los había ofendido tanto que no habían dudado en contestar a su provocación desperdiciando un disparo, un error del que Adrian se beneficiaría colocando el navío en la posición adecuada para recibir el menor daño posible en esa batalla.

—¿Se puede saber qué narices habéis colgado para cabrearlos de esa manera? ¡No, dejadlo! ¡Mejor no me lo digáis! —gritó entre carcajadas mientras se preparaba para el asalto, animando a su bulliciosa tripulación a enfrentarse sin piedad al enemigo que había osado desafiar al legendario barco del Dragón.

—¡Unos calzones! ¡Ese malnacido contesta ante nuestra presencia, no con una bandera blanca mostrando su rendición u otra igual de intimidante que nuestra calavera, sino que se atreve a insultarnos colgando despreocupadamente sus calzones ante nuestros ojos! ¡Disparad al mástil! ¡Echad abajo esa injuriosa prenda y demostradles que no somos una broma para ser ignorados con tanta facilidad!

—Creo que te estás ofuscando y que deberías esperar hasta hallarte un poco más cerca para comenzar a disparar hacia su barco —intentó razonar Carmen, tratando de calmar a Kemal y de ocultar su sonrisa ante la increíble respuesta de ese hombre frente al ataque de unos sanguinarios piratas.

—¡Tú a callar, mujer! ¡Si te permito estar a mi lado en la cubierta en estos momentos es sólo porque tú pagas! ¡En estos instantes eres poco más que un

lastre aquí!

—Solamente doy mi opinión ante tus precipitadas acciones, Kemal. Y recuerda: la sangre de ese hombre es sólo mía.

—¡Sí, sí! ¡Ya lo sé! ¡Pero créeme cuando te digo que cada vez me siento más tentado de hacer este trabajo gratis y de ofrecerte la cabeza de ese idiota en una bandeja por puro placer!

—No quiero muertes innecesarias, Kemal, así que refrena tu temperamento antes de que nos enfrentemos a ese sujeto y tus impulsivas acciones nos lleven a la derrota.

—Creo que deberías aplicarte a ti misma tus sabios consejos, ya que tu impaciente mano no ha dejado de tantear ese látigo desde que avistamos el barco de tu querido Dragón. Al parecer, estás ansiosa por utilizarlo con él para divertirte, pero niegas esa posibilidad a otros... Eres una mujer muy injusta, Carmen. Pero bueno, como eres la que paga, intentaré tener en cuenta tu petición. Aunque eso sí, te lo advierto: sea necesaria o no, se derramará sangre en ese maldito barco —dijo Kemal, señalando el navío que aún ondeaba ante ellos su provocativo estandarte sin rendirse en absoluto.

Aunque la embarcación pirata era mucho más rápida, el alcance de los cañones que Adrian tenía en su galeón era mucho mayor, con lo que no tardaron en hacerse con el control de la situación. No obstante, esos locos seguían insistiendo en acercarse aunque su navío acabara hecho pedazos, así que Adrian tuvo que ordenar que dejaran de utilizar los cañones cuando un disparo suyo podría suponer un peligro tanto para su barco como para su tripulación.

En el instante en que esos desaprensivos lanzaron los ganchos de abordaje hacia su navío, Adrian ordenó a sus hombres que se prepararan para el combate, algo que podría haberse ahorrado de haber observado a su

tripulación, que esperaba con impaciencia a sus enemigos para comenzar la contienda.

—¡Al abordaje! —gritaron ansiosamente los hombres del Dragón, y antes de que alguno de los piratas pisara su propia cubierta, la mitad de la tripulación de Adrian había hecho acto de presencia en el barco adversario, comenzando la pelea antes de que a éstos les diera tiempo siquiera a alzar sus armas.

Como las cosas parecían marchar bastante bien para su impaciente tripulación, y no tanto para los sorprendidos piratas que habían sido abordados por aquellos a quienes pretendían robar, Adrian se quedó en cubierta, defendiendo su navío junto a los hombres que habían decidido permanecer a su lado.

Mientras alzaba su espada contra los temerarios piratas, haciendo uso de las habilidades que le había enseñado su hermano en una ocasión, unas honradas y otras más discutibles que nunca creyó que llegaría a poner en práctica, sus ojos se toparon con una embravecida mujer de negros cabellos que volvía a cruzarse en su camino neciamente a pesar de sus advertencias. Y, en esta ocasión, Adrian se juró que no la dejaría marchar.

Cegado ante la idea de apropiarse de ese tesoro que se exponía nuevamente ante él, barrió sin misericordia a todo aquel que se cruzaba en su camino, para luego apartar a un lado al endeble muchacho que trataba de defenderse de los ataques de la enfurecida mujer, intentando no hacerle daño.

—Por lo que veo, me has echado tanto de menos que has tenido que atacar mi barco para que no me aleje de ti, ¿verdad? Si me lo hubieras dicho en la última ocasión que nos vimos, me habría quedado un poco más de tiempo en Cádiz, muy dispuesto a mostrarte todos los placeres que podías encontrar en mi cama, querida —dijo Adrian con arrogancia, exhibiendo una satisfecha sonrisa al saber que en esta ocasión Carmen no escaparía de sus manos.

—¡Me mentiste, sucio pirata! ¡Sabías perfectamente dónde estaba mi padre! —exclamó ella fuera de sí, blandiendo su espada sobre Adrian cada vez con

más furia—. ¡Estaba malherido por la mano de uno de tus hombres! —gritó embistiendo con violencia, un movimiento que él esquivó con gran dificultad, ya que no quería dañarla—. ¡Mi padre estaba desangrándose en uno de los sucios callejones del puerto mientras tú jugabas conmigo! —chilló mientras su rostro se llenaba de lágrimas.

Para desgracia de Adrian, las lágrimas de una mujer siempre habían sido su debilidad, y por unos instantes bajó su guardia. Algo que Carmen utilizó sin miramientos para arrebatarse el arma con un ágil movimiento de su látigo y, a continuación, colocar sanguinariamente su espada sobre el cuello de su presa y ordenarle:

—¡Diles a tus hombres que se rindan y arrojen sus armas si no quieren ver cómo pierdes la cabeza ahora mismo! ¡Y no dudes que lo haré! Aunque sea una simple mujer, no estoy dispuesta a que mi mano tiemble para darle una lección al hombre que ha herido a mi padre.

—Carmen, no sabes cuánto te estás equivocando conmigo. Y, cuando lo descubras, ya será demasiado tarde para escapar de mí porque habré sacado esas garras que siempre escondo aparentando ante todos que soy inofensivo.

La respuesta de la joven no se hizo de rogar: apretó la afilada espada contra su cuello, hiriéndole superficialmente y derramando un poco de la sangre que había reclamado desde el momento en que se conocieron.

Sus fieles hombres, en cuanto vieron a su capitán en problemas, no tardaron en arrojar sus armas y rendirse. A pesar de la ventaja que llevaban en la lucha, ninguno de ellos quería tener que comunicarle al verdadero Dragón que habían perdido a su hermano, así que simplemente esperarían el momento de volver a presentar batalla para recuperar todo lo que les pertenecía, incluyendo un nuevo botín que su capitán estaba muy dispuesto a reclamar, pensó más de uno de esos granujas al ver cómo los ojos de Adrian miraban con ávido deseo a esa hermosa morena que amenazaba su cuello.

Carmen observaba con admiración la nueva adquisición que había hecho. El galeón de ese inglés había copiado la elegancia de las líneas del casco, así como la solidez y la perfección de la estructura de los navíos españoles, lo que, además de proporcionar una gran capacidad para la carga, permitía que fueran más veloces y fáciles de maniobrar.

Las maderas empleadas eran de roble, caoba y teca de la mejor calidad, procedentes sin duda de Cuba, Honduras y Filipinas, dotándolos de resistencia ante la temida broma, unos pequeños moluscos que eran la pesadilla de los carpinteros navales.

La popa carecía de las ostentosas ornamentaciones con que algunos nobles dotaban a sus barcos, y tan sólo mostraba el nombre de la embarcación, bautizada como *Alexandra*. Las bodegas estaban repletas de mercancías provenientes de la India y de algún otro exótico país de Oriente Medio, fáciles de vender en cualquier puerto. Pero ni ese barco ni ese cargamento eran algo que Carmen quisiera reclamar, ya que ella sólo deseaba hacerse con el pendenciero Dragón, algo que no tardó en recordarles a los avariciosos hombres que había contratado únicamente para llevar a cabo su venganza.

—Parece que este barco transporta una valiosa carga. Podéis quedaros con todo lo que queráis —anunció a sus despiadados piratas mientras saqueaban el barco después de haber dejado maniatados en cubierta a todos y cada uno de los integrantes de la tripulación del Dragón, incluido éste.

Lo más sorprendente de todo era que cada uno de ellos observaba lo que ocurría a su alrededor con una sonrisa cómplice, como si ellos no fueran los perdedores en esa situación.

—Has abordado mi barco —reconoció finalmente Adrian, mostrando ante ella un gesto preocupado que la llenó de satisfacción. Aunque, al parecer, era el único que estaba inquieto, ya que todos sus hombres sonreían ante las palabras de su capitán—, estás robando mi preciado cargamento, mis incalculables tesoros... ¿Cuándo vamos a llegar a la parte divertida en la que

me violas? —preguntó ese despreciable sujeto, consiguiendo que todos sus hombres rompieran en estruendosas carcajadas a pesar de la lamentable situación en la que se hallaban—. Lo digo porque te puedo asegurar que yo soy el más puro y casto de todos ellos... —añadió, haciendo que sus hombres se revolcaran de risa en el suelo.

—¡Silencio! —ordenó Carmen furiosa, haciendo chasquear su látigo cerca de los pies de Adrian—. ¡Calla o tendré que amordazarte!

—Látigos, mordazas, ataduras... Muchacha, tienes gustos muy pervertidos. Pero un capitán no puede evitar sacrificarse por los suyos, así que, por favor, abusa de mí en primer lugar. Y no te olvides luego de responsabilizarte por la pérdida de mi virtud.

—¡Que te calles! —volvió a gritar Carmen a ese insufrible sujeto cuando las risas de sus hombres resonaron de nuevo por toda la cubierta.

—Así que éste es el temible Dragón..., un hombre que, al parecer, no le tiene miedo a nada ni a nadie —apuntó desdeñosamente Kemal, anunciando de este modo su presencia mientras medía con la mirada lo peligroso que era realmente ese risueño individuo que no sabía cuándo debía mostrar temor.

—A ti no, desde luego. Créeme cuando te digo que he conocido a hombres mucho más peligrosos e intimidantes que tú —replicó Adrian, dirigiendo su retadora mirada hacia el hombre que contemplaba con demasiada avidez el tesoro del que él había decidido apropiarse.

—¿No querías la sangre de este Dragón, Carmencilla? Pues creo que éste es el momento adecuado para reclamarla —sugirió Kemal, sonriendo maliciosamente a Adrian mientras se deleitaba con la posibilidad de conseguir su venganza de manos de otra persona, tal vez de la que, de una u otra manera, podía conseguir hacerle más daño a ese Dragón.

Tras una simple orden, los hombres de Kemal alejaron a Adrian de su tripulación y, una vez desnudado su torso, lo ataron a uno de los postes del barco para que recibiera el debido castigo de ese látigo que lo aleccionaría por sus insolentes palabras.

—¡He aquí al temido Dragón, con su legendario tatuaje! —exclamó Kemal, burlándose de la leyenda de su hermano que había hecho temblar a más de un pirata.

—Pues ¿qué quieres que te diga?... A mí, más que un dragón, eso me parece una lagartija —declaró uno de sus hombres, señalando el extraño tatuaje que ocupaba gran parte de la espalda de Adrian.

—¿En serio? —inquirió este último, dirigiendo su pregunta a los granujas que habían osado engañarlo en una de sus borracheras para hacer de él un hombre un poco más deshonesto.

Su pregunta solamente consiguió que, a pesar de su adversa situación, todos volvieran a reírse de su capitán. Hasta que un látigo resonó fuertemente contra su espalda, marcándola con su castigo.

—Carmencilla, o lo haces tú o lo hago yo. Y créeme: me muero de ganas de derramar esa sangre que tanto reclamas para tu venganza —dijo Kemal, cediéndole el látigo a la joven después de su primer golpe aleccionador.

—Lo haré yo. Después de todo, él es mi prisionero y ésta es mi venganza —manifestó Carmen, cogiendo el látigo para luego pasar a enfrentarse a la fría mirada del Dragón antes de comenzar su castigo.

—Carmen, te lo advierto: me estás obligando a asumir un precio que en un principio no quise pagar por ti. No te quejes cuando esto termine, porque no pienso dejarte marchar.

Y, ante la advertencia de ese frío Dragón, la muchacha huyó de su mirada y comenzó con su escarmiento: cincuenta latigazos en su espalda sin que el irritante sujeto dejara salir de sus labios ni un solo grito de dolor.

Luego, mientras era arrastrado junto a sus hombres a la improvisada prisión que habían establecido detrás de las enrejadas bodegas del barco, Adrian sonrió a la joven y susurró ante todos:

—Carmen, ahora eres mía. Después de todo, ya he pagado con sangre por ti. Ahora sólo tengo que salir de ésta para enseñarte lo que eso significa —

amenazó débilmente, aunque sus penetrantes ojos negros no lo parecían tanto cuando dirigió una decidida mirada hacia ella.

Damian descansaba plácidamente en su club, alejándose por unos instantes de sus dos revoltosos mellizos, que lo volvían loco. Con dos años de edad, su hijo Alexander se había convertido en un verdadero pillastre demasiado parecido a su irreflexivo hermano Adrian, mientras que su hija Beatrice no se quedaba muy atrás, siguiendo a su mellizo en cada una de sus trastadas. No obstante, a pesar de sus quejas, Damian adoraba a sus rebeldes niños.

Sólo en ocasiones, cuando las hermanas Withler se reunían en su mansión y recordaban sus pasadas aventuras, en las que él no tenía lugar, Damian notaba que sobraba, y era entonces cuando decidía ir al club a relajarse, esa vez, junto a su honorable amigo William y el no tan honorable esposo de su cuñada Nicole, Bennet.

—Deberíamos haber ido a mi club, este ambiente es demasiado estirado y... decente para mí —se quejó Bennet una vez más mientras tomaba asiento en uno de los cómodos sillones junto a sus amigos—. Y mis licores son mucho más buenos, dicho sea de paso —añadió tras probar la bebida de una de las finas copas que le ofrecían.

—Si mi esposa se entera de que he puesto un pie en tu famosa casa de juego, Los Siete Pecados, me deja sin posibilidades de tener más descendencia. Y, a pesar de que mi padre adore a mi revoltosa hija Annabelle, todavía insiste en que le dé un heredero varón, por lo que prefiero no arriesgarme y asistir a una velada un poco más tranquila —anunció William, disfrutando de su bebida—. Aunque tienes razón en que la calidad de los licores de este lugar ha decaído.

—Si hemos venido aquí es para relajarnos un rato, señores, y también porque tengo algún negocio que atender —apuntó Damian—. Pero sin duda

hablaré con los demás socios del club sobre estas insípidas bebidas y, de paso, tal vez pueda hacer algún buen trato con el último cargamento de licor que me trajo mi hermano.

—A propósito, Damian, ya que mencionas al rebelde Adrian, ¿cómo le va en alta mar? —se interesó Bennet—. De vez en cuando le manda lastimeras cartas a mi esposa en las que se queja de todo, y aunque me moleste su continua correspondencia con Nicole, sé que para ella Adrian solamente es como un hermano.

—No es la única con la que mantiene correspondencia —comentó William, frunciendo el ceño ante lo molesto que podía llegar a ser ese individuo, pese a lo lejos que se encontraba.

—No os quejéis tanto: a mi esposa le escribe indecorosas cartas haciéndole proposiciones de lo más atrevidas. Y si no supiera que son sólo para fastidiarme, ya que Adrian es perfectamente consciente de que yo las leeré antes que Alexandra, lo mandaría colgar por los pulgares del palo mayor del barco.

—Ja, ja, ja —rio William con ganas ante la desfachatez del alocado Adrian—. ¿Ha dejado ya de fastidiarte gastándose todas las ganancias que obtenía en mujeres y alcohol?

—No, pero aunque me moleste que mi libertino hermano gaste más de lo que puede llegar a ganar con las mercancías de ese barco, me deja mucho más tranquilo saber que, estando vigilado por mis hombres, y lejos de Londres, no puede hacer de las suyas y que su cuello ahora está a salvo —declaró Damian dando un nuevo sorbo a su bebida, un licor con el que por poco no se atragantó al oír la conversación que unos altivos nobles sostenían no muy lejos de él.

—Hamilton, ¿has oído las noticias de que ese pérfido pirata está surcando de nuevo los siete mares?

—Algo he oído, sí. Al parecer, su última andanza fue en el harén de un sultán y ahora éste ha puesto precio a su cabeza entre todos los rufianes de alta mar.

—¡Vaya! Pero ¿quién se atrevería a ir en busca de ese peligroso individuo?

Damian rogó con inquietud que no se confirmaran sus crecientes sospechas acerca de la identidad de ese sujeto, y que esos hombres no se estuvieran refiriendo a su antiguo y temible nombre, uno que había dejado atrás cuando tuvo que convertirse en un honorable conde y cuidar de su hermano; un nombre del que, en esos instantes, solamente una atrevida e inconsciente persona en todo el mundo se atrevería a apropiarse...

—Algunos dicen que el Dragón no es tan temible como parece, y que con los años se ha calmado. No obstante, no es nuestro problema, ya que él siempre estuvo bajo las órdenes de la Corona.

—¡Adrian! —gruñó Damian en voz baja, muy enfadado, al ver corroborados sus presentimientos, comprendiendo que no había ni un solo lugar al que pudiera mandar a su hermano donde éste no cometiera alguna de sus peligrosas locuras.

—Sí, ya veo lo a salvo que está su cuello ahora que no se encuentra en Londres... —comentó burlescamente Bennet.

—Además, he oído que un barco de piratas españoles había salido en persecución del navío del Dragón, muy dispuestos a hacerse con su cabeza —finalizó uno de esos sujetos, haciendo que finalmente Damian se levantara intranquilo de su asiento, consciente de que no obtendría su merecido descanso.

—Si me perdonáis, tengo que preparar un viaje y afilar mi espada para ir en busca de mi rebelde hermano —se disculpó ante sus amigos.

—Bueno, creo que es hora de que nosotros también nos marchemos para preparar ese repentino viaje —declaró William, viendo cómo su amigo se alejaba arrasando con todo lo que encontraba a su paso.

—Y ¿por qué deberíamos acompañarlo en uno de esos peligrosos viajes? Yo, definitivamente, no tengo ganas de arriesgar mi cuello en alta mar.

—Parece que no conoces a nuestras esposas, Bennet: o vamos nosotros, o van ellas.

—En eso tienes razón —suspiró Bennet, finalizando de un trago su bebida—. Bueno, espero que este viaje no sea muy molesto y que el temperamento de Damian se apacigüe un poco en alta mar.

—¿Que por qué me marchó tan precipitadamente? —rugió desde lejos el Dragón al curioso noble que se cernía sobre él para interrogarlo cuando no estaba de humor para tratar con ninguno ellos—. ¡Porque tengo que planear las cincuenta formas distintas en las que voy a castrar a mi hermano!

—Ése sí que es un peligroso dragón... —se burlaron los ociosos nobles que habían estado conversando hasta ese momento sobre el temido pirata mientras eran testigos del comportamiento de Damian, sin saber cuán cerca estaban de la verdad.

—Creo que va a ser un viaje muy largo... —murmuró William, dispuesto a seguir a su amigo allá donde lo llevaran sus aterradores rugidos.

Adrian se desvaneció en cuanto fue arrojado a la oscura bodega de su barco. Varias horas después, seguía haciéndose el desmayado mientras intentaba averiguar la situación en la que se encontraban tanto él como sus hombres.

Esos necios piratas no habían creído necesario atarlo de pies y manos como habían hecho con el resto de su tripulación, ante lo que Adrian sonrió, porque, tras convivir con un pendenciero Dragón y tres ladronzuelas muy pillas, él quizá era el más taimado de todos cuantos se hallaban en ese barco.

La sonrisa que siempre lucía en su rostro se esfumó de sus labios al recordar cómo había reclamado su sangre, sin piedad, su belicosa pirata, una acción que nunca olvidaría. Ahora estaba más decidido que nunca a escapar tan sólo para hacerse con Carmen y enseñarle por qué nunca debía calentar la sangre de un hombre como él: en cuanto tuviera la oportunidad, le enseñaría a esa mujer cuán peligroso era ese Dragón al que tanto buscaba. A pesar de que

él no fuera ese temido corsario, a Adrian no le importaría nada suplantar su identidad para amansar a esa fiera española y enseñarle al fin una lección.

No comprendía el empecinamiento de la muchacha en asignarle a él el papel de villano, cuando era evidente que nunca encajaría en el mismo. Apenas conocía a Antonio de unas simples rondas de bebida en una taberna, y aunque se había divertido escuchándolo despotricar contra Damian, sabía que había más en esa historia de lo que ese borrachuzo relataba.

Desde el principio, Carmen había reclamado su sangre, seguramente alentada por las mentiras de su padre, pero nunca la creyó capaz de ir en su busca con la intención de obtenerla. El extraño comportamiento de esa mujer debía de ocultar algo más que un viejo resentimiento heredado contra el nombre de su hermano, ya que Carmen preguntaba reiteradamente por su padre, e insistía en que sus hombres le habían hecho daño siguiendo sus órdenes.

Tal vez, con otra tripulación, Adrian podría haber pensado que las palabras de Carmen tenían una base de verdad y que era posible que alguno de los suyos pudiera haberse pasado de la raya. Pero él sabía de primera mano que esos viejos lobos de mar eran perfectamente capaces de calmar su temperamento y mantenerlo férreamente bajo control, ya que, si no lo hacían, más tarde o más temprano se verían obligados a enfrentarse a la ira de un Dragón.

Sonrió irónicamente al ver cómo, por primera vez, más de una persona lo confundía con su hermano, y no pudo evitar recordar en ese momento las proféticas palabras con las que Damian lo maldijo en una ocasión. Seguramente, si él supiera de los líos en los que se había metido solamente por usar su nombre, se reiría de su desventura sin dudarlo, ya que al fin habría recibido su merecido escarmiento.

Tras oír los ronquidos de sus hombres, Adrian dedujo que había llegado la noche, así que abrió lentamente los ojos decidido a aprovechar cualquier oportunidad para liberar a los suyos con la intención de tomar ese barco y

hacerse con todos los tesoros que transportaba, incluida la pendenciera Carmen.

Hasta que notó los pasos de varias personas que se acercaban a su encierro.

—No quiero que muera, Kemal. Sólo quiero hacerlo sufrir, así que será mejor que me dejes curar sus heridas.

—Ese tipo no morirá por unos cuantos latigazos, Carmen. Te veo demasiado preocupada por él, a pesar de que es el responsable de las graves heridas de Antonio.

—Y ¿cómo sabes tú de sus heridas? No te he dicho nada —preguntó la joven, comenzando a sospechar que la historia de la agresión contra su padre no era tan simple como ella pensaba.

—Niña, yo me informo muy bien antes de aceptar un trabajo, y son muchos los malandrines a los que puedes hacer soltar la lengua con unas pocas monedas.

—¿Qué más sabes de mi padre y de su encuentro con el Dragón?

—Que Antonio fue a enfrentarse con él, neciamente, y no tardó en recibir una cuchillada en la espalda. Y ahora que te he confirmado cuán despreciable es ese sujeto, ¿por qué no lo dejas y vuelves a encerrarte en tu camarote?

—Te lo repito de nuevo, Kemal: no lo quiero muerto, lo quiero vivo. Y yo soy la única que puede reclamar su sangre —dijo altivamente la joven mientras se alejaba de las bodegas.

A continuación, con un simple gesto de la mano, indicó a dos marineros que llevaran al inconsciente pirata a sus dependencias.

Adrian decidió dejar de fingir su desmayo justo en el momento en que una compresa fría avivaba el fuego de las heridas de su espalda. En su intento por seguir aparentando que estaba inconsciente, había permitido dócilmente que lo

ataren de pies y manos a los postes de una cama. Al parecer, Carmen comenzaba a intuir lo peligroso que podía llegar a ser, a diferencia de esos idiotas a su alrededor, que sin duda lo infravaloraban.

—Chica lista —declaró él en voz alta mientras tiraba de las sogas de sus muñecas para que la joven supiera que ya se había recuperado de su desmayo.

—Quédate quieto o te harás más daño.

—¿Cómo podría lastimarme más de lo que tú ya lo has hecho? —replicó Adrian, dirigiendo sus acusadores ojos negros hacia la mujer que deseaba y odiaba por igual.

—Todas las heridas que has recibido te las tienes bien merecidas, Dragón, por tus mentiras y por el daño que le has hecho a mi padre, maldito pirata sanguinario. Tal vez ahora tengas más cuidado a la hora de mandar clavar un cuchillo en la espalda de alguien... —declaró Carmen ofuscada mientras se apartaba de esos profundos ojos que la miraban con resentimiento.

—Cuando tengo que enfrentarme a un hombre o a una mujer, lo hago de frente. No me parece nada caballeroso hundir un puñal en la espalda de alguien, por más molesto que pueda llegar a ser. No soy el legendario Dragón que buscas y nunca te he mentado, Carmen. Y debo recalcar que, de nosotros dos, el pirata más sanguinario eres tú.

—¡Te lo tienes merecido! ¡Tú... tú...! —exclamó ella alterada sin saber cuál era la verdad que escondían las heridas de su padre.

—Como veo que crees lo que te conviene, te haré una última advertencia acerca de ese hombre que has contratado: el único botín que quiere reclamar de este barco eres tú.

—¡No seas absurdo! ¡Les he pagado a Kemal y a sus hombres con creces por este trabajo y no harán nada que ponga en peligro el hecho de recibir el resto de su dinero!

—Cariño, en ocasiones un inocente bocado como tú es mucho más tentador que cualquier cantidad de dinero. Y más aún para esa panda de rufianes. Pero,

si quieres, puedes decirle a Kemal que el tesoro que hay entre tus piernas me pertenece, porque, definitivamente, ya he pagado tu precio.

A pesar de lo herido que se hallaba, Carmen no pudo evitar golpear el rostro de Adrian ante sus atrevidas palabras. Uno de sus anillos arañó el labio del granuja, haciendo que se derramara una gota más de su sangre.

—¡Ay, Carmen, cuán alto es tu precio! —murmuró él, lamiéndose despreocupadamente la sangre del labio—. Pero no te preocupes: estoy dispuesto a pagarlo una y otra vez —declaró mientras su feroz mirada recorría el cuerpo de esa ardorosa mujer, reclamando su recompensa por cada una de sus heridas.

Capítulo 8

Como era habitual en los camarotes de los capitanes, la pequeña estancia de la que Carmen se había apropiado disponía de un elaborado escritorio donde se esparcían los diarios de a bordo y los mapas de las distintas rutas de comercio. En éstos se podía observar que el Dragón había ido desde Inglaterra hasta la India para comerciar con los distintos productos que podían ofrecer a los diplomáticos ingleses que allí residían, para luego llenar sus bodegas de géneros exóticos con los que volver a casa. No obstante, al parecer, ese sujeto se había desviado de su ruta en más de una ocasión para fondear en cada puerto que encontraba en su camino, haciéndose con alguna que otra extraña adquisición, pensó Carmen mientras observaba la escasa vestimenta que Adrian se habría llevado de algún burdel colocada despreocupadamente sobre los valiosos documentos.

Como todo el mobiliario de los barcos, la robusta mesa donde se llevaban a cabo las comidas, las sillas, el escritorio, dos cómodos sillones que había muy cerca del lecho —a saber por qué—, el biombo que dividía la estancia en dos e incluso la bañera que se ocultaba tras él estaban anclados al suelo para que las inclemencias del mar no acabaran con ellos o los convirtiese en peligrosos proyectiles. Y, por supuesto, la gran cama que ocupaba la mayor parte del camarote no se libraba de esa sujeción, por más pesada que pareciera. Una adquisición nada habitual en un capitán de barco, y mucho más adecuada para un disoluto, ya que su tamaño limitaba el espacio del camarote y casi obligaba a que solamente se pudieran fijar los ojos en ella. Por si fuera

poco, presentaba unos grabados bastante indecentes, mostrando más de una indecorosa postura para llevar a cabo en ese lecho.

Dado que la cama la inquietaba demasiado como para acercarse a ella, y como se hallaba ocupada atendiendo a su cautivo herido, que por fin dormía, Carmen había optado por pasar la noche acurrucada en uno de los incómodos sillones, arropada por una vieja manta.

Después de huir de las palabras de Adrian como si fueran veneno, había evitado volver junto a él hasta que sus pasos se cruzaron con los de Kemal y lo vio hervir de furia cuando le comunicó que dormiría en la misma estancia que ese sujeto. Tras encerrarse rápidamente en su habitación, no dudó en echar el pestillo y bloquear la puerta con un pesado baúl, por si las palabras que Adrian había dicho tan libremente respecto de Kemal llegaban a ser ciertas.

Su mente cada vez estaba más confusa y ya no sabía qué creer. Apenas podía pensar en cómo se sentiría si alguna vez llegaba a enterarse de que, después de todo el daño que le había hecho a ese hombre, él resultaba ser inocente.

Carmen casi siempre dormía profundamente, así que no comprendía por qué en esos instantes en los que soñaba que descansaba en su plácida cama sentía que comenzaba a despertarse. Era como si la sutil caricia de una pluma rozara sus mejillas, algo que la hizo sonreír al notar cosquillas en el rostro. A continuación, el suave roce de la pluma se volvió más atrevido y fue descendiendo por su cuello, y luego más allá...

Como si estuviera desnuda por completo, notó cada uno de los leves toques de la pluma, que la llenaban de un ardor que desconocía. Cuando en su atrevido sueño sintió que sus enhiestos pezones recibían los tentadores roces de esa licenciosa pluma, no pudo resistirse a gemir de deseo, un deseo por

explorar que la hizo arquearse justo en el instante en que la pluma abandonaba sus caricias.

Con una gozosa sonrisa, se negó a abrir los ojos para no despertarse de ese delicioso sueño que la guiaba hacia placeres desconocidos. Y la juguetona pluma no tardó en volver a seguir su camino: recorrió de nuevo sus senos, con lentitud, para luego bajar por su delicado estómago en dirección a su ombligo y continuar su incitador camino hacia los lugares más secretos de su cuerpo.

Sin poder evitarlo, Carmen se removió inquieta por la excitación que comenzaba a experimentar con ese juego, y en el momento en que la pluma acarició levemente su feminidad, gimió pidiendo más de esas caricias. No obstante, la injusta pluma se negó a proceder como ella deseaba y, en su lugar, siguió bajando por sus piernas hasta llegar a las puntas de sus pies para luego subir lentamente, ignorando otra vez el lugar donde la joven más deseaba su roce.

Carmen se movió nerviosamente, disgustada a causa de ese injusto sueño en el que no conseguía lo que deseaba, hasta que abrió las piernas, incitando a la atrevida pluma a que tomara más de ella. Sin embargo, no fue la sutil caricia de una pluma lo que su ardoroso cuerpo notó, sino el agudo dolor producido por la invasión de un hombre en su húmedo interior, derribando todas sus defensas.

Fue entonces cuando abrió los ojos a la pesadilla en la que se había convertido ese placentero sueño y vio sobre ella la fría mirada de esos ojos negros que tantas veces le habían advertido que tomarían su cuerpo. Sin poder terminar de creerlo, observó cómo se habían vuelto las tornas y ahora eran sus muñecas las que se hallaban atadas al cabecero de su cama. Ahora era ella la prisionera de ese pirata.

—¡Nunca te lo perdonaré! —gritó para, a continuación, morder el hombro del malnacido que había deshonrado su cuerpo. Un cuerpo que sentía más de lo que debía entre las pecaminosas manos de Adrian.

—Aún deseas reclamar mi sangre, ¿verdad, Carmen? Sin embargo, creo

que ahora estamos en paz... —dijo él desvergonzadamente, recordándole que se había quedado con la inocencia que tan neciamente había cedido en un sueño.

Adrian sólo quería jugar con su española. En un primer momento quiso que se despertara y le gritara enfadada por la escasamente digna posición en la que se hallaba: desnuda y atada a la cama. Luego, cuando ella comenzó a gemir y a reclamar más de las caricias de esa pluma que él había utilizado hasta entonces únicamente para escribir, no pudo resistirse a concederle lo que su tentador cuerpo pedía.

Apretando fuertemente sus puños, intentó contener su deseo para no acompañarla en la cama, pero sus buenas intenciones de no tomarla mientras ella pensaba que todo se trataba de un sueño se vinieron abajo de inmediato cuando Carmen abrió las piernas y arqueó el cuerpo ofreciéndosele por completo. El honorable caballero fue echado a un lado por el deshonesto pirata que llevaba dentro, y reclamó de una furiosa embestida el placer de apropiarse de ese tesoro.

Cuando ella lo miró acusadoramente, Adrian se arrepintió de sus acciones, hasta que vio que Carmen no lloraba y que, además, le propinaba un fiero mordisco con el que parecía que pretendía repelerlo. No obstante, el pirata comprendió que realmente era para acallar los gemidos que salían de su boca cada vez que él se adentraba en su interior.

Así pues, decidido a conquistar a esa fiera mujer y a hacer que se rindiera entre sus brazos, estableció un ritmo más pausado para calmar su dolor y besó dulcemente el cuello de la ardiente muchacha, haciendo que ésta poco a poco dejara de clavar los dientes en su piel.

—Permíteme mostrarte cómo es ese placer que tu cuerpo anhelaba en sueños, déjame enseñarte por qué soy digno de poseerte, déjame ser ese

caballero que soy ante cualquier dama y dejemos atrás, aunque sólo sea por una vez, a ese sanguinario Dragón que siempre buscas en mí.

Cuando Carmen dejó de morderle, Adrian supo que se había rendido al placer de sus caricias. De un simple tirón, desató la cuerda del cabecero de la cama, aunque ésta aún aprisionaba sus muñecas. Negándose a salir del cálido cuerpo que lo acogía, agarró entre sus fuertes manos el trasero de Carmen y, colocando sus piernas alrededor de su cintura, cargó con ella y se dirigió a los pies de la cama para sentarse allí. Con su fogosa amante sobre él, Adrian le señaló cómo debía moverse para marcar un ritmo que los satisficiera a ambos mientras él hacía arder su cuerpo con cada una de sus caricias. Sin saber qué hacer ante el placer que la invadía pero que nunca lograba culminar, la joven susurró al oído de su pirata:

—Adrian, ni yo soy una dama, ni tú un caballero...

—Tienes razón —aceptó él con un malicioso brillo en sus ojos, y fue entonces cuando se desataron las llamas del verdadero Dragón.

Tras agarrar la cuerda que ataba las muñecas de su prisionera, tiró del desnudo cuerpo de Carmen hacia atrás, haciendo que ofreciera toda su desnudez a sus ávidos ojos. Besó lentamente la piel que se exponía ante él, esos jugosos senos que lo tentaban desafiantes para luego pasar a lamerlos y jugar con ellos, propinándoles leves mordiscos a sus erectos pezones, provocando que volvieran a escaparse impacientes gemidos de los labios de la muchacha.

Adrian continuó marcando implacablemente el ritmo de sus avasalladoras embestidas mientras ese cuerpo poco a poco se abría más a él y su interior cada vez se humedecía más con sus experimentadas caricias. Una de sus atrevidas manos bajó con lentitud por su cuerpo hasta posicionarse sobre su sensible clítoris y agasajarla con sus atenciones, a la vez que su miembro se hundía más violentamente en ella, llevándola poco a poco al éxtasis que ambos perseguían. De repente, fue Carmen quien comenzó a cabalgar

enérgicamente sobre su amante, calentando más la sangre de Adrian y llevándolo al límite.

Abandonada al placer, apenas se percató de los indecorosos gemidos que emergían de sus labios, pero él no tardó en acallarlos con el ardor de sus besos cuando, después de colocar las atadas manos de Carmen detrás de su cuello, reclamó su boca con su exigente lengua, que solicitó la misma ardorosa respuesta.

Perdidos en el placer, Adrian aumentó sus embestidas y ella lo cabalgó con el mismo ímpetu que él había establecido. Finalmente, ambos gritaron el nombre del otro al llegar al éxtasis, un grito que fue acallado por dulces besos que se negaban a dejar marchar al otro.

Exhausta, Carmen cayó rendida entre los brazos de su pirata, mientras que él, sin permitirse salir de su cuerpo, la arrastró de nuevo hacia el centro de la cama y, tumbándose despreocupadamente sobre su dolorida espalda, la desató y dejó que ella durmiera abrazada a su cuerpo.

—Ay, Carmen..., ¿por qué siempre me haces sangrar? —susurró Adrian a la adormilada mujer que tenía entre sus brazos cuando notó que sus heridas comenzaban a abrirse otra vez—. Y ¿por qué nunca me parece un precio demasiado alto para estar a tu lado? —añadió mientras besaba tiernamente su cabeza, decidido a proteger ese tesoro frente a cualquier pirata que quisiera arrebatarlo.

—¿Dónde está mi hermana?! —gritó airadamente Miguel al único hombre lo suficientemente poderoso en esas tierras como para hacer desaparecer a Carmen.

—¿Has conocido ya a la señorita Margarita de la Torre? Es una dama excepcional, con los mejores modales, educación y abolengo —repuso José,

ignorando la pregunta de su hijo mientras leía una más de las peticiones de sus nobles amigos para que sus hijas conocieran a su heredero.

Algo que acabó abruptamente cuando el habitualmente tranquilo Miguel sacó a relucir su genio y desplazó violentamente todos los documentos que descansaban sobre la mesa del estudio de su padre, tirándolos al suelo.

—¿Dónde está mi hermana? —repitió furioso.

—Ni lo sé ni me importa el lugar donde se encuentre esa bastarda... Lo único que me interesa ahora es que tú al fin te hallas lejos de su perversa influencia, con lo que podrás convertirte en mi digno heredero.

—¿Qué has hecho, padre?

—¿Yo? Simplemente concederle a esa mocosa lo que me pidió.

—¿Y qué es, exactamente, lo que te pidió Carmen?

—Dinero, por supuesto. Una cantidad muy elevada, ciertamente, pero la creí justa para poder librarme de ella para siempre. Cinco mil reales de plata, y también un navío. Sin duda, va a fugarse con alguien...

—¿Qué te dijo esa imprudente antes de marcharse?

—Simplemente me rogó que no dejara que la persiguieras, algo a lo que accedí de muy buena gana. Un trato muy conveniente para los dos, ya que tú tienes demasiadas responsabilidades como para ir una vez más detrás de sus correrías.

—¡Finalmente lo has conseguido, padre! ¿Quieres que me case con una joven dama y que sienta la cabeza, que me centre en mis responsabilidades y que sea tu digno heredero? De acuerdo, ¡lo haré!

—¡Al fin entras en razón y reconoces lo que te conviene! Ya lo tengo todo planeado y...

—¡Espera! Lo haré, pero con una condición, padre: quiero un barco para ir detrás de mi hermana y un permiso de las cortes españolas para poder atacar cualquier buque sospechoso que encuentre en mi camino.

—Y ¿qué harás cuando traigas de vuelta a esa revoltosa?

—Mandarla a un internado de mujeres en donde su máxima aventura sea

coser sin parar...

—Me parece una petición de lo más extraña, pero con tal de que me obedezcas y cumplas con tu obligación, acepto. Respecto de ese permiso que me pides, tardaré unos días en conseguírtelo. Pero recuerda no abatir ningún buque inglés. Hace muy poco que las cosas han vuelto a arreglarse entre nuestros países y no queremos que las relaciones se enfríen de nuevo. Y, sobre todo, no hagas nada que pueda ponerte en peligro, ya que eres mi único heredero.

—Padre, parece que no me conoces: yo nunca me pondría en peligro. Después de todo, soy tu adorado y valiosísimo heredero —declaro irónicamente Miguel antes de despedirse de su padre—. No te preocupes, en este viaje simplemente voy a cazar dragones —finalizó burlonamente, sabiendo detrás de qué barco había corrido su pendenciera hermana y a quién debía enfrentarse para recuperarla.

A la mañana siguiente, Carmen se encontró perfectamente vestida con las ropas masculinas con las que había iniciado ese viaje, y acurrucada en el mismo sillón en el que se había quedado dormida la noche anterior. Aunque en ese momento se hallaba cubierta por una manta mucho más gruesa. Tras despertar en el mismo lugar, pensó que tal vez todo lo ocurrido en la cama de ese hombre solamente había sido un sueño, hasta que dirigió su confusa mirada hacia él y lo vio atado a los postes de la misma de una forma diferente de como ella lo había dejado, y con una inquietante y satisfecha sonrisa que le dedicaba sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo. Adrian estaba atado de pies y manos, sí, pero su cuerpo reposaba sobre su espalda, una postura en la que ella nunca lo habría dejado si lo que quería era curar sus heridas.

Preguntándose el motivo por el cual Adrian había vuelto a colocarse en esa lamentable posición si durante la noche anterior él había tenido ventaja sobre

ella, Carmen estuvo tentada de desatarlo, hasta que unos fuertes golpes resonaron en el camarote y la voz de Kemal exigió su atención.

—¡Carmen! ¡Abre esta maldita puerta, que ya es de día y quiero arrojar a ese desgraciado a la bodega con el resto de la escoria que hemos capturado!

—¡Un momento! —pidió ella, arrastrando a un lado el baúl con el que había bloqueado la puerta la noche anterior.

Pero, antes de que terminara de retirar esa pesada carga, Kemal le demostró lo inútil que habría resultado ese obstáculo cuando, de una sola patada, derribó la puerta del camarote.

—Pero ¿qué haces? —gritó Carmen, poniéndose en guardia mientras se hacía nuevamente con su látigo, notando que alguien había escondido hábilmente alguna que otra arma bajo su ropa.

—Creí que ese pirata podía estar atacándote o, algo peor, seduciéndote. No olvides que ése es el hombre que hirió a tu padre.

—No, no lo olvido —contestó ella, desconfiando cada vez más de las palabras de Kemal.

—Por lo que veo, me preocupé en vano: en vez de curar sus heridas, lo has empeorado —se burló jocosamente él—. Esa sábana tan blanca, empapada de esa escandalosa sangre..., parece como si decenas de vírgenes hubieran perdido su virtud entre ellas, cuando en verdad sólo ha sido un triste hombre y sus heridas causadas por una mujer las que las han manchado —comentó Kemal, insistiendo en sus burlas y logrando que Carmen se diera cuenta de pronto de la razón por la cual Adrian, a pesar del dolor, se había colocado boca arriba sobre la cama: para disimular la marca de su inocencia pérdida.

—Lo desataré para que te lo lleves junto a su tripulación. Pero antes intentaré curarlo. Sólo espero que no me diga nada que me moleste tanto como anoche... —dijo Carmen, siguiéndole el juego a Adrian para ocultar lo que había ocurrido realmente en esa cama.

—No fue ningún sueño... —susurró él atrevidamente al oído de la joven mientras ésta desataba sus muñecas—. ¡Y, por Dios, no te sonrojes ni parezcas

tímida ante mí si no quieres levantar sospechas y que esos despiadados piratas que has contratado se diviertan contigo pasándote de mano en mano! — advirtió, ganándose como respuesta una airada mirada de Carmen ante sus insultantes palabras—. No te preocupes por mí: muy pronto, tanto mi tripulación como yo estaremos libres de esta prisión que nos has impuesto, y entonces volveré a llevarte a mi lecho, donde esta vez serás tú la que pague mi precio...

—¿Qué te está susurrando? —preguntó Kemal con curiosidad mientras se acercaba a ellos—. No te dejes embaucar por sus palabras, Carmencilla. Al parecer, este tipo es todo un conquistador y es capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguir su libertad. De hecho, una de las sumas más elevadas que ofrecen por su cabeza proviene de un rico sultán que quiere vengarse del hombre que con sólo una pluma fue capaz de conquistar a todo un harén.

Tras oír esas palabras y recordar lo sucedido la noche anterior, Carmen no pudo evitar sonreírle maliciosamente a Adrian mientras anunciaba:

—Será mejor que a éste le pongas unos grilletes, Kemal. Creo que las cuerdas son muy poco para él. Después de todo, el Dragón puede llegar a ser muy peligroso.

—Por lo que veo, aún no confías en mí, Carmen. Pero muy pronto saldrás de dudas y, cuando lo hagas, estaré encantado de escuchar tus ruegos para que te ayude. Aunque en esa ocasión tal vez sea yo el que fije un elevado precio a cambio de mis favores —volvió a susurrar Adrian al oído de la joven mientras pasaba por su lado, recordándole con sus palabras todo lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior.

A continuación, tras ser ignorado por ella, se dejó arrastrar nuevamente por Kemal hacia las oscuras bodegas a las que lo habían desterrado.

Cuando llegó nuevamente a las bodegas del barco, su tripulación lo

esperaba expectante. Cada uno de ellos se preocupó al ver la sangre que manchaba su camisa, pero en el instante en que su carcelero lo empujó bruscamente al interior de la improvisada celda y pudieron ver el sonriente rostro de su pícaro capitán, no albergaron dudas de que se había estado divirtiendo de lo lindo.

—Te lo advierto, Dragón: no te acerques a Carmen, porque ella es uno de los tesoros de este barco de los que muy pronto me apropiaré.

Los fríos y profundos ojos negros de Adrian se volvieron hacia el individuo que al fin revelaba sus intenciones, y la sonrisa se borró de su rostro cuando se enfrentó a su rival por la conquista de esa mujer que ambos codiciaban.

—Me preguntaba cuánto tardarías en traicionarla y por qué no lo habías hecho ya —dijo Adrian con despreocupación.

—Quiero estar lo suficientemente cerca de un puerto amigo para poder deshacerme de vosotros y de ella con facilidad. Pienso que ese sultán que tú conoces muy bien pagará generosamente por tu cabeza y por las de tus hombres y, después de amansar a Carmen, constituirá una adquisición espléndida para uno de esos harenes que tanto te gusta visitar.

—Me apuesto algo a que las heridas del padre de Carmen también tienen que ver contigo —planteó Adrian al ver lo planificada que tenía Kemal su venganza.

—Sólo me hizo falta un poco de paciencia y esperar el momento adecuado para cobrarme mi venganza con esa familia —dijo éste mientras acariciaba la horrenda cicatriz que cruzaba su ojo derecho—. Tu aparición me vino que ni caída del cielo para que yo pudiera cumplir con mis planes, sobre todo cuando tus secuaces van dejando sus armas hundidas en los necios que osan provocarlos.

—¿Carmen? —se interesó burlescamente Adrian, señalando la herida del rostro de su adversario.

—No, su hermano: un tipo muy temperamental para el que ella es un tesoro

del que yo pienso apropiarme para darle una lección. Y también porque me apetece mucho domar a esa fiera, la verdad. Así que, si no quieres salir más dañado de lo que ya estás, procura no cruzarte en mi camino.

—Muy gustosamente me apartaría de él, si no fuera porque tengo cuentas pendientes con esa morena y creo que yo ya he pagado el precio que me ha exigido en más de una ocasión.

—No te preocupes, ya me encargaré yo de mantenerla lejos de ti mintiéndole sobre el estado de tus heridas. Pero, para que veas que no soy un mal hombre, te dejaré recrearte esta noche con sus gritos de placer cuando toda mi tripulación disfrute de ella. ¡Quién sabe! Tal vez la arrastre hasta este oscuro lugar para que la veas gozar de lo que es un hombre de verdad. Después de todo, ¿qué puede hacer ahora el peligroso pirata, atado y encerrado en esta bodega? —se burló Kemal con desdén, sin saber que había provocado a un pequeño Dragón que no tardaría en despertar.

Tras la marcha de ese impresentable, Adrian no tardó ni un minuto en deshacerse de las cuerdas que lo aprisionaban y en liberar a toda su tripulación. Pero, para su desgracia, las bodegas de su barco estaban construidas a prueba de robos y motines, ya que se encontraban encerrados detrás de una enorme verja que los encarcelaba junto a unos barriles de licor, haciéndoles imposible poder irrumpir en la cubierta de su barco y coger a todos esos despiadados por sorpresa.

—Y ¿ahora qué hacemos, capitán? —preguntó uno de sus hombres tras intentar abrir una vez más esa puerta fortificada.

—Es en momentos como éste cuando de verdad echo de menos a mi cuñada y a sus hermanas —suspiró Adrian, recordando lo bien que le habrían venido en esos instantes las habilidosas manos de una ladrona—. En fin, lo haremos a mi manera... —declaró a continuación, abriendo uno de los barriles que se encontraban a su lado—. ¡Brindemos, muchachos! ¡Cualquier excusa es buena para disfrutar del licor! —exclamó, alentando a su tripulación, una tripulación

que no se hacía de rogar cuando el licor, las mujeres o el juego estaban de por medio.

»Pero no disfrutéis demasiado de este placer, porque debéis recordar que esta noche hemos de recuperar un barco...

—Y ¿por qué brindamos entonces, capitán? —inquirió uno de los borrachuzos, que ya había llenado una de sus botas con el preciado licor.

—¡Brindaremos por el idiota al que se le ha ocurrido encerrarnos en la bodega de mi barco! —propuso Adrian, llenando su propio calzado con el fuerte ron—. Y por mi hermano, por supuesto, el hombre que, una vez más, pagará esta locura con su propio dinero... —acabó, recordando quién era el propietario de ese preciado cargamento, el cual dudaba mucho que llegara a puerto.

—¡Dragón! ¡Dragón! ¡Dragón!

Capítulo 9

El bullicio que formaban unos treinta hombres beodos animados por su escandaloso capitán había hecho llegar a la conclusión a los piratas de que, si no sacaban a sus prisioneros de su encierro en las bodegas, acabarían con el valioso cargamento de licor en unas pocas horas, así que todos los cautivos habían sido nuevamente atados de pies y manos y conducidos en esta ocasión a la cubierta. Todos excepto el peligroso capitán que los había desatado.

Siguiendo los consejos de Carmen, Kemal apresó las manos de Adrian con unos ajustados grilletes cuyas cadenas enganchó a las enrejadas puertas de las bodegas, limitándole los movimientos a ese audaz hombre y sus sagaces ocurrencias.

—¿Qué nueva idea se te ocurrirá ahora para salir de tu encierro? —se burló Kemal mientras colgaba la pequeña llave de los grilletes en la alejada pared que había frente a la celda del prisionero, bien a la vista.

—No te preocupes por mí, soy como los gatos: siempre caigo de pie —respondió Adrian burlón, mostrando a su adversario una despreocupada sonrisa.

—Tal vez, pero en esta ocasión lo tienes un poco complicado —declaró Kemal, dándose un golpecito en el bolsillo de su chaqueta donde guardaba la llave de la celda de Adrian, para luego señalar burlonamente las de los grilletes, que se encontraban, a la vez, tan cerca y tan lejos de su alcance, negándole su libertad.

»Deséame suerte en mi incursión de esta noche, ya que me haré con un tesoro de incalculable valor... Qué pena que no seas de los míos, de ese modo

tal vez podrías probar las dulzuras de ese premio que tanto ambicionas — anunció licenciosamente, dirigiéndose hacia la salida.

—Siento aguarate la fiesta, Kemal, pero Carmen es sólo mía. Te recomiendo que no pongas ni uno solo de tus sucios dedos sobre ella porque últimamente me he vuelto muy celoso con esa mujer y, ¡quién sabe!, quizá podrías llegar a perderlos tan rápidamente como una vez te pasó con ese ojo.

—¿Desde cuándo te pertenece Carmencilla? —rio Kemal en la cara de su cautivo, recordando todas las heridas que esa mujer le había infligido.

—Desde que pagué su elevado precio con mi sangre. Si alguien tiene que darle una lección a esa mujer, definitivamente, soy yo.

—¡Pero, amigo mío, en la situación en la que te encuentras ahora mismo no puedes hacer nada! Y yo, sin embargo, puedo hacer mucho más de lo que tú serías capaz de imaginar —sonrió maliciosamente Kemal antes de dejar solo al derrotado Dragón.

—Aún no sabes de cuántos recursos puede llegar a disponer un hombre como yo... —murmuró Adrian mientras fijaba sus ojos en el peludo animalillo que se escondía entre las sombras.

Para su desgracia, al bichejo le encantaba presumir, y en esos instantes se dirigía hacia él mostrándole las llaves de su libertad, mientras le exigía una recompensa por sus malas acciones.

Carmen no era una mujer estúpida, a pesar de lo que muchos de los hombres que había en ese barco pudieran llegar a pensar. Las palabras que Adrian había susurrado en su oído esa mañana le habían hecho darse cuenta de que las cosas no eran tan simples como ella había imaginado en un principio. El Dragón no le resultaba tan intimidante ni malvado como su padre aseguraba, aunque sí demasiado taimado para cualquiera, mientras que Kemal, contratado por ella misma para que la ayudara en su venganza, parecía que

cada día que pasaba y se adentraban más en mar abierto iba revelando sus verdaderas intenciones al respecto de toda esa aventura.

A cada instante que Carmen pasaba junto a Adrian se le hacía más difícil creer que él hubiera apuñalado a su padre por la espalda, ya que ese mordaz individuo siempre se enfrentaba a todos cara a cara para mostrarles una de sus jactanciosas sonrisas, ya fuera a un enemigo o a uno de sus cuestionables amigos.

Sin dejar de pensar que la traición que Adrian le había apuntado sin duda se llevaría a cabo esa noche, ya que los hombres de Kemal la miraban sin que les importara demasiado ocultar su ávido deseo, Carmen se había preparado. Y, sabiendo que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer, como le había aconsejado María en más de una ocasión, eligió ponerse de parte de ese vanidoso Dragón al que tanto había temido y odiado su padre.

—¿Os habéis asegurado de que las ataduras de esos hombres estén lo suficientemente fuertes para evitar que logren escapar como la vez anterior? —inquirió reprendiendo a esos infames piratas que, en presencia de la tripulación de Adrian, podían llegar a quedar como verdaderos idiotas.

—¡Compruébalas tú misma, mujer! —replicó molesto uno de los hombres de Kemal, dándole la respuesta que ella había esperado oír para que sus acciones no fueran sospechosas a ojos de todos.

La joven se acercó con paso decidido a los hombres de Adrian. Concretamente, a los de aspecto más temerario. Ellos sin duda serían capaces de intuir por el ambiente que los rodeaba lo que se les avecinaba esa noche.

Tirando fuertemente de las ligaduras de sus muñecas, Carmen simuló que comprobaba la firmeza de las mismas y, muy sutilmente, deslizó un pequeño cuchillo con el que pudieran cortar sus ataduras cuando fuera el momento adecuado. Para desgracia de la muchacha, éste no tardó demasiado en llegar.

—No os preocupéis, ya he hecho yo vuestro trabajo —declaró altaneramente al pasar junto a los hombres de Kemal, recordándoles que ellos solamente eran algo que había comprado con su dinero.

Finalmente, hartos de la insolente española y de su látigo, los hombres de Kemal se interpusieron en el camino de Carmen y la rodearon, anunciándole lo que habían planeado para ella durante ese largo viaje en el que la dejaban jugar a ser una pirata, cuando en verdad cualquier mujer en ese barco nunca pasaría de ser una mera diversión.

—No sé por qué tenemos que esperar ni un minuto más para bajarle los humos a esta mujer —manifestó bastante molesto uno de esos desaliñados tipos, dando un paso hacia ella sin importarle demasiado la quemadura de su látigo.

—Creo que nuestra espera ha terminado —apuntó otro—. Después de todo, ya hace varios días que dejamos atrás los puertos en los que podía suponer un problema que ella pidiera ayuda, y estamos muy cercanos a las aguas donde nos espera ese sultán al que le trae sin cuidado cualquier cosa que no sea la cabeza del Dragón.

—¡Mis hombres no permitirán que me pongáis ni un dedo encima! —exclamó Carmen.

—¿Qué hombres, preciosa? —se burló uno de esos rufianes, vanagloriándose de lo descabellado de su plan y de la estupidez de esa mujer al haber confiado en ellos—. ¿Los que tú misma mandaste de vuelta a España para reparar tu maltrecho barco, o los pocos que dejaste en este navío y que ahora descansan atados junto a esos molestos presos sin que tú te hayas percatado de ello? —se jactó mientras él y el resto de los piratas se acercaban cada vez más a su presa.

El despliegue del látigo de Carmen no era suficiente para mantenerlos alejados durante mucho tiempo. No obstante, la joven lo intentó, atacando con furia cada una de las manos que se alzaban hacia ella y haciendo que más de uno de sus agresores cayera al duro suelo cuando su látigo se enredaba en sus piernas. Poco a poco, fue caminando hacia atrás, en busca de la seguridad de su camarote, pero pronto se topó con un rechoncho y corpulento sujeto que la apresó fuertemente entre sus brazos.

—Nunca me ha gustado ver a las mujeres vistiendo pantalones... ¿Se los quitamos para ver lo que esconde debajo? —se rio el pirata que la sujetaba, confirmando definitivamente que el motín ya había comenzado.

Para desgracia de todos ellos, Carmen no era una mujer que se rindiera tan fácilmente, y sus patadas no dejaron de mantener a raya a varios de ellos, sobre todo cuando, con gran puntería, lograba dañar su hombría haciéndolos retorcerse de dolor.

—¿Por qué tiene que ser tan fiera? —se quejó uno de los sucios hombres mientras se revolcaba por el suelo.

Pero, por lo visto, a esos piratas no les sirvieron de advertencia las contundentes patadas de Carmen, ya que continuaron avanzando dispuestos a no ser alcanzados por sus golpes. Finalmente, lograron atrapar e inmovilizar las piernas de la muchacha, y a continuación, se dispusieron a rasgar su pantalón con un afilado cuchillo.

Carmen no dejó de forcejear en ningún momento a pesar de las heridas que ese cuchillo le abría en su piel, pero sus movimientos fueron en vano, ya que muy pronto fue despojada de la prenda. La amplia blusa que vestía debajo de su chaqueta cubrió su desnudez cuando los pantalones cayeron al suelo hechos pedazos.

—¿Qué dices, fiera?, ¿te rindes al fin o seguimos jugando con el cuchillo? —la interpeló pendencieramente el mellado y sucio pirata que sostenía el afilado puñal frente a sus ojos, relamiéndose con impaciencia.

Los furiosos ojos de Carmen se movieron en busca de una salida, pero, para su infortunio, había sido tan estúpida que había apresado a todo aquel que podía ayudarla.

Mientras esos hombres se excitaban con cada centímetro de su piel que quedaba expuesto y acariciaban con brusquedad su cuerpo con sus sucias manos, haciéndola desear lavarse hasta desollarse, Carmen recordó las siempre sabias palabras de su niñera y, rindiéndose a ellos, se ofreció como el botín que tanto habían perseguido desde que subieron a ese barco.

—De acuerdo, me rindo..., ¡pero no me hagáis más daño! —gritó, haciendo un esfuerzo para que sus ojos se anegaran de lágrimas y su rostro, de consternación.

—¿Qué hacemos? ¿La soltamos? —preguntó uno de esos inmundos piratas, sin terminar de creerse las palabras de la fiera que minutos antes lo había mordido.

—¿Por qué no? Después de todo, no tiene adónde huir... —se jactó otro de ellos liberándola de su agarre, no sin antes apresurarse a hacerse con su látigo.

—No quiero lo que está a punto de sucederme, pero sé que nada de lo que diga os hará desistir..., por eso os ruego que no seáis demasiado bruscos conmigo y... —siguió Carmen entre sollozos, exponiendo sus miedos a pesar de las carcajadas que recibió como respuesta a sus súplicas—. Quiero haceros una petición...

—Sí, claro... ¡Somos todo oídos! —se burló uno de ellos, acercándose impacientemente hasta Carmen.

—Como soy virgen, quiero que el primero de vosotros sea el que mejor dotado esté y, por supuesto, el mejor amante, para que no me duela demasiado este inclemente castigo que estáis a punto de infligirme. Sé que a ese hombre seguro que no podré borrarlo de mi mente, por muchos otros que vengan detrás... —dijo la muchacha, dejando caer la chaqueta y el chaleco que ocultaban sus curvas, quedándose ante esos sucios piratas solamente cubierta por una leve blusa que le llegaba hasta los muslos, permitiéndoles observar la tentación que tenían frente a ellos.

Uno de los hombres más fornidos se presentó ante ella, reclamándola para ser el primero. Pero cuando ya la arrastraba de la muñeca para llevarla a un rincón, otro de los piratas se interpuso en su camino, declarándose el mejor amante.

Carmen sonrió con malicia ante el subido ego de los hombres, algo que nunca fallaba, y sólo tuvo que señalar a algún otro como preferencia para que pronto todos se hallaran discutiendo al respecto.

—Pues yo creía que él era el mejor dotado —dijo señalando a uno de los piratas que parecía bastante fiero pero que permanecía apartado, logrando con sus palabras que hinchara el pecho de orgullo mientras se dirigía hacia ella.

—¡Si buscas al mejor amante, sin duda ése soy yo! —reclamó otro, poniéndose ante ella antes de que nadie llegara a su lado.

—¿Sí? Pero ¿eres también el mejor dotado? —preguntó tímidamente la joven, cuestionando su hombría.

—¡Júzgalo tú misma! —dijo el atrevido pirata bajándose los pantalones para mostrarle su erección.

El resultado del ingenio de Carmen fue que muy pronto se encontró a veinte hombres frente a ella con los pantalones bajados que esperaban en fila ser evaluados bajo su atenta mirada.

—No sé, la verdad, carezco de experiencia en estos asuntos... Tal vez si lo discutís entre vosotros... —declaró apocadamente, alejándose cada vez más de los hombres que comenzaban a pelear de nuevo sobre la grandiosidad de sus respectivas virilidades.

Mientras se alejaba dispuesta a recuperar su látigo y a encontrar un lugar seguro donde esconderse hasta que terminara el escándalo de la discusión que ella misma había causado, no pudo evitar sonreír burlonamente hacia los hombres de Adrian, algunos de los cuales ya se habían liberado de sus ataduras y que, tras saludarla amigablemente, la dejaron atrás para iniciar una lucha muy desigual. Mientras Carmen hacía una pausa en su huida, pensó en cuán ciertos eran los consejos que le había dado su niñera en la adolescencia.

—Ciertamente, los hombres no pueden correr con los pantalones bajados... Gracias, María —musitó con una sonrisa mientras veía a la mayoría de ellos cayendo de bruces cuando intentaban llegar hasta sus armas.

En el instante en el que Carmen tuvo nuevamente el látigo entre sus manos pensó que sería muy desagradecida si dejaba encerrado en la bodega al hombre que la había advertido de todo, así que bajó precipitadamente la escalera con la intención de liberarlo. Sin embargo, sus pasos toparon con un

nuevo obstáculo en su camino, uno del que se había olvidado pese a que se trataba del más peligroso de todos ellos.

—Bueno, veo que mis hombres no han podido esperarme y han empezado la fiesta sin mí —declaró Kemal mientras arrebatava a la joven su arma, apretando su muñeca con fuerza hasta que ésta la soltó—. Pero, por lo visto, se han olvidado de desarmarte. Tendré que hablar muy seriamente con ellos acerca de tan imperdonable descuido —dijo mientras arrastraba a Carmen por la escalera que llevaba a cubierta.

La muchacha, dispuesta a concederles el mayor tiempo posible a los hombres de Adrian para que consiguieran la victoria, forcejeó con el fuerte agarre con el que Kemal mantenía apresada sus muñecas. Luego, recordando su crueldad y su orgullo, suplicó una última petición:

—¡Por favor! ¡No quiero que me arrastres a cubierta para convertirme en el entretenimiento de todos tus hombres!

—¿Prefieres ser el entretenimiento de uno solo? —preguntó Kemal, sonriendo maliciosamente mientras detenía sus pasos para devorar con la mirada el pecaminoso cuerpo que se exponía ante él, cubierto tan sólo por una liviana blusa.

—Sí... —suspiró Carmen, dirigiendo su mirada hacia las bodegas, el lugar donde se hallaba Adrian.

—Así que finalmente te has encaprichado de ese pirata... No te preocupes, preciosa, voy a tomarte delante de él para que pueda ser testigo privilegiado y para demostrarle a ese idiota quién se ha hecho finalmente con el botín que tanto ansiaba.

—¡No, por favor! —exclamó ella con una voz temblorosa que no tuvo que fingir, porque la realidad era que, cuando llegaron junto a Adrian, ya se le habían acabado las tretas con las que librarse de que Kemal asediara su cuerpo.

—¡Venga ya, bola de pelo! ¡Dame esas llaves de una maldita vez! —exigió Adrian al pequeño y traicionero mono de Alí, con el que siempre discutía.

Y otra vez, como si se tratara de su tesoro más preciado, el primate volvió a alejar las llaves de su persona, tentándolo con la libertad que se hallaba tan cerca y a la vez tan lejos de él.

—¡No pienso discutir contigo, y menos aún dejarme desvalijar por un animalejo tramposo como tú! —exclamó Adrian, ignorando los chillidos de protesta del mono.

Hasta que comenzó a oír los gritos de sus hombres en cubierta, que lo hicieron sonreír.

—¿Ves? Muy pronto me sacarán de mi encierro... No sé por qué tendría que regatear contigo por una libertad que obtendré en breve.

Pero Adrian no tardó en cambiar de opinión cuando oyó los gritos de Carmen, que era arrastrada hacia ese lugar, y las carcajadas del hombre que se atrevía a tocar lo que definitivamente era suyo.

—¡Tú ganas, engendro peludo! Te daré lo que quieras, ¡pero libérame ya! —susurró sin que sus ojos dejaran ni un momento de escrutar las oscuras sombras a través de las cuales aparecería ese hombre para regodearse en su victoria.

Sólo esperaba que Kemal olvidara su prudencia y se acercara lo suficiente a él para tener una oportunidad de liberar a la insensata mujer que había osado tratar con esos piratas para intentar atraparlo, cuando en realidad él se habría ofrecido encantado a la salvaje española.

Una vez que el inquieto animalito liberó sus muñecas, Adrian simuló hallarse todavía indefenso y prisionero de los grilletes, esperando el momento adecuado en el que aprovechar su ventaja.

La mascota de Alí desapareció tan silenciosa y rápidamente como había llegado a su celda, y Adrian quedó solo con su furia y su impaciencia por liberar a Carmen del acoso de ese pirata.

Cuando el Dragón vio a Kemal arrastrando a la muchacha por la escalera de las bodegas, dirigiéndose hacia él y posteriormente empujándola con brusquedad hacia los barrotes que lo aprisionaban, tuvo que apretar fuertemente los puños para recordar no revelar su situación antes de tiempo.

La llama de la lámpara de aceite que descansaba colgada en un rincón de la oscura bodega, iluminando levemente su posición, fue avivada por Kemal, mientras dirigía una mirada llena de satisfacción a la que sería su presa.

—No queremos que él se pierda nada de este espectáculo, ¿verdad? —sonrió ladinamente mientras se acercaba a la temerosa mujer, que apretaba su espalda contra los barrotes de la celda, asustada.

—¿Qué pasa, española? ¿Es que ya se te ha apagado todo ese flamante genio, o es más bien que solamente lo utilizas conmigo? —susurró provocativamente Adrian al oído de la mujer, intentando sacar a relucir su salvaje carácter para que apartara el miedo que en esos instantes había comenzado a adueñarse de ella.

—No, es sólo que ya me he quedado sin recursos... —susurró Carmen, buscando una salida con la mirada.

—Úsame. Yo puedo sacarte de ésta..., pero te advierto que mis servicios tendrán un alto precio que no podrás negarte a pagar —anunció Adrian, devorando con los ojos el tentador cuerpo de la joven, que apenas estaba oculto bajo una liviana blusa blanca que le llegaba hasta sus desnudos y blancos muslos.

—¿Qué estáis susurrando? ¿Es que acaso crees poder ayudar a esta estúpida cuando tú mismo te encuentras en una situación tan precaria? Yo de ti, Dragón, me preocuparía por lo que va a pasar con tu cuello en cuanto lleguemos a nuestro destino y te entregue a ese sultán que lo reclama. Mientras tanto, ¡no estropees mi diversión! —rugió Kemal al tiempo que desgarraba la única prenda que cubría el desnudo cuerpo de Carmen con una mano.

—¡Dios! ¡Sí que eres hermosa, y por unas horas serás toda mía!

Kemal sonrió con malicia, regocijándose en su victoria, mientras sujetaba

las manos de Carmen por encima de su cuerpo. A pesar de los forcejeos de la joven, él la trató como si sus airadas patadas no fuesen más que una simple molestia. El pirata acarició con brusquedad uno de sus pechos, y su boca mordió los sensibles senos, dejando una marca en cada uno de ellos.

—Para que nunca me olvides... —se jactó envalentonado, ignorando los gritos y las maldiciones que salían de la boca de la airada muchacha.

—¡Juro que un día te mataré por haberme tocado, maldito pirata!

—No, Carmen, ese placer será todo mío —intervino Adrian, dirigiendo una amenazante mirada hacia Kemal.

—Y ¿tú qué crees que puedes hacer desde tu celda, estúpido? Pero no te preocupes: te ofreceremos un gran espectáculo para que te diviertas también —apuntó Kemal mientras ataba las muñecas de Carmen con su propio látigo para luego darle la vuelta y hacer que expusiera su desnudo cuerpo frente al prisionero.

Cuando la mirada de la chica se cruzó con la de Adrian no vio deseo en sus ojos ante la escena que se desarrollaba delante de él, sino una furia contenida que a duras penas conseguía apaciguar.

Carmen intentó calmarse ante las sucias manos que profanaban su cuerpo tocando sus senos, sus caderas y separando bruscamente sus piernas.

—Pagaré el precio que estés dispuesto a exigirme —susurró entre sollozos, poniendo sus manos atadas al alcance de Adrian.

Y supo que él podría salvarla en cuanto los ojos del Dragón brillaron y una maliciosa sonrisa asomó a su rostro mientras le enseñaba una nueva lección.

—¿Es que aún no has aprendido que nunca se debe hacer tratos con piratas, Carmen?

Tras esas palabras, Adrian le mostró que sus grilletes estaban sueltos y, liberando sus muñecas, puso en sus manos el arma que le daría la libertad.

Cuando Carmen tuvo el látigo bien sujeto, esperó pacientemente a que el indeseable de Kemal bajara sus pantalones para efectuar un rápido movimiento con la intención de que el arma se enrollara entre sus piernas y él

acabara en el suelo. Para su desgracia, el golpe no hizo que Kemal quedara inconsciente, y esa acción avivó la furia del pirata, que se levantó furioso en busca de su presa.

Carmen intentó mantenerlo alejado de ella y conducirlo hacia donde Adrian se hallaba. Solamente cuando Kemal estuvo lo suficientemente cerca de la celda, la muchacha se abalanzó precipitadamente hacia él, provocando que la espalda de Kemal golpeará contra los barrotes.

—¿Qué es esto, mujer? ¿Es que quieres jugar conmigo? —se rio jactanciosamente Kemal cuando aprisionó nuevamente a Carmen entre sus garras.

Hasta que se percató de su error. Demasiado tarde.

Kemal no tardó en notar unos brazos que rodeaban su garganta hasta casi asfixiarlo y oyó en su oído, antes de caer en la inconsciencia, las palabras de un Dragón al que hasta ese momento no había temido:

—¿Te valgo yo para jugar?

—Carmen, sácame de aquí —reclamó Adrian cuando dejó caer el cuerpo inerte de Kemal al suelo.

Había tenido que hacer un enorme esfuerzo para no saltar antes hacia ese canalla, para no precipitarse actuando antes de tiempo, puesto que sabía que únicamente tendría una oportunidad para liberarlos a ambos.

Sus manos, que nunca habían llegado a matar, habían estado muy tentadas de mancharse con la sangre de ese desgraciado, al que solamente una leve presión durante unos cuantos minutos lo habría conducido más allá del sueño hacia una muerte segura.

Ver cómo la mujer a la que deseaba era tocada por otro mientras corrían lágrimas de dolor por ese hermoso rostro que adoraba lo llenó de una rabia demencial y quiso arrasar con todos y cada uno de los hombres que la habían

hecho llorar. Cuando la joven reclamó su ayuda, Adrian estaba más que dispuesto a dársela. Y no le habría importado nada que ella hubiera aceptado pagar su precio o no, ya que, lo supiera Carmen o no, ella le pertenecía desde el instante en el que sus miradas se cruzaron en esa sucia taberna.

Pero Adrian prefería que no hubiera ningún malentendido entre ellos y que esa mujer supiera todo lo que deseaba de ella desde ese momento.

—Carmen, coge la maldita llave del bolsillo de este tiparraco y abre la puerta. No sé cuánto puede durar inconsciente y no quiero arriesgarme.

La muchacha, con manos temblorosas, rebuscó en los bolsillos de Kemal hasta dar con la llave. Y, cuando abrió la celda, se alejó de Adrian tan rápidamente como minutos antes había hecho con ese pirata que la había atemorizado.

Después de que Adrian encerrara a Kemal en las bodegas, Carmen intentó esconderse entre las sombras y, muy segura de que Adrian no tardaría en solicitar su recompensa, se encogió en un frío rincón ocultando sus ojos llorosos de los del hombre que siempre la retaba. Hasta que notó cómo él tapaba su desnudez con su propia camisa y abrochaba uno por uno los botones, ocultando la tentación a sus ojos.

—Te dije que yo no era un pirata —suspiró Adrian mientras volvía a poner el látigo en manos de Carmen.

»Pero, como soy un libertino, dejo el látigo en tus manos..., por si me paso de la raya —bromeó, besando tiernamente la frente de la chica antes de dirigirse hacia cubierta, decidido a mostrarles a todos esos piratas cómo de fiero podía llegar a ser el Dragón con el que lo habían confundido.

Sin embargo, había una leve diferencia entre ellos: a pesar de que Adrian mostrara su furia en pocas ocasiones, cuando lo hacía, podía llegar a ser más aterrador que el mismísimo Lord Dragón.

Capítulo 10

—Capitán, ¿qué haremos con ellos? —preguntaron a Adrian sus hombres, conscientes de que los castigos de ese Dragón en particular eran irónicamente crueles cuando se enfadaba. Y, en esta ocasión, los piratas habían conseguido enfurecerlo hasta un punto desconocido para ellos.

—Señores, los pares del reino nunca nos rebajamos a ensuciar nuestras manos con esas faenas: siempre dejamos ese sórdido trabajo a otros. Y como mi tripulación está llena de hombres de calidad —ironizó Adrian, haciendo que al rostro de esos pillos asomara más de una sonrisa—, dejaremos que sea el destino quien decida su castigo —finalizó, mirando a los maniatados hombres con los que su tripulación se había desfogado haciéndolos disfrutar del viaje tanto como ellos habían hecho con anterioridad con cada una de sus bruscas atenciones.

—Tú no eres el despiadado Dragón, eres un fraude —se jactó Kemal, creyendo que no debía temer la mordaz sonrisa que siempre asomaba al rostro de ese despreocupado joven.

—Eso es algo en lo que ya insistí, incesantemente, desde el principio. Muy inteligente de tu parte haberte dado cuenta de ello al fin —replicó Adrian burlón—. Pero eso, amigo mío, no significa que sea menos peligroso que él.

—¿Qué crees que pasará cuando ese temible pirata se entere de que tú lo has suplantado?

—Oh, muy sencillo: vendrá a por mí y probablemente ordene encadenarme de pies y manos antes de encerrarme en las bodegas. O, tal vez, en esta ocasión se decida a cumplir una de sus amenazas y me ate al ancla de su barco

antes de lanzarla al mar... —contestó Adrian despreocupadamente, haciendo que toda su tripulación prorrumpiera en estruendosas carcajadas al recordar el mal genio que, sin duda, el Dragón desplegaría con su hermano cuando volvieran a encontrarse.

—¿Acaso no temes a ese afamado pirata que a tantos hombres ha hecho temblar? —preguntó Kemal con asombro.

—Sí, un poco..., sobre todo cuando comienza con sus rugidos y sus sermones: los enormes dolores de cabeza que me provoca son realmente temibles —se mofó una vez más Adrian, para luego dedicar una pendenciera mirada a Kemal, igual de feroz que la de ese agresivo Dragón al que ningún enemigo podía llegar a olvidar—. Pero ¿es que aún no te has dado cuenta, Kemal, de que éste es el barco del Dragón, ésta es su tripulación, y yo, querido amigo, soy el hombre al que se la ha confiado? En definitiva, yo soy Adrian Conrad, hermano de ese Dragón al que tanto teméis tú y tus hombres, y créeme cuando te digo que en estos instantes el fuego de su ira no puede compararse con mi furia... Lo único que ocurre es que yo soy mucho más sutil a la hora de impartir mis castigos. Ahora verás...

Después de mostrarse ante esos hombres con su verdadera identidad, Adrian arrojó al mar el bote más viejo y mugriento de que disponían y, a continuación, invitó a cada uno de esos sucios piratas a abandonar su barco con la ayuda de su tripulación.

El resultado fue que varias decenas de hombres salieron volando por la borda, arrojados al inclemente mar.

Pero Adrian aún no había tenido bastante y esperó pacientemente a que todos y cada uno de ellos subieran a esa vieja barca antes de acabar nuevamente con sus expectativas de salir indemnes de esa difícil situación. Si los piratas creyeron en algún momento que la sonrisa de su enemigo lo hacía menos peligroso, despejaron definitivamente sus dudas cuando se encontraron apretujados en un pequeño bote en el que apenas podían moverse. Sin embargo, mantuvieron la esperanza de que quizá pudieran llegar a tierra firme

en él, hasta que el jocosos capitán que los observaba desde la cubierta de su barco se dirigió teatralmente a sus hombres.

—¡Pero, por Dios, qué desconsiderados hemos sido! Los hemos despojado de sus armas y arrojado a una embarcación en la que no podrán defenderse de ningún vil pirata que pueda atacarlos... Que no se diga que no soy generoso: ¡arrojémosles un arma! —ordenó Adrian, lo que provocó que una maliciosa sonrisa asomara a los rostros de cada uno de los viejos lobos de mar que observaban divertidos las acciones de su capitán.

Sin entender por qué se reían de ellos los hombres de Adrian, los piratas de Kemal miraron con impaciencia hacia arriba, esperando que ese idiota les lanzara alguna arma, concediéndoles así una oportunidad única para tomarse la revancha en un futuro próximo. O eso creyeron, hasta que observaron cómo les lanzaban una pesada bala de cañón que abrió un enorme agujero en su bote.

—Os recomiendo nadar, aunque tal vez sea algo inútil, porque ni siquiera sé por dónde queda el puerto más cercano —declaró Adrian inclemente desde su puesto de capitán, logrando que esos hombres comenzaran a temerlo tanto como a su hermano.

—¡Volveremos a vernos! ¡Y en la próxima ocasión no te infravaloraré! —exclamó airadamente Kemal mientras comenzaba a nadar decidido a sobrevivir tan sólo para obtener su venganza.

—Espero que no, porque la próxima vez no seré tan misericordioso contigo —replicó Adrian sin dejar de ver cómo se alejaba su enemigo.

»Y ahora, si me lo permitís, mientras vosotros os emborracháis para celebrar nuestra victoria, yo tengo un botín que reclamar —dijo a sus hombres, dirigiéndose hacia su camarote decidido a llegar hasta Carmen para hacerse con la recompensa que ésta le había prometido.

La muchacha se hallaba en la cama de ese pirata, ataviada con su camisa y

arropada con sus sábanas. Cuando Adrian la acogió entre sus brazos para llevarla a su camarote, ella se sintió a salvo y protegida de todas las desagradables acciones que esos piratas habían intentado llevar a cabo con ella y de las que sólo se había librado gracias a su ingenio y a la ayuda de ese hombre que tenía todas las razones para odiarla y que, a pesar de ello, la había salvado en más de una ocasión.

En el mullido lecho, Carmen se preguntaba cuál sería el precio que tendría que pagar por su ayuda y, mientras lo hacía, no podía olvidar la ocasión en que había herido a Adrian con sus propias manos y su inclemente látigo para propinarle un castigo que ahora sabía que era totalmente injusto. El látigo descansaba en el suelo, lejos de ella, para no verse tentada de utilizarlo cuando el miedo la invadiera.

Había hecho un trato con ese pirata: le había prometido pagar el precio que él le exigiera. Y, después de lo que había ocurrido en esa cama, Carmen no albergaba dudas acerca de cuál sería el pago que él reclamaría.

Todavía recordaba ese sueño en el que él la había seducido con el simple roce de una pluma, cómo había hecho arder su cuerpo de una forma que ella desconocía, cómo la había tentado con cada una de sus caricias hasta que no le importó otra cosa que no fuera entregarse a él y al expectante deseo que su cuerpo reclamaba.

Cuando perdió su virtud a manos de Adrian, Carmen sintió un dolor agudo y repentino al ofrecer su inocencia, un dolor que él calmó con sus atenciones y que no tardó en convertir en un embriagador placer que la desbordó.

Esa noche, cuando las manos de otros hombres habían acariciado bruscamente su cuerpo, dejando moratones en su piel, después de sentir asco y repulsión ante su contacto, ella supo que Adrian nunca se había comportado con ella como un auténtico pirata. Ni fuera ni dentro de ese lecho.

No obstante, ahora que se habían vuelto las tornas, quién sabía lo que podía pasar... ¿Qué hombre no querría vengarse de una mujer que le había robado y

torturado por un pecado que él no había cometido? No obstante, Carmen había aprendido la lección y no incumpliría el trato que había hecho con Adrian.

Cuando lo oyó entrar en la habitación permaneció tumbada en el lecho, cerró fuertemente los ojos y esperó a sentir unas caricias tan bruscas como las de esa noche, con las que él demostrara que quería vengarse de todo el mal que ella le había causado. Pero esas caricias nunca llegaron, y su rígido cuerpo comenzó a tranquilizarse cuando Adrian se sentó junto a ella, y suspirando, dejó clara su opinión:

—Nunca me han atraído las mártires en el lecho. Prefiero jugar con mujeres casquivanas, ya sea fuera o dentro de él.

—Estoy preparada para pagar tu precio y admitir que me había equivocado contigo.

—Te ha costado dar tu brazo a torcer, Carmen, y a mí mucho sudor e incluso sangre para que te dieras cuenta de ello. Pero esto no es lo que deseo de ti —repuso Adrian mientras señalaba la rígida postura de la mujer que ocupaba su cama atemorizada.

—Pues ésta es la única oportunidad que te daré para tenerme, porque mañana, con promesa o sin ella, volveré a alejarte de mí —declaró la joven, provocándolo para que tomara cuanto antes lo que deseaba y ella pudiera, al fin, deshacerse de esa promesa que le había hecho en un momento desesperado.

Tras oír sus palabras, Adrian se colocó encima de ella, momento en el que Carmen cerró fuertemente los ojos a la espera de un nuevo ataque de otro hombre que solamente la deseaba como un mero botín.

—Así no, Carmen —dijo él después de besar tiernamente su frente—. Quiero ver en tu mirada un deseo tan grande como el mío... —indicó, haciendo que sus hermosos ojos castaños se enfrentaran al deseo de esos devoradores ojos negros que exigían algo más de lo que ella estaba dispuesta a darle—, despertar en tu cálido cuerpo el mismo ardor con el que hierve mi sangre cada vez que estás cerca... —murmuró al tiempo que le dedicaba una leve caricia

por encima de las sábanas que la hizo estremecerse de placer—. Quiero a esa salvaje que me hizo desear hundirme entre sus muslos a pesar del previsible y doloroso castigo que podría infligirme con su látigo —continuó mientras rozaba su erección contra la zona más húmeda de Carmen, haciéndola gemir de placer al recordar cómo había gozado en una ocasión—. Deseo ver una vez más el fuego de esa mujer que no le teme a nada y que me cabalgó salvajemente, logrando que la deseara sólo a ella —concluyó frotándose aún más contra ella.

Y, cuando un gemido que llevaba su nombre salió de boca de Carmen, Adrian se apoderó de sus labios, mostrándole con un avasallador beso lo que ansiaba de ella.

Su lengua exigió una respuesta de la muchacha, una que al principio fue inocente y tímida, pero que luego sucumbió a la pasión y se perdió en ese arrollador beso que tanto le exigía. Adrian probó y mordisqueó sus jugosos labios una y otra vez en busca del sabor de su boca y aproximó su cuerpo a ella para que notara cuán profundo era su deseo. Solamente cuando Carmen tembló anhelante entre sus brazos, se permitió dejarla marchar. Y con una maliciosa sonrisa contempló el anhelo de la mujer que no tardaría demasiado en rendirse nuevamente a él y a cada una de sus caricias.

—Cuando encuentres dentro de ti a esa mujer, envíala a mi cama para que pague el precio que me prometió. Mientras tanto, me mantendré lejos de este frío lecho, que lo único que conseguiría es congelar mis nobles partes —sentenció, y a continuación abandonó la estancia sin ceder a la tentación que se hallaba en su cama, ya que todavía era claramente demasiado pronto para ella.

Detrás de la puerta cerrada, Adrian oyó varios impactos causados por objetos que eran arrojados contra ella. Y, apoyándose en esa barrera que lo separaba de la tentación de ceder ante sus deseos egoístas y tomar lo que más ambicionaba, suspiró:

—¡Ay, Carmen! Si tan sólo utilizaras ese fuego en mi cama...

Habían pasado ya varias semanas desde que se deshicieron de aquellos insultantes piratas, excepto, claro está, de la fogosa española que los había dirigido. Para ella, Adrian tenía preparado otro castigo, uno que no se atrevía a darle porque después del ataque de esos malnacidos ella se había convertido en una mujer temerosa, y el miedo era algo de lo que él quería prescindir en su cama.

Desde ese día, se mantenía alejado de Carmen para no caer en la tentación de hacerla suya, pero de nada servían sus esfuerzos si ella se paseaba constantemente por cubierta con unos pantalones muy ceñidos y una de sus holgadas camisas, intentando ayudar a sus hombres en sus múltiples tareas, algo que hacía que Adrian fulminara a cada uno de sus marineros en el instante en que ellos, sonrientes, aceptaban su ofrecimiento y le daban alguna tarea que la mantuviera entretenida en ese viaje, cuando el único entretenimiento para Carmen debería ser su cama.

Apenas le importaba que sus hombres se rieran a su costa por dormir lejos de la salvaje a la que tanto deseaba, ni que se burlasen de él por su temor al látigo que ella portaba. Lo traía sin cuidado que Carmen se hubiera enfadado con él cuando se negó a dejarla en algún puerto desde donde poder coger un barco que volviera a España, porque, conociéndola como la conocía, sin duda eso solamente la habría llevado a meterse en más problemas, unos de los que él no podría rescatarla si no se encontraba a su lado.

Lo que más le molestaba desde hacía algún tiempo era el irracional deseo de declarar ante todos que Carmen le pertenecía, cuando lo cierto era que apenas si podía retenerla a su lado. Adrian nunca había sido celoso con sus amantes, sobre todo porque casi todas ellas siempre habían sido mujeres casadas que compartían sus favores con él, además de con sus maridos.

Cuando ellas miraban a otro o deseaban un nuevo amante, Adrian se despedía con una sonrisa. Pero Carmen..., con Carmen todo era distinto.

Carmen era suya. Él era el único hombre que había probado su cuerpo, que la había visto gemir de deseo, que la había observado llegar a la cúspide del placer gritando su nombre, y así quería que fuera para siempre. Una aspiración definitivamente irracional para un hombre que nunca se comprometía y que siempre había saltado de una cama a otra.

Sin duda, su apego por esa mujer se debía a que era la única que había visto durante varias semanas. Últimamente no había tenido demasiada diversión, y se negaba en rotundo a que Carmen fuera a su cama como si de un sacrificio se tratase.

Él quería a la ardiente española en su lecho, pero no de esa manera, tal vez por eso todas las noches lo torturaban los recuerdos de una fogosa mujer que le negaba sus atenciones convirtiéndolo en el hombre más frustrado del mundo. No obstante, esa frustración, ese deseo insatisfecho, se acabaría esa misma noche, ya que habían llegado a puerto y tanto él como algunos de sus hombres bajarían a desfogar sus pasiones en ese lugar. A la mañana siguiente le tocaría a la otra mitad de la tripulación abandonar el barco en busca de placer, así tendría vigilada tanto a su cautiva, que sólo él mismo devolvería a casa, como a su navío.

—Tienes prohibido bajar del barco. Ya que fuiste tú quien decidió asaltarnos, volverás a casa cuando yo termine mis viajes de negocios. Ni un minuto antes, ni uno después —declaró fríamente Adrian vistiendo sus mejores galas, dejando atrás al pirata para la diversión de esa noche.

—Y ¿me puedes explicar la razón de esta parada?

—Muy fácil, mujer: los hombres necesitan desfogar sus pasiones de vez en cuando. Y, ya que tú te niegas a cumplir con tu parte de nuestro trato, acompañaré a mi tripulación en la búsqueda de esas compañeras a las que no les moleste darme placer.

—¿Me dejas aquí sola para ir en busca de... de mujeres?! —exclamó ella molesta mientras lo fulminaba con la mirada.

—No, cariño: te dejo aquí sola porque, como no me desahogue con alguna

mujer que desee satisfacerme, me temo que acabaré arrastrándote a mi cama, lo quieras o no. Y como soy todo un caballero...

—¡No! ¡No lo eres! —cortó tajantemente Carmen, interponiéndose en su camino.

—Tienes razón, no lo soy. Por eso quiero alejarme de ti. Así que apártate de mi camino o métete en mi cama, cualquiera de las dos opciones me satisfará esta noche.

Carmen se retiró de Adrian, dejándole vía libre para que saliera en busca de su satisfacción. Y, aunque éste no tardó demasiado en alejarse de ella, no pudo evitar suspirar resignado mientras se marchaba.

—Sabía que escogerías esa opción, pero ¿hasta cuándo te dejaré elegir? —murmuró recordando que la tentación de arrastrar a Carmen a su cama aumentaba a cada momento que se acercaban a destino, donde sus caminos acabarían separándose.

Nada.

Ni la rubia que tenía en su regazo ni la castaña que intentaba mostrarle sus pechos insinuantemente a través del escote de su blusa conseguían que dejara de pensar en la morena que dormía sola en su cama, una cama que, como todo un caballero, se había prohibido invadir.

Adrian había pensado que tal vez el juego y el alcohol lo distraerían, pero las cartas solamente le sirvieron para vaciar un poco sus bolsillos, y la bebida únicamente lo hizo desear con más intensidad adentrarse en el lecho que él mismo se había prohibido visitar.

Mientras intentaba agasajar a la mujer que tenía en su regazo para que cuando la rechazara no se ofendiera demasiado, Adrian se tensó al oír las palabras de un hombre que buscaba en ese lugar lo mismo que él no podía dejar de desear ni un solo instante.

—¿Ha pasado por aquí una mujer española morena, de ojos castaños y que responde al nombre de Carmen? Es una muchacha joven que puede llegar a ser bastante temperamental.

—Si no encuentras una como ésa, siempre puedes disfrutar de las hermosuras de este lugar, amigo —se entrometió Adrian, intentando con sus mordaces bromas obtener información acerca de quién era ese hombre y por qué buscaba a Carmen.

—Esa mujer vale más que ninguna otra, y te aconsejo que, si te encuentras con ella, no te atrevas a tocarle ni un pelo si sabes lo que te conviene —amenazó el vehemente español, agitando un látigo igual que el de Carmen, eliminando las dudas de Adrian sobre la relación que ese sujeto mantenía con la fogosa fierecilla que dormía en su cama: ése debía de ser su hermano.

—Si esa mujer es tan importante para ti, ¿no deberías haberla cuidado mejor para que no se te escapase? —contestó burlescamente, queriendo saber más.

—No te preocupes: lo haré. En cuanto vuelva a casa pienso encerrarla bajo siete llaves o, aún mejor, la casaré con un hombre con la suficiente personalidad como para que no le permita hacer lo que le dé la gana. Pero mejor sería que volvieras a tus placeres y dejaras de meterte en los asuntos de otros, si no quieres salir perjudicado —declaró airadamente el furioso hombre, molesto con su interrupción.

Adrian levantó sonriente las dos manos en un gesto de rendición y, tras recibir una última mirada de advertencia de ese individuo, siguió susurrando bonitas palabras al oído de la rubia mientras no dejaba de prestar atención a la conversación de ese tipo.

—Cualquiera que me dé información sobre mi hermana será recompensado, así como también todo aquel que pueda decirme algo sobre ese infame pirata conocido como *el Dragón*.

Al oír esas palabras, sus hombres, sin molestarse en moverse de sus posiciones, mostraron silenciosamente sus armas al posadero. Tal vez el

amenazante garfio de Hunter o la afilada espada de Alí fueron las que persuadieron al honrado tabernero de guardarse de dar algún tipo de información sobre ellos. Pero lo que sin duda llegó a convencerlo fue la fría mirada que dirigía hacia él el capitán de esos canallas, que, luciendo una maliciosa sonrisa, exigió silencio con un simple gesto de su dedo.

—Cariño, esta noche no estoy muy animado para atenderte como tú mereces. Y, como he ofendido profundamente a mi nuevo amigo, ¿por qué no te vas con él y lo haces sonreír como sólo una mujer tan encantadora como tú sabe hacer? —susurró Adrian a la insinuante rubia que se resistía a abandonar su regazo, un lugar que sólo dejó ante el brillo de las monedas que él depositó en su mano—. Y si esta linda castaña se os une durante toda la noche..., ¡mejor que mejor! —añadió dirigiéndose a la casquivana mujer mientras animaba sus expectativas para esa noche dejando caer un poco más de dinero entre sus manos—. Pero hacedme un favor: no le digáis que vais de mi parte o tal vez no acepte mi ofrenda de paz... —finalizó Adrian, intentando mostrarse compungido mientras veía desde su asiento cómo las que iban a ser su distracción de esa noche se acercaban al furioso español.

A continuación, sin esperar a ver cuál sería el resultado del acoso de esas mujeres hacia ese hombre de sangre tan ardiente como su bonita española, se levantó de su asiento y se dirigió hacia la puerta, dispuesto a salir cuanto antes de ese puerto para poner la mayor distancia posible entre ese hombre y su hermana.

—Tal vez podrías dejar a esa irascible mujer en manos de su hermano y así librarnos de más problemas... —sugirió Hunter, poniéndose a un lado de su capitán.

—Tal vez..., pero, no sé por qué, esa idea no me satisface en absoluto.

—Algunos hombres sólo valoran lo que tienen cuando están a punto de

perderlo... —apuntó sabiamente Alí, ofreciendo su consejo a su perdido capitán. Consejo que, como siempre, Adrian no tardó en desechar.

—Sé lo que vale Carmen, y también sé que su lugar está con su hermano. Sólo que todavía no estoy preparado para dejarla marchar.

—Entonces ¿cuáles son las órdenes, capitán?

—Que los muchachos disfruten lo que queda de noche, porque mañana por la mañana zarparemos de nuevo. Y entregadle un cuantioso pago al posadero para que le facilite a ese español la dirección contraria de la que tomaremos —finalizó Adrian antes de marcharse algo intranquilo para comprobar si Carmen se hallaba donde la había dejado, un lugar que ciertamente jamás debería abandonar: su habitación y, por supuesto, su cama.

—¿Crees que se dará cuenta en algún momento de que nunca estará preparado para dejar marchar a esa mujer? —preguntó Hunter mientras veía cómo se alejaba de ellos su joven e inexperto capitán.

—Creo que sólo lo hará cuando se encuentre entre la espada y la pared. Y, al parecer, amigo mío, eso no tardará en llegar —respondió Alí, señalando el estandarte de un barco que siempre reconocerían, pero que, por el bien de su nuevo capitán, debían ignorar. Después de todo, ahora eran la leal y ferviente tripulación de ese nuevo Dragón.

Capítulo 11

—¡Condenado y lujurioso malnacido! —exclamó Carmen una vez más mientras desgarraba otro de los valiosos trajes de Adrian con su látigo—. ¡Es inadmisibile que mientras me tiene encerrada bajo llave en este maldito camarote, él se vaya en busca...! ¡En busca de...!

—¿De una mujer con la que desahogarme? —terminó Adrian por ella, arrepintiéndose al instante de sus ligeras palabras cuando el implacable látigo de la joven impactó en la entrepierna del traje que había estado despedazando con su arma. Gracias a Dios que él no lo llevaba puesto...

—¿Qué? ¿Ya has terminado de festejar?

—Sí. Una bonita rubia y una exuberante castaña se ofrecieron gustosas para calmar el ardor de mi entrepierna.

—¡Pues espero sinceramente que, después de eso, se te caiga a pedazos! —apuntó la fogosa morena.

—No, aún está en perfectas condiciones —replicó Adrian burlonamente después de echar un vistazo a su erecto miembro, que, una vez más, se alzaba ante el ardor del genio de esa mujer—. Pero, no sé por qué, sólo responde ante las fogosas morenas que portan un látigo. Las pobres mujeres de esa taberna se han quedado desilusionadas ante su escaso entusiasmo.

—Me importa muy poco saber con quién puedes llegar a alzar ese mástil. Simplemente mantenlo alejado de mí hasta que nuestros caminos se separen —declaró Carmen, utilizando una vez más su látigo para alejar a Adrian de su lado, un arma que con ese hombre parecía tener el efecto contrario.

—Lo haría si no fuera porque me prometiste pagar el precio que yo te

pidiera cuando te salvé de Kemal.

—Me ofrecí a ti ese mismo día y tú me rechazaste, ya no puedes reclamar ese elevado precio que exigiste de mí.

—No lo rechacé: lo pospuse hasta tener nuevamente ante mí a la mujer que me hacía arder la sangre. No quiero un corderito en mi cama, quiero ese fuego que quema mi cuerpo y me llena de deseo.

—¡No permitiré que te acerques a mí! —anunció Carmen con decisión mientras alzaba su látigo.

—Y yo no permitiré que te alejes de mí —repuso Adrian esquivando su arma. Antes de que el látigo volviera a alzarse, él ya lo había arrebatado de las manos de Carmen. Luego, conduciéndola hacia su cama a pesar de sus protestas, le susurró audazmente al oído—: Esta noche me tomaré la revancha por todas las veces que me has herido. Y, sin duda, te haré gritar una y otra vez.

—¡No dejaré que ni un solo sonido salga de mi boca a pesar de las torturas a las que quieras someterme! —afirmó ella dignamente, temblando al enfrentarse a los profundos ojos negros que tanto la tentaban mientras Adrian ataba sus muñecas a los postes de la cama pese a su resistencia.

—Cariño, ¿quién te ha dicho que esos gritos van a ser de dolor? —ronroneó juguetonamente él en su oído mientras extraía un afilado cuchillo del puño de su traje y arrancaba uno a uno los botones de su camisa—. Definitivamente, esta noche gritarás de placer entre mis brazos —dijo antes de cegarla con el pañuelo que adornaba con elegancia su cuello—. Pero tienes razón en una cosa: me divertiré mucho torturándote... —finalizó entre risas mientras obtenía un primer gemido de boca de Carmen al soplar su aliento sobre uno de sus tentadores senos.

A pesar de hallarse atada a esa cama y cegada por el elegante pañuelo de

Adrian, Carmen sabía que ese hombre no le haría ningún daño. Desde el día en que la salvó de esos malvados piratas, se había mantenido alejado de ella, le había cedido su camarote como todo un caballero y había dormido en cubierta junto a sus hombres, hiciera frío o calor, lloviera o granizara... Adrian no había osado irrumpir en esa estancia reclamando su lecho.

Por todo ello, Carmen no comprendía por qué en esos instantes, borracho e impaciente, él reclamaba un premio que se había negado a tomar desde el principio. Era como si en esa escapada a tierra algo lo hubiera alterado tanto como para deshacerse del lado caballeroso que insistía en mostrar últimamente delante de ella para dar salida al granuja que podía llegar a ser.

—¡Desátame ahora mismo o te arrepentirás! —exclamó Carmen, removiéndose con inquietud en la cama, con lo cual solamente consiguió que su camisa cayera a su costado, revelando más su desnudez.

—No, Carmen. Esta noche voy a cobrarme el precio de las marcas que llevo en mi piel a causa de tu látigo. Y fustigaré tu cuerpo con la misma inclemencia que tú le concediste al mío —dijo Adrian firmemente, haciendo que la joven se preguntara si, después de todo, ese hombre llegaría a hacerle daño con su venganza.

—Tú no sabes manejar mi látigo —respondió orgullosamente, alzando su rostro cegado por el pañuelo a pesar de no saber dónde se hallaba su torturador.

—Cariño, ese látigo sobra entre nosotros desde hace tiempo, aunque tú te empeñes en llevarlo. Más aún: en mi lecho, mi lengua será suficiente para hostigarte durante toda la noche.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Carmen ingenuamente, confundida hasta que su pendenciero pirata comenzó a mostrarle el significado de sus palabras.

A causa de su forzada ceguera, los restantes sentidos de la muchacha se agudizaron. Oyó cómo Adrian se despojaba lentamente de su ropa. Luego no tardó en sentir cómo su cuerpo desnudo abordaba la cama.

Cegada, esperaba impacientemente su próximo movimiento mientras el

aliento de Adrian jugaba con su sensible cuerpo, haciéndole imposible adivinar cuál sería su próxima acción. A continuación, le dedicó leves caricias usando las yemas de los dedos, provocando que su piel se erizara mientras bajaba por su cuello hacia sus senos. Luego, delicados besos encendieron su cuerpo siguiendo el mismo recorrido que las caricias.

La pecaminosa lengua de Adrian los acompañó, haciéndola gemir de placer cuando probó sus erectos pezones. Sin querer evitarlo, Adrian los castigó con sus dientes mientras Carmen se movía tratando de resistirse al placer que estaba experimentando, o tal vez exigiendo más con cada uno de sus desinhibidos gemidos.

Las insistentes caricias de ese pícaro, que la dejaban sin respiración, cesaron en cuanto llegaron a la cintura de los pantalones. Ahí besó Adrian lentamente su cintura, lamió su ombligo y paró justo donde la barrera de la ropa ponía un límite a sus atenciones.

—Voy a quitarte estos pantalones, Carmen, pero sólo lo haré cuando tú me lo pidas. Entonces me hundiré en tu cuerpo y te haré mía durante toda la noche, reclamando para mí cada uno de los lujuriosos gritos que intentas negarme, cuando sabes perfectamente que me deseas con el mismo ardor con el que yo te deseo a ti.

—¡Si crees que voy a pedirte que me quites la ropa es que estás loco! — exclamó ella, todavía resistiéndose a ese pirata a pesar de que su cuerpo lo reclamara.

—¡Oh, sí que lo harás! —aseguró Adrian, mostrando una lujuriosa sonrisa que ella nunca llegó a ver mientras abría sus piernas al pecado de sus caricias—. Ahora quiero que te quedes muy quieta, ya que no deseo dañarte —indicó mientras paseaba el frío metal de su cuchillo desde su ombligo hacia abajo.

—¿Se puede saber qué piensas hacer? —protestó Carmen tratando de contener el aliento para no resultar herida con el arma de ese pirata.

—Jugar. Y, puesto que tú siempre utilizas tu maldito látigo conmigo, he pensado que no estaría de más que yo también usara una de mis dagas. Pero no

te preocupes: sólo será por un momento —dijo Adrian antes de cortar con su afilado cuchillo el pantalón de la joven, desde la cintura hasta donde se hallaba su más húmedo secreto. Luego, simplemente lo arrojó con violencia a un lado, clavándolo despreocupadamente en la pared.

—¿Se puede saber por qué demonios me has roto los pantalones si luego piensas quitármelos? —pregunto Carmen con exasperación.

—Porque, si no hago esto, querida mía, no podré fustigarte con mi lengua como yo más quiero, y entonces no me pedirás que te quite esta indecorosa prenda que en ocasiones tanto me distrae y no podremos disfrutar de la placentera noche que te he prometido.

—No te comprendo.

—No te preocupes: muy pronto lo harás —anunció Adrian antes de continuar jugando con su ombligo en dirección a lugares prohibidos donde la barrera de la ropa ya no suponía ningún impedimento.

Sus manos descendieron lentamente, regalándole leves caricias al húmedo interior de la muchacha, apenas el ligero roce de unos dedos que no osaron adentrarse en ella, sino tan sólo hostigarla con el placer que podía llegar a darle únicamente si ella se lo pedía. Sus besos siguieron hacia lugares más prohibidos, mientras su efusiva lengua los acompañaba, acariciando la ardiente piel que tanto lo tentaba.

Los gemidos no tardaron en escapar de los labios de Carmen, y a pesar de que ella habría querido resistirse, no pudo evitar arquearse en busca del contacto de esos dedos cuando, una vez más, rozaron su clítoris sin darle lo que su cuerpo ansiaba. De repente, con un gemido de incredulidad, notó que Adrian besaba su lugar más íntimo.

—Y ahora, tu castigo... Te voy a hacer gritar mi nombre hasta que quede grabado en tu cuerpo —declaró él pendencieramente antes de que su lengua invadiera el húmedo interior que tanto lo reclamaba.

Carmen gritó extasiada mientras Adrian rozaba su clítoris con su áspera lengua una y otra vez. Sin poder apartarlo de sí, se agarró fuertemente al

cabecero de la cama, donde las cuerdas la aprisionaban, y, cediendo al deseo, alzó sus caderas una y otra vez en busca de más.

Una de las traviesas manos de su amante acarició lujuriosamente uno de sus senos, mientras la otra la abría más ante su instigadora lengua, que no dejaba de deleitarse con su sabor llevándola al clímax una y otra vez. En el instante en el que uno de los dedos de Adrian se introdujo en su húmedo interior, marcando un acelerado ritmo, mientras su lengua no mostraba clemencia alguna ante el éxtasis de su cuerpo, Carmen llegó al orgasmo gritando su nombre. En ese momento, él le concedió un respiro dejando de acariciarla, aunque su insolente dedo todavía seguía hundido dentro de ella.

—Eso cuenta como uno... ¿Crees que tu cuerpo podrá resistir el mismo número de orgasmos que de latigazos recibió mi espalda de tus manos?

—¿Qué?! —gritó Carmen, aún confusa, mirando asombrada a Adrian cuando el pañuelo que cubría sus ojos comenzó a desprenderse a causa de ese tórrido juego que él estaba llevando a cabo con ella.

—Bueno, creo que tendremos que comprobarlo, ya que he decidido que ése será mi pago —anunció él, dirigiéndole una de esas atrevidas sonrisas que la joven comenzaba a temer porque nunca sabía si las palabras que había detrás de ella eran sinceras o solamente una estúpida broma.

En el instante en el que otro de los dedos de Adrian penetró en su cuerpo y él sonrió ladinamente entre sus muslos, ella no tuvo dudas de que esa pecaminosa propuesta no se trataba de ninguna broma, sino de uno más de los juegos de ese avasallador pirata.

Esa mujer le hacía perder la poca decencia que le quedaba. Sin piedad, Adrian la hizo gritar una y otra vez su nombre, torturándola con su lengua, con sus caricias, con sus dedos..., concediéndole ese placer que desconocía. No permitió que se alejara de él ni un solo instante, para eso la había atado a la

cama. No obstante, sí dejó que viera cómo le daba placer negándose a colocarle nuevamente el pañuelo delante de sus temerosos ojos cuando se le cayó.

Su duro miembro continuaba impacientemente encerrado en sus pantalones, y cada vez se endurecía más con los gemidos que ella profería, con la humedad de su feminidad, con el dulce sabor de su miel, con su impaciente cuerpo, que se arqueaba reclamándolo... La última vez, sus caricias únicamente la habían llevado cerca del orgasmo, sin concederle la liberación que solicitaba sólo para que se diera cuenta de que lo que tanto necesitaba era a él, hundido profundamente en su interior, demandándola una y otra vez con su miembro.

—Pídeme que te quite los pantalones... —susurró maliciosamente al oído de Carmen, sin dejar de acariciarla con una de sus hábiles manos para que ella se perdiera en el goce de sus caricias.

—¡Síííí...! —exclamó la joven cuando los traviesos dedos volvieron a rozarla donde ella necesitaba, sin percatarse apenas de la respuesta que había dado.

—Con eso me vale... —sonrió un triunfante Adrian, tras lo que se dispuso a retirarles la ajada prenda.

A continuación, se introdujo profundamente en ella, haciéndola gritar de placer.

En el momento en que inundó su cuerpo, el interior de Carmen lo apretó con impaciencia y Adrian creció ante la expectativa del deseo. Agarrando bruscamente sus caderas, marcó un furioso ritmo que la arrolló por completo, reclamándola en cuerpo y alma, ahondando más en su cuerpo con cada una de sus embestidas y estableciendo un impetuoso ritmo que la llevaría junto a él hasta donde ambos deseaban llegar. El éxtasis no tardó en arrollar sus cuerpos, haciéndolos gritar el nombre del otro como un par de locos enamorados.

Adrian vio cómo esa exhausta e inocente mujer no podría sucumbir a más

de esos pecaminosos placeres esa misma noche y, desatando sus muñecas, colocó su lánguido cuerpo sobre él. Después, simplemente la arropó con las sábanas y la protegió entre sus brazos de lo que pudiera pasar al día siguiente.

—Duerme —murmuró, contemplando cómo los soñolientos ojos de su cautiva se negaban a cerrarse.

—No quiero... —protestó ella, llevándole la contraria una vez más—. Quiero hablar... —dijo sin atreverse a mirarlo a los ojos mientras ocultaba avergonzada su rostro de él y acariciaba nerviosamente su torso con un dedo, sin saber que estaba jugando con fuego.

—¿De qué quieres hablar? —inquirió Adrian entre suspiros, sabiendo que a continuación vendría una estúpida charla en la que ella le exigiría que pusiera en orden sus sentimientos, algo de lo que en esos momentos él era incapaz.

—¿Quién te hizo esta herida? —preguntó Carmen enfadada, señalándole una pequeña cicatriz que había en su pecho producida hacía años por una bala.

—Al igual que las de mi espalda, fue una mujer. Creo que, en ciertas ocasiones, las mujeres podéis ser mucho más sanguinarias que los hombres —declaró él, recordándole que, hasta hacía poco, ella había reclamado despiadadamente su sangre.

—¿No será más bien que tú siempre te estás metiendo en líos de faldas y por eso acabas siendo herido por ellas? —replicó fríamente la muchacha, intentando alejarse de esos brazos que se negaban a dejarla marchar.

—*Touché!* Querida, creo que tus palabras me han herido más que las de ninguna otra mujer, tal vez porque son condenadamente ciertas. Pero creo que es mejor que dejemos estas serias charlas para mañana —propuso Adrian mientras bostezaba con teatralidad.

—Entonces déjame hacerte una última pregunta... —dijo ella decidida, sin apartar sus ojos de Adrian y poniendo fin a sus bromas—: De entre todas las mujeres que has podido tener esta noche, ¿por qué yo?

—Porque sólo tú haces hervir mi sangre, Carmen —declaró Adrian,

mostrando una mirada pendenciera con la que volvió a ser ese peligroso Dragón al que nadie osaba arrebatarse lo que él reclamaba.

—¡Mierda! ¡Ese malnacido me la ha jugado! —exclamó furiosamente Miguel mientras golpeaba con ira una mesa de la taberna, ya que, tras abandonar su lecho, en donde las dos exuberantes mujeres que se le insinuaron la noche anterior descansaban, totalmente saciadas, se enteró de que ellas no habían sido sino un regalo del libertino sinvergüenza con el que se enfrentó cuando buscaba a Carmen.

Y ningún hombre hacía semejante regalo a otro si no era para distraer al idiota que lo aceptaba mientras le robaba una pertenencia mucho más importante.

—Carmen, ¿en qué lío te has metido ahora? —susurró mientras mesaba desesperadamente sus cabellos, preguntándose si podría salvarla antes de que algún indeseable le pusiera una mano encima.

Pasara lo que pasase en ese alocado viaje que ella se había decidido a emprender, Miguel estaba dispuesto a protegerla. Ya fuera matando a todo aquel que le hubiera hecho daño o alejándola para siempre del engañoso hombre que tal vez la hubiera embaucado con bonitas palabras, haciéndole vanas promesas de amor que en verdad nunca llegaría a cumplir.

Miguel siempre había pensado que el Dragón era un tipo pendenciero y temible, peligroso y astuto. Pero jamás llegó a imaginar que esa leyenda que tanto temía Antonio realmente fuera un libertino que saltaba de cama en cama a la menor oportunidad. Aunque, por más despreocupado que pudiera parecer ese hombre, Miguel debía reconocer que era muy listo y taimado, ya que mientras él había estado buscando a su hermana por los alrededores de ese cochambroso puerto durante toda la noche, el Dragón se había divertido observando su desesperación con una burlona sonrisa para luego premiarlo

por su incompetencia, distrayéndolo de su tarea con embaucadores regalos que él nunca imaginó que fueran una trampa.

Sus continuos esfuerzos por sobornar o gratificar a cualquiera que supiera algo sobre ese pirata fueron inútiles: o todos los granujas de ese puerto lo conocían demasiado bien, o simplemente las amenazas de ese pirata habían conseguido acallar a más de una lengua que podría haberle sido de ayuda.

No obstante, Miguel no tenía mucha paciencia cuando se trataba de su hermana, y esos hombres ignoraban que él podía llegar a ser tan despiadado como ese pirata cuando lo que estaba en juego era Carmen...

—¡Me vas a decir ahora mismo dónde está el Dragón y hacia dónde se dirige su barco! —exigía en ese momento rabiosamente, levantando al posadero del cuello con una sola de sus fuertes manos mientras con la otra sostenía su pistola, dispuesto a disparar contra cualquier idiota que intentara ayudarlo.

—Aquí estoy —declaró la profunda voz de un hombre.

Cuando Miguel se volvió hacia el individuo que reclamaba esa identidad, sin soltar a su presa, vio que su porte era muy parecido al del jovial joven que se había burlado de él la noche anterior. Mismos ojos negros, mismos cabellos castaños, similar altura... La única diferencia era que este personaje realmente sí que podía llegar a atemorizar a todos los presentes con una de sus miradas o con sus potentes rugidos.

—Usted no es el Dragón que yo busco, aunque se le parece mucho...

—Sí, lo sé: suelen confundirnos a menudo —confirmó Damian, enfrentándose a la decidida mirada de ese hombre que, sin duda, no se movería de ese lugar hasta conseguir la información que buscaba—. Dile hacia dónde se fue ese barco —ordenó entonces al tembloroso posadero, que aún se debatía bajo el poderoso agarre de Miguel, sin decidir todavía si debía revelar o no lo que sabía. Finalmente, resolvió que resultaría más conveniente para él darle la información requerida a ese peligroso individuo que no lo soltaba.

—El barco por el que usted pregunta partió esta mañana hacia el sureste. Creo que su destino era la India —murmuró el temeroso posadero, cayendo abruptamente al suelo cuando Miguel finalmente lo liberó.

—Espero por tu bien que sea cierto, porque si no es así volveré y derribaré tu posada con los cañones de mi barco —amenazó el salvaje español mientras apresuraba su marcha—. No sé si debería darle las gracias o no, caballero. Ya lo decidiré en su debido momento si nuestros caminos vuelven a cruzarse —declaró Miguel cuando pasó cerca de ese pendenciero Dragón que, sin duda, algo le ocultaba.

—De nada —replicó Damian, mostrando una sonrisa tan parecida a la de su jovial hermano que consiguió obtener un gruñido del airado hombre que lo buscaba.

—Parece que Adrian ha vuelto a hacer de las suyas... —aventuró William al observar la marcha del furioso hombre que se había enfrentado a su amigo.

—Y sin duda piensa seguir jugando, ya que ha decidido proseguir despreocupadamente con su viaje —señaló Bennet mientras intentaba beberse uno de los espantosos licores que se servían en ese local.

—No, mi hermano al fin ha decidido volver a casa. Conozco cada uno de sus trucos y también a mi deshonrosa tripulación y, sin duda, si todos creen que van rumbo a la India, él habrá tomado la dirección contraria y navegará hacia nuestro hogar... Me gustaría saber por qué lo busca ese hombre...

—Líos de faldas —sugirió William

—Por mujeres —añadió Bennet.

—Al parecer, he sido demasiado blando con mi hermano y éste aún no ha aprendido la lección... —suspiró Damian mientras tomaba asiento junto a la cochambrosa barra de ese establecimiento, resignado a librar a Adrian de esa nueva peligrosa aventura en la que se había embarcado. Pero en cuanto se tomara un merecido descanso.

—Señor, ¿es usted el Dragón? —preguntó el posadero temeroso.

—Sé que posiblemente habrás oído mi nombre y conocerás mi aterradora

reputación, pero no debes temerme: ahora soy un hombre casi decente — intentó calmar Damian al asustadizo personaje que se le acercaba con una nota, seguramente algún mensaje cifrado procedente de su indecente hermano.

»¿Qué dice la nota, William? —preguntó a continuación despreocupadamente, tratando de que el tembloroso hombre se tranquilizara al utilizar un tono de voz sosegado.

—Que tú pagas... —declaró risueño su amigo mientras colocaba delante de sus ojos una abultada factura que llevaba su nombre, sacando a relucir los rugidos por los que era famoso ese Dragón.

—¡¡¡Adrian!!!

Capítulo 12

Adrian llevaba semanas disfrutando de los placeres que Carmen podía ofrecerle cada noche que se atrevía a visitar su cama, ya que, a pesar de los ultimátums de la mujer, él seguía acudiendo a su lecho una y otra vez.

Al principio, todo eran amenazas contra su hombría. Pero, en cuanto ella caía entre sus brazos, se rendía a sus caricias y mostraba ese fuego que tanto atraía a Adrian, provocando que los dos ardieran en medio de la pasión una y otra vez.

A pesar de los momentos que compartían, todas las mañanas el resultado era el mismo: ella se alejaba de él como si no hubiera gritado apasionadamente su nombre la noche anterior, y desde el rincón donde estuviera, se dedicaba a mandarle amenazantes miradas durante todo el día, como en esos instantes en los que Adrian simulaba ser el perfecto capitán de barco detrás del timón, cuando lo único que quería era comportarse como el libertino sinvergüenza que siempre había sido arrastrando a Carmen nuevamente a su cama.

—Si no oyéramos todas las noches los gemidos de esa muchacha, diríamos que no la satisfaces lo suficiente —declaró Hunter burlón, acercándose a su puesto de mando sin poder evitar señalarle con su garfio el ceño fruncido de Carmen.

—Creo que su áspero rostro se debe a todo lo contrario —suspiró Adrian, sin saber por qué seguía la joven negando la pasión que existía entre ellos.

—¿Sabes que antes de pasar por tus manos era una de esas muchachas decentes con las que, según tu hermano, nunca osabas mezclarte?

—Lo sé.

—Entonces dime, ¿qué piensas hacer ahora?

—Sería un nefasto marido y un pésimo compañero. Y, la verdad, dudo mucho que alguna vez logre ser alguien mínimamente decente para tener una relación —contestó Adrian, frustrado ante las preguntas de Hunter. Porque, a pesar de negar a Carmen, sus ojos no podían evitar buscar su presencia a cada instante.

—¡Perfecto! Pues entonces tendrás que devolvérsela a su hermano, el cual seguramente la casará con un aburrido y pomposo tipo que no sabrá cómo domar ese fuego... Pero bueno, amigo mío, ése ya no será tu problema —repuso burlescamente Hunter, golpeando la espalda de Adrian con efusividad.

Ante la idea de perderla, el joven no pudo evitar alzar una vez más sus ojos buscando a esa mujer para reclamarla ante todos con el calor de su mirada.

—Para eso aún hay tiempo —respondió sin dejar de observar ávidamente cada uno de los movimientos de su presa.

—Sí, amigo mío, pero ese tiempo se te está acabando —comentó Hunter mientras señalaba dos puntos en la lejanía: dos barcos que, sin duda, lo buscaban.

Carmen intentaba aprender del paciente Alí a hacer uno de esos nudos tan intrincados que usaban en alta mar, no para mantenerse distraída, como todos pensaban, sino para ver si así podía lograr que ese hombre no se deshiciera de sus amarres tan fácilmente como siempre hacía.

Todas las noches, Adrian acudía a su camarote aludiendo que le pertenecía y, de forma muy inocente, se mantenía alejado de ella recostado en uno de esos incómodos sillones.

Hasta que ella cedía al sueño. Era entonces cuando las traviesas manos de ese hombre la despertaban haciendo arder su cuerpo de una forma en que le

resultaba imposible negarse a sus deseos, y siempre, como una necia, caía una y otra vez en las garras del lujurioso pirata, rindiéndose al placer que hallaba entre sus brazos.

En la última ocasión, cuando intentó alejarse de él para poner fin a esas pecaminosas noches durmiendo en la cubierta del barco, Adrian la había provocado y convencido para que lo atara y así se sintiera más segura. Tras aceptar su sugerencia, Carmen había apretado las cuerdas hasta el límite de sus fuerzas, hasta convencerse de que no podría desatarse tan fácilmente como lo había hecho cuando lo ató a su cama.

Pero el resultado había sido el mismo de siempre, con la diferencia de que, en esa ocasión, la había despertado a la pasión con su licenciosa lengua, haciéndola gritar su nombre en medio de un ardiente sueño que la hizo aceptar la realidad de que nunca podría retener a ese hombre ni a su lujuria.

Mientras intentaba concentrarse sobre cuántas vueltas debía darle a esa cuerda en esa ocasión, no pudo evitar sentir la penetrante mirada de Adrian, que siempre la perseguía, y notó cómo su cuerpo se encendía expectante a pesar de que sus labios siempre lo negaran, alejándolo de ella.

Le preocupaba cuál era el destino que le esperaba cuando regresaran a Cádiz después de ese largo viaje. Seguramente acabarían separándose, ya que su hermano jamás le permitiría casarse con un pirata. Y su padre no dejaría nunca de maldecir a Adrian, fuera responsable o no de la desaparición de su añorada nave con toda su carga. Además, ese licencioso sujeto no estaría por la labor de convertirse en un hombre decente, y ella era demasiado celosa como para pretender ignorar las infidelidades que Adrian indudablemente cometería.

Lo más seguro era que, si se unía a un hombre como él, Carmen acabaría convirtiéndose en una amargada que lo perseguiría siempre, armada con su látigo, algo que después de haber probado su sangre no quería volver a hacer.

La joven suspiró distraídamente mientras pensaba que el resultado de esa aventura finalmente sería un apresurado matrimonio con algún aburrido noble

que su hermano le encontraría, o la reclusión en uno de esos viejos conventos donde las familias acomodadas soltaban a sus deshonrosas hijas para intentar ocultar su turbulento pasado.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando el culpable de todos sus futuros infortunios se acercó a ella.

—Por más que lo intentes, no conseguirás que esas cuerdas me retengan. No eres la primera mujer que me ha atado, y en cada una de esas ocasiones aprendí cómo deshacerme de las ligaduras.

—Tú y tus mujeres... ¿Es que no eres capaz de quedarte con una sola de ellas? —interpeló Carmen con frustración, arrojando las inútiles cuerdas al suelo.

—Tal vez si alguna de ellas fuera lo suficientemente ardiente como para impedirme pensar en otra, lo intentaría... —dijo Adrian, tomándola repentinamente de la cintura mientras la acercaba a su cuerpo, mostrándole que, a pesar de la distancia, nunca dejaba de desearla—. ¿Qué me dices, Carmen? ¿Aceptarías ser mi única amante?

—No. Yo quiero amor, no lujuria. Y no aceptaré a un hombre que desee pagar un precio más bajo que el que yo pongo a mi corazón —declaró firmemente ella, alejándose de ese libertino que siempre la tentaba.

—¿Y qué es el amor sino un lujurioso momento que se va desvaneciendo con el paso del tiempo dentro de un aburrido matrimonio? —inquirió Adrian con despreocupación, quitando importancia a los románticos sueños de esa mujer.

—Tú nunca te has enamorado, ¿verdad? Cuando lo haces no puedes evitar pensar siempre en esa persona, ni sentir cómo tu corazón se encoge al pasar un solo instante separado de ella.

—¿Y tú, Carmen? ¿Has estado enamorada? —pregunto fríamente él, esperando con impaciencia la respuesta que le explicara por qué ella parecía saber tanto de ese sentimiento, si era una mujer inocente hasta que cayó entre sus brazos.

—No, pero vi cómo mi padre amaba a mi madre con delirio. Y sólo se convirtió en el triste cascarón que es ahora cuando ella se fue... Del amor no quiero menos que un hombre que lo dé todo por mí... Pero no te preocupes: nunca le entregaré mi corazón a un canalla como tú —finalizó despectivamente mientras trataba de alejarse de su lado.

No obstante, sin saberlo, con sus palabras había avivado la llama de ese Dragón que Adrian llevaba dentro.

—Entonces tendré que conformarme con tu cuerpo... —susurró él, reclamando ávidamente la recompensa en la que ella se había convertido.

Desde la cama, Adrian contemplaba con satisfacción cómo su fiera mujer permanecía dormida a su lado. Una vez más, la había hecho rendirse a la pasión que siempre surgía entre ellos cuando sus cuerpos se aproximaban. El ardor que los embargaba en esas ocasiones había estado presente en cada uno de los besos y de las caricias que se habían dedicado.

Carmen no había podido resistirse a gritar su nombre, y Adrian había sonreído dichoso en cuanto lo oyó salir de sus labios. Pero, a pesar del fuego que siempre surgía entre ellos, a la menor oportunidad Carmen lo negaba, lo rechazaba. Ponía en duda que él fuera el hombre que la hacía comportarse como la fogosa mujer que era, tanto dentro como fuera de su lecho, y, cada vez que se acercaban más a ese puerto español que él comenzaba a temer, ella se alejaba un poco más, retrayéndose en sus pensamientos. Muy pronto sus caminos se separarían, él la dejaría en su hogar y volvería a Londres para continuar siendo el afamado y despreocupado libertino al que todas las mujeres acudían. Todas menos su Carmen.

Pensar que muy pronto ella no estaría a su lado hizo que su despreocupado corazón, que siempre compartía con todas las féminas, se encogiera. Y, por

unos segundos, se sintió como el desdichado hombre enamorado que Carmen había descrito, el único merecedor de su corazón.

Intentando olvidar que él nunca llegaría a ser ese hombre, Adrian acarició el hermoso rostro de la joven, que jamás podría olvidar. Mientras lo hacía, ella susurró un atrevido insulto en español que llevaba su nombre y luego continuó durmiendo, acurrucándose aún más en su lecho, como si ése fuera su sitio, un lugar que nunca debería abandonar.

Adrian estaba dispuesto a aprovechar cada uno de los días que le quedaban junto a esa mujer, decidido a no dejarla descansar hasta que su cuerpo ya no pudiera olvidarlo. Besó cariñosamente el desnudo hombro de la deliciosa muchacha que estaba junto a él y pegó su cuerpo al de ella para que notara que su miembro reclamaba su atención.

Desgraciadamente, un ruidoso barco lleno de piratas no era el mejor lugar para tener algo de intimidad, hecho que se puso de manifiesto cuando unos ensordecedores golpes sonaron en su puerta.

Sin preocuparse por la posibilidad de escandalizar a sus hombres, algo realmente imposible teniendo en cuenta la indecorosa tripulación que lo acompañaba, Adrian abrió la puerta desnudo para encararse con el estúpido que se había atrevido a molestarlo, muy dispuesto a desplegar a fondo su autoridad de capitán y arrojarlo por la borda si hiciera falta para deshacerse de ese fastidioso individuo que lo importunaba.

—¿Qué ocurre?! —gritó molesto, hasta que vio ante sí a Hunter y a Alí, sonriendo como dos idiotas.

—Creo que el momento de separarse de esa muchacha ha llegado —manifestó Hunter, señalando la puerta tras la que Adrian escondía a la desnuda ocupante de su cama.

—¿Qué dices? Si todavía nos faltan varios días para que llegemos a puerto y...

—Pero su hermano ya está aquí... —intervino Alí, señalando la bandera de un galeón español que se cernía sobre ellos.

—¿Qué demonios...?! —exclamó Adrian, asombrado ante la pericia de ese hombre al que no había logrado despistar.

—Y el tuyo también... —añadió Hunter con una sonrisa, señalando el barco que estaba más próximo a ellos, que mostraba una bandera negra con un feroz dragón.

—¡Izad la bandera británica! Y una blanca también, para que no nos dispare ese loco español. Menos mal que me hice con ellas en el último puerto, de lo contrario no sé cómo habrían reaccionado esos dos ante vuestros calzones — respiró Adrian aliviado.

—¿Qué harás con la mujer que escondes en tu camarote? ¿Estás decidido a dejarla marchar esta vez? —preguntó Hunter mientras Alí se disponía a hacer cumplir las órdenes de su capitán.

—Aún es muy pronto... —declaró Adrian con frustración, mesando nerviosamente sus cabellos.

—¿Qué pena que no tengamos aquí a un sacerdote para atarte de una vez por todas a esa muchacha! Si yo fuera tú, no la dejaría escapar en cuanto arribásemos a puerto. Si es que llegamos, claro... —opinó un pensativo Hunter, quien, en cuanto vio la pícara sonrisa que asomaba al rostro de su capitán, se arrepintió de lo dicho, porque indudablemente el joven Adrian estaba planeando una más de sus locuras.

—¡Reúne a todos en cubierta, y diles a mis hombres que vistan sus mejores galas porque hoy tendremos algo que celebrar!

—¡Señor, el barco al que perseguimos ha izado la bandera británica junto a otra blanca para mostrarnos que no quiere luchar con nosotros! Pienso que deberíamos retirar los cañones y alzar por nuestra parte otra bandera blanca para comenzar las negociaciones.

—Sí, por supuesto..., y luego los invitamos a tomar el té —ironizó Miguel

en dirección a su contramaestre mientras dirigía a sus hombres para llevar a cabo un ataque relámpago—. ¡Apuntad algunos de los cañones hacia el mástil y derribad esa bandera!

—¡Señor, eso no es muy honorable de su parte!

—Ricardo, estamos tratando con piratas. El honor hay que dejarlo en casa, ya que ahora de nada nos sirve.

—¡Pero han izado la bandera de la paz y...!

—Eso es algo que pienso solucionar muy pronto —replicó maliciosamente Miguel mientras observaba cómo era derribado el mástil que portaba la pacífica bandera—. ¡Hala! ¡Ya está! En ese barco no ondea bandera alguna, por lo que yo, Miguel Alonso de la Cruz, conde de Montesco y Villa, haciendo uso del poder que me ha sido otorgado por la Corona española, declaro que podemos abordarlo, saquearlo y castigar a cada uno de los canallas que haya en su interior.

—Pero, señor...

—Muchachos, ¿no os parece que ese barco es sumamente sospechoso? —gritó Miguel, ignorando una vez más las quejas de su contramaestre mientras avivaba los ánimos de su tripulación para el saqueo—. ¡Pienso que pueden ser esos infames piratas berberiscos que con tanto ahínco buscamos y que, a la menor oportunidad, saquean nuestros barcos! ¡Así que démosles una lección acerca de cómo se las gastan los españoles y quedémonos con todos sus tesoros!

—¿Una última orden antes de atacar, señor? —preguntaron los canallas que Miguel había contratado para que lo acompañaran en ese viaje.

—El único tesoro que pienso reclamar de ese barco es a mi hermana, todo lo demás es vuestro. Excepto la cabeza de su capitán, por supuesto: ésa me pertenece sólo a mí —contestó dirigiendo una airada mirada hacia el barco del hombre que había osado arrebatarse a Carmen.

—¡Capitán! Esto..., capitán, escuche...

—¡No quiero oír ni una sola queja más saliendo de tus labios, Ricardo! —

advirtió con exasperación Miguel al insistente contramaestre que lo acompañaba en cumplimiento de las órdenes de su padre, un hombre honrado que era lo que menos necesitaba él para ese viaje.

—No, señor..., lo único que quería señalarle es que se nos están adelantando... —dijo su fiel segundo, haciéndole ver que otro barco se acercaba velozmente a la nave que él codiciaba, mostrando la llamativa bandera de un dragón.

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! ¡Esa despreciable sabandija es sólo mía! — exclamó decididamente Miguel, ordenando apuntar con sus cañones al navío desconocido que quería arrebatarse la satisfacción de aplastar a ese jocoso tiparraco que se había burlado de él mientras le quitaba a su hermana delante de sus narices.

Cuando Carmen despertó, desnuda una vez más en ese lecho, y arropada por las suaves sábanas a las que se estaba acostumbrando, se encontró a su risueño amante engalanado con sus mejores ropas, algo que le extrañó, ya que todavía se encontraban lejos de algún puerto y esas vestimentas en alta mar estaban completamente fuera de lugar. Y más aún cuando el inquieto capitán se dedicaba a correr a la menor oportunidad de un lado a otro de la cubierta para ayudar a sus hombres ataviado solamente con unos simples pantalones.

Únicamente tuvo que dedicarle una mirada a esa burlona sonrisa que a veces adornaba el rostro de Adrian para saber que se traía algo entre manos.

—Toma, es lo único decente que he encontrado y, aunque no sea blanco, servirá —dijo él galantemente mientras depositaba un llamativo vestido rojo entre sus manos y se daba la vuelta para concederle algo de intimidad.

—¿Por qué no puedo simplemente ponerme uno de los pantalones de tu grumete, como los que he usado hasta ahora, y unas de esas holgadas camisas que siempre me prestas? —preguntó ella confusa mientras se apresuraba a

cubrir su desnudo cuerpo para no acabar enredada entre las sábanas de la cama de su fogoso amante.

—Porque hoy es un día muy especial y tienes que estar lo más bonita posible —respondió Adrian volviéndose y colocando una hermosa peineta de oro con el adorno de una brillante rosa roja con incrustaciones de rubíes en sus salvajes cabellos.

—¿Qué tiene hoy de especial? —preguntó Carmen, temiéndose una de las locuras de las que era capaz ese hombre cuando su mirada estaba tan llena de determinación como en esos instantes.

—Hoy, cariño, harás de mí un hombre honrado, ya que hoy es el día de...

—¡Capitán! ¡Los hombres ya están preparados y esperando a que salgan! Creo que sería mejor que comenzara antes de que los barcos hostiles se acerquen más a nosotros.

—¡Ya voy! ¿Es que ni en un día tan importante como hoy podéis concederme un momento de respiro? —repuso él ofuscado mientras se dirigía hacia la puerta arrastrando a la inquieta Carmen tras de sí.

—Adrian, ¿por qué me has hecho vestir así? ¿Por qué nos esperan tus hombres? Y ¿quiénes viajan en esos barcos que se nos están aproximando?

—En esos barcos vienen tu hermano y el mío, querida, que nos bloquean el camino. Mis hombres nos esperan porque yo se lo he ordenado así y, finalmente, estás vestida de esta manera porque estas ropas son mucho más adecuadas para la ocasión que unos sucios pantalones y una vieja camisa.

—Y ¿cuál es esa ocasión tan especial, si puede saberse? —inquirió Carmen, cada vez más confundida tras ver a todos los marineros reunidos en cubierta con sus mejores galas, luciendo unas sonrisas cómplices tan inquietantes como las de Adrian.

—¿Te acuerdas de la pregunta que te hice cuando nos encontramos por primera vez en esa posada?

—Me preguntaste cuál era mi precio por toda una vida a mi lado —contestó ella, que no había podido olvidar las insultantes palabras que cruzó

con ese hombre la primera vez que se encontraron.

—¿Recuerdas lo que me contestaste antes de alejarte de mí? —preguntó él, depositando una mustia coliflor en sus manos mientras uno de sus hombres comenzaba a tocar una melodía con su armónica, una música que los acompañó hasta que llegaron junto al timón del barco.

—Que mi precio era la sangre de un Dragón —declaró Carmen en voz baja, asustada, mientras se atragantaba con las mismas palabras que tan a la ligera dejó caer en una ocasión.

—¿No crees, querida, que ese precio ya lo pagué cuando me castigaste injustamente con tu látigo? Bien, pues ahora es el momento de que cumplas con tu palabra y hagas de mí un hombre decente —dijo Adrian contundente antes de coger entre sus manos una Biblia que le tendía uno de sus hombres. Y, sin soltar a la huidiza mujer que lo miraba asombrada, comenzó su sermón—: Queridos hermanos, como máxima autoridad de esta nave y única ley en este lugar, he decidido que hoy nos reunamos aquí para unirme a esta mujer para toda la vida en el sagrado lazo del matrimonio...

—¡Me opongo! —gritó Carmen, aterrada ante las locuras de las que era capaz ese hombre mientras intentaba zafarse de su agarre.

—¡Chist! Aún no hemos llegado a esa parte... —susurró Adrian, tras lo que prosiguió en voz alta—: Bueno, yo te acepto a ti, Carmen, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte nos separe. ¿Y tú, Carmen? ¿Me aceptas en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte nos separe?

—¡Tú estás loco! —exclamó ella, acompañando sus palabras de unas cuantas maldiciones bastantes escandalosas en español y en inglés.

—¿He oído un «sí»? —preguntó él, ignorando las palabras de su cautiva hasta que uno de sus hombres gritó «sí, quiero» imitando una voz de mujer—. ¡Eso me vale! —declaró alegremente Adrian, agradeciendo la ayuda de su compinche en esa estrafalaria boda—. Así pues, por el poder que me ha sido otorgado, yo nos declaro marido y mujer. Y ahora, mi parte favorita: ¡ya puedo

besar a la novia! —exclamó efusivamente, atrayendo a Carmen hacia sus brazos para acallar cada una de sus protestas con uno de sus ardientes besos.

—¡Ni siquiera he sido yo la que ha pronunciado el «sí, quiero»! —exclamó ella furiosa, apartando bruscamente de su lado al flamante marido con el que se había desposado—. ¡Este matrimonio nunca tendrá validez! ¡Si hasta se te ha olvidado preguntar si hay alguien que se oponga a este enlace!

—Bueno, querida, está bien: si hay alguien que se oponga a este enlace que hable ahora o calle para siempre —expresó burlescamente Adrian, recibiendo como respuesta un cañonazo del barco del maldito español, del que no podía deshacerse por más que se empeñara.

—Al parecer, mi hermano está en contra de este enlace y, por lo que estoy viendo, ha venido decidido a llevarme de vuelta a casa —declaró Carmen con orgullo mientras se cruzaba de brazos, regodeándose en su victoria frente a ese Dragón que se negaba a dejarla marchar.

—No mataré a tu hermano, pero desde luego que me enfrentaré a él porque, Carmen, lo quieras o no, tú eres mía desde que reclamaste mi sangre —replicó decididamente Adrian mientras sacaba su espada para enfrentarse a su cuñado y a los hombres que se disponían a abordar su barco.

Las protestas de la joven fueron ignoradas por todos cuando Adrian mandó a uno de sus hombres a que encerrara a su impetuosa mujer en un lugar lo suficientemente alejado del peligro y del temperamental hermano que quería recuperarla.

Capítulo 13

—Por lo visto, éste no ha sido el día más acertado para casarme —comentó Adrian mientras se preparaba para el asedio de su familia política, que como dote no pediría nada menos que su preciada cabeza.

No obstante, a pesar de todo, no se arrepentía de haberse casado con la única mujer que hacía que su sangre ardiera haciéndole imposible olvidarla. Lo que lo había impulsado a unir su vida con la de esa mujer era, simplemente, que su corazón se había encogido en su pecho al pensar en la posibilidad de no verla más. Y no se le había ocurrido otra forma de atarla a él para que nadie se la arrebatara que no fuera por medio de ese falso matrimonio que pensaba reemplazar por uno completamente legal tan pronto llegasen a Londres.

Ahora comprendía por qué su hermano Damian se había vuelto un completo idiota cuando conoció a Alexandra. En esos instantes entendía por qué motivo más de un hombre casado lo retaba a duelo cuando él tocaba a sus esposas.

Adrian se sentía inquieto y celoso cada vez que pensaba que otro podía tener a Carmen si se separaban. Ella era la única mujer en la que podía pensar de día y de noche desde que la conoció, y la única con la que no se aburriría a pesar del paso de los años. Ella era esa muchacha pendenciera que su hermano le había aconsejado que buscara para su inquieto corazón y que finalmente había encontrado, aunque hubiese tardado un tiempo en darse cuenta de ello.

Preparado para presentar batalla ante el hombre que quería arrebatársela, sus ojos se encontraron con la provocadora mirada del español que lo buscaba.

Sin hacerse de rogar, en cuanto estuvo cerca de Adrian, Miguel alzó su látigo dispuesto a herir el hermoso rostro que a tantas mujeres había engañado. Por suerte, el joven ya conocía lo peligrosa que podía llegar a ser esa arma en manos de un experto, y tuvo el tiempo justo para apartarse de la trayectoria del látigo, que chasqueó en el suelo a su espalda tras rasgar su camisa, dejando a la vista de todos su tatuaje, que demostraba que él no era el belicoso Dragón con el que muchos lo confundían.

Miguel volvió a alzar su látigo, pero Adrian conocía demasiado bien ese movimiento y no dudó a la hora de acercarse a él rápidamente y arriesgarse a arrebatarlo a su dueño para, a continuación, arrojarlo a un lado.

—¡Seas quien seas, quiero que me devuelvas a mi hermana, y por tu bien, espero que no le hayas puesto ni un dedo encima o juro por Dios que me haré un abrigo con tu pellejo! —gritó Miguel mientras cruzaba espadas con Adrian.

—No puede ser, ya que me he casado con ella y ahora legalmente es mi esposa.

—¡Pero ¿qué dices?! —exclamó Miguel muy enfadado—. ¿Quién es el idiota que ha osado casaros?

—El capitán de este barco.

—¡Señálame quién es ese malnacido para acabar con él después de reclamar tu cuello!

—Soy yo mismo —declaró orgullosamente Adrian, mostrando a su adversario una de sus mejores sonrisas para enfurecerlo y que cometiera algún error.

No obstante, para su desgracia, lo único que logró fue avivar su genio haciendo que sus estocadas fueran más furiosas y poderosas.

—Entonces me ahorras la tarea, ya que, después de acabar contigo, ese matrimonio no tendrá validez alguna y podré llevarme de vuelta a casa a mi atolondrada hermana y encerrarla en el comfortable hogar del que nunca debió moverse.

—Pero nuestro matrimonio cuenta con numerosos testigos, y puedo

asegurarte que ha sido consumado en más de una ocasión, cuñado. ¿Qué harás si Carmen lleva a mi hijo en su vientre?

—¿Qué haré, maldito?! ¡Me desharé de todos los testigos de ese burdo enlace y más tarde la casaré con un noble petimetre de holgada posición que les dé un nombre adecuado y una respetable situación a ella y a su hijo!

—Llegas tarde, amigo: tu hermana ya está casada con un noble petimetre de holgada posición. Yo soy lord Adrian Conrad y poseo una extensa fortuna que hasta hace poco ha sido administrada por mi hermano.

—Claro que sí..., y ahora me dirás que ese pirata que también reclama tu cabeza es un duque —se burló Miguel, señalando al capitán del barco con el que se había enfrentado por ser el primero en reclamar la sangre de Adrian.

—No, él es un simple conde —repuso Adrian con ligereza sin dejar de prestar atención a su lucha mientras los airados rugidos de su hermano comenzaban a cernirse sobre él a la vez que abatía impunemente a todo el que se cruzara en su camino.

—¿Adrian Conrad! ¡¿Quieres dejar de meterte en líos con mujeres casadas y devolver de una maldita vez a esa muchacha a su hogar?!

—¿Lo siento mucho, querido hermano, pero no puedo devolver a esa mujer casada! —gritó Adrian sin dejar de luchar con su furioso adversario.

—¿¿Por qué demonios no puedes hacer por una vez lo que te digo?!

—Porque esa mujer es mi esposa y su lugar está a mi lado —declaró Adrian, sonriendo satisfecho al ver cómo, por una vez, los rugidos de su hermano eran silenciados por la asombrosa noticia que acababa de darle.

—Entonces ¿se puede saber quién es este hombre que reclama tu cabeza?

—¿No es obvio, hermano? Es mi querido cuñado —declaró despreocupadamente Adrian, obteniendo algún que otro furioso gruñido del que lo enfrentaba.

Carmen caminaba de un lado a otro del camarote sintiéndose cada vez más molesta con el hombre que había osado encerrarla con la excusa de que quería alejarla del peligro, algo absurdo, cuando resultaba que quien abordaba ese barco no era otro que su hermano.

Si Adrian le hubiese permitido quedarse en cubierta, tal vez podría haber hablado con Miguel para calmar su temperamento y evitar que la sangre del idiota que pretendía ser su marido fuera derramada.

¿Cómo narices se le había ocurrido a Adrian la estúpida idea de casarse con ella en ese barco, de unirla a él para siempre, sin preguntarle siquiera?! Sin duda, todas sus acciones solamente constituían uno más de los perversos juegos que él practicaba con ella, uno en el que Carmen no se permitiría caer creyendo falsamente que ese hombre en realidad sentía algo por ella más allá del simple ardor que los acompañaba en su lecho.

Inquieta por la posibilidad de que su hermano hundiera su espada en el corazón de ese granuja, que, a pesar de jugar una y otra vez con sus sentimientos, no se merecía ese final, Carmen intentó sobornar al único aliado que tenía en ese barco.

—Hola, pequeño, ¿a ti también te han encerrado injustamente en este lugar? —preguntó con voz suave mientras le tendía un dátil al pequeño simio que se hallaba en su habitación—. ¿A que está rico? Si me consigues la llave de esta puerta podré hacerme con algunos más en la cocina. Tal vez incluso una fuente entera de estos deliciosos manjares, que serán todos sólo para ti —lo tentó dulcemente mientras veía cómo los ojillos del peludo animal comenzaban a brillar ante la perspectiva de semejante botín.

Tras señalarle en más de una ocasión la puerta a ese animalejo, que parecía burlarse de ella sólo para conseguir más de esos sobornos que le daba, Carmen llegó a la conclusión de que sus perspectivas de que el bicho la ayudara eran demasiado irreales y optimistas. Suspirando, se derrumbó en la cama y vio que, finalmente, ante la falta de comida, su taimado compañero se alejaba de la habitación saliendo por la pequeña escotilla del camarote.

Resignada a pasar las horas confinada en ese lugar, cerró los ojos frustrada ante la imposibilidad de acabar con el enfrentamiento que tenía lugar en la cubierta, donde más de uno de sus seres queridos podían resultar heridos. Porque, lo admitiera o no, lo cierto era que comenzaba a sentir algo por el hombre que había seducido tanto su cuerpo como su corazón.

Mientras Carmen pensaba sobre lo difícil que podría ser perdonar a alguno de los dos hombres que quería si se herían mutuamente, oyó cómo la puerta de su camarote se abría despacio, con un pequeño chirrido que le advirtió que ya era libre para acabar con esa disputa.

Decidida a poner fin a todo, corrió hacia la cubierta para reprender a esos dos mientras agradecía con una sonrisa su liberación al pequeño mono, que, impacientemente y con bruscos gestos, le exigía un pago por su hazaña; pago que Carmen ya había abonado con creces con los cuantiosos dátiles con los que lo había gratificado, pero, como cualquiera de esos infames piratas, él exigía más.

Ignorando sus chillidos, la joven salió a la cubierta para encontrarse con una furiosa batalla que parecía no tener fin. A pesar de que los hombres que su hermano había contratado daban la impresión de ser tan desalmados y peligrosos como los piratas en los que ella había confiado neciamente en una ocasión, la tripulación de Adrian los tenía bajo control y parecían estar divirtiéndose con la lucha entre los dos contendientes, ya que a sus rostros asomaba más de una burlona sonrisa cada vez que sus espadas se cruzaban. Para empeorar la lamentable situación de Miguel, un hombre muy parecido a Adrian pero de aspecto bastante más intimidatorio, apostaba con otros dos de apariencia más distinguida acerca de la confrontación que estaban manteniendo Adrian y su hermano.

En cuanto Carmen observó detenidamente a ese atemorizante individuo de ojos negros y cabellos marrones que lucía pendientes en ambas orejas, y cuyo fruncido ceño podría llegar a asustar al más valiente, no albergó duda alguna

de que ése era el verdadero Dragón, el hombre que Adrian le había asegurado no ser en más de una ocasión.

Fue entonces cuando comenzó a preocuparse por él, porque, mientras que para ese jocosos necio todo era un juego, para Miguel las ofensas que él había cometido sólo podían pagarse con sangre, algo que parecía reclamarle a Adrian desde el primer momento en que había alzado su espada contra él.

Decidida a impedir que su hermano matara a un hombre inocente cuya sangre ya había sido derramada por su mano con demasiada ligereza, Carmen corrió por la cubierta gritando el nombre de Miguel para detener la airada pelea que se llevaban entre manos.

Cuando llegó junto a ellos, se colocó temerariamente entre ambos. Adrian detuvo su espada a tiempo ante los gritos de la joven, pero Miguel, cegado por su ira, apenas pudo reaccionar para contener su arma antes de que descendiera buscando herir a su rival. Sin embargo, Adrian fue muy veloz a la hora de proteger lo que más quería, y con un ágil movimiento abrazó a la mujer que había decidido interponerse en la batalla y se giró para resguardarla de todo daño, ofreciéndole la espalda a Miguel a pesar de saber que eso era algo que nunca debía hacer ante el enemigo. Pero Adrian no pensó, simplemente actuó para alejar a su mujer del peligro.

La espada de Miguel se hundió en el costado del muchacho. Tan sólo unos centímetros, ya que el molesto español cesó en su venganza en cuanto oyó los desgarradores gritos de su hermana, que le mostraron que ya era demasiado tarde para alejarla de ese hombre.

Habiéndole causado una herida de la que Adrian no tardaría en recuperarse, Miguel extrajo su arma de la espalda de ese indeseable mientras esperaba para explicarle a su hermana que no debía temer, que no se trataba de un golpe letal y que el refrán de «Bicho malo nunca muere» que tantas veces había repetido María a sus oídos podía aplicarse sin duda al tipo que tenía ante él.

—¡No! ¡No! ¡Adrian! ¡Adrian! ¿Estás bien? ¡Responde! ¡No te mueras,

maldito! ¡No pierdas más sangre por mi culpa! —gritó ella con desesperación mientras taponaba la herida de su costado con las manos—. ¡Miguel! ¡¿Cómo has podido?! ¡Detén a tus hombres! —exclamó con furia en los ojos, exigiendo el fin de la contienda en el mismo instante en el que su hermano decidió poner fin a esa lucha.

—¡Tregua! ¡Alto todo el mundo! —gritó Miguel en voz alta, haciendo que todos apartaran las armas, pero sin que ninguno dejara de observar a su respectivo adversario con desconfianza—. Créeme cuando te digo, hermanita, que a ese hombre aún le quedan muchas batallas por vivir — declaró, molesto con las exageradas mentiras de ese engañoso individuo.

—¡Oh, me muero...! —exclamó teatralmente Adrian, apoyando su cuerpo sobre Carmen para que ella no escuchara las palabras de su hermano ni viera cómo sonreían sus hombres ante sus palabras.

—¡No! ¡No puedes morirte ahora! —rogó ella con desesperación.

—¿Por qué no? Después de todo, serías una bonita viuda y estarías libre de mí. ¿Acaso no es eso lo que quieres? Tu vida estaría solucionada con mi título, y con tu viudedad serías una irreprochable mujer libre. Y rica.

—¡No! ¡Yo quería alejarme de ti, pero no de esta manera! —declaró Carmen entre sollozos.

—Y ¿por qué quieres alejarte de mí? —preguntó Adrian decidido mientras clavaba sus profundos ojos negros en la llorosa mirada de la joven, que en esos instantes le confesaba la verdad que siempre se atrevía a negar entre ellos.

—Porque un día acabaré creyendo en esas dulces palabras que siempre susurras y que sé que solamente son las mentiras que relatas despreocupadamente a los oídos de todas las mujeres.

—No, Carmen: sólo hay una mujer por la que he arriesgado mi vida, por la que he dado mi espalda al enemigo, por la que he sangrado en más de una ocasión. Sólo hay una mujer por la que he cedido a la locura del matrimonio, y ésa, definitivamente, eres tú. Mis palabras pueden llegar a ser mentiras en los

oídos de otras, pero las que te digo a ti siempre serán verdad... Bueno, casi siempre... —susurró Adrian, pero Carmen no oyó esa última parte, porque fue casualmente disimulada por varias repentinas y dudosas toses procedentes de sus secuaces.

Tras ello, Adrian simuló perder sus fuerzas para acabar derrumbándose finalmente sobre el suelo, desde donde observó con los ojos entornados a su nuevo cuñado, que dudaba si pegarle o no una patada.

—¡Adrian! ¡Adrian! ¿Qué te ocurre? —gritó Carmen con desesperación, arrodillándose junto a él.

—Creo que estoy perdiendo las fuerzas, amor... Tengo un último deseo antes de marcharme.

—¡No, Adrian! ¡No puedes morirte!

—Sólo quiero que des validez a nuestra boda y que reconozcas ante todos que eres legalmente mi esposa. En lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza y hasta que la muerte nos separe..., algo que puede suceder antes de lo que esperaba...

—¡Sí, Adrian! ¡Soy tu esposa! Pero, por favor, ¡no te mueras! —confirmó Carmen con desconsuelo mientras su llanto arreciaba.

—¡Perfecto! —sonrió pícaramente Adrian antes de levantarse ágilmente del suelo, sorprendiendo a la muchacha con su milagrosa recuperación—. Hala, ya la has oído —indicó luego despreocupadamente, dirigiendo su retadora mirada a Miguel.

Ante ese gesto, él simplemente sonrió. Y, pasando de largo de la nueva adquisición de su familia, recogió el látigo que hasta ese momento había descansado olvidado en el suelo y lo depositó en las manos de su furiosa hermana, que no hacía otra cosa más que apuñalar a su esposo con la mirada.

—No dudes en utilizarlo, Carmen. Creo que con un marido como él lo vas a necesitar —le aconsejó en voz alta, concediendo así su conformidad a ese enlace, aunque sólo si su hermana así lo deseaba.

Miguel no tuvo tiempo de deleitarse con las disputas de esa inusual pareja

en la que sin duda su hermana daría una lección a ese listillo, ya que el vigía señaló en ese momento la presencia de dos nuevos barcos enemigos que se acercaban.

Ante el asombro de todos los que no lo conocían, Adrian pasó de ser un despreocupado y risueño sinvergüenza a un diligente capitán. Preparó a sus hombres para la batalla e incluso se tomó la libertad de darles órdenes a los malandrines capitaneados por Miguel, quienes, ante una feroz mirada de Adrian, no dudaron en obedecer. No obstante, lo que más sorprendió al español fue presenciar cómo, tras besar pecaminosamente a Carmen, la colocaba en los brazos de su hermano.

—Vete de mi barco y vuelve a casa con mi esposa, yo aún tengo algo que hacer —ordenó Adrian a su hermano—. Y, Damian..., protégela a toda costa: es el mayor tesoro que he encontrado en este viaje.

—¡Adrian! —gritó Carmen, inquieta al ver que su esposo la alejaba de él, lo cual sólo podía significar que la situación era más peligrosa de lo que todos creían. Algo que confirmó cuando Adrian ordenó a Hunter y a Alí que se marcharan junto a su hermano—. ¡Adrian, no permitas que ninguno de esos hombres derrame tu sangre! —exclamó cuando vio que sus forcejeos contra las firmes manos que la llevaban eran inútiles.

—Lo sé, cariño: sólo tú tienes ese privilegio —respondió él burlonamente, despidiéndose con una sonrisa.

En cuanto Carmen se hubo alejado, la sarcástica sonrisa desapareció del rostro de Adrian, que pronto mostró ante todos su faceta feroz, la de un individuo tan temido como esa leyenda que fue una vez su hermano. Esperando al enemigo, tendió un arma a Miguel, que se apresuró a prepararse para el abordaje de esos canallas.

—¿Se puede saber quiénes son esos tipos? —preguntó éste con asombro al observar a unos fieros guerreros ataviados con llamativos turbantes que asaltaban la cubierta reclamando la cabeza de Adrian.

—Son unos sujetos a los que no les caigo muy bien.

—¿Y aquellos otros? —preguntó nuevamente Miguel, viendo irrumpir desde el otro barco a unos infames piratas que, por unos instantes, le resultaron familiares.

—Otros a los que tampoco les caigo bien.

—¿Me puedes decir a quién demonios le caes bien?

—A mi querido cuñado, por supuesto —declaró un sonriente Adrian, obteniendo algún que otro gruñido del irascible español, que juntó su espalda con la de él para presentar batalla.

—¡Quiero que me lleves inmediatamente a donde están mi marido y mi hermano! —exigió Carmen por décima vez a ese insufrible Dragón que se alejaba cada vez más del barco de Adrian mientras éste era asaltado por los piratas.

—No —fue la respuesta de ese desquiciante hombre una vez más, sin darle ninguna explicación.

—Mujer, ¿no renegabas de ese marido hace tan sólo unos minutos? ¿Qué te lleva a reclamarlo ahora con tanta insistencia? —intervino despreocupadamente Bennet, un elegante individuo de rubios cabellos y profundos ojos marrones que acompañaba al infame pirata.

—Serás libre en cuanto te dejemos en tu hogar. Y no debes preocuparte por tu hermano: será una pieza fácil de recuperar de las garras de esos piratas —apuntó el otro compañero del Dragón, William, un aguerrido hombre de negros cabellos e intensos ojos azules.

—¿Y Adrian? —increpó Carmen, decidida a no rendirse hasta que todos sus seres queridos estuvieran sanos y salvos.

—Ésa es otra cuestión —dijo Damian, haciendo que todos los que conocían las aventuras de su desvergonzado hermano suspiraran.

—¡Quiero que me devuelvas a mi marido y lo quiero ahora! ¿Por qué lo has

abandonado entre esos piratas? ¡Es tu hermano! ¿No te importa lo que pueda ocurrirle?

—Sí, me importa. Pero si nos estamos alejando de ellos es porque mi hermano me lo ha ordenado, señalándome cuál era su prioridad en esa batalla. Si tú no hubieras estado allí, sin ninguna duda nada me habría separado de su lado. Pero como Adrian sabía que hay una posibilidad de perder, ha preferido mantenerte a salvo arriesgando su propio pellejo. Espero que valores el sacrificio que ha hecho por ti.

—¡Quiero que vuelvas ahora mismo a ese barco y que ayudes a Adrian y a Miguel!

—Demasiado tarde, mujer —replicó Damian, oyendo los entusiasmados gritos de los asaltantes que anunciaban su victoria.

Por si fuera poco, los despreciables piratas se hicieron con la carga de su barco. Y, aunque dejaron en pie el galeón español, no tuvieron piedad con el navío inglés, que hundieron impunemente con sus cañones.

—Recordadme que no le vuelva a prestar uno de mis barcos a mi hermano —gruñó Damian dirigiéndose a sus cuñados, contemplando de lejos el final de su nave.

—¿Es que lo único que te importa es ese mísero barco? —se quejó Carmen ofendida.

—Créeme, mujer: mi hermano es muy capaz de salir indemne de cualquier aprieto en el que se meta, por más grave que éste parezca. Para mi desgracia, estoy más que acostumbrado a este tipo de acciones por su parte.

—¡Debes hacer algo! —pidió ella desesperada—. ¡Seguramente en estos instantes su cuello esté amenazado por la espada de alguno de esos piratas!

—No te preocupes todavía: el cuello de Adrian vale demasiado como para que esos indeseables no quieran sacar provecho. Lo más probable es que lo subasten al mejor postor.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que eso es lo que ocurrirá? —preguntó Carmen, molesta con la arrogancia del Dragón.

—Porque es lo que yo habría hecho hace tiempo con Adrian si no fuera mi hermano.

—¡Los estamos perdiendo! —señaló ella alterada, viendo con qué celeridad se alejaban las naves de ellos.

—Repito: no te preocupes. Por el rumbo que toman estoy convencido de que se dirigen a isla Tortuga. Tardarán dos meses en llegar, pero nosotros los seguiremos de cerca esperando nuestra oportunidad. Esa isla es un refugio para todos los piratas que se hayan hecho un nombre en alta mar, un lugar peligroso para los curiosos que se acerquen a sus costas sin la debida consigna para obtener el paso.

—Entonces tal vez deberíamos alcanzarlos antes de que lleguen a esa isla en la que nos será imposible adentrarnos —sugirió Carmen, preocupada ante la pasividad de ese sujeto.

—¿Quién te ha dicho que no podremos entrar en ella? ¿Es que acaso no recuerdas cuál es mi apodo? El Dragón entrará en isla Tortuga con toda su tripulación, y lo hará por la puerta grande.

—Más vale que estés en lo cierto con tus conjeturas, o te juro por Dios que, si a Adrian o a mi hermano les pasa algo, no dejaré de perseguir tu pellejo. Y créeme cuando te digo que sé cómo desollar a un hombre —dijo ella mientras agitaba su látigo para dejar bien patente su amenaza antes de alejarse a encerrar sus frustraciones en el camarote que le habían cedido en ese barco.

—Tenía que elegir a una mujer tan irracional como él... —declaró Damian mientras se masajeaba las sienes con frustración.

—¿Acaso creías que tu hermano se enamoraría de una insulsa damisela? Por lo que veo, ha seguido tus pasos al escoger una compañera con la que nunca se aburrirá —señaló William, recordándole el genio de su esposa.

—Yo solamente quiero decirte una cosa ante tus quejas sobre la temperamental pareja que Adrian ha elegido: ¿no nos contaste en una ocasión que le aconsejaste que buscara una mujer que pudiera guiarlo por el buen camino, aunque fuera a base de latigazos? Pues, amigo mío, te ha obedecido al

pie de la letra —opinó burlescamente Bennet, señalando el peligroso látigo con el que Carmen lo había amenazado.

—Adrian, ¿qué voy a hacer contigo? —suspiró Damian frustrado, pensando que su esposa nunca le acarrearía tantos problemas como esa mujer haría con su hermano.

Capítulo 14

—¿Se puede saber por qué os habéis apropiado del estudio de mi hermano? ¿No se supone que unas damas decentes como vosotras no deberían mezclarse con este ambiente depravado, y aún menos en compañía de vuestros retoños? —se quejó Clive en el despacho de su hermano Bennet, localizado en el corazón de una de las más escandalosas casas de juego de Londres, Los Siete Pecados.

—A ti lo que realmente te molesta es que nuestra presencia haya puesto fin a tu pillaje sobre la bodega de mi marido, Clive, pero no te preocupes: ya estamos dando buena cuenta de sus licores nosotras mismas —contestó pícaramente Nicole, mostrando entre sus manos una botella medio vacía de un fuerte y caro whisky escocés con el que sus hermanas y ella se habían deleitado.

—¡Trae acá! —gritó Clive indignado, arrebatándole la botella a su cuñada—. ¡Y pensar que creí que cuidar de vosotras sería una tarea fácil! —señaló justo antes de dar un trago al fuerte licor, comprendiendo al fin la maliciosa sonrisa con la que lo habían despedido esos tres personajes antes de partir en pos de la aventura—. ¿Me podéis explicar por qué no os encontráis cada una en vuestro respectivo hogar cuidando de vuestros hijos?

—Mi suegro venía de visita y ya no tengo más insultos que enseñarle a mi hija para que se los soltara a su abuelo, así que decidí venir aquí hasta que desista de su empeño en vigilarme —declaró Jacqueline, una aguerrida pelirroja que no se llevaba demasiado bien con su estricta familia política.

—Pues en mi caso, ahora que mi esposo no está para ahuyentar a todas las

cotillas de Londres que han decidido agobiarme con sus visitas a la hora del té, decidí encargarme yo misma de espantarlas limpiando y afilando la cimitarra de Damian en su presencia. Después de ser reprendida por Alfred «a causa de mi poca delicadeza», como ese estirado sirviente dice, he decidido esconderme en un lugar más cómodo adonde no lleguen esas impertinentes y poco deseables visitas —dijo Alexandra, sin dejar de vigilar a sus revoltosos mellizos, que, con dos años, ya eran unos auténticos diablillos.

—Yo simplemente me aburro sin Bennet a mi lado. Hasta que recordé que tengo una maravillosa casa de juego para mí sola —apuntó la pícara de Nicole mientras jugaba con su hijo de seis meses, Luck, sobre la suave alfombra del estudio de su marido, un pecaminoso Diablo al que había conquistado a través de un atrevido juego en el que, indudablemente, había hecho trampas.

—Estábamos repasando las cartas que nos ha enviado Adrian y hemos deducido, por la última de ellas..., ¡que al fin se ha enamorado! —declaró Alexandra, emocionada y feliz de que su revoltoso cuñado hubiera encontrado el amor.

—¿El casquivano de Adrian, enamorado? —inquirió Clive incrédulo, riéndose de los amorosos delirios de esas damas, que siempre intentaban emparejar a todo aquel que disfrutara de su soltería.

—En su carta nos ha contado que ha encontrado a una ardiente española en la que no puede dejar de pensar —señaló Jacqueline, decidida a cortar de inmediato las burlas de ese individuo.

—Sí, y en la anterior fue una francesa, o una portuguesa..., ¿o era una italiana? Creedme cuando os digo que ese hombre es como yo: nunca sentará la cabeza con una sola mujer si puede seguir repartiendo sus encantos entre varias.

—¿Eso que oigo es una invitación a que hagamos una apuesta, querido cuñado? —intervino pendencieramente Nicole, sacando a la jugadora que llevaba dentro.

—¿En qué tipo de apuestas estás pensando? —replicó él, siempre

dispuesto a entrar en el juego.

—Mis hermanas y yo creemos que, cuando Adrian regrese a Londres, lo hará con una mujer que lleve su apellido.

—Sin duda estáis locas: ¡el libertino de Adrian Conrad cayendo bajo el yugo del matrimonio! ¡Ja, ja, ja...! Ésa es una apuesta que perderás, cuñada. Tal vez te sirva de lección para que no juegues más. Por lo menos, hasta que mi hermano vuelva a casa —se jactó Clive, decidido a aceptar ese reto y a aprovecharse lo máximo posible de las extensas bodegas de su hermano—. Si yo gano, tendrás que darme acceso a los mejores licores de Bennet.

—De acuerdo. Pero si ganamos nosotras, tú tendrás que aceptar acudir a todos los bailes que organice mi hermana Alexandra, por más aburridos que éstos te parezcan.

—Preferiría que una manada de perros rabiosos me arrancara la piel a tiras antes que acudir a uno de esos tediosos eventos plagados de sosas mujeres y de hombres inútiles que no hacen más que pavonearse de sus riquezas, acontecimientos en los que un hombre tan peligroso como yo no encaja, algo que parece que todavía no habéis aprendido... Pero no tiene importancia: sé que ganaré, por lo que, encantado, acepto este trato —declaró felizmente Clive, tendiéndole la mano a Nicole para sellar la apuesta con su ladina cuñada.

—Creo que has olvidado una cosa muy importante al aceptar mi trato —apuntó Nicole, estrechando firmemente su mano.

—¿Ah, sí? Y ¿cuál es? —preguntó él despreocupadamente.

—Que, tanto a tu hermano como a mí, la suerte siempre nos sonrío —zanjó ella, con tanta seguridad que Clive temió por primera vez la posibilidad de perder, por más segura que pudiera llegar a parecerle antes la victoria.

Después de dos meses de viaje, a lo largo de los cuales estuvieron a punto

de alcanzar a su presa en varias ocasiones, el navío que transportaba a Adrian, tal y como había predicho Damian, hizo su entrada en isla Tortuga. Y el Dragón no dudó en seguirlo.

Adentrarse en isla Tortuga fue fácil para unos hombres que ya se habían aventurado en sus puertos en más de una ocasión. Por más honrado que alguno de ellos pudiera llegar a parecer, todos y cada uno de esos antiguos lobos de mar guardaban un despiadado pirata en su interior que pugnaba por asomar nuevamente la cabeza.

Rodearon con precaución la isla, que, a causa de la apariencia de tortuga que poseía, había sido nombrada en consecuencia, y cuando llegaron a puerto ni siquiera se inmutaron al percatarse de que los cañones situados en la parte más alta de la fortaleza que rodeaba el lugar apuntaban hacia ellos.

—¡Habla o muere! —gritaron desde sus puestos los piratas, exigiendo la consigna que permitiría reconocer si entre esos marineros había uno de ellos o si, por el contrario, en ese barco viajaban los típicos aventureros de pocas luces que se acercaban a esa costa en busca de sus cabezas.

—«Contamos con el día que vivimos y nunca con el que habremos de vivir» —recitó Damian con un potente grito, haciendo que los cañones dejaran de apuntarlos.

—¡El Dragón de nuevo por estas tierras! ¿A qué se debe tu repentina vuelta al mar? —exclamó con asombro un conocido pirata genovés de mediana edad apodado *Martely*, que en ocasiones trabajaba a las órdenes de la Corona española, mientras les daba la bienvenida.

—Se han atrevido a robarme algo que me pertenece y vengo a recuperarlo —contestó el pendenciero Dragón desde su barco.

—Ya sabes que lo que arrebatamos a otros en el mar no tiene dueño alguno, así que aquí no podrás exigir nada. Solamente pujar por ello, como los demás...

—He venido preparado —anunció Damian, mostrando su bolsa repleta de dinero.

—¡Así me gusta, amigo mío, que nos hagas un poco más ricos a los que vivimos en este pobre lugar! Ya sabes que, una vez salgas de nuestros dominios, eres libre de tomar represalias ante el incauto que te ha robado sin conocerte demasiado bien. Yo, por mi parte, miraré hacia otro lado cuando tu barco arrase el suyo, pero espero que mientras permanezcas entre nosotros recuerdes las reglas y las respetes —advirtió Martely con una engañosa sonrisa.

—No te preocupes: recuerdo muy bien las reglas de isla Tortuga y cada una de las consecuencias de no cumplirlas —señaló Damian sin dejar de observar unas cuantas cabezas clavadas en sendas picas que adornaban las torres de esa inexpugnable fortaleza, procedentes de algunos incautos que no recordaron a tiempo las leyes del lugar.

—¡Muy bien, amigo mío! ¡Entonces baja a tierra! Os mostraré, a ti y a tus hombres, todo lo que ha cambiado en este lugar mientras tú no estabas aquí —propuso alegremente Martely—. A propósito, ¿dónde estabas? Pensaba que te habías retirado de este mundo después de convertirte en un respetable corsario de la Corona inglesa.

—Sabes tan bien como yo, Martely, que ese título tan sólo nos otorga impunidad, en ningún momento nos hace más honrados. En cuanto a qué pasó con mi vida... es algo demasiado aburrido como para molestarte con mi relato. Mejor cuéntame tú todo lo que ha cambiado en Tortuga mientras esperamos a que se celebre la subasta.

—No te preocupes por eso: será esta noche. De modo que tenemos todo el tiempo del mundo para ponernos al día. ¡Reúne a tus hombres y vayamos a divertirnos! —manifestó el otro jovialmente, logrando con ello que muchos de los individuos que se hallaban en cubierta se prepararan para desembarcar.

—¡Esperadme! —gritó un joven y zarrapastroso grumete que portaba un pequeño mono en su hombro, sorprendiendo a todos mientras salía precipitadamente del camarote del capitán.

Tras su súbita aparición, el joven se colocó una vez más su ladeada gorra

sobre la cabeza mientras intentaba ocultar su rostro a todos sin desprenderse en ningún momento del látigo que llevaba enrollado en una mano.

—Dragón, te recuerdo que no se admite la presencia de mujeres en esta isla, a no ser que sean esclavas —reprendió Martely.

—Ése solamente es un niño que todavía no ha aprendido cuál es su lugar —gruñó Damian en dirección a su nuevo marino mientras lo amonestaba con su feroz mirada.

—Si tú lo dices, no tengo más remedio que creerte... —repuso burlonamente Martely mientras recorría al pequeño pillastre con una apreciativa mirada.

—No te preocupes, Damian: nosotros cuidaremos de Carl —anunció Hunter en ese instante mientras se posicionaba protectoramente a la derecha del joven, a la vez que Alí hacía lo propio a su izquierda.

—Veo que las cosas también han cambiado para ti... —presionó Martely mientras levantaba inquisitivamente una ceja intentando obtener un poco de información.

—Sí que han cambiado... Esto me ocurre por prestarle uno de mis barcos a un despreciable aventurero. La lealtad de mis hombres fluctúa ahora entre ese libertino y yo, pero no dudes de que ellos siempre protegerán mi espalda —declaró Damian.

Y, mientras acompañaba a Martely en su camino, confirmó la veracidad de sus palabras cuando, al volver la mirada, vio que sus hombres se hallaban detrás de él.

—¿Por qué demonios me han amarrado con tanta saña después de traernos a esta inmundia prisión y a ti solamente te han colocado unos simples grilletes? —rugió Miguel dentro de la oscura y mugrienta habitación en la que compartía cautiverio con su nuevo cuñado.

—Porque indudablemente yo soy mucho más peligroso que tú.

—Bromeas, ¿verdad? Si ni siquiera eres ese temido pirata que tanto te vanagloriabas de ser.

—Yo nunca dije que fuera el Dragón.

—Entonces ¿por qué alababan todos su nombre en cuanto tú pasabas por sus puertos?

—Pues porque él era quien pagaba...

—Y ¿por qué cometería un hombre así tal estupidez, y más aún siendo un pirata?

—¿Es que acaso no has prestado atención a las múltiples ocasiones en las que lo he llamado hermano?

—Creí que sólo era una forma de hablar. Nunca llegué a pensar que realmente fueras el hermano de ese hombre. Aunque la verdad es que os parecéis demasiado como para ignorarlo.

—Sí... Tanto como para que nos confundan en muchas ocasiones —declaró burlonamente Adrian con una pícaro sonrisa.

—Si yo tuviera un hermano tan alocado como tú, sin duda lo dejaría a merced de esos piratas.

—Pero, gracias a Dios, tú no tienes un hermano, sino una hermosa hermana que ahora es mi esposa.

—Sí, la última locura a la que la han llevado sus aventuras... Te juro que, en cuanto lleguemos a casa, la encerraré en un convento y...

—Siento recordártelo, cuñado, pero la tarea de tratar con sus locuras es cosa mía ahora.

—Te compadezco si alguna vez intentas dominar su carácter: te hará sangrar lo tuyo.

—Ésa es una advertencia que me llega demasiado tarde —apuntó Adrian, recordando cada uno de sus encuentros con esa salvaje mujer—. De momento estoy muy ocupado intentando deshacerme de estos grilletes y pensando cómo

voy a castigarla en cuanto la encuentre en este lugar lleno de piratas que nunca debería pisar.

—¿De verdad crees que Carmen llegará hasta aquí?

—Lo hará, porque mi necio hermano vendrá a salvar mi pellejo pese a mis advertencias. Y ella, indudablemente, no permitirá que nadie la deje de lado. No tengo ninguna duda de que vendrá disfrazada como un joven grumete con ese látigo que siempre lleva consigo y, aunque intentará no llamar la atención, para su desgracia, sus hermosos y vivaces ojos castaños llenos de fuego constituyen siempre una tentación para todo aquel que se cruza en su camino. Solamente espero que mis hombres la protejan con su vida como hicieron conmigo en más de una de mis irresponsables aventuras.

—¿En serio crees conocerla tan bien? —preguntó Miguel, cuestionándose si, después de todo, no sería ese hombre la mejor pareja posible para su irresponsable hermana.

—Pues sí, querido cuñado, estoy convencido de ello porque eso es lo que yo haría si fuese al revés.

No. Decididamente ese hombre nunca sería un buen ejemplo para su hermana, y menos aún un posible marido, pensó Miguel mientras lo fulminaba con una de sus miradas.

—No creo que seas un buen esposo para Carmen. Ni siquiera un ejemplo a seguir para una mujer tan inquieta como ella. ¿Qué harías si volviera a escaparse para vivir una de sus alocadas aventuras?

—¿No es obvio? Me daría prisa en alcanzarla para vivirla junto a ella.

—¡Sois...! ¡Sois...!

—Tal para cual —completó Adrian—, por eso su fuego nunca me quema y siempre querré más. No deseo enjaular a Carmen en un aburrido matrimonio, tan sólo quiero tener la garantía de que, si se aleja de mí en busca de una nueva aventura, me permita tener siempre un lugar a su lado. Por eso te pido que me dejes ser su marido y no me pongas más trabas de las que ya tendré con ella y su temperamento —manifestó Adrian, pidiendo permiso a Miguel

para apartar de su lado a la hermana a la que tanto había protegido hasta entonces.

—Estás muy seguro de salir vivo de esta situación, y eso es algo que empiezo a sospechar que no sucederá —declaró Miguel, forcejeando una vez más con las apretadas cuerdas de sus muñecas.

—No te preocupes: no tardaremos en salir de ésta. Tú seguramente lo harás dentro de unas horas y de una sola pieza. Yo, por mi parte, tal vez tarde un poco más en hallar la libertad.

—¿Y eso por qué?

—Todo dependerá del estado de ánimo en el que se encuentre mi hermano. Y en este viaje no he hecho demasiado por calmar su genio, la verdad —dijo despreocupadamente Adrian, dejándose caer contra los barrotes que tenía a su espalda.

—Definitivamente, eres la peor elección que podría haber hecho mi hermana.

—Tal vez, pero te apuesto algo a que conmigo nunca se aburrirá.

Después de recorrer los puestos del mercado de isla Tortuga observando las valiosas y exóticas mercancías que habían pertenecido al barco capitaneado por Adrian, vendidas al mejor postor sin que él pudiera hacer nada para reclamarlas como suyas, y haber tenido que comprar a la tripulación de Adrian y de ese español para que no se convirtieran en esclavos, su genio se había avivado hasta alcanzar cotas inimaginables que lo llevaron a plantearse los motivos por los que debía recuperar a ese ocioso hermano suyo, que tantos problemas le traía.

A lo largo de los años, Damian había pensado que alejar a Adrian de Londres para introducirlo en la dura responsabilidad de dirigir uno de sus barcos conseguiría hacer un mejor hombre de él. Pero parecía que se había

equivocado al constatar que el joven no dejaba de comportarse como el inconsciente y despreocupado de siempre, malgastando su fortuna en cada puerto al que arribaba y dejándole un impertinente mensaje en el que le agradecía burlescamente que fuese el proveedor de cada nueva bacanal a la que se permitía asistir.

Cuando lo alcanzó en alta mar estaba más que decidido a escarmentarlo haciéndolo pasear por la tabla, hasta que se encontró con que estaba siendo asediado por unos españoles que no respetaban las leyes.

Damian no tardó en suponer que seguramente todo se debía a un nuevo lío de faldas de su hermano, pero se quedó asombrado cuando Adrian le anunció que en esa ocasión se había apoderado de una mujer... ¡convirtiéndola en su esposa!

Habría dudado de semejante revelación de no ser por la presencia de la impertinente muchacha, que podía llegar a ser tan problemática como él, que en esos instantes le reclamaba impacientemente que salvara a su hermano y a su marido del problema en el que ellos solitos se habían metido.

—Te agradecería que dejaras de golpearme con el codo. Por más que insistas, las cosas no irán más rápidas en esta subasta. Yo ya sé lo que tengo que hacer para recuperar a mi hermano y al tuyo —dijo Damian después de recibir uno más de los molestos golpes de la dama.

El impertinente codo de Carmen cesó en su empeño de molestar al irascible Dragón cuando observó que hacían subir al improvisado estrado de la taberna en la que se hallaban a un hombre maniatado que se resistía a su destino.

—¡Y éste, sin duda, será un esclavo de primera! ¡Fuerte, vigoroso y joven! Aunque tal vez tengáis que cortarle la lengua, ya que maldice demasiado en español —dijo Martely, explicando con su último comentario por qué, además de llevarlo atado, a ese preso habían tenido que amordazarlo—. El precio fijado por nuestro proveedor son cinco mil libras. Algo caro, pero sin duda esta pieza lo merece.

—¡Mierda! —musitó Damian entre dientes, consciente de que no tendría

suficiente dinero para pagar por ese hombre y por su hermano si el sultán que había puesto precio a Adrian se hallaba en ese lugar. Algo muy probable.

—¿Esa suma es habitual? —quiso saber Carmen, preocupándose por el destino de Miguel.

—No, Kemal no quiere venderlo. Solamente burlarse de él y tener las manos libres a la hora de colgarlo de las murallas de esta isla, ya que todo esclavo que no es vendido es devuelto a su dueño y ejecutado si éste no lo quiere, para que la ubicación de este lugar no sea revelada jamás. Por lo visto, mi hermano no es el único que se ha hecho peligrosos enemigos en este viaje.

—¡Cinco mil quinientas! —gritó un pirata francés, que indudablemente sólo quería al español para torturarlo en venganza por las derrotas que había sufrido ante las costas españolas hacía algunos años.

—¡Seis mil! —anunció un despiadado turco, famoso por su pecaminoso burdel, en donde sus esclavos, tanto hombres como mujeres, deseaban la muerte tras pasar por sus manos.

—¡Haz algo! —increpó desesperadamente Carmen al hombre que lo observaba todo con extrema frialdad.

—Cuando termine esta puja tendrás que hacer una difícil elección que atañerá a tu destino. Es lo menos que me debes al hacerme elegir en estos momentos entre tu hermano o el mío.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, aterrada ante las palabras del Dragón.

Sin embargo, su pregunta fue ignorada por Damian, quien, a continuación, efectuó su puja.

—¡Ocho mil libras por el españolito! Lo hago sólo porque tengo una deuda pendiente con él por atacar uno de mis barcos... Y que conste que sé que me estáis estafando... —exclamó, mostrándose como un despreocupado pirata mientras hacía asomar a su cara una burlona sonrisa.

—¡De acuerdo! ¡Ocho mil a la una! ¡Ocho mil a las dos! ¡Ocho mil a las tres! ¡Vendido por ocho mil libras al Dragón! —sentenció Martely, muy

satisfecho con el jugoso porcentaje de comisión que se embolsaría tras la subasta.

Después de recoger su posesión, Damian arrojó violentamente a Miguel en dirección a sus hombres, aparentando ser el infame pirata que todos creían, cuando en realidad se estaba asegurando de que éstos protegerían el pellejo de ese pendenciero español que tantos problemas le había acarreado.

Luego se deslizó junto a Carmen, esperando con impaciencia el próximo objeto de esa subasta, y susurró a su oído una última advertencia antes de proseguir con su peligrosa aventura:

—A partir de ahora tú eliges, mujer: o te marchas con tu hermano en uno de los barcos que puedo proporcionarte, o te quedas conmigo para salvar el pellejo de tu marido, porque después de comprar a tu hermano carezco del suficiente efectivo como para hacerme con Adrian.

—¡Estoy harta de que me llames «mujer» con ese tono de superioridad, inglesito! ¡Me llamo Carmen, y nadie que no sea yo puede reclamar a ese hombre! —declaró ávidamente la muchacha, demostrando que no era tan indiferente con respecto de su marido como pretendía fingir.

—Entonces ¿te quedarás con él? —preguntó Damian mientras a su rostro acudía una satisfecha sonrisa al ver que su libertino hermano al fin había hallado a la mujer que necesitaba para calmar su inquietud.

—Todo dependerá de cómo de alta sea tu puja por mi esposo y de que consigas o no recuperarlo.

—No te preocupes: lo tengo todo planeado —repuso el Dragón.

Y, tras recibir una pequeña llave del peludo animal que solía acompañar a Alí, comenzó la puja más esperada de la noche.

Cuando Adrian fue empujado al estrado por sus captores no mostró el miedo que se suponía que debería tener ante esos infames piratas. Algo que,

sin duda, los molestó. Y más aún cuando lo vieron caminar despreocupadamente por el entarimado, pavoneándose, como si él no fuera un esclavo más de los que iban a venderse esa noche.

—Y, para acabar, la subasta llega a su final con este último artículo: un joven esclavo inglés que se ha hecho pasar por uno de los nuestros. ¡Incluso ha tenido la desfachatez de insinuar que era el hermano de tan temido personaje, amigo nuestro! —declaró Martely, arrancando la camisa que llevaba Adrian y girándolo para que el público viera el lamentable tatuaje de su espalda que apenas se parecía a un dragón, acompañado por varias cicatrices de latigazos.

—¡No reveles mis encantos ante el público! En tal caso, ¿qué sorpresas vas a dejar para después? —bromeó Adrian, recibiendo un fuerte puñetazo del pirata, que carecía de sentido del humor.

—Veo que ya te han disciplinado en alguna ocasión anterior —señaló Martely refiriéndose a los latigazos de su espalda—, aunque, al parecer, aún no has aprendido la lección.

—Es que la revancha fue sublime e imposible de olvidar —apostilló Adrian, dirigiendo sus ávidos ojos hacia Carmen, a la que halló sin ningún problema pese a la absorbente multitud que los rodeaba.

—Por lo visto, no aprendes... —lo interrumpió Martely, acallando a la rebelde mercancía con un nuevo golpe que lo dejó sin aliento—. Como has ofendido a uno de los nuestros, que casualmente se encuentra hoy entre nosotros, le daremos la oportunidad de hacer la primera puja por ti y quedarse con tu pellejo.

Tras oír las palabras del astuto pirata, Adrian no tuvo dudas de que se trataba de una trampa. Por eso no se extrañó en absoluto al oír la contestación que daba su hermano, aunque su tenaz mujercita sí lo hizo, y no tardó nada en asesinar con la mirada al temido Dragón que se hallaba a su lado.

—¿Y bien, Dragón? ¿Cuál es tu puja por tu... hermano?

—Si tuviera un hermano así, sin duda ya haría mucho tiempo que lo habría hecho caminar por la tabla... Doy un penique por ese impresentable. Y que

conste que estoy tirando mi dinero —declaró Damian, provocando que todos los presentes se rieran ante su insulto.

—¡Vamos, hombre! ¿No ves que soy fuerte y joven? ¡Y qué decir de lo apuesto y viril que soy! Creo que de esto último puede dar testimonio el sultán que tenemos entre nosotros, ya que seduje a todas sus esposas en una sola noche... y os puedo asegurar que eran muchas —dijo burlonamente Adrian, haciendo que el sujeto que reclamaba su cabeza se alterara sobremanera e intentara subir al entarimado para hacerse con ella antes de pagar precio alguno.

Los piratas tuvieron que recordarle las reglas a su invitado, apuntando al sultán y a sus hombres con los cañones de sus armas y sus afiladas espadas.

—Le recuerdo, mi estimado sultán, que aquí sólo es un invitado y únicamente podrá hacer lo que quiera con los objetos de esta subasta cuando sean de su propiedad y se encuentren lejos de este lugar. Mientras tanto, la mercancía no se toca, por más irrespetuosa que ésta pueda llegar a ser —advirtió gravemente Martely, ordenando a sus hombres que se alejaran solamente cuando el sultán mostró ante todos que había calmado sus ánimos—. Aunque tal vez podamos hacer más ligera esta subasta si le cortamos la lengua... —propuso a continuación, tras lo que sus hombres llevaron ante él un afilado cuchillo.

—¡Pues vaya desperdicio! ¡Con ella he dejado satisfecha a más de una mujer y...!

—¡Martely, por Dios, ¿es que ni con un cuchillo eres capaz de acallar los parloteos de ese idiota?! —exclamó agriamente el Dragón.

Y, abriéndose paso entre los canallas que se interponían en su camino, subió despreocupadamente al estrado. Luego, tras tapar violentamente con una mano la boca de su hermano hasta dejarlo sin respiración, ordenó:

—¡Cállate! —para, acto seguido, susurrar al oído del casi inconsciente Adrian una sola palabra—: Harén...

Cuando Adrian despertó de su inconsciencia, la puja había terminado y se encontró siendo arrastrado por dos grandes hombres junto al sultán, que no desperdició la oportunidad de insultarlo y describirle las mil y una torturas que había preparado para vengarse de él.

En esta ocasión, Adrian no contestó, y todos los presentes se rieron pensando que al fin ese insensato joven se había percatado de la suerte que correría a partir de entonces en las manos de ese vengativo sujeto.

«Pero todos se equivocan», pensó él mientras se resistía a realizar una más de sus jocosas bromas cuando el sultán describió con todo lujo de detalles cómo clavaría su gran alfanje en su cuerpo una y otra vez, cosa que, sin duda, era lo único grande en su persona, ya que sus mujeres estaban muy necesitadas. Seguramente porque el tipo se interesaba más en perforar a sus enemigos que a ellas.

«Pobrecitas», se compadeció Adrian, obligándose a callar, ya que, si abría la boca, la pequeña llave que su hermano había introducido en ella podría perderse, negándole así la libertad.

Capítulo 15

En cuanto Damian dejó inconsciente a su hermano, acallando así su ligera lengua, Hunter y Alí tuvieron que sujetar a una furiosa mujer para que su tapadera no saltara por los aires. Carmen no dejaba de apuñalar con la mirada al infame que había abandonado a su hermano en las garras de los sujetos que reclamaban su cabeza, y siguió airadamente los pasos de ese maldito Dragón en busca de una respuesta a sus actos, cuando minutos antes le había asegurado querer salvarlo.

Damian no esperó a que la impaciente mujer le dedicase ni una sola palabra, sino que se limitó a entregarle un escueto traje de odalisca para después declarar ante todos sus aliados:

—La vida de mi hermano ahora depende de ti. Espero no haberme equivocado al haberla depositado en tus manos.

—Y ¿qué se supone que debo hacer con esto? —interrogó Carmen, cada vez más enfadada, mientras observaba las escasas armas con las que debía salvar a su marido.

—Bailar para entretener y seducir a ese sultán hasta que ordene a sus hombres que te lleven a su harén y puedas encontrarte allí con Adrian. Luego, simplemente déjalo todo en sus manos: mi hermano es experto en salir airoso de este tipo de aprietos. Después podréis escapar mientras yo intervengo para distraer la atención de ese sujeto.

—Y ¿por qué demonios piensas que hallaré a Adrian en ese lugar en concreto y no tendré que buscar por medio barco hasta llegar a donde lo mantienen prisionero?

—Muy fácil: porque yo le he proporcionado a Adrian la llave de sus grilletes y, conociéndolo como lo conozco, el primer lugar al que se dirigirá, y donde siempre se hallará a salvo, será allí donde haya mujeres que se dejen seducir por sus encantos.

—Saldré de inmediato en su busca para arrastrarlo hasta tu barco..., ¡aunque aún no he decidido si quiero que vuelva de una sola pieza! —replicó Carmen muy enfadada mientras se adentraba en el camarote del capitán para cambiar su imagen de sucio grumete por el de una tentadora odalisca.

—Creo que a partir de ahora Adrian no estará a salvo nunca más cuando intente refugiarse entre esas preciosas mujeres que tanto lo persiguen... —opinó Bennet, observando a la temperamental mujer que se había agenciado finalmente ese libertino.

—Bueno, ya era hora de que le tocara a él sufrir el encanto del matrimonio —apuntó William con satisfacción, recordando cómo Adrian había ayudado a su esposa a amenazar a las mujeres de todos los burdeles de Londres por si a él se le ocurría jugar en alguna ocasión entre las faldas de otra.

—Definitivamente, me voy a divertir de lo lindo de ahora en adelante en cuanto mi hermano regrese a casa, ya que estará demasiado ocupado con su esposa como para meterse en más líos que reclamen su cabeza —dijo Damian.

—No sé yo qué decirte, querido amigo: después de todo, esperaste acabar con ese pequeño problema cuando lo enviaste con tus hombres a alta mar, y pienso que lo único que has conseguido es agravarlo al permitir que unos cuantos tipos más pongan precio a su cabeza —indicó William, consciente de lo peligroso que podía ser el disoluto comportamiento habitual de Adrian.

—Pero, amigo mío, eso le ocurre a Adrian por saltar de cama en cama. Ahora, con la presencia de su esposa, estoy convencido de que no incurrirá más en esas aventuras. Y, si lo hace, ya no será problema mío, puesto que esa chiquilla se encargará de darle su debido escarmiento.

—No pretendo interferir en vuestro buen humor, pero ¿podríais desatarme? —intervino Miguel, recordando su presencia.

—¿Para que nos fastidies los planes de esta noche llevándote a tu hermana a pesar de que ella ha decidido ayudarnos? No cuentes con ello —sentenció Damian, ignorando las protestas de su última adquisición.

—Entonces ¿qué piensas hacer conmigo para que no arrase tu barco y aleje a mi hermana de este loco plan que estás maquinando?

—Sencillo: te confinaremos a un sitio adecuado donde tus protestas no molesten a mis hombres —respondió Damian, abandonando el insólito lugar en donde descansaría ese español bajo los cuidados de su tripulación.

¡Esos indeseables lo habían atado a la cofa, el puesto del vigía! Por suerte para Miguel, las cuerdas estaban lo suficientemente flojas como para poder deshacerse de ellas. Pero, para su desgracia, lo aterraban las alturas, por lo que pasar por el estrecho tablón de madera situado sobre los palos mayores de esa embarcación representaba todo un reto para él, así como descender por los obenques. En esos instantes no sabía si lo más acertado era desatarse del palo o atarse más a él para no caer al vacío. Y más aún cuando su única vía de escape era bajar por la precaria escala de cuerda en la que no había mostrado demasiada habilidad cuando lo obligaron a trepar por ella un par de esos rufianes, amenazándolo con sus espadas mientras se jactaban agarrándose con una sola mano y se reían de él y de su temor a las alturas.

Al fin, decidido a enfrentarse a uno de sus mayores miedos por el bien de su hermana, Miguel terminó de deshacerse de las sogas que lo apresaban y, cogiendo el látigo que sus captores habían dejado muy amablemente junto a él, se dispuso a bajar a cubierta. En ese momento, sus ojos avistaron a un conocido enemigo que siempre había reclamado su sangre, intentando hacerse con la de su hermana, ya de paso.

Kemal, silencioso como una pantera, pasó junto a los borrachos y adormecidos hombres del Dragón, ocultándose entre las sombras de aquellos

que todavía seguían despiertos pero que no tardarían en caer rendidos bajo el influjo de la bebida.

Tras echar un simple vistazo hacia el vigía, que no alertaba a sus incautos compañeros, Kemal se dio cuenta de que éste no era otro más que Miguel, quien no quiso ocultarse de su enemigo. Kemal decidió que ya era hora de enfrentarse a él, así que se puso entre los dientes el cuchillo que llevaba y comenzó a trepar por las cuerdas con una habilidad de la que el español carecía.

—En este lugar no hay suficiente espacio para los dos, así que será mejor que desistas de subir si no quieres que acabe con tu vida —amenazó Miguel.

—El insensato que se hizo pasar por un pirata me robó a tu hermana; el sultán, con su dinero, me ha arrebatado la oportunidad de cortarle el cuello a ese hombre y, por último, el Dragón impidió la venganza que tenía planeada para ti. A pesar de ser un hombre inmensamente rico, no estoy contento. Por eso he venido, para llevar a cabo la venganza que debería haber puesto en práctica en su día, cuando dañaste mi ojo con la punta de tu látigo.

—No olvides, amigo mío, que yo siempre voy armado —anunció Miguel con ironía, chasqueando su látigo como advertencia.

—Tú me has hecho imposible olvidarlo —replicó el pirata con rabia, acariciando la cicatriz que cruzaba su ojo.

Con hábiles movimientos, no tardó en acercarse a él en el estrecho tablón de la cofa. Y, abalanzándose, evitó la descarga de su látigo al acorralarlo en una precaria posición en la que, si retrocedía un poco más, sus pasos lo precipitarían al vacío.

Miguel no soltó su látigo a la espera de una oportunidad para usarlo contra su enemigo, algo difícil, ya que éste era inútil en un espacio tan reducido. Kemal intentó hundir su cuchillo una y otra vez en la piel del escurridizo español, quien, aunque temía las alturas, no permitió que el miedo lo paralizase ante el hombre que tanto daño le había hecho a su hermana.

Miguel esquivó y se zafó de sus arremetidas, consiguiendo que Kemal se

riera de él mientras jugaba con su cuchillo, haciéndolo sangrar en más de una ocasión. El español esperó con paciencia su momento hasta que pudo enrollar su látigo al cuello de su enemigo, intentando ahogarlo para poner fin a su lucha lo más rápido posible.

La proximidad de los contendientes permitió a Kemal propinarle una puñalada en el costado, pero mientras su arma quedaba abandonada, hundida en el cuerpo de su enemigo, sus pasos se volvieron inestables debido a la falta de aire, y finalmente resbaló de la pequeña tabla. Sus reflejos lo llevaron a intentar agarrarse a las cuerdas, pero no logró alcanzarlas y, en su lugar, el látigo de Miguel, tras escapar de las manos de su dueño, se introdujo en una ranura de la cofa, quedando atascado y llevando a Kemal hacia una rápida muerte por ahorcamiento.

El español pensó en gritar para pedir ayuda antes de quedar inconsciente en ese inestable lugar mientras veía balancearse el cadáver de Kemal en el extremo de su látigo, pero pronto renunció pensando que debía guardar todas las fuerzas que pudiera y que, de todos modos, el macabro adorno que pendía del palo mayor del barco suponía una manera inmejorable de llamar la atención de los hombres del Dragón para que supieran que necesitaba su ayuda, y para advertirles que ni él ni su arma eran tan inofensivos como todos pensaban.

Ataviada con una escasa vestimenta compuesta por unos pantalones transparentes y una vaporosa y liviana blusa, y adornada con velos que tapaban su rostro junto con parte de sus cabellos pero dejaban a la vista casi todo lo demás, Carmen subió a bordo del barco del sultán como un preciado regalo. Ésa fue, sin duda, la clave para que aquellos que la ofrecían de esa guisa pudieran adentrarse en ese vigilado lugar.

—¡Amigos míos! ¿Qué os trae a mi humilde navío? —preguntó el

rechoncho individuo que reposaba despreocupadamente en medio de decenas de acolchados cojines que descansaban sobre una cómoda alfombra, mientras tomaba una bocanada de su *hookah* y dejaba salir el humo relajadamente de su boca, al tiempo que ofrecía asiento a sus invitados.

—Como sabrás, estimado sultán —empezó a decir el Dragón—, yo también deseo ver cómo cae la cabeza de ese hombre que ha intentado suplantarme, pero como no tenía suficiente dinero para igualar las apuestas de mis adversarios en esa puja, simplemente decidí echarme a un lado. Ahora vengo a este barco y ante ti con la esperanza de que me permitas presenciar parte de su muerte o de su tortura. Y, como sé que las riquezas de mi barco nada pueden hacer para impresionar a un hombre tan opulento como tú, he pensado que tal vez esta bella odalisca podría tentarte.

—Ya dispongo de muchas hermosas mujeres en mi harén, ¿qué podría ver en ella para que me llevara a aceptar tu propuesta?

—Creo que su baile te agraderá, excelencia, y tanto ella como su látigo te dejarán deseoso de probar el fuego que lleva dentro. Además, sólo ha sido domada por un hombre, y estoy impaciente por verla bailando para otro —declaró perversamente Damian mientras ofrecía a la mujer—. Ven aquí, Carmen —ordenó severamente mientras ella obedecía a su cuñado intentando reprimir la tentación de usar su látigo contra todos aquellos que la miraban como un objeto—. ¡Así me gusta, sumisa y obediente! —manifestó él ofensivamente al tiempo que le alzaba la barbilla, un gesto al que ella no pudo evitar responder mordiendo la mano que osaba tocar su rostro.

—¡Ah! Por lo que veo, esta pequeña aún no está domesticada... —comentó el sultán, expectante y cada vez más interesado ante su nuevo regalo.

—Eso lo dejo a tu criterio, estimado sultán. Yo prefiero a las mujeres salvajes que se resisten un poco, domándolas solamente lo necesario para mi placer. Tú tal vez prefieras las sumisas damiselas, en cuyo caso esta mujer no es para ti —finalizó Damian, simulando su marcha.

—¡Alto! —ordenó el sultán, haciendo que sus hombres interrumpieran sus

pasos hacia la salida—. Esta mujer definitivamente llama mucho mi atención —declaró al fin, cayendo en la trampa del Dragón—. Tomad asiento y disfrutemos de su baile mientras hablamos del funesto destino que aguarda a ese infiel.

—Así sea. Carmen, ¡baila para nosotros! —mandó Damian, sin poder evitar sonreír cuando su cuñada lo fulminó con una de sus pendencieras miradas, atrayendo con ello aún más la atención del ocioso hombre al que agasajaban, cada vez más excitado con su nuevo presente.

Mientras la joven bailaba para esos hombres como una vez le enseñó María en sus clases de flamenco, añadiendo un poco de sensualidad a sus pasos y prestando máxima atención a los movimientos que hacía con su látigo, tuvo que contenerse en más de una ocasión para no dirigirlo contra las honorables partes de cada uno de los babosos que devoraban su cuerpo con sus libidinosas miradas, especialmente ese incauto sujeto que creía que ella pertenecería en alguna ocasión a algún hombre.

Después de que los invitados fumaran ociosamente de la pipa, y de que el Dragón ofreciera su propio tabaco al anfitrión, una potente mezcla de hachís y opio que no tardaría en enturbiar los sentidos de ese hombre, ella hizo un grandioso movimiento con su látigo.

Recordando el juego que una vez le enseñó su hermano, ofreció al sultán la rosa roja que adornaba su cabello. A continuación, se dedicó a deshojarla con su látigo, tocando solamente la flor y provocando con cada uno de sus movimientos que los pétalos cayeran sobre el regazo de ese hombre, incrementando así su excitación.

—¿Ves cómo he acertado al señalarte que encendería tu sangre? Pero no corras tanto, querido amigo, recuerda que somos tus invitados y tu regalo seguirá aquí mañana —declaró Damian, recordándole sus modales al excitado sultán, que se apresuró a indicar a sus hombres que llevaran su nueva posesión hacia el lugar de reunión de sus esposas para que la prepararan para su diversión.

—Mañana será mía —aseguró el sultán, alzando la boquilla de su pipa.

—Sí. Mañana tendrás todo lo que te mereces —anunció el Dragón, escondiendo su satisfecha sonrisa mientras simulaba fumar ociosamente de esa pipa con la que él no se deleitaría.

Quitarse los grilletes había sido sencillo después de que su hermano lo proveyera de la llave. Abandonar la celda sin que sus guardianes se percataran de ello había sido condenadamente fácil, ya que en cuanto hubo liberado sus muñecas, sus ágiles dedos pusieron en práctica las lecciones de Nicole y sus hermanas, asaltando con agilidad los bolsillos de los adormecidos guardias hasta dar con la llave que lo sacaría de su prisión. Y, finalmente, también fue pan comido encontrar el lugar de reunión establecido por su hermano, para lo que únicamente tuvo que seguir la risa de las alborotadoras mujeres con la idea de esperar el cambio de guardia de los centinelas que las custodiaban y adentrarse silenciosamente en el harén.

Tal vez lo más complicado que se encontraría Adrian para conseguir salir del navío del sultán era tener que rechazar a todas y cada una de las hermosas mujeres que, emocionadas con su presencia, lo habían arrastrado hacia los almohadones de esa estancia y que, después de haber probado en el pasado el placer que podía concederles, no se tomarían demasiado bien su rechazo.

El joven intentó explicarles a las lindas muchachas que pretendían incitarlo al pecado que en esos momentos ya estaba comprometido y que no tenía tiempo para ese tipo de retozos mientras su cabeza estaba en juego, pero su miembro no estaba por la labor y se alzaba expectante al ser agasajado por tantas bellezas.

Pensando lo que podría ocurrirle si Carmen llegaba a enterarse de su situación, intentó calmar su excitación tratando de imaginar que las bellas

chicas que lo rodeaban eran sus viejos e indeseables hombres, que siempre se burlaban de él.

Decidido a escapar de esas entusiastas hembras, Adrian se levantó de su cómodo lugar de reposo para escabullirse de la habitación, ya que, aunque fuese el lugar de encuentro designado por su hermano, sería demasiado peligroso quedarse allí si pretendía incumplir las exigencias de esas mujeres que reclamaban sus favores.

Sus pasos se dirigieron hacia la salida mientras las damas intentaban hacerlo caer una vez más en la tentación. Cuando se disponía a abrir la puerta tratando de resolver el problema que supondría deshacerse de los guardias de una forma rápida y silenciosa, toda su atención fue atraída por lo que las mujeres susurraban que era la nueva adquisición del sultán.

Una exuberante morena de espectaculares curvas que nunca podría olvidar se acercó a él haciéndolo perder toda su concentración. Por supuesto, de nada le sirvió pensar en sus hombres para dejar de lado la excitación del momento, ya que su miembro conocía perfectamente los placeres que podía encontrar dentro de ese sensual cuerpo que tan bien lo acogía.

Ante decenas de miradas, Adrian no fue capaz de disimular el duro bulto de su entrepierna. Y, mientras las emocionadas féminas lo conducían de nuevo hacia su privilegiada posición entre los mullidos almohadones, no pudo evitar maldecir a su hermano por no haberle hecho caso y mandarle para su rescate a la única persona con la que podía llegar a olvidarse de salvar su cuello.

Decidido a jugar un poco con su esposa, y más aún después de verla ataviada con esas insinuantes ropas de seda de llameante color rojo que hacían muy poco por cubrir sus encantos, Adrian se acomodó ociosamente en su lugar, esperando a ver cómo desarrollaría Carmen su papel de seducción.

A cada paso que daba hacia él conseguía hacer hervir su sangre, ya que los translúcidos pantalones dejaban atisbar sus insinuantes piernas, a la vez que sus caderas se movían haciendo sonar los adornos que colgaban de su cintura. Su ombligo y parte de su vientre quedaban expuestos libremente a la vista,

mientras una ajustada blusa, tan transparente como tentadora, alzaba sus senos dentro de un corpiño lleno de incrustaciones.

A pesar de que su rostro y su pelo estuvieran cubiertos, los llameantes ojos castaños llenos de pasión y el látigo del que nunca se separaba siempre le desvelarían la identidad de la intrépida mujer de la que se había enamorado.

Cuando las mujeres que lo rodeaban comenzaron a agasajar su cuerpo con tentadoras caricias, Adrian apenas lo notó, ya que sólo tenía ojos para la única que podía inflamar su sangre. Las lisonjeras caricias con las que estaba siendo obsequiado no significaban nada para él, pero parecieron alterar bastante el impulsivo genio de su esposa, de lo que se percató el joven al observar a Carmen chasqueando su látigo contra el suelo, alejando de él a las mujeres que lo tocaban.

—¡No es justo! —se quejó una de las chicas—. Ahora que perteneces a este harén debes aprender a compartir: ¡esas son las normas impuestas por el sultán y así debe ser!

—El sultán es todo vuestro, éste me lo quedo para mí —declaró posesivamente Carmen mientras agitaba violentamente su arma, haciéndola chasquear en el aire para silenciar las posibles protestas de esas mujeres ante su afirmación.

Viendo que las palabras de su esposa podían suponer la perdición de ambos si los celos de las habitantes del harén salían a relucir, Adrian intentó calmar los ánimos, ganándose con sus palabras más de una airada mirada.

—¡Vamos, señoritas, no os peleéis: aquí hay Adrian suficiente para todas! —bromeó jactanciosamente, tras lo que todas tomaron nuevamente un lugar a su lado a pesar de las advertencias de Carmen—. Y para que la nueva adquisición del sultán no se moleste, le daré una posición privilegiada —añadió, agarrando repentinamente la mano de la española para acercarla y colocarla a horcajadas encima de él.

Mientras las demás mujeres desnudaban con deleite a su nuevo juguete, Adrian cogió con violencia los cabellos de Carmen. Y, haciendo que su rostro

bajara hasta que sus miradas se encontrasen, la miró con esos peligrosos ojos negros, que en esos momentos no bromeaban, antes de exigirle entre susurros:

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo aquí?

—¿No es obvio? Salvar tu pellejo de la peligrosa situación que estás viviendo —repuso Carmen irónicamente, fulminando con la mirada a Adrian mientras las demás mujeres no dejaban de recorrer su cuerpo con las manos—. ¡Y pensar que renuncié a la posibilidad de regresar a casa con Miguel sólo para venir a salvarte! En cuanto salgamos de aquí olvídate de mí, nunca me han gustado los gatos en celo. Una mujer como yo se dedicaría a castrarlos.

—¡Oh, Carmen! Eres la única mujer a la que nunca podré olvidar —declaró Adrian, terminando con sus susurradas protestas cuando, tras retirar el velo que ocultaba su rostro, juntó sus labios con los suyos, acomodándola encima de su cuerpo para que sintiera cuánto lo alentaba con su fuego, por más peligrosa que fuese la situación.

Capítulo 16

En esos instantes Carmen no debería estar respondiendo a los traicioneros besos de su marido, pero es que, entre las manos de ese hombre, se sentía como una más de las estúpidas mujeres que no podían resistirse a ese canalla, cayendo irremediabilmente en sus juegos de seducción.

En cuanto salió de la habitación donde la habían bañado, perfumado y vestido nuevamente con esas insinuantes ropas que detestaba, la condujeron entre las numerosas cortinas que separaban la estancia del resto de las dependencias del harén. En ellas, grandes alfombras con hermosos grabados tapaban cada tabla del suelo de madera del barco, y decenas de cojines repartidos por la habitación la dividían en zonas de descanso para las distintas mujeres, un lugar donde Carmen nunca imaginó que hallaría tan fácilmente al hombre que había ido a buscar y, menos aún, que todo el peligro que ese libertino correría cuando lo encontrase sería el de verse asediado por los toqueteos de esas malas pécoras que no sabían mantener sus manos apartadas de él.

El temido pirata que ella conocía no había tardado ni un minuto en convertirse en un despreocupado sinvergüenza que repartía libremente sus favores entre todas las mujeres del harén, provocando que el genio de Carmen se avivase y que quisiera reclamar una vez más su sangre en vez de sacarlo de ese barco donde su cabeza pendía de un hilo, a pesar de la privilegiada posición en la que se hallaba en esos momentos.

Pero él, en cuanto se percató de su presencia, la atrajo hacia sus brazos, haciéndola olvidar todo lo que la rodeaba con sus impetuosos besos, hasta que

las demás mujeres, que comenzaban a excitarse ante el apasionado espectáculo que estaban presenciando, tocaron los brazos del hombre que le pertenecía sólo a ella y la devolvieron a la realidad.

—Y dime, ¿qué es lo que tienes planeado para salir de esta precaria situación en la que nos encontramos? —preguntó Carmen entre susurros, apartándose del tentador diablo que siempre conseguía seducirla, algo que Adrian no permitió, ya que, alzando a la muchacha, la alejó de las demás para llevarla a un recogido rincón mientras aseguraba con una ligera sonrisa que muy pronto les tocaría a ellas.

—Muy fácil, cariño mío —murmuró acorralándola contra la pared—. Si estoy hundido dentro de una mujer, ninguna de ellas podrá reclamar para sí esa parte de mi persona —explicó mientras recorría lentamente su cuello con pequeños y dulces besos que la hicieron estremecer.

—¡Ni sueñes que voy a permitir que me hagas el amor delante de esas mujeres! Y menos... después de... encontrarte retozando... plácidamente junto a ellas... —replicó Carmen entrecortadamente mientras el ardiente miembro de Adrian se rozaba contra ella, haciéndola humedecerse ante la expectativa del placer que ya conocía—. Pero no te hagas el tonto: te preguntaba por cómo saldremos de este barco, no de esta habitación: para espantar a esas empalagosas mosconas, mi látigo es más que suficiente.

—Cariño, eso lo dejo en manos de mi hermano, cuyos planes no tardarán en ponerse en marcha, ante los cuales yo solamente tendré que dejarme llevar —declaró Adrian, escondiéndolos a ambos detrás de las cortinas que adornaban la estancia cuando los guardias se adentraron en el lugar portando una enorme bandeja repleta de dulces dátiles y té.

—Entonces ¿se puede saber por qué narices estoy yo aquí? —exclamó Carmen, sospechando que esas delicias eran un narcotizado presente de parte del hermano de su esposo.

—Sin duda eres la bonita distracción que me proporciona Damian para que mi temperamento no me meta en algún que otro lío.

—Adrian..., ¿has terminado ya de seducir a esa arisca mujer? Nos aburrirnos si no estás con nosotras... —se quejaron con un falso tono lastimero algunas de las habitantes del harén tras despedir a los guardias.

—Queridas mías, esto llevará más tiempo del que creía: ¡esta mujer es muy fría! —mintió él mientras sentía cómo se clavaban en su espalda las uñas de Carmen tras oír semejante patraña—. Disfrutad vosotras de los placeres de la comida mientras yo me dedico a otros. Muy pronto estaré con todas vosotras y podremos comenzar con el verdadero banquete —prometió jactanciosamente el libertino pirata.

—Bueno, de acuerdo, esperaremos..., pero sólo porque sabemos que tú nunca tendrás suficiente con una sola mujer —respondió la primera esposa del sultán, haciendo que todas las demás rieran ante la perspectiva de que el libidinoso Adrian pudiera calmar su pasión contentándose sólo con una.

—Lo siento, cariño, sé que éste no es el lugar más adecuado, pero tengo que proteger nuestra tapadera y, en estos momentos, éste es el único modo de hacerlo.

—¿Qué es lo que pretendes hacer? —preguntó Carmen confusa, hasta que las traviesas manos de él bajaron con violencia su corpiño, desnudando sus senos.

Mientras su boca succionaba con deleite sus pezones, una de sus atrevidas manos no se detuvo en su descenso y abrió con brusquedad una de las costuras del insinuante pantalón para poder acariciar con libertad la húmeda feminidad de la joven.

—¡Ni se te ocurra! —advirtió Carmen, alarmada ante las osadas acciones de ese hombre que pretendía tomar su cuerpo con tanta libertad como hacía con el de otras.

—Cariño, en esto es en lo único que he podido pensar desde que te vi con este atuendo. Por otra parte, de alguna manera tendremos que pasar el rato hasta que los narcóticos causen efecto, ¿no te parece? —inquirió Adrian desvergonzadamente, acariciando una y otra vez su clítoris sin dejar de

hacerla gemir por el placer de sus caricias—. Veo que ya estás preparada para mí... ¡Mejor! Así no te dolerá este abrupto encuentro.

—¡No! ¡Aquí no! —suplicó Carmen, intentando alejarlo de ella para conservar algo de cordura a pesar del placer que su cuerpo le reclamaba.

—Adrian... —intervino entonces una de las mujeres del sultán—, si ella no quiere, aquí hay muchas mujeres preparadas y muy dispuestas deseando experimentar tus atenciones.

—Lo siento, cariño, en otra ocasión te compensaré con una lenta y apasionada noche de amor, pero hoy tiene que ser así —susurró Adrian al oído de su esposa justo antes de introducirse profundamente en su interior de una ruda embestida, haciéndola sentir su firme deseo.

Carmen gritó sorprendida por la brusquedad de ese hombre al notar cómo alzaba las caderas sin clemencia para dirigirla hacia su rígido miembro. Todos los sonidos que salían de su boca fueron acallados con sus besos, y mientras en ella se mezclaban el dolor de ese impetuoso acto con el placer que poco a poco Adrian proporcionaba a su cuerpo con sus caricias, no pudo evitar susurrar al oído del hombre que siempre la hacía caer en la indecencia:

—Nunca te perdonaré esto.

Él acalló las palabras de reproche que más tarde lo perseguirían con el ardor de sus besos. Lamió los tentadores senos que se exhibían libres ante él, mordisqueó los erguidos pezones y se regocijó con cada uno de los gemidos que profería su mujer. Mientras la húmeda feminidad de Carmen lo apretaba en su interior, Adrian se hundió una y otra vez en el placer, cogiendo firmemente las piernas con las que ella rodeaba su cintura.

Él acalló una y otra vez sus gritos con su boca. Nunca tendría bastante de ella, pensaba mientras su cuerpo se descontrolaba una vez más y cedía al placer que solamente entre sus brazos podía hallar. Carmen gritó su nombre al mismo tiempo que Adrian lo hacía con el suyo, abrazándolo fuertemente con sus manos y sus piernas mientras se rendía al éxtasis. Sólo cuando se alejó de él, dedicándole una de sus reprobadoras miradas, se dio cuenta de que el

infame pirata que la había poseído había ocultado durante todo el tiempo sus cuerpos detrás de unas gruesas cortinas, concediéndole algo de la intimidad que ella le había reclamado.

Después de salir de ella, Adrian recompuso sus ropas y las de su mujer y apartó la cortina que hasta entonces los había mantenido ocultos, mostrándole a Carmen el efecto de los adulterados regalos de su hermano sobre las habitantes del harén: todas las esposas del sultán se hallaban profunda y plácidamente dormidas a lo largo de la estancia, esparcidas por los diferentes rincones, ya fuera sobre alguno de los blandos almohadones o sobre las mullidas alfombras.

—Ahora sólo falta por saber si los exquisitos dulces también han tentado a los guardias que vigilan este lugar —manifestó mientras tapaba la expuesta piel de Carmen con una de las elegantes capas que solían utilizar las mujeres del sultán.

Dejando momentáneamente de lado todos los reproches que tenía contra el hombre que la había utilizado, Carmen se concentró en escapar de allí. Así pues, entreabriendo la puerta, echó un vistazo hacia el exterior y encontró a los guardias igual de inconscientes que las mujeres. Cuando Adrian terminó de abrir la puerta por ella, halló ante sí a su hermano, así como a Hunter y a Alí, los infames piratas que siempre guardaban su espalda.

—¡Ya era hora! ¿Se puede saber qué has estado haciendo para tardar tanto en salir de esa habitación? Ya hace rato que todos están dormidos en este barco... —le reprochó Damian, deduciendo por el sonrojo de Carmen la distracción que había mantenido ocupado a su hermano—. Os he preparado un lugar en el navío de un conocido para que lleguéis a Londres sin más impedimentos. Hunter y Alí os acompañarán por si surge algún problema. Yo partiré más tarde, para no levantar sospechas.

—¡Pero yo tengo que volver a España con mi hermano! —protestó Carmen al verse atada a un hombre al que en el fondo desconocía, así como a un lugar en el que todo sería nuevo para ella.

—¿Acaso no te dije al principio de esta misión que tendrías que elegir tu camino? Eso fue lo que hiciste cuando decidiste ayudarme a recuperar a mi hermano. Ahora, tu única opción para escapar de aquí es ir a Londres. Si más tarde quieres marcharte a España, yo mismo te ayudaré a volver a tu casa — anunció Damian con firmeza, recibiendo una molesta mirada de su hermano ante su última afirmación.

—¡De ninguna manera permitiré que la lleves a España! ¡Su lugar está junto a mí! —repuso Adrian antes de dejarse arrastrar por Hunter y Alí hacia su libertad.

—Entonces, hermano, logra que ella no desee volver a su casa, porque, lamentándolo mucho, ya sabes que yo siempre cumplo mis promesas... — sentenció el Dragón reteniendo el hombro de su hermano—. Ahora, si me disculpáis, tengo que asegurar el pellejo de un irascible español antes de reunirme con vosotros —se despidió, pensando que Miguel seguramente sería el menos problemático de esos hermanos.

—¿Se puede saber qué demonios hace eso adornando mi barco?! —gritó Damian a sus hombres después de ver el cadáver de uno de los piratas participantes en la subasta colgando del palo mayor de su galeón.

—Me propuso un baile que no pude rechazar —declaró desafiantemente Miguel mientras se abría paso entre los hombres del Dragón para mostrarle la ensangrentada venda que lucía en su costado.

—¿No podías haber dejado su cadáver en otro lugar? —rugió nuevamente Damian, que temía no poder escapar con vida de esa isla.

—Me pareció el sitio más adecuado para llamar la atención de tu ebria tripulación, que en ningún momento se percató de que esa alimaña invadía tu barco. Solamente quise ayudarte deshaciéndome de la inmundicia que sobraba en este lugar.

—Pues en ese caso hazme un favor desde este momento: no me ayudes más —replicó él mientras acariciaba su barbilla pensando en la forma de salir de ese aprieto de una sola pieza—. ¡Alzad la bandera del Dragón! ¡Usaremos este repentino suceso como una advertencia contra todo aquel que pretenda irrumpir en nuestro barco sin nuestro permiso! ¡Y preparaos para partir lo más rápido posible: no sé cómo responderán los habitantes de esta isla ante tal provocación! —ordenó a sus hombres, lamentando su equivocación al pensar que ese irascible español sería menos problemático que su hermana.

—¿Y Carmen? ¿Dónde está? —preguntó Miguel, sin importarle que su vida estuviera en juego en esos momentos.

—Se ha marchado a Londres con su marido. Ella está a salvo. Tú mejor preocúpate por tu propio pellejo, pues no sé si podré lograr que lo conserves el tiempo suficiente como para que llegues a Cádiz.

—Yo no vuelvo a España: ¡iré allá donde esté Carmen!

—¡Dios...! Y pensar que una vez creí que mi mayor problema era mi hermano... —comentó Damian con frustración mientras mesaba sus cabellos nerviosamente ante el desesperante genio de esos dos españoles.

—No te preocupes, en cuanto llegue a Londres pienso alejarla de tu hermano.

—Eso es precisamente lo que me preocupa —declaró Damian, pensando qué más podía salir mal esa noche.

Una duda que fue resuelta muy pronto cuando Martely se acercó a su barco en compañía de varios aguerridos hombres de isla Tortuga, todos ellos seguidos de cerca por un colérico sultán que no paraba de reclamar la sangre de ese engañoso Dragón.

—Querido amigo, en esta noche, que deberíamos haber aprovechado para festejar el éxito de nuestros negocios, he recibido muchas quejas contra ti. Y ahora que vengo a verte con la mejor de las intenciones para aclarar posibles malentendidos, voy y me encuentro con esa nada sutil afrenta adornando tu barco... Como veo que te estás preparando para partir, te sugiero que retrases

tu marcha y hablemos largo y tendido sobre estos temas que interfieren en nuestra amistad.

—¿Realmente piensas que soy idiota, Martely? ¿Acaso con el paso de los años habéis olvidado en esta isla quién soy yo? ¡Tal vez con eso recordéis que no se juega con el Dragón! De modo que la próxima vez que intentéis asaltar mi barco para dañar una de mis posesiones lo pensaréis dos veces... —dijo Damian, mostrando ante él la herida que había recibido Miguel, convirtiéndolo en una posesión inútil, al menos hasta que se recuperase.

—Bueno, querido amigo, lo del joven Kemal ha sido una lástima. Qué desgracia de vida desperdiciada... En fin, tendré que quedarme con su parte en el acuerdo que hicimos. Y, por supuesto, si tú quieres, podemos deshacernos de tu nuevo esclavo por ti.

—Déjalo. Veré si cuando se curen sus heridas me sirve de algo. En cuanto a las quejas de ese hombre..., ¡yo también tengo las mías! —exclamó el furioso Dragón, señalando al sultán que acompañaba a Martely—. ¡He perdido una preciada odalisca para nada, ya que ahora no podré ver rodar por el suelo la cabeza de ese inmundo que se hacía pasar por mí! ¡Y todo debido a la incompetencia de ese idiota a la hora de mantener encerrado a un simple esclavo que ha huido de su barco con mi preciada posesión! ¡Si estoy preparando mi barco para partir no es por otro motivo más que para perseguir a ese malnacido y obtener su cabeza o la posesión que me ha arrebatado! Cualquiera de las dos opciones apaciguaría mi malhumor en estos momentos. Sus infantiles quejas sólo aumentan mi furia...

—Él sostiene que tú ordenaste drogar a toda su tripulación.

—¡Sandeces! ¡Yo también me vi afectado por ese narcótico del que tan alegremente me acusa de repartir! Lo que ocurre es que yo me recupero con mayor rapidez que otros. Recuérdale a ese imbécil que, si tiene alguna queja más en mi contra, siempre puede atenerse a las reglas de isla Tortuga y resolverla cara a cara conmigo.

—Eso sería un suicidio para él —replicó Martely, observando con atención

al poco habilidoso individuo que no paraba de atosigarlo con sus quejas para que él tomara su lugar en ese enfrentamiento.

—Creo que no volveré más a aquí: las cosas han cambiado mucho desde que decidí desaparecer. Las antiguas reglas no se respetan, ya que incluso habéis admitido a forasteros en la isla —apuntó Damian, señalando que la presencia del sultán allí estaba fuera de lugar.

—Nuevos piratas, nuevas reglas... —suspiró Martely con impaciencia. Y, volviéndose airadamente hacia el sultán, le gritó acallando sus quejas—: ¡Fuera de mi isla!

Tras un confuso y sorprendido parpadeo por parte de este último ante la insólita novedad de que alguien se atreviese a ordenarle algo, todo quedó meridianamente claro cuando los cañones de la fortaleza apuntaron a su barco, amenazando a su persona.

—¡Pero ya! —gritó nuevamente Martely, haciendo correr despavoridamente al ridículo personaje hacia sus posesiones—. Nunca me han gustado las nuevas reglas, pero no te preocupes: eso está a punto de cambiar. Aunque, eso sí, querido amigo: la próxima vez que asomes tu cabeza por esta isla no me traigas tantos quebraderos de cabeza. Y procura dejar a tu hermano en casa —susurró finalmente, dejándolos ir mientras mostraba ante todos una ladina sonrisa que declaraba que, mientras él ganara una cuantiosa fortuna, poco le importaba todo lo demás.

Se suponía que las cosas se calmarían en cuanto llegaran a Londres, que su mujer dejaría atrás su enfado y quedaría extasiada ante la magnífica visión de sus riquezas y sus propiedades, ante las engalanadas fiestas y el lujoso ambiente que lo rodeaba, demostrándole que realmente él no era el infame pirata que ella siempre lo había acusado de ser. O eso, al menos, era lo que

Adrian pensaba cuando Carmen y él desembarcaron del pequeño barco mercante en el que los había escondido su hermano.

Con las riquezas que había amasado durante años gracias a la administración que Damian había hecho en su nombre con la asignación que le correspondía, Adrian compró una de las mejores casas que había disponibles, un grandioso carruaje tirado por espléndidos purasangres españoles, ordenó construir el más suntuoso guardarropa del que se tuviera noticia para su mujer y la colmó de joyas y opulencia, pero, aun así, no veía surgir ese fuego que siempre había en sus ojos cuando se enfrentaban, ese ardor que la convertía en la apasionada mujer que él no podía olvidar. Tan sólo cuando la noche llegaba y él la atraía hacia sus indecentes brazos ella volvía a ser la muchacha que recordaba, dejándose arrastrar hacia la desenfrenada pasión que siempre los envolvía cuando sus cuerpos se tocaban.

Adrian sabía que su hermano no tardaría mucho en retornar a su hogar a pesar de las trabas que se interpusieran en su camino, y cada día que pasaba notaba que el tiempo para convencer a Carmen de que se quedara a su lado se le agotaba.

Mostrándose como el despreocupado anfitrión de una más de las fiestas que había organizado su cuñada, algo que ocurría muy a menudo desde su llegada, Adrian se paseó saludando a todos como si no hubieran transcurrido dos años desde su partida y, sin separarse de Carmen, la presentó una y otra vez como su esposa a pesar de que la ceremonia oficial aún no se hubiera celebrado. Tras cada presentación siempre ocurría lo mismo: ella se deshacía de su agarre y se escabullía a un rincón, desde donde observaba con reticencia el ambiente que la rodeaba sin permitir que nadie se le acercara demasiado.

—¿De verdad es tu esposa?

—Sí... —suspiró una vez más Adrian, contestando a las insistentes preguntas con las que Clive lo incordiaba cada vez que se encontraban en una de esas fiestas, algo que últimamente ocurría con demasiada frecuencia.

—¿Realmente te casaste con ella? —repitió Clive con asombro.

—¡Por décima vez, sí, Carmen es mi esposa y, sí, me casé con ella!

—¡Joder! ¿Por qué demonios tenía que casarse el mayor libertino de todo Londres?

—Y ¿por qué debería preocuparle eso al mayor matón de todo Londres? —inquirió él, extrañado por el acoso de ese hombre que antes huía de esas reuniones como de la peste.

Hasta que Adrian vio las burlonas sonrisas de esas tres ladronzuelas y supo, sin ningún género de dudas, que, dado que él no había estado a su alcance durante todo ese tiempo, Nicole, Alexandra y Jacqueline se habían dedicado a torturar a otro incauto con sus trastadas.

—Ahora lo entiendo... Hiciste una apuesta con Nicole, ¿verdad? —preguntó sonriendo con benevolencia a ese pobre idiota—. ¿Acaso no te advirtió tu hermano de que nunca hicieras una apuesta con una tramposa como ella?

—Pero era una apuesta segura y...

—Te enseñaré algo que aprendí de esas pícaras ladronas con el paso del tiempo: ninguna apuesta es segura cuando juegas contra ellas.

—Ahora lo sé. Y, para mi desgracia, estoy condenado a asistir a cada una de las fiestas a las que me inviten. Y, ya que me veo en esta miserable situación por tu causa, al menos podrías satisfacer mi curiosidad: ¿por qué, si ésa es una mujer recién casada, su rostro no demuestra la felicidad que como tal debería mostrar? —preguntó Clive, señalando el fruncido ceño que lucía Carmen mientras se mezclaba con las demás damas del lugar.

—Tal vez sigue enfadada conmigo porque la obligué a casarse, o tal vez sea debido a que la seduje en un harén de un modo muy poco delicado, o quizá por la vez que me enfrenté en combate contra su hermano, o porque...

—¡Vaya! Definitivamente, amigo mío, en estos dos años has vivido muchas aventuras mientras yo he permanecido aburrido como una ostra en este tedioso lugar. Creo que no pararé de atosigarte hasta que me cuentes con detalle cada una de ellas.

—Está bien... —suspiró Adrian, resignado a acceder a la petición de ese granuja, que en esos instantes se aburría tanto como él—. Pero no puedo dejar a Carmen demasiado tiempo sola —comentó viendo cómo el ceño fruncido de su esposa no se relajaba en absoluto ante la cercanía de otras damas de la sociedad.

—No te preocupes: tu cuñada y sus hermanas la acompañarán —indicó Clive, señalando cómo las tres pícaras exladronas se acercaban con cautela a ella.

—Eso no me tranquiliza en absoluto —repuso Adrian preocupado, observando la interacción de esas mujeres y decidido a interrumpirlas si alguna de ellas se atrevía a ofender a su Carmen.

Hasta que recordó que, si llegaban a conocer su temperamento y algunas de sus correrías, indudablemente se convertirían en las mejores amigas.

La vida de Carmen había experimentado un gran giro desde que sus pasos la llevaron a Londres. Ella nunca había creído las palabras de Adrian cuando éste le decía que era un hombre adinerado, un lord que carecía de título, pero no de fortuna.

De la noche a la mañana, el infame pirata al que amaba se había convertido en un presuntuoso noble que la había llenado de estúpidos regalos tratando de comprar así su cariño. Una gran casa, unos ostentosos vestidos y unas recargadas joyas que ella nunca necesitaría. De sus labios nunca más había surgido esa propuesta de matrimonio que tanto le reclamaba en alta mar, y, aunque la presentara continuamente como su esposa, ella no se sentía como tal.

Carmen siempre se había sentido una extraña en ese tipo de ambiente. En el pasado, cada vez que trataba de aproximarse a los indolentes nobles que tanto la repelían, éstos no tardaban en recordarle cuál era su posición. Esas

opulentas fiestas siempre serían un lugar donde ella nunca encajaría, por más que Adrian o su hermano se empeñaran en ello. Así de simple.

Decidida a volver a su casa en cuanto su hermano fuese a por ella, permanecía fría ante los intentos de Adrian de acercarse nuevamente a ella. Solamente por la noche, cuando no lograba diferenciar al ocioso noble del desvergonzado pirata, no podía evitar caer en sus brazos y abandonarse a la pasión que siempre se apoderaba de su cuerpo.

En esos instantes, en un apartado rincón de la suntuosa fiesta, había decidido mantenerse alejada del hombre que siempre la presentaba a todos como su esposa y observaba con asombro y miedo todo lo que la rodeaba.

El gran bufet que se repartía por las innumerables mesas estaba provisto de exóticos alimentos, muchos de ellos tan singulares que los invitados no sabían cómo probarlos respetando el debido protocolo. Parecía como si la anfitriona lo hubiera hecho con intención de provocarlos.

Una pista de baile destacaba en el centro de la estancia, en donde una pequeña banda amenizaba la reunión interpretando una armoniosa música que invitaba a los asistentes a dejarse llevar. Como en todos los bailes, las jóvenes más hermosas no paraban de coquetear con sus acompañantes, llenando sus cartillas de baile, mientras que las menos agraciadas permanecían a un lado, siendo catalogadas como futuras solteras.

Los corrillos de cotillas que siempre existían en esas nobles recepciones no dejaban de cuchichear a su alrededor, y Carmen no hacía otra cosa más que alejarse de ellos intentando ocultarse así de las posibles burlas de los nobles hacia su situación, o de las risas de las mujeres que debían de compadecerse de ella al creerla la esposa del mayor libertino de Londres.

Pero, por más que intentara huir de los rumores, éstos parecían perseguirla, y ella finalmente se veía obligada a escuchar a esas mujeres rifándose a su marido delante de sus narices, creyéndola estúpida y poniendo a prueba la poca paciencia que tenía frente a sus insultos. Ante esta situación, la joven se

juró a sí misma que en la próxima reunión no dejaría pasar la oportunidad de llevarse su látigo. Por si las moscas.

Capítulo 17

—¿Nos acercamos a ella? —preguntó con curiosidad Nicole mientras veía cómo la esposa de Adrian era rodeada por las antiguas amantes de éste, mujeres que, sin duda, la estaban torturando con cada una de las aventuras que habían tenido con su esposo.

—Su rostro no anima mucho a ningún tipo de acercamiento —señaló Jacqueline, viendo cómo Carmen dirigía una airada mirada a cada una de las mujeres que la rodeaban sin que éstas se percataran de la amenaza que llevaba implícita.

—Creo que yo estaría igual de furiosa si las examantes de mi esposo me rodearan de esa manera —opinó Alexandra.

—Lo hicieron en la última reunión, Alex, y te pusiste a afilar de nuevo la cimitarra de tu marido mientras las despedazabas con la mirada, ¿te acuerdas? —recordó Jacqueline a su temperamental hermana, que no admitía que nadie que no fuera ella se acercara a su Dragón.

—¡Y eso me lo dice la mujer que lanzó en plena calle un cuchillo contra una famosa meretriz cuando ésta anunció en voz alta que probaría suerte con su marido!

—Es de muy mala educación tocar las posesiones de otra persona... ¡y William es sólo mío! —repuso Jacqueline.

—Aprended de mí, hermanitas: yo simplemente las arruino en la mesa de juego hasta que piden clemencia y me prometen dejar en paz a mi Bennet —intervino Nicole, reclamando que el endiablado Bennet Sin solamente podía ser para ella.

—Bueno, acerquémonos con cautela y, si vemos que está en problemas, intervenimos —decidió Alexandra, haciendo que sus hermanas la siguieran una vez más en una de sus aventuras.

—Ciertamente Adrian ha vuelto más atractivo que nunca después de ese viaje. ¿No creéis que ese aspecto salvaje supone un nuevo aliciente para llevarlo a la cama? —declaró con altivez una enjoyada rubia mientras se abanicaba falsamente con una de sus manos.

—Estoy deseando comprobar si su cuerpo esconde alguna nueva sorpresa, como ese pecaminoso pendiente de su oreja —dijo emocionada una exuberante morena cuyos pechos parecían estar a punto de salirse de su escote.

—Yo quiero que me deleite con las formas de proporcionar placer que haya aprendido en sus viajes por Oriente. Parece que por allí son muy... imaginativos —aportó efusivamente una pelirroja que vestía con demasiada inocencia a pesar de que carecía de ella.

—¿Creéis que será demasiado pronto para que nos insinuemos ante él? Después de todo, ahora tiene una esposa —insistió la rubia recargada de alhajas, la cual se hallaba sin saberlo en el punto de mira de las tres hermanas para ser desvalijada.

—¡Tonterías! ¡Es Adrian! Él nunca rechaza una aventura... —declararon varias de las damas, sin importarles demasiado que la mujer de ese hombre se encontrara delante de ellas.

—¿Creéis que sabe lo que están diciendo? ¿Entenderá el idioma? —preguntó Alexandra a sus hermanas mientras se acercaban con cautela a esa extraña reunión.

—¡Pues claro que sí! Sólo tienes que ver cómo aprieta los puños junto a su costado, reteniendo su ira —señaló Nicole.

—Y no sólo eso: las está maldiciendo en español, y además repite una y otra vez la misma frase.

—¿Ah, sí? Y ¿qué dice? —quisieron saber las curiosas hermanas Withler acercándose a Jacqueline, la única de ellas que se había molestado en aprender un poco de español cuando su camino se cruzó con el de unos gitanos amigos suyos a lo largo de su infancia.

—Dice: «Por mi madre que la próxima vez me traigo el látigo». Y algunas palabras bastante floridas que no pienso repetir.

—¿Esa mujer sabe manejar un látigo?! —exclamó emocionada Nicole, señalando a la que indudablemente sería su nueva mejor amiga.

—Definitivamente, hermanas, tenemos que conocerla —sentenció Alexandra. Tras ello, se abrió paso entre todas las casquivanas de Londres, apartándolas con la habitual delicadeza por la que era conocida la mujer de Lord Dragón.

—¡Quitaos de mi camino, malditas mosconas! ¿O es que queréis que saque mi espada de nuevo para que os aparte yo misma?

—¡Pero, señora condesa, no sé por qué se molesta con nosotras si no estamos hablando de su marido! Y, además, esta joven no nos entiende...

—¿Ah, no? —intervino Jacqueline—. Yo de ti prestaría más atención. Que vosotras os hayáis limitado a aprender un poco de francés no significa que ella carezca de educación. De hecho, os ha amenazado en español más de una docena de veces mientras escuchaba atentamente cada una de vuestras palabras.

—¿Y nos alecciona una mujer que se reunía con gitanos? —preguntó despectivamente una de ellas, intentando desprestigiar a Jacqueline—. Me parece muy loable que os hayáis preocupado tanto por ella como para acudir en su ayuda, pero no creo que corra ningún peligro a nuestro lado.

—Exactamente. Os alecciona una mujer que se juntaba con gitanos que le

enseñaron algo de español, dicho sea de paso, o al menos el suficiente como para saber cuándo me están amenazando —contestó Jacqueline—. Y si hemos acudido en ayuda de alguien no ha sido en la suya, sino en la vuestra, pedazo de imbéciles, ya que su última amenaza nos ha preocupado bastante.

—¡Oh, vaya! Y ¿cuál es esa amenaza que tanto os ha alterado como para venir en nuestro auxilio? —ironizó la más idiota de las allí reunidas, logrando finalmente que el temperamento de Carmen saliera a relucir a pesar de lo decidida que había estado a no hacerse notar en esa fiesta.

—Que, como que me llamo Carmen, la próxima vez que acuda a una fiesta no dejaré mi látigo en casa y fustigaré con él a las perras en celo que se acerquen a mi marido, Adrian Conrad —manifestó seriamente la joven en un perfecto inglés mientras fulminaba a cada una de las examantes de su esposo con la mirada.

—Ja, ja, ja..., ¡qué bromista es esta mujer! —comenzaron a reírse las pobres idiotas.

Hasta que Carmen las acribilló nuevamente con la mirada y anunció beligerante mientras lucía una maliciosa sonrisa en su rostro:

—Los españoles no carecemos de buen humor, pero nunca bromeamos con nuestros juramentos —concluyó con gran seriedad, logrando finalmente que todas las mujeres que la rodeaban, excepto tres, huyeran despavoridas.

—¡Ya sabía yo que Adrian no podría haberse casado con cualquier dama anodina! —declaró triunfante Nicole mientras observaba satisfecha la desbandada de esas mujeres que se alejaban.

—¡Chist, calla! Lo importante aquí es confirmar que sabes manejar un látigo y preguntarte cuándo podrás enseñarnos —repuso Alexandra dirigiéndose a la vehemente española, logrando así que Carmen se riera a carcajadas mientras decidía que, después de todo, tal vez pudiera hacerse un hueco entre esas alocadas mujeres que ahora formaban parte de su familia.

—Bueno, finalmente parece que tu mujer ha hecho buenas migas con su nueva familia. Algo que no se puede decir de ti desde tu vuelta a Londres, ya que a cada fiesta que voy pareces dejar una decena de rostros enojados a tu paso —comentó Clive.

—La mayoría de mujeres, amigo mío, ya que ahora que tengo esposa rechazo continuamente sus insinuaciones —musitó Adrian.

—Todo un desperdicio, sin duda. Mándamelas a mí, si no te importa, que ya me encargaré yo de mantenerlas contentas. Aunque, por lo que veo, también hay algún que otro caballero molesto a causa de tu retorno al hogar —dijo Clive mientras señalaba a lord Milton Fether, un altivo y joven noble que ostentaba la posición de conde y que se acercaba provocativamente a Adrian buscando un nuevo enfrentamiento con el hombre que en una ocasión lo había adornado con una cornamenta.

—Veo, mi estimado lord Conrad, que finalmente se ha atrevido a volver a la ciudad —declaró Milton sin ocultar su disgusto por este hecho.

—Todos sabemos que mi hermano mayor no puede vivir sin mí, así que finalmente tuve que acceder a sus súplicas y abandonar mi retiro para regresar al hogar —se burló despreocupadamente Adrian sin dejarse afectar por las palabras que ese hombre le había dedicado, más como una amenaza que como una bienvenida.

—Sin embargo, en esta ocasión ha regresado usted muy bien acompañado, ¡y ni más ni menos que provisto de una esposa! Nunca creí posible que pudiera llegar a ver ese milagro. Tal vez, de haberlo sabido, jamás habría puesto precio a su cabeza y me habría deleitado con el placer de arrebatarse lo que es suyo, como usted hace con los demás hombres casados... —indicó provocadoramente lord Milton Fether, conde de Chestermon, sin importarle revelar su responsabilidad en la recompensa que se ofrecía por su pellejo.

—¡No se atreva a acercarse a mi esposa! —amenazó Adrian, abandonando el jovial aspecto que siempre mostraba ante la sociedad y profiriendo un

rugido igual de potente que los de su hermano.

—¡Vaya! Esa idea parece molestarlo, aunque no sé por qué, la verdad... ¿Acaso no es usted el que declaró alegremente en cierta ocasión que no debía culparse a quien resuelve la insatisfacción de una esposa, sino al marido incapaz que no la mantiene satisfecha? Y ¿qué hay de su mujer, lord Conrad? En estos instantes no parece hallarse demasiado contenta con usted... — murmuró el conde, señalando el fruncido ceño con el que Carmen los observaba.

—Su enfado sólo durará hasta que se adapte a su nuevo hogar.

—¡No se preocupe por ello! Los atentos hombres de la sociedad londinense estaremos más que encantados de ayudarla a adaptarse —anunció lord Milton Fether irónicamente, señalando cómo muchos de los hombres a los que él había sometido a la burla de la infidelidad veían a Carmen como un objetivo perfecto para llevar a cabo su venganza contra Adrian.

—Creo que es algo vil y despreciable ir detrás de mi mujer cuando he sido yo quien lo ha ofendido —apuntó él, apretando con furia la copa con la que pretendía aparentar que disfrutaba de los placeres de esa fiesta.

—¡Ah! Pero usted nunca acepta un duelo de honor ni resarcir nuestro orgullo en modo alguno, así que le prometeré una cosa: me mantendré tan lejos de su esposa como usted se mantuvo de la mía —replicó el conde de Chestermon mientras se alejaba brindando irónicamente con su copa hacia Adrian, deseándole así un feliz regreso a su hogar.

—Después de todo, creo que tendré que aceptar alguna de esas íntimas reuniones con las que me han estado atosigando mis viejas amistades... — musitó Adrian para sí, apretando con furia su propia copa y haciendo que ésta se quebrara en mil pedazos.

Las alocadas mujeres que ahora formaban parte de su familia no eran tan

altivas y arrogantes como Carmen había temido en un principio. Entre esas extravagantes damas, su temperamental genio había encontrado su lugar, y ahora disfrutaba de las reuniones en sociedad que creyó que un día llegaría a odiar sin remedio. Su hermano estaría en Londres muy pronto, y se le agotaba el tiempo para tomar una decisión.

Aunque, al parecer, el destino ya lo había decidido todo por ella. Durante los últimos días había estado algo inquieta al darse cuenta del retraso de su ciclo, algo a lo que no había prestado atención en alta mar. Y, para mayor inquietud, últimamente se despertaba muy temprano de su lecho sólo para vaciar su estómago y para descubrir, sorprendida, que su marido no se hallaba junto a ella.

El frío lado de su cama le mostraba que hacía horas que ésta había sido abandonada por su esposo. Por lo visto, las ligeras mujeres de la alta sociedad tenían razón al reírse de ella diciendo que un libertino como Adrian nunca llegaría a cambiar. La felicidad al intuir que, muy posiblemente, en su interior se desarrollaba una vida a la que nunca dejaría de amar y proteger se empañaba cuando pensaba que el hombre con el que había concebido ese milagro tal vez no lo valoraba, ya que, para él, ella solamente era una más de las muchas mujeres con las que repartía sus atenciones.

Con miedo a enfrentarse a la verdad de lo que estaba sucediendo, Carmen evitaba a su esposo. Y, poco a poco, ponía más distancia entre ellos, anticipando el momento en el que sus caminos se separarían, ya que ahora más que nunca estaba decidida a volver a su hogar para cuidar de ese tesoro que ambos habían concebido.

Una de las mañanas en las que se encontraba vaciando el contenido de su estómago, Alfred, el viejo ayuda de cámara que Alexandra le había cedido para adiestrar a su nuevo empleado en el correcto manejo de su casa, interrumpió su malestar con el anuncio de una inquietante visita, una que hasta ese momento había evitado, pero a la que ya debía enfrentarse, tanto si decidía quedarse junto a su esposo como si no.

—Señora, lady Anaïs Fether, condesa de Chestermon, ha venido a saludarla. La he conducido a la sala de té, aunque, si usted lo prefiere, puedo decirle que ha salido y deshacerme así de esa dama, con educación o sin ella, lo que usted prefiera —dijo imperturbablemente el educado y fiel criado, de quien Carmen nunca sabía cuándo estaba bromeando.

—Creo que ya es hora de que haga frente a alguna de esas impertinentes visitas que últimamente me han estado molestando, Alfred. Supongo que esa dama también será una de las antiguas amantes de mi marido, ¿verdad?

—Supone usted bien, señora. Y debo recordarle, en beneficio del joven señor Conrad, que la palabra clave es «antigua». Desde que llegó a Londres en su compañía, el señor se ha comportado tan decorosamente que casi no lo reconozco —comentó el viejo sirviente, haciendo que Carmen alzara una ceja con escepticismo—. Bueno, todo lo decorosamente que el señor sabe comportarse —añadió para no exagerar sus elogios.

—Bien. Comunícale que muy pronto estaré junto a ella —contestó la joven mientras recomponía su aspecto, decidida a encararse con una de las mujeres que pretendían a su marido, muy dispuestas a meterse en su cama a pesar de que ésta ya estuviera ocupada.

Tras darse ánimos mirando el anillo que Adrian le había colocado muy apresuradamente hacía unos días mientras la declaraba como su esposa, bajó dispuesta a espantar a esa dama como había hecho con tantas otras durante esas semanas, a lo largo de las cuales las mujeres de Londres todavía no habían comprendido por qué razón debía Adrian negarles sus favores pese a que estuviera casado.

—Buenos días, condesa, ¿a qué debo el placer de su visita? —saludó, mostrando la educación de la que otras carecían, ya que su inoportuna visitante ni siquiera se había levantado, en señal de respeto, del cómodo sillón que había estado ocupando mientras degustaba una taza de té.

—¿Sabe usted dónde ha estado su esposo en el día de hoy? —inquirió repentinamente la altiva mujer, luciendo una maliciosa sonrisa con la que

intentaba provocarla.

—Si se pregunta por la cama en la que ha pernoctado esta noche, le comunicaré que ha sido en la mía —respondió con orgullo Carmen, borrando así la sonrisa de su rostro.

—No me refería a eso, pero le agradezco la información. Sin duda, Adrian se aburrirá muy pronto de la monotonía de la vida conyugal, y sus amantes volveremos a darle la bienvenida con los brazos abiertos.

—Eso mismo es lo que llevo oyendo durante las últimas semanas y aún no veo señal de que mi esposo se haya aburrido de mí.

—No se preocupe: todo llegará. Y más aún para una esposa que no sabe en los líos en los que se mete su marido. ¿Acaso desconoce usted que todos los amaneceres acude a Hyde Park, y no precisamente para dar un grato paseo?

—Y ¿qué es lo que se supone que va mi marido a hacer a ese extenso parque, sino a pasear y hacer algo de ejercicio? —preguntó ella, ignorando que era el lugar de reunión preferido por los hombres de la alta sociedad londinense para llevar a cabo sus duelos.

—¡Vaya! No la creía tan ignorante —se burló otra vez la molesta visita de Carmen. No obstante, la española no se inmutó y se mantuvo tranquila, ya que quería oír lo que hacía Adrian todas las mañanas en las que abandonaba tempranamente su lecho—. Adrian acude cada mañana a Hyde Park a batirse en duelo contra los ofendidos maridos que se lo reclaman con sus quejas —explicó la condesa de Chestermon—. Antes, eso no nos preocupaba, ya que el alocado de Adrian nunca habría aceptado un reto, pero desde que se casó con usted no ha cesado de comportarse como un extraño para nosotras. Le ruego que detenga esta locura por el bien de su esposo y del mío, que es el necio que lo ha retado mañana al amanecer.

—Así que se trata de eso... No se preocupe: mañana acabaré con todo —anunció Carmen pendencieramente, mirando con malicia a la mujer—. Eso sí, necesitaré de su inestimable ayuda para frustrar ese duelo.

—Todo sea por el bien de Adrian —declaró la condesa de Chestermon

mientras acababa su taza de té y se levantaba de su asiento, muy dispuesta a marcharse lo más rápidamente posible de ese lugar.

—Recuerde, condesa: mañana tenemos una reunión a la que usted no puede faltar.

—Muy bien. ¿Dónde y cuándo? —preguntó la necia mujer sin imaginar lo que se le venía encima.

—En Hyde Park, al amanecer.

Sin duda, cuando su hermano volviera a casa lo reprendería como nunca en cuanto se enterase de que había comenzado a aceptar los duelos de honor que le reclamaban esos petimetres que casi no sabían ni manejar sus armas para defender la honra de sus mujeres, unas mujeres que habían saltado libremente a su cama reclamando cada una de sus caricias, e incluso exigiéndoselas, ahora que había retornado al hogar.

Esos duelos constituían una molestia continua para Adrian, ya que podría suponerle un grave problema si salía victorioso causando la muerte de su rival. Afortunadamente, tenía una gran puntería gracias a las estrictas enseñanzas de su hermano y siempre trataba de desarmar a su contrincante, nunca segar su vida. Pero, para su desgracia, ellos no eran tan atentos con él y buscaban persistentemente su sangre.

Las continuas citas que mantenía a altas horas de la madrugada, ahora que había regresado a Londres, no se debían a ningún nuevo encuentro con alguna lujuriosa mujer, sino a esos enfrentamientos con los insistentes individuos que lo retaban día y noche y que, por lo que parecía, habían estado esperando turno para reclamar su muerte.

Y no era que las mujeres no lo hubieran invitado a sus camas tan libremente como habían hecho en el pasado, sino que esas insinuaciones que le habían parecido tan excitantes en su momento ahora simplemente carecían de

atractivo a ojos de Adrian, al constatar que ninguna de ellas poseía ese ardor que él necesitaba para encender el fuego del Dragón que había dormido durante tanto tiempo en su interior.

Su ardiente Carmen siempre conseguía enardecerlo con sus besos y con las caricias inconscientes que le dedicaba cuando la pasión la invadía y le demostraba con su entusiasta respuesta lo que sentía por él, a pesar de que sus labios lo siguieran negando.

Desde su llegada a Londres, había compartido su cama con su esposa cada noche, lo cual le suponía un problema a la hora de huir de su lecho para enfrentarse a un nuevo reto. Sin embargo, Adrian se negaba a concederle un espacio que ella sólo utilizaría para poner más distancia entre ambos hasta que llegara su hermano. Últimamente, Carmen se alejaba más de él, y comenzaba a sospechar que ella había notado sus ausencias y seguramente habría supuesto que tenía una aventura.

Sería tan fácil confesarle lo que estaba haciendo para que esos bastardos no se acercaran a ella, tan sencillo como anunciar a viva voz que la amaba con tanta intensidad que quería protegerla de todas las perversiones que había habido en su vida antes de conocerla... Sería todo tan distinto si abriera la boca..., pero también era peligroso, ya que el temperamento de su efusiva española saldría a relucir, y Adrian no dudaba de que Carmen sería capaz de enfrentarse ella sola a esos infames lores con tal de detener esos duelos en los que cada día arriesgaba su vida.

—¿Cómo estoy, Alfred? —preguntó al ayuda de cámara que había tomado prestado de casa de su hermano, un hombre que conocía todas sus aventuras.

—Impecable como siempre, señor. Tal vez demasiado elegante para ir en busca de la muerte —reprendió el anciano desde el vestidor donde se hallaban, ocultando sus movimientos de la dormida Carmen.

—Es que no quiero que digan que carezco de estilo, querido Alfred —se burló Adrian, como siempre hacía aunque el peligro lo rondara.

—¿Tiene ya a sus padrinos para hoy, señor?

—«Padrino», con uno me basta y me sobra para que se cumplan las reglas de cortesía en esta reunión. Clive logra imponer gran respeto con su mera presencia a los ilusos que creen que conseguirán hacerse con mi vida. Aunque él empieza a estar tan molesto como yo con estas incómodas citas tan tempranas. Y, además, los ricos licores de las bodegas de mi hermano comienzan a escasear.

—Señor, debe de existir otra manera de solucionar estas continuas y fastidiosas reuniones al amanecer...

—Sí, Alfred, probablemente la hay. Pero mi hermano se molestaría un poco si matara a unos cuantos de esos lores que se han atrevido a amenazar a mi esposa dando con mis huesos en la cárcel, así que, por ahora, lo solucionaré a mi manera, por muy arriesgada que ésta sea. Espero sinceramente que se cansen pronto de sus estúpidos retos y decidan abandonar de una vez la idea de poner fin a mi vida antes de que Damian vuelva y sea él quien los obligue a desistir de ello.

—Una solución muy poco acertada según mi punto de vista, señor, ya que en cualquier momento una afortunada bala perdida puede dar en el blanco y acabar con usted, algo que buscan sin duda esos hombres al retarlo incesantemente.

—Lo sé, Alfred, pero no puedo hacer otra cosa para alejarlos del tesoro que finalmente hallé. Hazme un favor: si ocurre lo peor, encárgate de que tallen en mi lápida que disfruté de la vida al máximo, que degusté todos los licores, que complací a todas las mujeres que me lo pidieron, que me deleité con las diversiones del juego, como todo buen disoluto, y que, finalmente, morí como tantos hombres idiotas: por amor.

—Un mensaje un poco largo para escribir como panegírico, señor. Creo que mejor debería evitar fallecer para ahorrarnos, tanto a mí como a sus familiares, ese tipo de problemas.

—Tienes razón —convino Adrian mientras salía en silencio del vestidor para, como hacía cada mañana, besar los labios de la dormida mujer que lo

llevaba a hacer tantas locuras.

»Simplemente pon que hice el tonto por amor —concluyó, invitando a Alfred a salir de la estancia para tener otra cita con la muerte, a la que tanto tentaba últimamente.

Miguel sabía que eran unas horas demasiado intempestivas como para acudir a casa de su hermana, pero después de que una tormenta los hubiera desviado de su ruta retrasando su llegada a Londres durante más de un mes, estaba impaciente por saber cómo se hallaba Carmen, cómo la había tratado ese hombre que reclamaba ser su esposo y, sobre todo, averiguar si ella querría regresar a España o quedarse en Londres con su nuevo e inadecuado marido.

Finalmente, el furioso Dragón, que ahora era parte de su familia, lo persuadió con alguna que otra amenaza para que se quedara en su tranquila casa de Londres hasta que fuera una hora más civilizada para presentarse ante su hermana.

El tranquilo ambiente que Miguel había esperado hallar para descansar de su viaje y reponerse era lo opuesto a lo que se encontró en cuanto irrumpieron en casa de Damian. Una vez allí, se encontraron con un viejo y paciente mayordomo que sostenía en brazos a un niño de unos seis meses, dos revoltosos mellizos: un atrevido niño y una traviesa niña de negros cabellos corriendo a su alrededor, así como una vivaz pelirroja de aproximadamente tres años saltando por toda la casa mientras blandía una espada de madera.

—Señor, es mi deber recordarle que éste, definitivamente, dista mucho de ser mi trabajo en este hogar —anunció pacientemente el hombre, mientras el pequeño sinvergüenza que llevaba en brazos deshacía su pañuelo para metérselo una vez más en la boca.

—¡Pero ¿qué es este escándalo?! —rugió Damian, logrando que todos los

niños cesaran en sus travesuras y le prestaran atención.

—¡Tío Damian! ¡Mamá va a asistir a un duelo, pero sólo como madrina! ¡También van a ir tía Nicole y tía Alexandra! ¡Yo quería ir también, pero no me han dejado! Me han dicho que hasta que sepa manejar la espada, la pistola, los cuchillos y el látigo lo tengo estrictamente prohibido —anunció la pequeña Annabelle, excitada con la aventura que estaban viviendo los mayores.

Miguel sonrió ante la idea de que la pacífica vida de la que el Dragón había estado presumiendo a lo largo de su viaje fuera igual de agitada que la suya cuando corría detrás de su hermana, hasta que oyó la respuesta de la niña a la siguiente pregunta del irascible hombre que lo acompañaba, que hizo que su sonrisa se borrara de su rostro en el acto.

—Y ¿cuál de tus tías es la que se va a batir en duelo? —preguntó un crispado Damian mientras se acariciaba las sienes con frustración.

—¡La tía Carmen, por supuesto, para defender el honor y la virtud del tío Adrian! —anunció la pequeña mientras jugaba con su espada haciendo que la mirada del Dragón se volviera airadamente hacia Miguel, que ahora era parte de su familia.

—Puedo admitir que mi hermana sea algo problemática, pero creo que tu hermano tiene mucho que ver en esta escandalosa aventura. Y no quiero imaginarme con cuántas mujeres tiene que batirse Carmen si pretende defender la virtud de tu hermano...

—Alfred, ¿hacia dónde? —preguntó Damian, dispuesto a volver a marcharse de su casa cuando apenas había descansado de su ajetreado viaje.

—Hyde Park, señor —anunció el anciano preocupado mientras miraba espantado a los rebeldes niños que lo asediaban—. Pero, señor..., ¿y mi problema?

—No te preocupes, Alfred: William y Bennet no tardarán en llegar. Además, a ti siempre se te han dado bien los niños. Después de todo, fuiste tú quien prácticamente nos crio a mi hermano y a mí.

—Sin duda fui demasiado blando al no imponerles castigos más severos...

—declaró el viejo y fiel criado al oír el sonido de una puerta cerrándose como respuesta a sus quejas sobre su precaria situación.

Las hermosas vistas del amanecer desde Hyde Park era algo ante lo que Adrian ya estaba más que acostumbrado, básicamente porque llevaba una semana levantándose a esas horas tan tempranas y preguntándose si tal vez ése sería el día en el que apuntaría peor de lo pretendido y mataría a una persona, o, por el contrario, si alguno de los airados maridos que lo perseguían obtendrían al fin el resarcimiento que buscaban acabando con él.

—Bueno, caballeros, espero que respeten las reglas de este duelo. Sobre todo porque yo no soy demasiado diplomático y tomaré de inmediato el pellejo de aquel que intente matar por la espalda a mi amigo, sin estupideces de duelos de honor ni tonterías de ricos... —anunció Clive, recordándoles a todos que él gobernaba los barrios bajos de la ciudad sin clemencia ni piedad alguna.

—No sé por qué tiene que caer tan bajo eligiendo un padrino tan deshonesto, lord Conrad.

—Muy fácil, conde: porque él es un hombre íntegro que, a diferencia de usted y sus acompañantes, nunca me dispararía por la espalda. Su presencia infundirá temor a todo aquel que lo intente. Pero, si quiere, puede esperar a que regrese mi hermano —contestó Adrian con una maliciosa sonrisa, suscitando temor en los presentes con la simple mención de su hermano, el temido Lord Dragón.

—No, déjelo: la elección de los padrinos ya está hecha.

—¡Atención! ¡Espalda contra espalda! —avisó otro lord petimetre mientras señalaba las posiciones que los duelistas debían tomar—. Contaremos cincuenta pasos y...

El anuncio de las reglas fue súbitamente interrumpido por dos carruajes que

invadieron el lugar, posponiendo el encuentro de los nobles debido a que uno de ellos se detuvo justo en mitad del área de duelo y Carmen, acompañada de alguna de sus amigas, descendió para dirigirse hacia su esposo.

—¿Qué narices haces aquí?! —exclamó Adrian muy alterado.

—Señora, le ruego que desista de sus lloros, ya que esto es algo que he estado esperando durante mucho tiempo y nada me hará renunciar a este duelo —dijo ampulosamente el conde de Chestermon, sin percatarse aún de que su esposa también había acudido a la reunión.

—Yo no lloro, señor mío, y no he venido aquí a detener un duelo, ¡sino a mantener otro! —anunció Carmen al tiempo que señalaba hacia el otro carruaje, del que salía la mujer que sería su rival.

Mientras el conde de Chestermon y sus acompañantes, desconocedores del genio de la española, se burlaban de ella, Adrian comenzó a preocuparse. Y más aún después de ver a su cuñada entregándole a Carmen el látigo del que nunca se separaba cuando quería llevar a cabo alguna de sus pendencieras acciones.

—¡Vaya! Y ¿se puede saber por qué va a batirse en duelo, lady Conrad, y quién ha sido la estúpida que ha aceptado tal requerimiento?

—¿Acaso no es obvio? ¡Me batiré en duelo por el honor de mi marido! —contestó Carmen en voz alta, haciendo que arreciaran las carcajadas a causa de su locura. Hasta que continuó contestando a las preguntas de ese hombre que pretendía reírse de ella—: Y la estúpida que ha aceptado es su esposa, conde... —finalizó, mostrando una maliciosa sonrisa cuando se hizo el silencio tras su declaración.

—Si piensa que eso me va a hacer desistir de mi enfrentamiento, está usted loca.

—Entonces no le importará que celebremos nuestro enfrentamiento primero, ¿verdad? —preguntó inocentemente ella.

—Carmen... —gruñó Adrian, preocupado porque su esposa siguiera adelante con su locura, que sólo la metería en problemas.

—Anaïs, ¿se puede saber por qué motivo acompañas a esta mujer en su desvarío? —se dirigió el conde de Chestermon a su esposa cuando la vio avanzar hacia el campo de duelo.

—Querido, si hasta ahora tú no me has dado razón alguna acerca de lo que haces, no veo por qué debería ofrecerte yo ninguna explicación —apuntó orgullosamente la mujer mientras ignoraba a su esposo y ocupaba su lugar.

—¡De acuerdo! ¡Recordemos las reglas! —manifestó Alexandra después de hacer que los hombres despejaran el campo de duelo y las mujeres ocuparan sus puestos—. ¡Ya que Carmen ha elegido el lugar, la condesa de Chestermon elegirá las armas! —exclamó mostrando un completo arsenal compuesto por cuchillos, espadas, pistolas y látigos.

—¿No teme que su nueva esposa salga herida, lord Conrad? —inquirió con petulancia el conde mientras observaba arrogantemente unas armas que, estaba convencido, una mujer nunca sabría manejar.

—Más bien comienzo a temer por la suya, lord Fether, ya que estoy muy seguro de que mi cuñado le habrá enseñado a manejar cada una de ellas. Son unas gentes peculiares, estos españoles... —replicó un sonriente Adrian mientras veía a esa dama intentando estar al nivel de su belicosa esposa, algo que indudablemente jamás lograría.

Tras mirar todas las peligrosas armas que se exponían ante ella, y después de tragar saliva nerviosamente a causa de la elección que debía tomar, finalmente la condesa catalogó el látigo como la más inofensiva de todas ellas, escogiéndolo por creer imposible matar a un enemigo con él.

—¡Elijo el látigo! —anunció ante todos, intentando hacerse la valiente, para luego añadir con desdén—: Aunque en verdad no sé cómo puede llegar a ser esto calificado como un arma.

—Mala elección, tanto de arma como de palabras —declaró Adrian mientras negaba con la cabeza, atrayendo la preocupación del conde, que hasta ese momento lo había observado todo con diversión.

—Un látigo no es un arma para matar —declaró Carmen mientras lo cogía

entre las manos y le demostraba a su rival lo hábil que era con él—. El látigo es un arma para castigar —continuó, chasqueándolo violentamente contra el suelo—; para marcar a tu antagonista —declaró dejando una señal en un árbol cercano—. Y, dependiendo del humor que tenga aquel que lo use, esa marca desaparecerá con el tiempo... —siguió, haciendo caer una flor desde el árbol — ¡o nunca lo hará! —finalizó destruyendo la hermosa flor antes de que tocara el suelo—. ¿Y bien? ¿Comenzamos? —inquirió maliciosamente Carmen a su rival, sin sonreírle a ella pero sí dedicándole una sonrisa al conde de Chestermon.

—¡Anaïs! ¡Sal de ahí de inmediato! —exigió el conde, viendo cómo su mujer corría un grave peligro.

—Creo que en esta ocasión te obedeceré... —declaró ella intentando alejarse de Carmen.

—¡Ah, eso sí que no! ¡Quiero un resarcimiento por las insinuaciones que le ha hecho a mi marido y por el acoso al que esas mosconas amiguitas tuyas y usted misma lo han sometido desde que llegó! —gritó Carmen, persiguiendo a la dama con su látigo mientras ésta no hacía otra cosa más que correr y chillar ante los avances de esa peligrosa arma.

—¡Debería detener a su mujer o lo haré yo, Conrad! —amenazó el conde, ante lo que Adrian respondió con una maliciosa sonrisa.

—Es libre de intentarlo...

Solamente cuando su antigua amante se encontró lo suficientemente asustada y su fogosa esposa hubo calmado algo de su genio, Adrian decidió dirigirse hacia ella con la intención de intervenir en ese juego en el que únicamente Carmen estaba disfrutando.

—Para —pidió Adrian, interponiéndose entre la condesa y el látigo de su esposa.

—¿Por qué? ¡Éste es mi duelo! ¡Tú ya has tenido los tuyos, en donde has puesto en riesgo tu vida varias veces sin importarte nada lo que yo pensara! —exclamó Carmen, alzando el látigo una vez más.

Adrian se protegió de él y, como en ocasiones anteriores, permitió que cayera sobre su brazo para atraparlo. Sin embargo, esta vez el látigo lo golpeó suavemente, como una caricia, y cuando lo atrapó para acercar a Carmen hacia sí, ella se dejó arrastrar mostrándole las lágrimas de preocupación que anegaban su rostro.

—De acuerdo, no aceptaré ni un solo duelo más —anunció Adrian ante todos mientras calmaba a su mujer entre la protección de sus brazos.

—¿Cómo sabré que cumplirás tu palabra?

—Porque mi vida es tuya desde el primer momento en que la reclamaste, Carmen, y también mi corazón. Pensar que podría perderte por alguna de mis locuras sólo hace de mí un hombre más precavido, y eso es un síntoma inequívoco de lo enamorado que estoy de ti. Ahora sólo me falta oír que tú también me quieres para que hagas de mí un hombre inmensamente feliz —confesó Adrian, ignorando a sus enemigos mientras estrechaba a su mujer entre sus brazos.

—¡No pienso quedarme sin mi merecida venganza! —exclamó el hasta entonces ignorado conde de Chestermon, apuntando a la espalda de Adrian con su pistola.

Pero la dañina arma de Chestermon nunca llegó a ser disparada, ya que resonó el agudo chasquido de un látigo, desarmándolo. Al mismo tiempo, se oyó otro chasquido y el conde se encontró aprisionado por el cuello por el látigo de un airado individuo que lo asfixiaba con esa arma que había creído inútil unos momentos antes.

—Parece que he llegado justo a tiempo para salvar la vida de tu esposo, Carmen, lo que me lleva a plantearme si tu unión con él me quitará un peso de encima al dejarte a su cuidado o si me provocará un envejecimiento prematuro al imaginar en los líos en los que podría meterte —declaró Miguel, ejerciendo mayor presión para inmovilizar a su presa.

—En mi opinión, hermano, ya me has protegido durante mucho tiempo. Ahora me toca ser libre y decidir mi camino —repuso Carmen, indicándole

con un gesto que soltara al hombre al que estaba ahogando.

—Y, por lo que veo, lo has elegido a él... —afirmó Miguel, tras lo que Carmen contestó dando respuesta al requerimiento que le había hecho Adrian momentos antes.

—Sí, Miguel: me quedo en Londres con el hombre del que me he enamorado, con mi marido —anunció ella, obteniendo un gran ceño fruncido por parte de su hermano mientras Adrian sonreía lleno de satisfacción—. En cuanto a usted, conde, quiero que sea consciente de que pienso retar a su mujer las mismas veces que usted se lo plantee a mi esposo, así como a las esposas de todo aquel que pretenda vengarse de Adrian por sus acciones del pasado —añadió dirigiéndose a los acompañantes de Chestermon—. Por mi parte, le garantizo que a partir de ahora Adrian no utilizará sus encantos con otra mujer que no sea yo, y espero que usted pueda asegurarme a su vez que su señora esposa se mantendrá alejada de mi hombre, aunque sea tan sólo por su bien, ya que, aunque mi látigo no mata, no tiene clemencia al marcar a la persona que me ha agraviado.

—¿Quiénes se creen que son ustedes para tratarme así? —preguntó arrogantemente el noble mientras se levantaba del suelo y despreciaba con la mirada a los dos extranjeros.

—¡Oh, qué modales los míos! Usted disculpe, señor conde: se me olvidó presentarme. Soy Miguel Alonso de la Cruz, conde de Montesco y Villa, y ésta es Carmen, mi querida y noble hermana —intervino burlonamente el español, ejecutando una aristocrática reverencia mientras desvelaba la posición que ocupaba.

—No exageres, Miguel, yo simplemente soy una mujer enamorada, y ése es un título del que siempre me enorgulleceré —apuntó Carmen, dando la espalda a todo lo que no fueran los protectores brazos de su marido.

Mientras Adrian abrazaba a su mujer, sus airados ojos se volvieron hacia el hombre que en más de una ocasión lo había retado, borrando la jovial sonrisa con la que siempre recibía sus amenazas para sustituirla por una atemorizante

mirada de esos profundos ojos negros que prometían sangre si algo llegaba a molestar a la mujer que tenía entre sus brazos.

—Por lo que a mí respecta, conde, mantendré la promesa que ha hecho mi esposa, ya que, desde que la conocí, ningún lecho se me hace más apetecible que el suyo. Le ruego que no me rete en ninguna otra ocasión, ya que no lo aceptaré. Pero si osa alzar un arma contra mí o contra alguno de mis familiares, prometo gustosamente concederle esa muerte que tanto me ha suplicado desde el principio —concluyó Adrian contundentemente, logrando al fin que ese hombre se tomara en serio sus amenazas y desistiera de sus acciones tras percibir el fuego de ese temible Dragón que Adrian siempre había llevado dentro, un Dragón escondido detrás de una burlona sonrisa que sólo había estado esperando el momento de salir a jugar con una mujer que lo igualara.

Epílogo

—¡Miguel! Veo que al fin has desistido de continuar tus viajes en persecución de tu hermana y has regresado al hogar... —afirmó con satisfacción José Alonso de la Cruz—. Ahora que te encuentras aquí podrás cumplir tu promesa y casarte con alguna noble dama de la sociedad. Te he preparado una lista con las más adecuadas para honrar nuestro apellido y perpetuar nuestra estirpe y...

—Padre, sólo he venido a informarte de que, una vez recoja mi equipaje, partiré de nuevo hacia Londres —dijo él, sin revelar que por «equipaje» se refería a la inestimable María, a la que tanto echaba de menos su hermana, y al lastre de Antonio, a quien le tocaría aguantar a su nuevo yerno desde ese momento.

—¿Es que acaso piensas romper tu promesa? —inquirió José indignado, alzando su rostro de los documentos que revisaba en su estudio.

—Un De la Cruz nunca rompe su promesa —recitó Miguel, recordando la bien aprendida lección que le había sido inculcada desde la cuna, obteniendo así una satisfecha sonrisa del rostro de su padre—. Pero, padre, nunca te prometí que la noble dama sería española ni que me quedaría aquí contigo para que tú manejaras mi vida a tu antojo, como has pretendido desde mi más tierna infancia.

—¿Cuando he podido manejar algo en lo que a ti respecta, Miguel? ¡Siempre te has rebelado contra mí! ¡Sobre todo desde que nació esa bastarda que nunca llegará a nada!

—«Esa bastarda», como tú la llamas, se ha casado con un noble inglés: el hermano de un conde, y ahora se relaciona con lo más alto de la sociedad

londinense. Carmen al fin se ha hecho un hueco en el lugar que tú siempre le negaste. Tal vez ahora te vendría bien reconocerla para darle más importancia a tu apellido... —ironizó Miguel, echándole en cara adónde había llegado su hermana sin su ayuda.

—¡Que esa bastarda haya sabido atrapar a algún incauto no significa que sea apta para relacionarse con personas de alta posición! ¡No tiene la educación, los estándares ni la nobleza que se necesitan para representar un apellido tan noble como el nuestro!

—De eso ya me encargué yo, padre: le enseñé todo aquello que debía saber, y mucho más, para que este mundo tan despiadado no se la tragara cuando caminara por él con la cabeza bien alta.

—¡Esa niña nunca será nada!

—Esa mujer ya es algo, aunque te niegues a verlo. Con el paso de los años deberías haber aprendido a verla como otra cosa que no fuera la bastarda a la que siempre injuriabas. Siempre tuve la esperanza de que un día lograrías ver más allá de tu resentimiento por la traición de mi madre, pero ya veo que mi espera ha sido en vano. Y ¿sabes lo más curioso de esta situación? Carmen, con su arrogante carácter, su altiva forma de hacerte frente y lo pendenciera que puede llegar a ser, se parece más a ti que al hombre al que ha aprendido a llamar padre.

—Miguel, ¿qué es lo que intentas decirme con todas esas estupideces? —preguntó José, confuso ante las palabras de su hijo.

—Que nunca sabrás si Carmen es realmente hija tuya o no, padre, porque la rechazaste desde el principio. Pero cuando madre se alejó de ti, bien podía estar ya embarazada...

—¡Tu madre nunca me habría hecho eso! ¡Jamás me habría separado de una hija!

—No, eso lo hiciste tú solo, padre, ahuyentando primero a tu esposa con tus infidelidades y tu indiferencia y luego negándote a tener relación alguna con su

hija. Tal vez tú nunca llegarás a saber si Carmen es hija tuya, pero para mí ella siempre será mi hermana, a la que nunca dejaré de proteger.

—¿Por eso te vas a Londres? ¿Para seguir a tu hermana? ¡Una vez más sales corriendo detrás de ella olvidando tus responsabilidades! ¿Se puede saber por qué siempre corres detrás de esa mocosa?

—Muy fácil, padre: porque ella es mi familia y yo, al contrario que tú, no pienso dejarla atrás —replicó Miguel antes de abandonar a su padre y dejarlo a solas con lo único que siempre había apreciado en su vida: ese intachable título nobiliario que tanto se enorgullecía de exponer ante todos, aunque finalmente lo hiciera en soledad.

Adrian buscaba en ese indecente baile de disfraces a la más ardiente de las mujeres, una que se había atrevido a disfrazarse como una atractiva pirata, con un llamativo vestido rojo que embelesaba a todos los presentes, con sus hermosos cabellos cayendo en una cascada de rizos negros sobre sus hombros y sus jugosos labios incitando al pecado. Eso por no hablar de su hermosa figura o de los tentadores pechos que su provocador vestido permitía intuir.

Ella se alejaba de él, excitándolo con su juego, y se retiraba divertida cada vez que Adrian se acercaba demasiado. Un juego que lo tentaba más de lo aconsejable, sacando a relucir al libertino que llevaba dentro. Las mujeres que se interponían en su camino simplemente eran desechadas con una de sus miradas cuando intentaban acercársele, puesto que el joven había seleccionado ya a su presa de esa noche.

Estaba muy cerca de conseguir atraparla dentro de su estudio, donde la había visto esconderse, hasta que los pasos de su molesto cuñado se interpusieron en su camino y le estropearon la diversión.

—Adrian, tienes invitados a los que atender —declaró Miguel—. Antonio está comenzando a contar otra vez las historias de su naufragio, por lo que lo

único que está consiguiendo es llevarse más de una mirada airada de tu hermano, y entre él y Clive están a punto de acabar con todo el suministro de alcohol de la casa.

—Lo dejo todo en tus manos, querido cuñado. Confío en ti, sé que lo harás muy bien —dijo Adrian con una sonrisa burlona, colocando una mano sobre un hombro de Miguel, como si pasarle la responsabilidad de sus tareas fuera una decisión difícil y no algo que hacía cada vez que tenía oportunidad.

—Eso no era lo que quería oír.

—Tú lo resuelves todo con gran eficiencia, y creo que es lo menos que puedes hacer mientras te alojes en mi casa, una visita que pienso que se está alargando demasiado... ¿No crees que ya es hora de volver a tu hogar?

—¡Ah! Pero ¿es que mi hermana no te ha dado la grata noticia? He decidido expandir mi negocio de cría de caballos e instalarme aquí, en Londres —anunció Miguel con satisfacción al ver cómo desaparecía por completo la burlona sonrisa del rostro de su cuñado.

—Dime que por lo menos te mudarás de mi casa...

—¡Por supuesto! No quiero mezclar a mi hermana y a mi futuro sobrino en la vida de un disoluto soltero como yo —confirmó él, haciendo que Adrian respirara en paz. Hasta que Miguel dejó caer otra inquietante noticia—: He encontrado una casa realmente adecuada muy cerca de aquí, desde donde podré visitar a Carmen todos los días.

—Ahora que está casada, ¿no podrías dejar de vigilarla como el sobreprotector hermano que eres?

—¡Ah, querido cuñado! No es a ella a quien vigilo, sino a ti, ya que todavía no estoy convencido de que seas el marido adecuado para Carmen. Por no hablar de la apresurada boda que celebrasteis en la iglesia durante mi ausencia. Eso no me convenció en absoluto de tu conveniencia.

—No quería darte la oportunidad de interrumpir nuestro enlace con tus quejas, así que preferí escucharlas todas cuando nada de lo que dijeras pudiera afectarme —repuso Adrian luciendo una de sus mejores sonrisas al

recordar el momento en el que volvió a jurarle amor eterno a su mujer—. Bueno, ahora, si me disculpas, tengo cosas muy importantes que hacer, así que delego todos esos pequeños inconvenientes en tus capaces manos para que los soluciones.

—¿Se puede saber qué es eso tan importante que tienes que hacer? —preguntó Miguel molesto mientras reprendía a su despreocupado cuñado con una de sus intransigentes miradas.

—Ir tras las faldas de una mujer casada —declaró libidinosamente Adrian mientras se alejaba con rapidez de él para que no pudiera sermonearlo sobre cuál era su deber al convertirse en un hombre decentemente desposado.

Tras deslizarse en la oscura estancia que se hallaba apenas iluminada por unas sutiles velas dispuestas sobre una pequeña mesa, Adrian buscó por la habitación a su provocativa y tentadora pirata, dando al fin con ella cuando captó un sutil movimiento tras las cortinas, acompañado de una jovial risita.

—¡Te encontré! —exclamó triunfante el pecaminoso libertino, levantando la sedosa tela para esconderse junto a la mujer que tanto lo había tentado desde el principio de la fiesta, a pesar de que él fuera un honorable hombre casado—. Y ahora que he conseguido atraparte, quiero mi recompensa —exigió excitado mientras acorralaba a su presa contra la pared, reclamando un pecaminoso beso que la llevara a rendirse a sus encantos.

Al tiempo que sus manos se deslizaban por las cautivadoras curvas del cuerpo de esa fogosa diosa, sus labios no pudieron evitar comenzar a descender por su cuello, hasta que la oyó decir entre jadeos:

—¿Qué dirá tu esposa de esta aventura? —preguntó la pirata con una ladina sonrisa.

—Sin duda, que soy un libertino —contestó Adrian, hundiendo lujuriosamente el rostro entre los apetitosos senos que tanto lo tentaban a seguir con el apasionado encuentro... hasta que alguien acabó súbitamente con su diversión al abrir la cortina y encontrarlo en esa pecaminosa situación.

—¡Adrian Conrad! ¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? ¡Tu

cuñado me ha dicho que estabas persiguiendo a una mujer casada de nuevo! — reprendió Damian a su hermano, lo que lo hizo suspirar ante lo frustrante de esa interrupción.

—Sí, Damian: a la mía —contestó él al tiempo que retiraba la máscara de su sonrojada esposa.

—¡Ah! Yo... creí que... Miguel me había dicho... —intentó excusarse Lord Dragón, suavizando el sonido de sus rugidos ante su error para, a continuación, añadir—: Si me disculpáis, tengo que matar a un molesto español.

—¿Crees que mi hermano estará bien? —preguntó Carmen tras ver marcharse a ese irascible Dragón con paso decidido.

—Cariño, el único fuego que tienes que preocuparte por calmar en estos instantes es el mío —insinuó Adrian, acercándose más a su mujer para que notara su excitación.

—No sé por qué te gusta tanto jugar a los corsarios. ¡Pervertido! —murmuró ella entre risas, perdiéndose en las caricias de su marido.

—Sin duda porque mi corazón fue robado por la infame pirata que en una ocasión me abordó —declaró Adrian, sellando su promesa de amor con un ardiente beso que reclamó una vez más su rendición en ese atrevido juego que sus corazones habían iniciado en una ocasión.

Biografía



Silvia García siempre ha creído en el amor, por eso es una ávida lectora de novelas románticas a la que le gusta escribir sus propias historias llenas de humor y pasión.

En la actualidad vive con su amor de la adolescencia, quien la anima a seguir escribiendo, y compagina el trabajo con su afición por la escritura. Reside en Málaga, cerca de la costa. Le encanta pasear por la orilla del mar, idear nuevos personajes y fabular tramas para cada uno de ellos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100004625625675&fref=ts>

Juego de corsarios
Silvia García Ruiz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Silvia García Ruiz, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2018

ISBN: 978-84-08-20109-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

